

**Boletín Oficial
de la
Diócesis de Córdoba**

VOL. CXLII

Enero-Junio
2000

OBISPADO DE CÓRDOBA
C/. Amador de los Ríos, 1- Teléfono 957.49.64.74
Año CXLI - Depósito Legal: CO 17 - 1958
Imprime: Impresiones Guadajoz s.l.l.

ÍNDICE

I. SANTO PADRE

1. Homilías (selección)

1. Apertura de la Puerta de la Basílica de Santa María la Mayor.
Jornada Mundial de la Paz. 1-I-00. pág. 9
2. Apertura de la Puerta Santa de San Juan de Extramuros. 18-I-00. pág. 13
3. Jubileo de la Vida Consagrada. 2-II-00. pág. 19
4. Jubileo de los Enfermos y los Agentes Sanitarios. 11-II-00. pág. 25
5. Jubileo de la Curia. 22-II-00. pág. 29
6. Jornada del Perdón. 12-III-00. pág. 33
7. Jubileo de los Artesanos. 19-III-00. pág. 37
8. Viaje a Tierra Santa: Estadio de Amman. 21-III-00. pág. 41
9. Viaje a Tierra Santa: Pesebre de Belén. 22-III-00. pág. 47
10. Viaje a Tierra Santa: Cenáculo. 23-III-00. pág. 51
11. Viaje a Tierra Santa: Celebración con jóvenes en el Monte de las Bienaventuranzas. 24-III-00. pág. 55
12. Viaje a Tierra Santa: Basílica de la Anunciación. 25-III-00. pág. 59
13. Viaje a Tierra Santa: Santo Sepulcro. 26-III-00. pág. 63
14. Misa Crismal. Jueves Santo. 20-IV-00. pág. 67
15. Vigilia Pascual. 22-IV-00. pág. 71
16. Jubileo de los Trabajadores. 1-V-00. pág. 75
17. Conmemoración Ecu­ménica de los Testigos de la Fe del Siglo XX.
7-V-00. pág. 79
18. Beatificación de los Pastorcitos de Fátima Francisco y Jacinta.
13-V-00. pág. 85
19. Jubileo de los Sacerdotes y 80 cumpleaños del Santo Padre.
18-V-00. pág. 91
20. Jubileo de la Diócesis de Roma. 28-V-00. pág. 95
21. Jubileo de los Emigrantes. 2-VI-00. pág. 99
22. Congreso Eucarístico Internacional. 25-VI-00. pág. 103
23. Festividad de San Pedro y San Pablo. 29-VI-00. pág. 107

2. Mensajes

1. Mensaje Urbi et Orbi. 1-I-00. pág. 113
2. Mensaje para la Jornada Mundial para las Comunicaciones Sociales. 24-I-00. pág. 115
3. Mensaje Urbi et Orbi de Pascua. 23-IV-00. pág. 119
4. Mensaje para la Jornada Mundial de la Misiones. 11-VI-00. pág. 123
5. Mensaje para el Jubileo de las Cárceles. 24-VI-00. pág. 129

3. Cartas Apostólicas

Carta Apostólica con ocasión del III Centenario de la Unión de la Iglesia Greco-Católica de Rumanía con la Iglesia de Roma. 7-V-00. pág. 137

II. SANTA SEDE

1. Congregación para la Doctrina de la Fe.

- 1.1 Eclesiología de la Lumen Gentium. II-00. pág. 151
- 1.2 Tercer Secreto de Fátima. 26-VI-00. pág. 173
- 1.3 Iglesias Hermanas. 30-VI-00. pág. 209

2. Pontificio Consejo para las comunicaciones sociales.

Ética en las comunicaciones sociales. 30-III-00. pág. 215

III: VIDA DE LA DIÓCESIS

1. Obispo Diocesano

1.1 Homilias (selección)

- 1.1.1 Jubileo de la Vida Consagrada. 05-02-00. pág. 241
- 1.1.2 Encuentro Diocesano. 25-III-00. pág. 249
- 1.1.3 Jubileo de los Trabajadores. 28-IV-00. pág. 257
- 1.1.4 Jubileo de los Jóvenes. 13-05-00. pág. 267
- 1.1.5 Jubileo General de la Diócesis. 14-05-00. pág. 277
- 1.1.6 Jubileo de los Enfermos. 28-05-00. pág. 289

- 1.2 Cartas Pastorales
 - 1.2.1 Carta con motivo de la Campaña de Manos Unidas. 25-I-00. pág. 299
 - 1.2.2 Carta Pastoral para el Día del Semillero. 19-III-00. pág. 301
 - 1.2.3 Carta a las Hermandades y Cofradías con motivo de la Semana Santa del Año 2000. pág. 305

2. Secretaría General

- 2.1 Calendario de Jubileo. pág. 311
- 2.2 Calendario de la Vida de la Diócesis. pág. 313
- 2.3 Nombramientos de Enero a Junio de 2000. pág. 315
- 2.4 Decretos de Erección y Aprobación Canónica de Hermandades y Cofradías. pág. 317
- 2.5 Consentimiento para la presencia del Instituto de las Hermanas de la Caridad de la Asunción en la Diócesis. 2-II-00. pág. 319
- 2.6 Consentimiento para la presencia de la Asociación Femenina Pública de Fieles "Mater Ecclesiae" en la Diócesis. 19-III-00. pág. 321
- 2.7 Ministerio de Lector y de Acólito. 25-V-00. pág. 323
- 2.8 Concesión del Sr. Obispo de derecho de sepultura de D. Agustín Molina en Santa Victoria. 20-VI-00. pág. 325

IV. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

- 1. Elecciones General. 17-II-00. pág. 329
- 2. Cenetenario de San Juan de Ávila pág. 331

V. DEFUNCIONES. pág. 341

Santo Padre

1. Día Mundial de la Paz.
2. Apertura de la Puerta Santa de San Juan de Extramuros.
3. Jubileo de la Vida Consagrada.
4. Jubileo de los Enfermos y los Agentes Sanitarios.
5. Jubileo de la Curia.
6. Jornada del Perdón.
7. Jubileo de los Artesanos.
8. Viaje a Tierra Santa: Estadio de Amman.
9. Viaje a Tierra Santa: Pesebre de Belén.
10. Viaje a Tierra Santa: Cenáculo.
11. Viaje a Tierra Santa: Celebración con jóvenes en el Monte de las Bienaventuranzas.
12. Viaje a Tierra Santa: Basílica de la Anunciación.
13. Viaje a Tierra Santa: Santo Sepulcro.
14. Misa Crismal. Jueves Santo.
15. Vigilia Pascual.
16. Jubileo de los Trabajadores.
17. Conmemoración de los Testigos de la Fe del Siglo XX.
18. Beatificación en Fátima de Francisco y Jacinta.
19. Jubileo de los Sacerdotes y 80 cumpleaños del Papa.
20. Jubileo de la Diócesis de Roma.
21. Jubileo de los Emigrantes. 2-VI-00.
22. Congreso Eucarístico Internacional. 25-VI-00.
23. Festividad de San Pedro y San Pablo. 29-VI-00.

Homilías (selección)

HOMILÍA DE JUAN PABLO II
APERTURA DE LA PUERTA SANTA
DE LA BASÍLICA DE SANTA MARÍA LA MAYOR

Sábado, 1 de enero de 2000

Solemnidad de Santa María, Madre de Dios
XXXIII Jornada Mundial de la Paz

1. *“Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer” (Ga 4, 4).*

Ayer por la tarde meditamos en el significado de estas palabras de san Pablo, tomadas de la carta a los Gálatas, y nos preguntamos en qué consiste la “plenitud de los tiempos”, de la que habla el Apóstol, con respecto a los procesos que marcan el camino del hombre a lo largo de la historia. El momento que estamos viviendo es muy denso de significado: a medianoche el año 1999 pasó a la historia, cedió el lugar a un nuevo año. Desde hace pocas horas nos encontramos en el año 2000.

¿Qué significa esto para nosotros? Se comienza a escribir otra página de la historia. Ayer por la tarde dirigimos nuestra mirada al pasado, para ver cómo era el mundo cuando inició el segundo milenio. Hoy, al comenzar el año 2000, no podemos menos de preguntarnos sobre el futuro: ¿qué dirección tomará la gran familia humana en esta nueva etapa de su historia?

2. Teniendo en cuenta un nuevo año que comienza, la liturgia de hoy expresa a todos los hombres de buena voluntad sus mejores deseos con las siguientes palabras: “El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz” (*Nm 6, 26*).

El Señor te conceda la paz. Éste es el deseo que la Iglesia expresa a la humanidad entera el primer día del nuevo año, día dedicado a la celebración de la *Jornada mundial de la paz*. En el Mensaje para esta jornada recordé algunas condiciones y urgencias para consolidar el camino de la paz en el plano internacional. Desgraciadamente, se trata de un camino siempre amenazado, como nos recuerdan los hechos dolorosos que ensombrecieron muchas veces la historia del siglo XX. Por eso, hoy más que nunca, debemos desearnos la paz en nombre de Dios: ¡el Señor te conceda la paz!

Pienso, en este momento, en el encuentro de oración por la paz, celebrado en octubre de 1986, que reunió en Asís a los representantes de las principales religiones del mundo. Estábamos aún en el período de la así llamada “guerra fría”: todos juntos rezamos para conjurar la grave amenaza de un conflicto que se cernía sobre la humanidad. En cierto sentido, expresamos la oración de todos y Dios acogió la súplica que se elevaba de sus hijos. Aunque hemos debido constatar el estallido de peligrosos conflictos locales y regionales, al menos se evitó el gran conflicto mundial que se vislumbraba en el horizonte. Por eso, con mayor conciencia, al cruzar el umbral del nuevo siglo, nos intercambiamos este deseo de paz: “El Señor te muestre su rostro”.

¡Año 2000, que sales a nuestro encuentro, Cristo te conceda la paz!

3. “La plenitud de los tiempos”. San Pablo afirma que esta “plenitud” se realizó cuando Dios “envió a su Hijo, nacido de mujer” (Ga 4, 4). Ocho días después de Navidad, hoy, primer día del año nuevo, hacemos memoria en especial de la “Mujer” de la que habla el Apóstol, la Madre de Dios. Al dar a luz al Hijo eterno del Padre, María contribuyó a la llegada de la plenitud de los tiempos; contribuyó de manera singular a hacer que el tiempo humano alcanzara la medida de su plenitud en la encarnación del Verbo.

En este día tan significativo, he tenido la alegría de abrir la Puerta santa de esta venerable basílica liberiana, la primera en Occidente dedicada a la Virgen Madre de Cristo. Una semana después del solemne rito que tuvo lugar en la basílica de San Pedro, hoy es como si las comunidades eclesiales de todas las naciones y de todos los continentes se congregaran idealmente aquí, bajo la mirada de la Madre, para cruzar el umbral de la Puerta santa que es Cristo.

En efecto, a ella, Madre de Cristo y de la Iglesia, queremos encomendarle el Año santo recién iniciado, para que proteja e impulse el camino de cuantos se convierten en peregrinos en este tiempo de gracia y misericordia (cf. *Incarnationis mysterium*, 14).

4. La liturgia de esta solemnidad tiene un carácter profundamente mariano, aunque en los textos bíblicos se manifieste de modo bastante sobrio. El pasaje del evangelista san Lucas resume cuanto hemos escuchado en la noche de Navidad. En él se narra que los pastores fueron a Belén y encontraron a María y a José, y al Niño en el pesebre. Después de haberlo visto, contaron

lo que les habían dicho acerca de él. Y todos se maravillaron del relato de los pastores. “María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón” (Lc 2, 19).

Vale la pena meditar en esta frase, que expresa un aspecto admirable de la maternidad de María. En cierto sentido, todo el año litúrgico se desarrolla siguiendo las huellas de esta maternidad, comenzando por la fiesta de la Anunciación, el 25 de marzo, exactamente nueve meses antes de Navidad. El día de la Anunciación, María oyó las palabras del ángel: “Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. (...) El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios” (Lc 1, 31-33. 35). Y ella respondió: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38).

María concibió por obra del Espíritu Santo. Como toda madre, llevó en su seno a ese Hijo, de quien sólo ella sabía que era el Hijo unigénito de Dios. Lo dio a luz en la noche de Belén. Así, comenzó la vida terrena del Hijo de Dios y su misión de salvación en la historia del mundo.

5. “María (...) guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón”.

¿Qué tiene de sorprendente que la Madre de Dios recordara todo eso de modo singular, más aún, de modo único? Toda madre tiene la misma conciencia del comienzo de una nueva vida en ella. La historia de cada hombre está escrita, ante todo, en el corazón de la propia madre. No debe sorprendernos que haya sucedido lo mismo en la vida terrena del Hijo de Dios.

“María (...) guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón”.

Hoy, primer día del año nuevo, en el umbral de un nuevo año, de este nuevo milenio, la Iglesia recuerda esa experiencia interior de la Madre de Dios. Lo hace no sólo volviendo a reflexionar en los acontecimientos de Belén, Nazaret y Jerusalén, es decir, en las diversas etapas de la existencia terrena del Redentor, sino también considerando todo lo que su vida, su muerte y su resurrección han suscitado en la historia del hombre.

María estuvo presente con los Apóstoles el día de Pentecostés; participó directamente en el nacimiento de la Iglesia. Desde entonces, su maternidad

acompaña la historia de la humanidad redimida, el camino de la gran familia humana, destinataria de la obra de la redención.

Oh María, al comienzo del año 2000, mientras avanzamos en el tiempo jubilar, confiamos en tu “recuerdo” materno. Nos ponemos en este singular camino de la historia de la salvación, que se mantiene vivo en tu corazón de Madre de Dios. Te encomendamos a ti los días del año nuevo, el futuro de la Iglesia, el futuro de la humanidad y el futuro del universo entero.

María, Madre de Dios, Reina de la paz, vela por nosotros.

María, Salud del pueblo romano, ruega por nosotros. Amén.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
APERTURA DE LA PUERTA SANTA
DE LA BASÍLICA DE SAN PABLO EXTRAMUROS

Martes 18 de enero

Queridos hermanos y hermanas:

1. Las palabras de san Pablo a la comunidad de Corinto: “En un solo Espíritu hemos sido bautizados todos, para no formar más que un cuerpo” (1 Co 12, 13), parecen servir de contrapunto a la oración de Cristo: “Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros” (Jn 17, 21).

¡La oración de Cristo por la unidad! Es la oración que él elevó al Padre en la inminencia de su pasión y su muerte. A pesar de nuestras resistencias, esa oración sigue dando fruto, si bien de modo misterioso. ¿No brota de ella la gracia del “movimiento ecuménico”? Como afirma el concilio Vaticano II, “el Señor de los tiempos (...) últimamente ha comenzado a infundir con mayor abundancia en los cristianos separados entre sí el arrepentimiento y el deseo de la unión”, de forma que “ha surgido, con ayuda de la gracia del Espíritu Santo, un movimiento cada día más amplio para restaurar la unidad de todos los cristianos” (*Unitatis redintegratio*, 1). Nosotros hemos sido y somos testigos de ello. Todos nos hemos enriquecido con la gracia del Espíritu Santo, que guía nuestros pasos hacia la unidad y la comunión plena y visible.

La *Semana de oración por la unidad de los cristianos* se inaugura hoy en Roma con la celebración para la que estamos ahora reunidos. He querido que con ella coincidiera la apertura de la Puerta santa en esta basílica dedicada al Apóstol de las gentes, a fin de subrayar la dimensión ecuménica que debe caracterizar el Año jubilar 2000. Al inicio de un nuevo milenio cristiano, en este *año de gracia* que nos invita a convertirnos *más radicalmente al Evangelio*, debemos dirigirnos con una súplica más apremiante al Espíritu, implorando la gracia de nuestra unidad.

“En un solo Espíritu hemos sido bautizados todos, para no formar más que un cuerpo”: nosotros, representantes de pueblos y naciones diversos, de

varias Iglesias y comunidades eclesiales, reunidos en la basílica que lleva el nombre de san Pablo, nos sentimos directamente interpelados por esas palabras del Apóstol de las gentes. Sabemos que somos hermanos aún divididos, pero ya estamos encaminados con firme convicción por la senda que lleva a la plena unidad del Cuerpo de Cristo.

2. Queridos hermanos y hermanas, ¡sed todos bienvenidos! A cada uno de vosotros doy mi abrazo de paz en el Señor, que nos ha reunido, a la vez que os agradezco cordialmente vuestra presencia, que tanto aprecio. En cada uno de vosotros quiero saludar, con el “beso santo” (*Rm 16, 16*), a todos los miembros de las diversas Iglesias y comunidades eclesiales, que dignamente representáis.

¡Bienvenidos a este encuentro, que marca un paso adelante hacia la unidad en el Espíritu, en el que “hemos sido bautizados”! El bautismo que hemos recibido es único. Crea un vínculo sacramental de unidad entre todos los que por él han sido regenerados. Esta agua purificadora, “agua de vida”, nos permite pasar a través de la única “puerta” que es Cristo: “Yo soy la puerta: si uno entra por mí, se salvará” (*Jn 10, 9*). Cristo es la puerta de nuestra salvación, que lleva a la reconciliación, a la paz y a la unidad. ...l es “la luz del mundo” (*Jn 8, 12*) y nosotros, conformándonos plenamente a él, estamos llamados a llevar esta luz al nuevo siglo y al nuevo milenio

El humilde símbolo de una puerta que se abre entraña una extraordinaria riqueza de significado: proclama a todos que Jesucristo es “el camino, la verdad y la vida” (*Jn 14, 6*). Lo es para todo ser humano. Este anuncio llegará con tanta mayor fuerza cuanto más unidos estemos, haciendo que nos reconozcan como discípulos de Cristo al ver que nos amamos los unos a los otros como él nos ha amado (cf. *Jn 13, 35; 15, 12*). Muy oportunamente el concilio Vaticano II recordó que la división contradice abiertamente la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y perjudica a la causa santísima de predicar el anuncio del Evangelio a toda criatura (cf. *Unitatis redintegratio*, 1).

3. La unidad que quiere Jesús para sus discípulos es participación en la unidad que él tiene con el Padre y que el Padre tiene con él: “Como tú, Padre, en mí y yo en ti -dijo en la Última Cena-, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (*Jn 17, 21*). Por consiguiente, la Iglesia, “pueblo congregado por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (san Cipriano, *De Dom. orat.*, 23), no puede por

menos de mirar constantemente al supremo modelo y principio de la unidad que resplandece en el misterio trinitario.

El Padre y el Hijo, con el Espíritu Santo, son uno en distintas personas. La fe nos enseña que, por obra del Espíritu, el Hijo se encarnó en el seno de la Virgen María y se hizo hombre (*Credo*). A las puertas de Damasco, san Pablo experimentó de modo singularísimo, por la fuerza del Espíritu, a Cristo encarnado, crucificado y resucitado, y se convirtió en apóstol de Aquel “que se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres” (*Flp 2, 7*).

Cuando escribe: “En un solo Espíritu hemos sido bautizados todos, para no formar más que un cuerpo” (*1 Co 12, 13*), desea expresar su fe en la encarnación del Hijo de Dios y revelar la peculiar analogía del cuerpo de Cristo: la analogía entre el cuerpo del Dios-hombre, un cuerpo físico, que se hizo sujeto de nuestra redención, y su cuerpo místico y social, que es la Iglesia. Cristo vive en ella, haciéndose presente, mediante el Espíritu Santo, en todos los que formamos en él un solo cuerpo.

4. ¿Puede un cuerpo estar dividido? ¿Puede la Iglesia, cuerpo de Cristo, estar dividida? Ya desde los primeros concilios, los cristianos han profesado juntos: “creo en la Iglesia, una, santa, católica y apostólica”. Saben, con san Pablo, que hay un solo cuerpo, un solo Espíritu, como es una la esperanza a que han sido llamados: “Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está presente en todos” (*Ef 4, 4-6*).

Con respecto a este misterio de unidad, que es don de lo alto, las divisiones presentan un carácter histórico que atestigua las debilidades humanas de los cristianos. El concilio Vaticano II reconoció que surgieron “a veces no sin culpa de los hombres por ambas partes” (*Unitatis redintegratio*, 3). En este *año de gracia* cada uno de nosotros debe tomar mayor conciencia de la propia responsabilidad en las rupturas que marcan la historia del Cuerpo místico de Cristo. Esa conciencia es indispensable para progresar hacia la meta que el Concilio calificó como *unitatis redintegratio*, la reconstrucción de nuestra unidad.

Pero el restablecimiento de la unidad no es posible sin una conversión interior, porque el deseo de la unidad nace y madura de la renovación de la mente, del amor a la verdad, de la abnegación de sí mismos y de la libre efu-

sión de la caridad. La conversión de corazón y la santidad de vida, la oración personal y comunitaria por la unidad, son el núcleo que constituye la fuerza y esencia del movimiento ecuménico.

La aspiración a la unidad va acompañada de una profunda capacidad de "sacrificio" de lo que es personal, para disponer el alma a una fidelidad cada vez mayor al Evangelio. *Prepararnos al sacrificio de la unidad* significa cambiar nuestra mirada, dilatar nuestro horizonte, saber reconocer la acción del Espíritu, que actúa en nuestros hermanos, descubrir nuevos rostros de santidad, abrirnos a aspectos inéditos del compromiso cristiano.

Si, sostenidos por la oración, renovamos nuestra mente y nuestro corazón, el diálogo que mantenemos actualmente acabará por superar los límites de un intercambio de ideas y se transformará en intercambio de dones, se hará diálogo de la caridad y de la verdad, impulsándonos y estimulándonos a proseguir hasta poder ofrecer a Dios "el sacrificio mayor", es decir, el de nuestra paz y de nuestra concordia fraterna (cf. san Cipriano, *De Dom. orat.*, 23).

5. En esta basílica, construida en honor de san Pablo, recordando las palabras con que el Apóstol ha interpelado hoy nuestra fe y nuestra esperanza - "En un solo Espíritu hemos sido bautizados todos, para no formar más que un cuerpo" (1 Co 12, 13)-, pedimos perdón a Cristo por todo lo que en la historia de la Iglesia ha perjudicado a su plan de unidad. Le pedimos con confianza a él, *puerta de la vida, puerta de la salvación, puerta de la paz*, que sostenga nuestros pasos, que haga duraderos los progresos ya logrados y que nos conceda el apoyo de su Espíritu, para que nuestro compromiso sea cada vez más auténtico y eficaz.

Queridos hermanos y hermanas, en este momento solemne expreso el deseo de que el *año de gracia 2000* sea para todos los discípulos de Cristo ocasión para dar nuevo impulso al compromiso ecuménico, acogiéndolo como un *imperativo de la conciencia cristiana*. De él depende en gran parte el futuro de la evangelización, la proclamación del Evangelio a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Desde esta basílica, en la que nos hallamos reunidos con el alma llena de esperanza, dirijo la mirada hacia el nuevo milenio. Del corazón me brota el deseo, que se hace súplica apremiante ante el trono del Eterno, de que en un futuro no muy lejano los cristianos, reconciliados finalmente, vuelvan a

caminar juntos como un solo pueblo, cumpliendo el designio del Padre, un pueblo capaz de repetir, a una sola voz, con la alegría de una fraternidad renovada: “Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo” (Ef 1, 3).

El Señor Jesús escuche nuestros deseos y nuestra ardiente súplica. Amén.

“Unidad, unidad”, este grito que escuché en Bucarest, durante mi visita a Rumanía, vuelve ahora a mi memoria. “Unidad, unidad”, gritaba el pueblo reunido durante la celebración eucarística: todos los cristianos -católicos, ortodoxos y protestantes evangélicos- gritaban “unidad, unidad”. Gracias por esta exclamación consoladora de nuestros hermanos y hermanas. Ojalá nosotros podamos salir de esta basílica exclamando también como ellos: “Unidad, unidad”. Gracias

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

JUBILEO DE LA VIDA CONSAGRADA

Miércoles 2 de febrero de 2000

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. “Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón; este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba en él. (...) Había también una profetisa, Ana” (Lc 2, 25. 36).

Estas dos personas, Simeón y Ana, acompañan la presentación de Jesús en el templo de Jerusalén. El evangelista subraya que cada uno de ellos, a su modo, se anticipa al acontecimiento. En ambos se manifiesta la espera de la venida del Mesías. Ambos expresan de algún modo el misterio del templo de Jerusalén. Por eso, ambos se hallan presentes en el templo, de una forma que se podría definir providencial, cuando María y José llevan a Jesús, cuarenta días después de su nacimiento, para presentarlo al Señor.

Simeón y Ana representan la espera de todo Israel. Se les concede la gracia de encontrarse con Aquel a quien los profetas habían anunciado desde hacía siglos. Los dos ancianos, iluminados por el Espíritu Santo, reconocen al Mesías esperado en el niño que María y José, para cumplir lo que prescribía la ley del Señor, llevaron al templo.

Las palabras de Simeón tienen un acento profético: el anciano *mira al pasado y anuncia el futuro*. Dice: “Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos, luz para alumbrar a las naciones, y gloria de tu pueblo, Israel” (Lc 2, 29-32). Simeón expresa el cumplimiento de la espera, que constituía la razón de su vida. Lo mismo sucede con la profetisa Ana, que se llena de gozo a la vista del Niño y habla de él “a todos los que esperaban la redención de Jerusalén” (Lc 2, 38).

2. Cada año con ocasión de esta fiesta litúrgica se reúnen junto a la tumba de san Pedro numerosas personas consagradas. Hoy constituyen una multitud, porque se hallan congregadas personas consagradas procedentes de

todo el mundo. Amadísimos hermanos y hermanas, celebráis hoy vuestro jubileo, *el jubileo de la vida consagrada*. Os acojo con el abrazo evangélico de la paz.

Saludo a los superiores y superioras de las diversas congregaciones e institutos, y os saludo a todos vosotros, amados hermanos y hermanas, que habéis querido vivir la experiencia jubilar cruzando el umbral de la Puerta santa de la patriarcal basílica vaticana. En vosotros mi pensamiento se dirige a todos vuestros hermanos y hermanas esparcidos por el mundo: también a ellos los saludo con afecto.

Reunidos junto a la tumba del Príncipe de los Apóstoles durante este Año jubilar, queréis expresar con particular relieve *el vínculo profundo que une la vida consagrada al Sucesor de Pedro*. Estáis aquí para depositar sobre el altar del Señor las esperanzas y los problemas de vuestros respectivos institutos. Con el espíritu del jubileo, dais gracias a Dios por el bien realizado y, al mismo tiempo, pedís perdón por las posibles faltas que han marcado la vida de vuestras familias religiosas. Os preguntáis, al inicio de un nuevo milenio, cuáles son las formas más eficaces de contribuir, respetando el carisma originario, a la nueva evangelización, llegando a las numerosas personas que aún desconocen a Cristo. Desde esta perspectiva, se eleva ferviente vuestra invocación al Dueño de la mies, para que suscite en el corazón de muchos jóvenes, chicos y chicas, el deseo de entregarse totalmente a la causa de Cristo y del Evangelio.

Me uno con gusto a vuestra oración. He peregrinado por todo el mundo; por eso, he podido darme cuenta del *valor de vuestra presencia profética* para todo el pueblo cristiano. Los hombres y las mujeres de esta generación tienen gran necesidad de encontrarse con el Señor y de acoger su liberador mensaje de salvación. Y, de buen grado, quiero rendir homenaje, también en esta circunstancia, al ejemplo de *entrega evangélica generosa* de innumerables hermanos y hermanas vuestros, que a menudo trabajan en situaciones muy difíciles. Se entregan sin reservas, en nombre de Cristo, al servicio de los pobres, de los marginados y de los últimos.

No pocos de ellos *han pagado*, incluso en estos últimos años, *con el testimonio supremo de la sangre* su opción de fidelidad a Cristo y al hombre, sin ceder a componendas. Brindémosles el tributo de nuestra admiración y de nuestra gratitud.

3. La presentación de Jesús en el templo ilumina de forma particular vuestra opción, queridos hermanos y hermanas. ¿No vivís también vosotros *el misterio de la espera de la venida de Cristo*, manifestada y casi personificada por Simeón y Ana? Vuestros votos, ¿no expresan, con especial intensidad, esa espera del encuentro con el Mesías que los dos ancianos israelitas llevaban en su corazón? Ellos, figuras del Antiguo Testamento situadas en el umbral del Nuevo, manifiestan una actitud interior que no ha prescrito. Vosotros la habéis hecho vuestra, al estar proyectados hacia la espera de la vuelta del Esposo.

El testimonio escatológico pertenece a la esencia de vuestra vocación. Los votos de pobreza, obediencia y castidad por el reino de Dios constituyen un mensaje que comunicáis al mundo sobre el destino definitivo del hombre. Es un mensaje valioso: “Quien espera vigilante el cumplimiento de las promesas de Cristo es capaz de infundir también esperanza entre sus hermanos y hermanas, con frecuencia desconfiados y pesimistas respecto al futuro” (*Vita consecrata*, 27).

4. “El Espíritu Santo estaba en él” (*Lc 2, 25*). Lo que dice el evangelista de Simeón se puede aplicar perfectamente también a vosotros, a quienes el Espíritu lleva hacia una experiencia especial de Cristo. Con la fuerza renovadora de su amor, quiere transformaros en testigos eficaces de conversión, penitencia y vida nueva.

Tener el corazón, los afectos, los intereses y los sentimientos polarizados en Jesús constituye el aspecto más grande del don que el Espíritu realiza en vosotros. Os conforma a él, casto, pobre y obediente. Y los consejos evangélicos, lejos de ser una renuncia que empobrece, representan *una opción que libera a la persona para que desarrolle con más plenitud todas sus potencialidades*.

El evangelista dice de la profetisa Ana que “no se apartaba nunca del templo” (*Lc 2, 37*). La primera vocación de quien opta por seguir a Jesús con corazón indiviso consiste en “estar con él” (*Mc 3, 14*), *vivir en comunión con él*, escuchando su palabra en la alabanza constante de Dios (cf. *Lc 2, 38*). En este momento, pienso en la oración, especialmente la litúrgica, que se eleva desde tantos monasterios y comunidades de vida consagrada esparcidos por toda la tierra. Queridos hermanos y hermanas, haced que resuene en la Iglesia vuestra alabanza con humildad y constancia; así, el canto de vuestra vida tendrá un eco profundo en el corazón del mundo.

5. La gozosa experiencia del encuentro con Jesús, el júbilo y la alabanza que brotan del corazón no pueden quedar escondidos. El servicio que prestan al Evangelio los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, con la variedad de formas que el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia, *nace siempre de una experiencia de amor y de un encuentro vivo con Cristo*. Nace de compartir su esfuerzo y su incesante ofrenda al Padre.

Vosotros, los consagrados y consagradas, invitados a dejarlo todo por seguir a Cristo, renunciáis a definir vuestra existencia a partir de la familia, la profesión o los intereses terrenos, y elegís al Señor como único criterio de identificación. *Así adquirís una nueva identidad familiar*. Para vosotros valen de modo particular las palabras del Maestro divino: “Este es mi hermano, mi hermana y mi madre” (cf. *Mc* 3, 35). Como sabéis bien, la invitación a la renuncia no es para quedaros “sin familia”, sino para convertirnos en los primeros y cualificados miembros de la “nueva familia”, testimonio y profecía para todos los que Dios quiere llamar e introducir en su casa.

6. Amados hermanos y hermanas, en todo momento de vuestra vida os acompañe, como ejemplo y apoyo, *la Virgen María*. Simeón le reveló el misterio de su Hijo y de la espada que “traspasaría su alma” (cf. *Lc* 2, 35). A ella le encomiendo hoy a todos los presentes aquí y a todas las personas de vida consagrada que celebran su jubileo:

Virgen María, Madre de Cristo
y de la Iglesia,
dirige tu mirada
a los hombres y mujeres
que tu Hijo ha llamado
a seguirlo
en la total consagración
a su amor:
que se dejen guiar siempre
por el Espíritu;
que sean incansables
en su entrega
y en su servicio al Señor,
para que sean testigos fieles
de la alegría
que brota del Evangelio
y heraldos de la Verdad

que guía al hombre
a los manantiales
de la Vida inmortal.
Amén.

Saludos a los peregrinos

(En francés)

Saludo a las personas consagradas presentes en esta jornada jubilar. Dirijo mi saludo cordial también a los peregrinos de lengua francesa. Que todos den gracias por el don de la vida consagrada. Os bendigo a todos.

(En inglés)

Saludo cordialmente a los consagrados y consagradas, así como a los peregrinos y visitantes de países de lengua inglesa. Invoco las bendiciones y la gracia de Dios todopoderoso sobre vosotros, para que crezcáis en amistad con Dios, el único que puede satisfacer las más profundas aspiraciones del corazón humano.

(En alemán)

Saludo cordialmente a los consagrados y consagradas de países de lengua alemana, que habéis venido a Roma para celebrar el jubileo y renovar vuestros votos. Que este encuentro sea para vuestra vida fuente de alegría interior y entusiasmo, de acuerdo con los consejos evangélicos.

(En español)

Saludo cordialmente a las personas consagradas, así como a los peregrinos de lengua española que han participado en esta celebración. Que con la gracia del jubileo anunciéis a Cristo, mediante el testimonio de vida y el ardor apostólico.

(En polaco)

Saludo cordialmente a todas las órdenes, congregaciones, sociedades de vida apostólica e institutos, cuyos miembros han querido estar presentes en Roma para el jubileo de la vida consagrada. Doy gracias a Dios juntamente con todos vosotros por el don de la vocación a la vida consagrada, que da abundantes frutos de santidad y celo apostólico en nuestra patria, al igual que en todas las partes del mundo. Saludo también a todos los peregrinos que se encuentran en la ciudad eterna.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

JUBILEO DE LOS ENFERMOS Y DE LOS AGENTES SANITARIOS

Viernes 11 de febrero de 2000

1. “Nos visitará el sol que nace de lo alto” (Lc 1, 78). Con estas palabras, Zacarías anunciaba la ya próxima venida del Mesías al mundo.

En la página evangélica que acabamos de proclamar, hemos revivido el episodio de la Visitación: la visitación de María a su prima Isabel, la visitación de Jesús a Juan, la visitación de Dios al hombre.

Amadísimos hermanos y hermanas enfermos, que habéis venido hoy a esta plaza para celebrar vuestro jubileo, también el acontecimiento que estamos viviendo es *expresión de una peculiar visitación de Dios*. Con esta certeza, os acojo y os saludo cordialmente. Estáis en el corazón del Sucesor de Pedro, que comparte todas vuestras preocupaciones y angustias: ¡sed bienvenidos! Con íntima emoción celebro hoy el gran jubileo del año 2000 junto con vosotros, y con los agentes sanitarios, los familiares y los voluntarios que os acompañan con diligente abnegación.

Saludo al arzobispo monseñor Javier Lozano Barragán, presidente del Consejo pontificio para la pastoral de los agentes sanitarios, y a sus colaboradores, que se han ocupado de la organización de este encuentro jubilar. Saludo a los señores cardenales y obispos presentes, así como a los prelados y sacerdotes que han acompañado a grupos de enfermos en esta celebración. Saludo a la ministra de Salud pública del Gobierno italiano y a las demás autoridades que han participado. Por último, saludo y doy las gracias a los numerosísimos profesionales y voluntarios que han estado dispuestos a ponerse al servicio de los enfermos durante estos días.

2. “Nos visitará el sol que nace de lo alto”. ¡Sí, Dios nos ha visitado hoy! Él está con nosotros en toda situación difícil. Pero *el jubileo es experiencia de una visitación suya muy singular*. Al hacerse hombre, el Hijo de Dios ha venido a visitar a cada una de las personas y se ha convertido para cada una de ellas en “la Puerta”: Puerta de la vida, Puerta de la salvación. Si el hombre quiere encontrar la salvación, debe entrar a través de esta Puerta. Cada uno está invitado a cruzar este umbral.

Hoy estáis invitados a cruzarlo especialmente vosotros, queridos enfermos y personas que sufrís, que habéis acudido a la plaza de San Pedro desde Roma, desde Italia y desde el mundo entero. También estáis invitados vosotros que, comunicados por un puente televisivo especial, os unís a nosotros en la oración desde el santuario de Czestochowa (Polonia): os envío mi saludo cordial, que extendiendo de buen grado a cuantos, mediante la televisión y la radio, siguen nuestra celebración en Italia y en el extranjero.

Amadísimos hermanos y hermanas, algunos de vosotros estáis inmovilizados desde hace años en un lecho de dolor: pido a Dios que este encuentro constituya para ellos un extraordinario alivio físico y espiritual. Deseo que esta conmovedora celebración ofrezca a todos, sanos y enfermos, la oportunidad de meditar en el valor salvífico del sufrimiento.

3. El dolor y la enfermedad forman parte del misterio del hombre en la tierra. Ciertamente, es justo luchar contra la enfermedad, porque la salud es un don de Dios. Pero es importante también saber leer el designio de Dios cuando el sufrimiento llama a nuestra puerta. *La "clave" de dicha lectura es la cruz de Cristo.* El Verbo encarnado acogió nuestra debilidad, asumiéndola sobre sí en el misterio de la cruz. Desde entonces, el sufrimiento tiene *una posibilidad de sentido*, que lo hace singularmente valioso. Desde hace dos mil años, desde el día de la pasión, la cruz brilla como suprema manifestación del amor que Dios siente por nosotros. Quien sabe acogerla en su vida, experimenta cómo el dolor, iluminado por la fe, se transforma en fuente de esperanza y salvación.

Ojalá que Cristo sea la Puerta para vosotros, queridos enfermos llamados en este momento a llevar una cruz más pesada. Que Cristo sea también la Puerta para vosotros, queridos acompañantes, que los cuidáis. Como el buen samaritano, todo creyente debe dar amor a quien sufre. No está permitido "pasar de largo" ante quien está probado por la enfermedad. Por el contrario, hay que detenerse, inclinarse sobre su enfermedad y compartirla generosamente, aliviando su peso y sus dificultades.

4. Santiago escribe: "¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados" (St 5, 14-15). Dentro de poco reviviremos de modo singular esta exhortación del Apóstol, cuando algunos de vosotros, queridos enfermos, recibáis el sacramento de la

unción de los enfermos. Él, devolviendo el vigor espiritual y físico, pone muy bien de relieve que Cristo es para la persona que sufre *la Puerta que conduce a la vida*.

Queridos enfermos, éste es el momento culminante de vuestro jubileo. Al cruzar el umbral de la Puerta santa, uníos a todos los que, en todas las partes del mundo, ya la han cruzado, y a cuantos la cruzarán durante el Año jubilar. Ojalá que pasar a través de la Puerta santa sea signo de vuestro ingreso espiritual en el misterio de Cristo, el Redentor crucificado y resucitado, que por amor “llevó nuestras dolencias y soportó nuestros dolores” (Is 53, 4).

5. La Iglesia entra en el nuevo milenio estrechando en su corazón el evangelio del sufrimiento, que es anuncio de redención y salvación. Hermanos y hermanas enfermos, sois testigos singulares de este Evangelio. El tercer milenio espera este testimonio de los cristianos que sufren. Lo espera también de vosotros, agentes de la pastoral sanitaria, que con funciones diferentes cumplís junto a los enfermos una misión tan significativa y apreciada,preciadísima.

Que se incline sobre cada uno de vosotros la Virgen Inmaculada, que nos visitó en Lourdes, como hoy recordamos con alegría y gratitud. En la gruta de Massabielle confió a santa Bernardita un mensaje que lleva al corazón del Evangelio: a la conversión y a la penitencia, a la oración y al abandono confiado en las manos de Dios.

Con María, la Virgen de la Visitación, elevamos también nosotros al Señor el “Magníficat”, que es el canto de la esperanza de todos los pobres, los enfermos y los que sufren en el mundo, que exultan de alegría porque saben que Dios está junto a ellos como Salvador.

Así pues, con la Virgen santísima queremos proclamar: “Proclama mi alma la grandeza del Señor”, y dirigir nuestros pasos hacia la verdadera Puerta jubilar: Jesucristo, que es el mismo ayer, hoy y siempre.

Saludos

(En inglés)

Saludo cariñosamente a los peregrinos de lengua inglesa que toman parte en esta especial celebración jubilar para los enfermos y los agentes sanitarios. Encomendándoos a todos a la poderosa intercesión de la Bienaventurada Virgen María, auxilio de los cristianos y consuelo de los afligidos, invoco sobre vosotros fuerza y paz en su Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

(En francés)

Dirijo un saludo muy cordial a los enfermos y a quienes los acompañan. Habiendo venido para vivir juntos este jubileo, formáis una magnífica comunidad de fe y esperanza. Vuestro testimonio y vuestra oración son un tesoro precioso, y constituyen una misión esencial para la Iglesia y el mundo. En efecto, toda oración, incluso la más recóndita, contribuye a elevar el mundo a Dios. Servir a nuestros hermanos significa servir a Cristo. ¡Que la Virgen María os guíe cada día!

(En español)

Me dirijo ahora a los peregrinos de lengua española participantes en esta celebración del jubileo de los enfermos. Que la gracia jubilar os ayude a ser testigos valientes de Jesucristo, ofreciendo con él vuestra vida, alegrías y tristezas, para la salvación de todos.

(En alemán)

Saludo con particular cordialidad a todos los peregrinos de lengua alemana que han venido a Roma para el jubileo de los enfermos. Expreso mi estima a quienes se dedican al cuidado y a la asistencia de los enfermos. Ojalá que la celebración de esta liturgia divina refuerce vuestra fe, mediante la cual renováis vuestra valentía de vivir.

(En portugués)

Dirijo un saludo amistoso y solidario a todos los enfermos de lengua portuguesa que participan física o espiritualmente en esta peregrinación jubilar: deseo aseguraros que encomiendo diariamente a Dios, Padre de toda consolación, vuestro calvario, para que vuestra fe y vuestra esperanza en el divino Crucificado no desfallezcan; él puede transformar en júbilo vuestra aflicción, y vuestros dolores en remedio de salvación para quienes amáis.

(En polaco)

Saludo a los peregrinos procedentes de Polonia, de modo particular a los enfermos y a los que sufren, así como a las personas que los asisten y a los sacerdotes. A través de vuestro sufrimiento, estáis particularmente unidos a Cristo. Él, que con su pasión y su muerte en la cruz ha redimido el mundo, sea siempre vuestra fuerza en el dolor.

Hermanos y hermanas que sufrís, tenemos una deuda con vosotros. ¡La Iglesia tiene una deuda con vosotros, y también el Papa! Rezad por nosotros.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II EN EL JUBILEO DE LA CURIA ROMANA

martes 22 de febrero de 2000

1. *“Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16, 18).*

Hemos cruzado como peregrinos la Puerta santa de la basílica vaticana, y ahora la palabra de Dios atrae nuestra atención hacia lo que Cristo dijo a Pedro y *de* Pedro.

Nos encontramos reunidos en torno al altar de la Confesión, situado sobre la tumba del Apóstol, y nuestra asamblea está formada por la especial comunidad de servicio que se llama la Curia romana. El *ministerio petrino*, es decir, el servicio propio del Obispo de Roma, con el que cada uno de vosotros está llamado a colaborar en su propio campo de trabajo, nos une en una sola familia e inspira nuestra oración en el momento solemne que la Curia romana vive hoy, *fiesta de la Cátedra de San Pedro*.

Todos nosotros, y en primer lugar yo mismo, nos sentimos profundamente afectados por las palabras del Evangelio que acabamos de proclamar: *“Tú eres el Cristo... Tú eres Pedro” (Mt 16, 16. 18)*. En esta basílica, junto a la memoria del martirio del Pescador de Galilea, esas palabras resuenan de nuevo con singular elocuencia, incrementada por el intenso clima espiritual del jubileo del bimilenario de la Encarnación.

2. *“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16, 16)*: esta es la confesión de fe del Príncipe de los Apóstoles. Y esta es también la confesión que renovamos nosotros hoy, venerados hermanos cardenales, obispos y sacerdotes, juntamente con todos vosotros, amadísimos religiosos, religiosas y laicos que prestáis vuestra apreciada colaboración en el ámbito de la Curia romana. Repetimos las luminosas palabras del Apóstol con particular emoción en este día, en el que celebramos nuestro jubileo especial.

Y la respuesta de Cristo resuena con fuerza en nuestra alma: *“Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16, 18)*. El evangelista san Juan atestigua que Jesús había puesto a Simón el nombre *“Cefas”* ya desde su primer encuentro, cuando lo había llevado a él su hermano Andrés (cf. *Jn 1, 41-*

42). En cambio, el relato de san Mateo confiere a este acto de Cristo el mayor relieve, colocándolo en un momento central del ministerio mesiánico de Jesús, el cual explicita el significado del nombre “Pedro” refiriéndolo a la edificación de la Iglesia.

“Tú eres el Cristo”: sobre esta profesión de fe de Pedro, y sobre la consiguiente declaración de Jesús: “Tú eres Pedro”, se funda la Iglesia. Un fundamento invencible, que las fuerzas del mal no pueden destruir, pues lo protege la voluntad misma del “Padre que está en los cielos” (Mt 16, 17). *La Cátedra de Pedro*, que hoy celebramos, *no se apoya en seguridades humanas* -“ni la carne ni la sangre”- sino en Cristo, *pedra angular*. Y también nosotros, como Simón, nos sentimos “bienaventurados”, porque sabemos que nuestro único motivo de orgullo está en el plan eterno y providente de Dios.

3. “Yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él” (Ez 34, 11). La primera lectura, tomada del célebre oráculo del profeta Ezequiel sobre los pastores de Israel, evoca con fuerza el *carácter pastoral del ministerio petrino*. Es el carácter que distingue, de reflejo, la naturaleza y el servicio de la Curia romana, cuya misión consiste precisamente en colaborar con el Sucesor de Pedro en el cumplimiento de la tarea que Cristo le encargó: apacentar su rebaño.

“Yo mismo apacentaré mis ovejas y las llevaré a reposar” (Ez 34, 15). “Yo mismo”: estas son las palabras más importantes, pues manifiestan la determinación con la que Dios quiere tomar la iniciativa, ocupándose él personalmente de su pueblo. Sabemos muy bien que la promesa -“Yo mismo”- se ha hecho realidad. *Se cumplió en la plenitud de los tiempos*, cuando Dios envió a su Hijo, el buen Pastor, a apacentar su rebaño “con el poder del Señor, con la majestad del nombre del Señor” (Mi 5, 3). Lo envió a reunir a los hijos de Dios dispersos, ofreciéndose como cordero, víctima mansa de expiación, sobre el altar de la cruz.

Este es el modelo de pastor que Pedro y los demás Apóstoles aprendieron a conocer e imitar estando con Jesús y compartiendo su ministerio mesiánico (cf. Mc 3, 14-15). Se ve reflejado en la segunda lectura, en la que Pedro se define a sí mismo “testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que está para manifestarse” (1 P 5, 1). El *pastor Pedro* fue totalmente modelado por el *Pastor Jesús* y por el dinamismo de su Pascua. El *ministerio petrino* está arraigado en esta *singular conformación a Cristo Pastor* de Pedro y de sus Sucesores, una conformación que tiene su fundamento en un pecu-

liar carisma de amor: “¿Me amas más que estos?... Apacienta mis corderos” (Jn 21, 15).

4. En una ocasión como la que estamos viviendo, el Sucesor de Pedro no puede olvidar *lo que aconteció antes de la pasión de Cristo*, en el huerto de los Olivos, después de la última Cena. Ninguno de los Apóstoles parecía darse cuenta de lo que estaba a punto de suceder y que Jesús conocía muy bien: él sabía que acudía a ese lugar para velar y orar, a fin de prepararse así para “su hora”, la hora de la muerte en la cruz.

Había dicho a los Apóstoles: “Todos os vais a escandalizar, ya que está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas” (Mc 14, 27). Pedro replicó: “Aunque todos se escandalicen, yo no” (Mc 14, 29). Nunca me escandalizaré, nunca te dejaré... Y Jesús le respondió: “Yo te aseguro: hoy, esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres” (Mc 14, 30). “Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré” (Mc 14, 31), insistió firmemente Pedro, y con él los demás Apóstoles. Y Jesús le dijo: “¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos” (Lc 22, 31-32).

He aquí la promesa de Cristo, que constituye nuestra consoladora certeza: *el ministerio petrino no se funda en las capacidades y en las fuerzas humanas, sino en la oración de Cristo*, que implora al Padre para que la fe de Simón “no desfallezca” (Lc 22, 32). “Una vez convertido”, Pedro podrá cumplir su servicio en medio de sus hermanos. La conversión del Apóstol -podríamos decir su segunda conversión- constituye así el paso decisivo en su itinerario de seguimiento del Señor.

5. Amadísimos hermanos y hermanas que participáis en esta celebración jubilar de la Curia romana, no debemos olvidar nunca esas palabras de Cristo a Pedro. Nuestro gesto de cruzar la Puerta santa, para obtener la gracia del gran jubileo, debe estar impulsado por un profundo *espíritu de conversión*. Para ello nos resulta muy útil precisamente la historia de Pedro, su experiencia de la debilidad humana, que, poco después del diálogo con Jesús que acabamos de recordar, lo llevó a olvidar las promesas hechas con tanta insistencia y a negar a su Señor. A pesar de su pecado y de sus limitaciones, Cristo lo eligió y lo llamó a una misión altísima: la de ser el fundamento de la unidad visible de la Iglesia y confirmar a sus hermanos en la fe.

En el caso de Pedro fue decisivo lo que sucedió en la noche entre el jueves y el viernes de la Pasión. Cristo, al ser llevado fuera de la casa del sumo sacerdote, miró a Pedro a los ojos. El Apóstol, que lo acababa de negar tres veces, fulgurado por esa mirada, lo comprendió todo. Recordó las palabras del Maestro y sintió que le traspasaban el corazón. “Y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente” (Lc 22, 62).

Quiera Dios que el llanto de Pedro nos sacuda interiormente, de modo que nos impulse a una auténtica purificación interior. “Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador” (Lc 5, 8), había exclamado un día, después de la pesca milagrosa. Hagamos nuestra, amadísimos hermanos y hermanas, esta invocación de Pedro, mientras celebramos nuestro santo jubileo. Cristo renovará también para nosotros -así lo esperamos con humilde confianza- sus prodigios: nos concederá de forma sobreabundante su gracia sanante y realizará nuevas pescas milagrosas, llenas de promesas para la misión de la Iglesia en el tercer milenio.

Virgen santísima, que acompañaste con la oración los primeros pasos de la Iglesia naciente, vela sobre nuestro camino jubilar. Alcánzanos experimentar, como Pedro, el apoyo constante de Cristo. Ayúdanos a vivir nuestra misión al servicio del Evangelio en la fidelidad y en la alegría, a la espera de la vuelta gloriosa de nuestro Señor Jesucristo, que es el mismo ayer, hoy y siempre.

HOMILÍA DE JUAN PABLO II
SANTA MISA DE LA JORNADA DEL PERDÓN
DEL AÑO SANTO 2000

Primer domingo de Cuaresma, 12 de marzo

1. “En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios! A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él” (2 Co 5, 20-21).

La Iglesia relee estas palabras de san Pablo cada año, el miércoles de Ceniza, al comienzo de la Cuaresma. Durante el tiempo cuaresmal, la Iglesia desea unirse de modo particular a Cristo, que, impulsado interiormente por el Espíritu Santo, inició su misión mesiánica dirigiéndose al desierto, donde ayunó durante cuarenta días y cuarenta noches (cf. *Mc* 1, 12-13).

Al término de ese ayuno fue tentado por Satanás, como narra sintéticamente, en la liturgia de hoy, el evangelista san Marcos (cf. *Mc* 1, 13). San Mateo y san Lucas, en cambio, tratan con mayor amplitud ese combate de Cristo en el desierto y su victoria definitiva sobre el tentador: “Vete, Satanás, porque está escrito: “Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él darás culto”” (*Mt* 4, 10).

Quien habla así es aquel “que no conoció pecado” (2 Co 5, 21), Jesús, “el Santo de Dios” (*Mc* 1, 24).

2. “A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros” (2 Co 5, 21). Acabamos de escuchar en la segunda lectura esta afirmación sorprendente del Apóstol. ¿Qué significan estas palabras? Parecen una paradoja y, efectivamente, lo son. ¿Cómo pudo Dios, que es la santidad misma, “hacer pecado” a su Hijo unigénito, enviado al mundo? Sin embargo, esto es precisamente lo que leemos en el pasaje de la segunda carta de san Pablo a los Corintios. Nos encontramos ante un misterio: misterio que, a primera vista, resulta desconcertante, pero que se inscribe claramente en la Revelación divina.

Ya en el Antiguo Testamento, el libro de Isaías habla de ello con inspiración profética en el cuarto canto del Siervo de Yahveh: “Todos nosotros como

ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y el Señor descargó sobre él la culpa de todos nosotros" (Is 53, 6).

Cristo, el Santo, a pesar de estar absolutamente sin pecado, acepta tomar sobre sí nuestros pecados. Acepta para redimirnos; acepta cargar con nuestros pecados para cumplir la misión recibida del Padre, que, como escribe el evangelista san Juan, "tanto amó al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él (...) tenga vida eterna" (Jn 3, 16).

3. Ante Cristo que, por amor, cargó con nuestras iniquidades, todos estamos invitados a *un profundo examen de conciencia*. Uno de los elementos característicos del gran jubileo es el que he calificado como "purificación de la memoria" (*Incarnationis mysterium*, 11). Como Sucesor de Pedro, he pedido que "en este año de misericordia la Iglesia, persuadida de la santidad que recibe de su Señor, se postre ante Dios e implore perdón por los pecados pasados y presentes de sus hijos" (*ib.*). Este primer domingo de Cuaresma me ha parecido la ocasión propicia para que la Iglesia, reunida espiritualmente en torno al Sucesor de Pedro, implore el perdón divino por las culpas de todos los creyentes. ¡Perdonemos y pidamos perdón!

Esta exhortación ha suscitado en la comunidad eclesial una profunda y provechosa reflexión, que ha llevado a la publicación, en días pasados, de un documento de la Comisión teológica internacional, titulado: "*Memoria y reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado*". Doy las gracias a todos los que han contribuido a la elaboración de este texto. Es muy útil para una comprensión y aplicación correctas de la auténtica petición de perdón, fundada en la *responsabilidad objetiva* que une a los cristianos, en cuanto miembros del Cuerpo místico, y que impulsa a los fieles de hoy a reconocer, además de sus culpas propias, las de los cristianos de ayer, a la luz de un cuidadoso discernimiento histórico y teológico. En efecto, "por el vínculo que une a unos y otros en el Cuerpo místico, y aun sin tener responsabilidad personal ni eludir el juicio de Dios, el único que conoce los corazones, somos portadores del peso de los errores y de las culpas de quienes nos han precedido" (*Incarnationis mysterium*, 11). Reconocer las desviaciones del pasado sirve para despertar nuestra conciencia ante los compromisos del presente, abriendo a cada uno el camino de la conversión.

4. ¡Perdonemos y pidamos perdón! A la vez que alabamos a Dios, que, en su amor misericordioso, ha suscitado en la Iglesia una cosecha maravillosa de santidad, de celo misionero y de entrega total a Cristo y al prójimo, no pode-

mos menos de reconocer *las infidelidades al Evangelio que han cometido algunos de nuestros hermanos*, especialmente durante el segundo milenio. Pidamos perdón por las divisiones que han surgido entre los cristianos, por el uso de la violencia que algunos de ellos hicieron al servicio de la verdad, y por las actitudes de desconfianza y hostilidad adoptadas a veces con respecto a los seguidores de otras religiones.

Confesemos, con mayor razón, *nuestras responsabilidades de cristianos por los males actuales*. Frente al ateísmo, a la indiferencia religiosa, al secularismo, al relativismo ético, a las violaciones del derecho a la vida, al desinterés por la pobreza de numerosos países, no podemos menos de preguntarnos cuáles son nuestras responsabilidades.

Por la parte que cada uno de nosotros, con sus comportamientos, ha tenido en estos males, contribuyendo a desfigurar el rostro de la Iglesia, pidamos humildemente perdón.

Al mismo tiempo que confesamos nuestras culpas, *perdonemos las culpas cometidas por los demás contra nosotros*. En el curso de la historia los cristianos han sufrido muchas veces atropellos, prepotencias y persecuciones a causa de su fe. Al igual que perdonaron las víctimas de dichos abusos, así también perdonemos nosotros. La Iglesia de hoy y de siempre se siente comprometida a *purificar la memoria* de esos tristes hechos de todo sentimiento de rencor o venganza. De este modo, el jubileo se transforma para todos en ocasión propicia de profunda conversión al Evangelio. De la acogida del perdón divino brota el compromiso de perdonar a los hermanos y de reconciliación recíproca.

5. Pero ¿qué significa para nosotros el término “reconciliación”? Para captar su sentido y su valor exactos, es necesario ante todo darse cuenta de la posibilidad de la división, de la separación. Sí, el hombre es la única criatura en la tierra que puede establecer una relación de comunión con su Creador, pero también es *la única que puede separarse de él*. De hecho, por desgracia, con frecuencia se aleja de Dios.

Afortunadamente, muchos, como el hijo pródigo, del que habla el evangelio de san Lucas (cf. *Lc 15, 13*), después de abandonar la casa paterna y disipar la herencia recibida, al tocar fondo, se dan cuenta de todo lo que han perdido (cf. *Lc 15, 13-17*). Entonces, emprenden el camino de vuelta: «Me levantaré, iré a mi padre y le diré: “Padre, pequé...”» (*Lc 15, 18*).

Dios, bien representado por el padre de la parábola, acoge a todo hijo pródigo que vuelve a él. Lo acoge por medio de Cristo, en quien el pecador puede volver a ser “justo” con la justicia de Dios. Lo acoge, porque hizo pecado por nosotros a su Hijo eterno. Sí, sólo por medio de Cristo podemos llegar a ser justicia de Dios (cf. 2 Co 5, 21).

6. “Dios tanto amó al mundo que dio a su Hijo único”. ¡Éste es en síntesis, el significado, del misterio de la redención del mundo! Hay que darse cuenta plenamente del valor del gran don que el Padre nos ha hecho en Jesús. Es necesario que ante la mirada de nuestra alma se presente Cristo, el Cristo de Getsemaní, el Cristo flagelado, coronado de espinas, con la cruz a cuestas y, por último, crucificado. Cristo tomó sobre sí el peso de los pecados de todos los hombres, el peso de nuestros pecados, para que, en virtud de su sacrificio salvífico, pudiéramos reconciliarnos con Dios.

Saulo de Tarso, convertido en san Pablo, se presenta hoy ante nosotros como testigo: él experimentó, de modo singular, la fuerza de la cruz en el camino de Damasco. El Resucitado se le manifestó con todo el esplendor de su poder: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (...) ¿Quién eres, Señor? (...) Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (*Hch* 9, 4-5). San Pablo, que experimentó con tanta fuerza el poder de la cruz de Cristo, se dirige hoy a nosotros con una ardiente súplica: “Os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios”. San Pablo insiste en que esta gracia nos la ofrece Dios mismo, que nos dice hoy a nosotros: “En el tiempo favorable te escuché y en el día de salvación te ayudé” (2 Co 6, 2).

María, Madre del perdón, ayúdanos a acoger la gracia del perdón que el jubileo nos ofrece abundantemente. Haz que la Cuaresma de este extraordinario Año santo sea para todos los creyentes, y para cada hombre que busca a Dios, el momento favorable, el tiempo de la reconciliación, el tiempo de la salvación.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II DURANTE LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA EN EL JUBILEO DE LOS ARTESANOS

Domingo 19 de marzo

1. Dios, “que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?” (Rm 8, 32).

El apóstol Pablo, en la carta a los Romanos, formula esta pregunta, en la que destaca con claridad el tema central de la liturgia de este día: *el misterio de la paternidad de Dios*. En el pasaje evangélico es el mismo Padre eterno quien se presenta a nosotros cuando, desde la nube luminosa que envuelve a Jesús y a los Apóstoles en el monte de la Transfiguración, hace oír su voz, que exhorta: “Éste es mi Hijo amado, escuchadlo” (Mc 9, 7). Pedro, Santiago y Juan intuyen -luego lo comprenderán mejor- que Dios les ha hablado revelándose a sí mismo y el misterio de su realidad más íntima.

Después de la resurrección, ellos, junto con los demás Apóstoles, llevarán al mundo este impresionante anuncio: *en su Hijo encarnado Dios se ha acercado a todo hombre como Padre misericordioso*. En Cristo todo ser humano es envuelto por el abrazo tierno y fuerte de un Padre.

2. Este anuncio se dirige también a vosotros, amadísimos artesanos, que habéis llegado a Roma de todas partes del mundo para celebrar vuestro jubileo. En el redescubrimiento de esta consoladora realidad -*Dios es Padre*- os sostiene vuestro patrono celestial, san José, artesano como vosotros, hombre justo y custodio fiel de la Sagrada Familia.

Lo contempláis como ejemplo de laboriosidad y honradez en el trabajo diario. En él buscáis, sobre todo, el modelo de una fe sin reservas y de una obediencia constante a la voluntad del Padre celestial.

Al lado de san José, encontraréis al mismo Hijo de Dios que, bajo su guía, aprende el oficio de carpintero y lo ejerce hasta los treinta años, proponiendo en sí mismo el “evangelio del trabajo”.

De ese modo, durante su existencia terrena, san José llega a ser humilde y laborioso reflejo de la paternidad divina que se revelará a los Apóstoles en el monte de la Transfiguración. La liturgia de este segundo domingo de Cuaresma nos invita a reflexionar con mayor atención en ese misterio. El mismo Padre celestial nos toma de la mano para guiarnos en esta meditación.

Cristo es el Hijo amado del Padre. Es, sobre todo, la palabra “amado” la que, respondiendo a nuestros interrogantes, descorre en cierto modo el velo que oculta el misterio de la paternidad divina. En efecto, nos da a conocer el amor infinito del Padre al Hijo y, al mismo tiempo, nos revela su “pasión” por el hombre, por cuya salvación no duda en entregar a este Hijo tan amado. Todo ser humano puede saber ya que en Jesús, Verbo encarnado, es objeto de un amor ilimitado por parte del Padre celestial.

3. Una contribución ulterior al conocimiento de este misterio nos la da la primera lectura, tomada del libro del Génesis. *Dios pide a Abraham el sacrificio de su hijo:* “Toma a tu hijo único, al que quieres, a Isaac, y vete al país de Moria y ofrécemelo en sacrificio, sobre uno de los montes que yo te indicaré” (Gn 22, 2). Con el corazón destrozado, Abraham se dispone a cumplir la orden de Dios. Pero, cuando está a punto de clavar a su hijo el cuchillo del sacrificio, el Señor lo detiene y, por medio de un ángel, le dice: “No alargues la mano contra tu hijo ni le hagas nada. Ahora sé que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, tu único hijo” (Gn 22, 12).

A través de las vicisitudes de una paternidad humana sometida a una prueba dramática, se revela otra paternidad, basada en la fe. Precisamente en virtud del extraordinario testimonio de fe dado en aquella circunstancia, Abraham obtiene la promesa de una descendencia numerosa: “Todos los pueblos del mundo se bendecirán con tu descendencia, porque me has obedecido” (Gn 22, 18). Gracias a su fe incondicional en la palabra de Dios, Abraham se convierte en padre de todos los creyentes.

4. Dios Padre “no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros” (Rm 8, 32). Abraham, con su disponibilidad a inmolar a Isaac, anuncia el sacrificio de Cristo por la salvación del mundo. La ejecución efectiva del sacrificio, que le fue ahorrada a Abraham, se realizará con Jesucristo. Él mismo informa a los Apóstoles: al bajar del monte de la Transfiguración, les prohíbe que cuenten lo que han visto antes de que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. El evangelista añade: “Esto se les quedó gra-

bado y discutían qué querría decir aquello de resucitar de entre los muertos” (Mc 9, 10).

Los discípulos intuyen que Jesús es el Mesías y que en él se realiza la salvación. Pero no logran comprender por qué habla de pasión y de muerte: no aceptan que el amor de Dios *pueda esconderse detrás de la cruz*. Y, sin embargo, donde los hombres verán sólo una muerte, Dios manifestará su gloria, resucitando a su Hijo; donde los hombres pronunciarán palabras de condena, Dios realizará su misterio de salvación y amor al género humano.

Ésta es la lección que cada generación cristiana debe volver a aprender. Cada generación, ¡también la nuestra! Aquí radica la razón de ser de nuestro camino de conversión en este tiempo singular de gracia. El jubileo ilumina toda la vida y la experiencia de los hombres. Incluso la fatiga y el cansancio del trabajo diario reciben de la fe en Cristo muerto y resucitado una nueva luz de esperanza. Aparecen como elementos significativos del diseño de salvación que el Padre celestial está realizando mediante la cruz de su Hijo.

5. Apoyados en esta certeza, queridos artesanos, podéis fortalecer y concretar los valores que desde siempre caracterizan vuestra actividad: el perfil cualitativo, el espíritu de iniciativa, la promoción de las capacidades artísticas, la libertad y la cooperación, la relación correcta entre tecnología y ambiente, el arraigo familiar y las buenas relaciones de vecindad. La civilización artesana ha sabido crear, en el pasado, grandes ocasiones de encuentro entre los pueblos, y ha transmitido a las épocas sucesivas síntesis admirables de cultura y fe.

El misterio de la vida de Nazaret, del que san José, patrono de la Iglesia y vuestro protector, fue custodio fiel y testigo sabio, es el icono de esta admirable síntesis entre vida de fe y trabajo humano, entre crecimiento personal y compromiso de solidaridad.

Amadísimos artesanos, habéis venido hoy para celebrar vuestro jubileo. Que la luz del Evangelio ilumine cada vez más vuestra experiencia laboral diaria. El jubileo os ofrece la ocasión de encontraros con Jesús, José y María, entrando en su casa y en el humilde taller de Nazaret.

En la singular escuela de la Sagrada Familia se aprenden las realidades esenciales de la vida y se profundiza el significado del seguimiento de Jesús.

Nazaret enseña a superar la tensión aparente entre la vida activa y la contemplativa; invita a crecer en el amor a la verdad divina que irradia la humanidad de Cristo y a prestar con valentía el exigente servicio de la tutela de Cristo presente en todo hombre (cf. *Redemptoris custos*, 27).

6. Crucemos, por tanto, en una peregrinación espiritual, el umbral de la casa de Nazaret, el humilde hogar que tendré la alegría de visitar, Dios mediante, la próxima semana, durante mi peregrinación jubilar a Tierra Santa.

Contemplemos a María, testigo del cumplimiento de la promesa hecha por el Señor “en favor de Abraham y su descendencia por siempre” (*Lc 1, 54-55*).

Que ella, junto con José, su casto esposo, os ayude, queridos artesanos, a permanecer en constante escucha de Dios, uniendo oración y trabajo. Ellos os sostengan en vuestros propósitos jubilares de renovada fidelidad cristiana y hagan que vuestras manos prolonguen, en cierto modo, la obra creadora y providente de Dios.

La Sagrada Familia, lugar de entendimiento y amor, os ayude a realizar gestos de solidaridad, paz y perdón. Así, seréis heraldos del amor infinito de Dios Padre, rico en misericordia y bondad para con todos. Amén.

HOMILÍA DE JUAN PABLO II

Estadio de Amman

Martes 21 de marzo de 2000

“Una voz clama: “En el desierto abrid camino al Señor, trazad en la estepa una calzada recta a nuestro Dios”” (Is 40, 3).

Beatitud;

hermanos en el episcopado y en el sacerdocio;

hermanos y hermanas:

1. Las palabras del profeta Isaías, que el evangelista aplica a Juan Bautista, nos recuerdan el camino que Dios trazó a lo largo del tiempo en su deseo de formar y salvar a su pueblo. Hoy, como parte de la peregrinación jubilar que realizo para orar en algunos de los lugares relacionados con las intervenciones salvíficas de Dios, la divina Providencia me ha traído a Jordania. Saludo a Su Beatitud Michel Sabbah, al que agradezco sus cordiales palabras de bienvenida. Abrazo cordialmente al exarca grecomelquita Georges El-Murr y a todos los miembros de la Asamblea de los Ordinarios católicos de Tierra Santa, así como a los representantes de las demás Iglesias y comunidades eclesiales. Expreso mi agradecimiento al príncipe Raad y a las autoridades civiles que han querido honrar nuestra celebración con su presencia.

El Sucesor de Pedro es peregrino en esta tierra bendecida por la presencia de Moisés y Elías, donde Jesús mismo enseñó y realizó milagros (cf. *Mc* 10, 1; *Jn* 10, 40-42), donde la Iglesia primitiva dio testimonio con la vida de numerosos santos y mártires. En este año del gran jubileo toda la Iglesia, y especialmente hoy la comunidad cristiana de Jordania, están espiritualmente unidas en una peregrinación a los orígenes de nuestra fe, una peregrinación de conversión y penitencia, de reconciliación y paz.

Buscamos un guía que nos señale el camino. Y la liturgia nos propone hoy la *figura de Juan Bautista*, una voz que clama en el desierto (cf. *Lc* 3, 4). Él nos señalará el camino que debemos seguir para que nuestros ojos puedan “ver la salvación de Dios” (cf. *Lc* 3, 6). Guiados por él, recorreremos nuestro camino de fe para ver de modo más claro *la salvación realizada por Dios* a través de

una historia que se remonta hasta Abraham. Juan Bautista fue el último de la serie de profetas que mantuvo viva y alimentó la esperanza del pueblo de Dios. Con él se acercó la plenitud de los tiempos.

2. La semilla de esta esperanza fue la promesa hecha a Abraham cuando fue llamado a abandonar todo lo que le era familiar y a seguir a un Dios al que no conocía (cf. *Gn 12, 1-3*). A pesar de su riqueza, Abraham era un hombre que vivía en las sombras de la muerte, pues no tenía hijos ni tierra propia (cf. *Gn 15, 2*). La promesa parecía vana, dado que Sara era estéril y la tierra pertenecía a otros. Pero, a pesar de ello, Abraham puso su fe en Dios: “Creyó, esperando contra toda esperanza” (*Rm 4, 18*).

Aunque parecía imposible, Sara dio a luz a Isaac, y Abraham recibió una tierra. Y a través de Abraham y sus descendientes la promesa se convirtió en una bendición para “todas las familias de la tierra” (*Gn 12, 3; 18, 18*).

3. Esa promesa se confirmó cuando Dios *habló a Moisés en el monte Sinaí*. Lo que aconteció entre Moisés y Dios en la montaña sagrada plasmó la historia sucesiva de la salvación como *una alianza de amor entre Dios y el hombre*, una alianza que exige obediencia, pero que promete liberación. Los diez mandamientos, esculpidos en piedra en el Sinaí, pero inscritos en el corazón humano desde el inicio de la creación, son la pedagogía divina de amor, dado que señalan el único camino seguro para la realización de nuestro anhelo más profundo: la aspiración insuprimible del espíritu humano hacia el bien, la verdad y la armonía.

El pueblo anduvo errante durante cuarenta años antes de llegar a esa tierra. Moisés, “que hablaba cara a cara con el Señor” (*Dt 34, 10*), murió en el monte Nebo y fue sepultado “en el valle, en el país de Moab (...). Nadie hasta hoy ha conocido su tumba” (*Dt 34, 6*). Pero la Alianza y la Ley que él recibió de Dios viven para siempre.

A lo largo de los tiempos los profetas tuvieron que defender la Ley y la Alianza contra los que ponían las normas y leyes humanas por encima de la voluntad de Dios, y por tanto *imponían una nueva esclavitud al pueblo* (cf. *Mc 6, 17-18*). La misma ciudad de Ammán, la Rabá del Antiguo Testamento, recuerda el pecado del rey David al causar la muerte de Urías y tomar por esposa a su mujer Betsabé, pues aquí cayó Urías (cf. *2 S 11, 1-17*). “Te harán la guerra -dice Dios a Jeremías en la primera lectura, que acabamos de escuchar-, mas no podrán contigo, pues yo estoy contigo para salvarte” (*Jr 1, 19*).

Por haber denunciado las faltas en el cumplimiento de la Alianza, algunos profetas, entre ellos Juan Bautista, *pagaron con su sangre*. Pero, en virtud de la promesa divina -"Yo estoy contigo para salvarte"- permanecieron firmes "como una plaza fuerte, un pilar de hierro y una muralla de bronce" (Jr 1, 18), proclamando la Ley de la vida y de la salvación, el amor que no falla nunca.

4. En la plenitud de los tiempos, a la vera del río Jordán, *Juan Bautista señala a Jesús*, sobre el que desciende el Espíritu Santo en forma de paloma (cf. Lc 3, 22), el que no bautiza con agua sino "en Espíritu Santo y fuego" (Lc 3, 16). Los cielos se abren y se escucha la voz del Padre: "Este es mi Hijo, el predilecto, en el que tengo mi complacencia" (Mt 3, 17). En él, el Hijo de Dios, se cumplen la promesa hecha a Abraham y la Ley dada a Moisés.

Jesús es la realización de la promesa. Su muerte en cruz y su resurrección llevan a la victoria definitiva de la vida sobre la muerte. A través de la Resurrección quedan abiertas las puertas del paraíso, y nosotros podemos caminar de nuevo en el jardín de la vida. En Cristo resucitado obtenemos "la misericordia, como había anunciado a nuestros padres, en favor de Abraham y su descendencia por siempre" (Lc 1, 54-55).

Jesús es el cumplimiento de la Ley. Sólo Cristo resucitado revela el significado pleno de lo que aconteció en el mar Rojo y en el monte Sinaí. Él revela la verdadera naturaleza de la Tierra prometida, donde "ya no habrá muerte" (Ap 21, 4). Al ser "el primogénito de entre los muertos" (Col 1, 18), el Señor resucitado es *la meta de toda nuestra peregrinación*: "el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin" (Ap 22, 13).

5. Durante los últimos cinco años, *la Iglesia en esta región ha celebrado el Sínodo pastoral de las Iglesias que están en Tierra Santa*. Todas las Iglesias católicas han caminado con Jesús y han vuelto a escuchar su llamada, trazando en un Plan pastoral general el itinerario por recorrer. En esta liturgia solemne me alegra recibir los frutos del Sínodo como signo de vuestra renovada fe y de vuestro compromiso generoso. El Sínodo ha implicado una experiencia profundamente sentida de *comunidad con el Señor*, y también de intensa *comunidad eclesial*, como los discípulos reunidos en torno a los Apóstoles al inicio de la Iglesia (cf. Hch 2, 42; 4, 32). El Sínodo ha mostrado claramente que *vuestro futuro reside en la unidad y la solidaridad*. Oro hoy a Dios, e invito a toda la Iglesia a orar conmigo, para que los trabajos del Sínodo lleven a un fortalecimiento de los vínculos de unión y colaboración entre las comunidades

católicas locales en toda su rica variedad, entre todas las Iglesias cristianas y comunidades eclesiales, y entre los cristianos y las demás grandes religiones que florecen aquí. Que los recursos de la Iglesia –familias, parroquias, escuelas, asociaciones laicales y movimientos juveniles– tengan la unidad y el amor como su objetivo supremo. No existe un modo más eficaz para participar social, profesional y políticamente, sobre todo *en la obra de la justicia, la reconciliación y la paz*, a la que el Sínodo ha invitado.

A los *obispos y a los sacerdotes* os digo: sed buenos pastores según el Corazón de Cristo. Guiad al rebaño que os ha sido confiado por el camino que lleva a las verdes praderas de su Reino. Reforzád la vida pastoral de vuestras comunidades mediante una colaboración nueva y más dinámica con los religiosos y los laicos. En medio de las dificultades de vuestro ministerio confiad en el Señor. Acercaos a él en la oración, y él será vuestra luz y vuestra alegría. Toda la Iglesia os agradece vuestra entrega y la misión de fe que realizáis en vuestras diócesis y en vuestras parroquias.

A los *religiosos y religiosas* os expreso la inmensa gratitud de la Iglesia por vuestro testimonio del primado de Dios en todas las cosas. Seguid resplandeciendo como faros del amor evangélico que supera todas las barreras. A los *laicos* os digo: no tengáis miedo de ocupar vuestro lugar y asumir vuestra responsabilidad en la Iglesia. Sed testigos valientes del Evangelio en vuestra familia y en la sociedad.

En este *Día de la Madre en Jordania*, me congratulo con las madres presentes aquí e invito a todas las madres a construir una nueva civilización del amor. Amad a vuestras familias. Enseñadles la dignidad de toda vida; enseñadles los caminos de la armonía y de la paz; enseñadles el valor de la fe, la oración y la bondad. Queridos *jóvenes*, el camino de la vida se abre ante vosotros. Construid vuestro futuro sobre los sólidos cimientos del amor de Dios, y permaneced siempre unidos en la Iglesia de Cristo. Contribuid a transformar el mundo en vuestro entorno, dando lo mejor de vosotros mismos al servicio de los demás y de vuestro país.

Y a los *niños que van a recibir la primera Comunión* les digo: Jesús es vuestro mejor amigo; Él conoce lo que hay en vuestro corazón. Permaneced unidos a Él, y en vuestras oraciones recordad a la Iglesia y al Papa.

6. En este año del gran jubileo, *todo el pueblo de Dios peregrino se dirige nuevamente en espíritu a los lugares relacionados con la historia de nuestra salvación.*

Después de seguir las huellas de Abraham y de Moisés, nuestra peregrinación ha llegado ahora a los lugares donde nuestro Salvador Jesucristo vivió y que recorrió durante su vida terrena. “Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo” (Hb 1, 1-2). En el Hijo se cumplieron todas las promesas. Él es el *Redemptor hominis*, el Redentor del hombre, la esperanza del mundo. Ojalá que, teniendo presente todo esto, la entera comunidad cristiana de Jordania sea cada vez más firme en la fe y generosa en las obras de servicio amoroso.

Que la santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, os guíe y os proteja en vuestro camino. Amén

HOMILÍA DE JUAN PABLO II

Plaza del Pesebre de Belén

Miércoles 22 de marzo de 2000

“Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. (É) Se llamará consejero maravilloso, Dios fuerte (É), príncipe de la paz” (Is 9, 5).

Señor presidente, gracias por su presencia y por la de las demás autoridades civiles; beatitud; hermanos cardenales, obispos y sacerdotes; amadísimos hermanos y hermanas:

1. Las palabras del profeta Isaías anuncian la venida del Salvador al mundo. Y esa gran promesa se cumplió aquí, en Belén. A lo largo de dos mil años, generación tras generación, los cristianos han pronunciado el nombre de Belén con profunda emoción y gozosa gratitud. Como los pastores y los Magos, hemos venido también nosotros a encontrar al Niño “envuelto en pañales y recostado en un pesebre” (Lc 2, 12). Como muchos peregrinos que han venido antes que nosotros, nos arrodillamos, llenos de asombro, en adoración ante el misterio inefable que aquí se realizó.

En la primera Navidad de mi ministerio como Sucesor del apóstol Pedro expresé públicamente mi gran deseo de celebrar el inicio de mi pontificado en Belén, en la gruta de la Natividad (cf. *Homilía de la misa de Nochebuena*, 24 de diciembre de 1978, n. 3). Entonces no fue posible, y no ha sido posible hasta este momento. Sin embargo, hoy no puedo por menos de alabar al Dios de toda misericordia, cuyos caminos son misteriosos y cuyo amor es infinito; no puedo por menos de alabar a Dios por haberme traído, en este año del gran jubileo, al lugar en que nació el Salvador. *Belén es el centro de mi peregrinación jubilar*. Los senderos que he seguido me han traído a este lugar y al misterio que proclama: la Natividad.

Agradezco al patriarca Michel Sabbah sus amables palabras de bienvenida y abrazo cordialmente a todos los miembros de la Asamblea de los Ordinarios católicos de Tierra Santa. Es significativa la presencia, en el lugar donde el Hijo de Dios nació según la carne, de muchas comunidades católicas de rito oriental, que forman el rico mosaico de nuestra catolicidad. Con afecto en el Señor saludo a los representantes de las Iglesias ortodoxas y de

todas las comunidades eclesiales presentes en Tierra Santa.

Expreso mi gratitud a los miembros de la Autoridad palestina que participan en nuestra celebración y se unen a nosotros en la oración por el bienestar del pueblo palestino.

2. “No temáis. Os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor” (Lc 2, 10-11).

La alegría que anunció el ángel no es algo del pasado. Es una alegría actual, del hoy eterno de la salvación de Dios, que abarca todos los tiempos: el pasado, el presente y el futuro. En el alba del nuevo milenio estamos llamados a comprender con mayor claridad que el tiempo tiene un sentido porque aquí el Eterno entró en la historia y permanece con nosotros para siempre. Las palabras de Beda el Venerable expresan claramente esta idea: “También hoy, y cada día hasta el fin de los tiempos, el Señor será continuamente concebido en Nazaret y dado a luz en Belén” (*In Ev. S. Lucae*, 2: PL 92, 330). Dado que en Belén siempre es Navidad, cada día es Navidad en el corazón de los cristianos. Cada día estamos llamados a proclamar el mensaje de Belén al mundo, “la buena nueva que produce una gran alegría”: el Verbo eterno, “Dios de Dios, luz de luz”, se hizo hombre y vino a habitar en medio de nosotros (cf. *Jn* 1, 14).

El niño recién nacido, indefenso y totalmente dependiente de los cuidados de María y José, encomendado a su amor, es toda la riqueza del mundo. Él es nuestro todo.

En este niño, el Hijo que nos ha sido dado, encontramos descanso para nuestras almas y el verdadero pan que nunca falta, el Pan eucarístico anunciado también por el nombre mismo de esta ciudad: *Beth-lehem*, la casa del pan. Dios se esconde en este niño; la divinidad se oculta en el Pan de vida. *Adoro te devote, latens Deitas. Quae sub his figuris vere latitas.*

3. El gran misterio de la *kénosis* divina, la obra de nuestra redención que se realiza en la debilidad, no es una verdad fácil. El Salvador nació en la noche, en medio de la oscuridad, del silencio y de la pobreza de la cueva de Belén. “El pueblo que andaba a oscuras vio una gran luz. Sobre los que vivían en tierra de sombras brilló una luz”, afirma el profeta Isaías (*Is* 9, 1-2). Este lugar ha conocido el “yugo” y la “vara” de la opresión. ¡Con cuánta frecuencia se ha escuchado en estas calles el grito de los inocentes! También la

gran iglesia construida sobre el lugar donde nació el Salvador aparece como una fortaleza asaltada por las luchas de los tiempos. La cuna de Jesús está siempre a la sombra de la cruz. El silencio y la pobreza del nacimiento en Belén corresponden a la oscuridad y al dolor de la muerte en el Calvario. La cuna y la cruz son el mismo misterio del amor redentor; el cuerpo que María recostó en el pesebre es el mismo cuerpo ofrecido en la cruz.

4. Así pues, ¿dónde está el dominio del “consejero maravilloso, Dios fuerte y príncipe de la paz”, del que habla el profeta Isaías? ¿Cuál es el poder al que se refiere Jesús mismo cuando afirma: “Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra”? (Mt 28, 18). El reino de Cristo “no es de este mundo” (Jn 18, 36). Su reino no es el despliegue de fuerza, de riqueza y de conquista que parece forjar nuestra historia humana. Al contrario, se trata del poder de vencer al maligno, de la victoria definitiva sobre el pecado y la muerte. Es el poder de curar las heridas que deforman la imagen del Creador en sus criaturas. El poder de Cristo es un poder que transforma nuestra débil naturaleza y nos hace capaces, mediante la gracia del Espíritu Santo, de vivir en paz los unos con los otros y en comunión con Dios. “A todos los que lo acogieron, a los que creyeron en su nombre, les dio poder de hacerse hijos de Dios” (Jn 1, 12). Este es el mensaje de Belén hoy y siempre. Este es el don extraordinario que el Príncipe de la paz trajo al mundo hace dos mil años.

5. Con esta paz saludo a todo el pueblo palestino, con clara conciencia de que este es un tiempo muy importante en vuestra historia. Pido a Dios que el Sínodo pastoral, recién concluido, en el que han participado todas las Iglesias católicas, os infunda valentía y fortalezca entre vosotros los vínculos de unidad y paz. Así seréis testigos cada vez más eficaces de la fe, edificando la Iglesia y contribuyendo al bien común. Doy el beso santo a los cristianos de las demás Iglesias y comunidades eclesiales. Saludo a la comunidad musulmana de Belén y pido por una nueva era de comprensión y cooperación entre todos los pueblos de Tierra Santa.

Hoy recordamos un acontecimiento que sucedió hace dos mil años, pero espiritualmente incluimos todos los tiempos. Estamos reunidos en un lugar, pero abarcamos el mundo entero. Celebramos a un Niño recién nacido, pero abrazamos a los hombres y mujeres de todos los lugares. Hoy, desde la plaza del Pesebre, proclamamos con fuerza a todo tiempo y lugar, y a toda persona: “¡La paz esté con vosotros! ¡No temáis!”. Estas palabras resuenan en todas las páginas de la Escritura. Son palabras divinas, pronunciadas por

Jesús mismo después de su resurrección de entre los muertos: “¡No temáis!” (Mt 28, 10). Esas mismas palabras os las dirige hoy a vosotros la Iglesia. No temáis conservar vuestra presencia y vuestra herencia cristianas en el lugar mismo en donde nació el Salvador.

En la cueva de Belén, como dice san Pablo en la segunda lectura que acabamos de escuchar, “se manifestó la gracia de Dios” (Tt 2, 11). En el Niño que ha nacido, el mundo ha recibido “la misericordia prometida a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia por siempre” (cf. Lc 1, 54-55). Deslumbrados por el misterio del Verbo eterno que se hizo carne, abandonamos todo temor y, como los ángeles, glorificamos a Dios que da al mundo esos dones. Con el coro celestial “cantamos un cántico nuevo” (Sal 96, 1).

“Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres, que él ama” (Lc 2, 14).

¡Oh Niño de Belén, Hijo de María e Hijo de Dios, Señor de todos los tiempos y Príncipe de la paz, “el mismo ayer, hoy y siempre” (Hb 13, 8): mientras entramos en el nuevo milenio, cura nuestras heridas, afianza nuestros pasos, abre nuestro corazón y nuestra mente a “las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, que nos visitará como el astro que surge de lo alto”! (Lc 1, 78).

Amén.

HOMILÍA DE JUAN PABLO II

CAPILLA DEL CENÁCULO

Jerusalén

Jueves 23 de marzo de 2000

1. *“Esto es mi Cuerpo”.*

Reunidos en el Cenáculo, hemos escuchado la narración evangélica de la última Cena. Hemos escuchado *palabras que brotan de lo más profundo del misterio de la encarnación del Hijo de Dios*. Jesús toma pan, lo bendice y lo parte, y luego lo da a sus discípulos, diciendo: “Esto es mi Cuerpo”. La alianza de Dios con su pueblo está a punto de culminar en el sacrificio de su Hijo, el Verbo eterno hecho carne. Las antiguas profecías están a punto de cumplirse: “Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. (...) ¡He aquí que vengo (...) a hacer, oh Dios, tu voluntad!” (*Hb 10, 5-7*). En la Encarnación, el Hijo de Dios, que es uno con el Padre, se hizo hombre y recibió un cuerpo de la Virgen María. Y ahora, la víspera de su muerte, dice a sus discípulos: “Esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros”.

Con profunda emoción escuchamos, una vez más, estas palabras, pronunciadas aquí, en el Cenáculo, hace dos mil años. Desde entonces, han sido repetidas, de generación en generación, por quienes participan del sacerdocio de Cristo a través del sacramento del orden sagrado. De este modo, Cristo mismo repite continuamente estas palabras, mediante la voz de sus sacerdotes en todos los rincones del mundo.

2. *“Este es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía”.*

Obedeciendo al mandamiento de Cristo, la Iglesia repite estas palabras todos los días en la celebración de la Eucaristía. *Estas palabras brotan de lo más profundo del misterio de la Redención*. Durante la celebración de la cena pascual en el Cenáculo, Jesús tomó el cáliz lleno de vino, lo bendijo y lo dio a sus discípulos. Esto formaba parte del rito pascual en el Antiguo Testamento. Pero Cristo, el Sacerdote de la alianza nueva y eterna, usó esas palabras para proclamar *el misterio salvífico de su pasión y muerte*. Bajo las especies del pan y del vino instituyó los signos sacramentales del sacrificio de su Cuerpo y de su Sangre.

“Por tu cruz y resurrección nos has salvado, Señor. Tú eres el Salvador del mundo”. En toda santa misa proclamamos este “misterio de la fe”, que durante dos milenios ha alimentado y sostenido a la Iglesia en su peregrinación en medio de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios, anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que vuelva (cf. *Lumen gentium*, 8). En cierto sentido, Pedro y los Apóstoles, en la persona de sus sucesores, han vuelto hoy al Cenáculo para profesar la fe perenne de la Iglesia: “Cristo murió, Cristo resucitó, Cristo volverá de nuevo”.

3. De hecho, la primera lectura de la liturgia de hoy nos remonta a la vida de la primera comunidad cristiana. Los discípulos “acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones” (*Hch* 2, 42).

Fractio panis. La Eucaristía es un *banquete de comunión* en la alianza nueva y eterna, y también *el sacrificio que hace presente el poder salvífico de la cruz*. Y ya desde el inicio el misterio eucarístico siempre ha estado unido a la enseñanza y a la comunión de los Apóstoles, y a la proclamación de la palabra de Dios, anunciada primero por los profetas y ahora, una vez para siempre, por Jesucristo (cf. *Hb* 1, 1-2). Dondequiera que se pronuncien las palabras “Esto es mi Cuerpo” y la invocación del Espíritu Santo, la Iglesia se fortalece en la fe de los Apóstoles y en la unidad cuyo origen y vínculo es el Espíritu Santo.

4. San Pablo, el Apóstol de los gentiles, comprendió claramente que la Eucaristía, como participación nuestra en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, es también *un misterio de comunión espiritual en la Iglesia*. “Aun siendo muchos, (...) somos un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan” (*1 Co* 10, 17). En la Eucaristía, Cristo, el buen Pastor, que dio la vida por sus ovejas, sigue presente en su Iglesia. La Eucaristía es la presencia sacramental de Cristo en todos los que participan de un solo pan y de un solo cáliz. Esta presencia es la mayor riqueza de la Iglesia.

A través de la Eucaristía, Cristo construye la Iglesia. Las manos que partieron el pan para los discípulos en la última Cena se iban a extender en la cruz para reunir a todos en torno a él en el reino eterno de su Padre. Mediante la celebración de la Eucaristía, Cristo impulsa sin cesar a hombres y mujeres a ser miembros efectivos de su Cuerpo.

5. *“Cristo murió, Cristo resucitó, Cristo volverá de nuevo”.*

Este es el “misterio de la fe” que proclamamos en toda celebración de la Eucaristía. Jesucristo, el Sacerdote de la alianza nueva y eterna, redimió el mundo con su sangre. Resucitado de entre los muertos, fue a prepararnos un lugar en la casa de su Padre. En el Espíritu que nos ha hecho hijos amados de Dios, en la unidad del Cuerpo de Cristo, *guardamos su vuelta con gozosa esperanza.*

Este año del gran jubileo es una oportunidad especial para que los sacerdotes acrecienten su aprecio por el misterio que celebran en el altar. Por esta razón, deseo firmar la *Carta a los sacerdotes para el Jueves santo* de este año aquí, en el Cenáculo, donde se instituyó el único sacerdocio de Jesucristo, en el que todos participamos.

Al celebrar esta Eucaristía en el Cenáculo de Jerusalén, nos unimos a la Iglesia de todos los tiempos y de todos los lugares. Unidos a la Cabeza, estamos en comunión con Pedro, con los Apóstoles y sus sucesores, a lo largo de los siglos. En unión con María, con los santos, con los mártires y con todos los bautizados que han vivido en la gracia del Espíritu Santo, exclamamos: *¡Marana tha!, “¡Ven, Señor Jesús!”* (cf. Ap 22, 17). *Llévanos a nosotros, y a todos tus elegidos, a la plenitud de gracia en tu reino eterno. Amén.*

HOMILÍA DE JUAN PABLO II SANTA MISA PARA LOS JÓVENES

Monte de las Bienaventuranzas

Viernes 24 de marzo

Mirad, hermanos, vuestra vocación!" (1 Co 1, 26).

1. Hoy estas palabras de san Pablo se dirigen a todos los que hemos venido aquí, al monte de las Bienaventuranzas. Estamos sentados en esta colina como los primeros discípulos, y escuchamos a Jesús. En silencio escuchamos su voz amable y apremiante, tan amable como esta tierra y tan apremiante como una invitación a elegir entre la vida y la muerte.

¡Cuántas generaciones antes que nosotros se han sentido conmovidas profundamente por el sermón de la Montaña! ¡Cuántos jóvenes a lo largo de los siglos se han reunido en torno a Jesús para aprender las palabras de vida eterna, como vosotros estáis reunidos hoy aquí! ¡Cuántos jóvenes corazones se han sentido impulsados por la fuerza de su personalidad y la verdad apremiante de su mensaje! ¡Es maravilloso que estéis aquí!

Gracias, arzobispo Butros Mouallem, por su amable acogida. Le ruego que transmita mis saludos cordiales a toda la comunidad greco-melquita que usted preside. Extiendo mi saludo fraterno a los numerosos cardenales, al patriarca Sabbah, así como a los obispos y sacerdotes presentes aquí. Saludo a los miembros de las comunidades latina, incluidos los fieles de lengua hebrea, maronita, siria, armenia, caldea y a todos nuestros hermanos y hermanas de las demás Iglesias cristianas y comunidades eclesiales. En particular, doy las gracias a nuestros amigos musulmanes, a los miembros de fe judía, así como a la comunidad drusa.

Este gran encuentro es como un ensayo general de la *Jornada mundial de la juventud* que se celebrará en Roma en el mes de agosto. El joven que ha hablado ha prometido que tendréis otra montaña, el monte Sinaí.

2. Hace precisamente un mes, tuve la gracia de ir allí, donde Dios habló a Moisés y le entregó la Ley, "escrita por el dedo de Dios" (Ex 31, 18) en tablas de piedra. Estos dos montes, el Sinaí y el de las Bienaventuranzas, nos ofre-

cen el mapa de nuestra vida cristiana y una síntesis de nuestras responsabilidades ante Dios y ante nuestro prójimo. *La Ley y las bienaventuranzas* señalan juntas la senda del seguimiento de Cristo y el camino real hacia la madurez y la libertad espiritual.

Los diez mandamientos del Sinaí pueden parecer negativos: “No habrá para ti otros dioses delante de mí. (...) No matarás. No cometerás adulterio. No robarás. No darás testimonio falso...” (*Ex* 20, 3. 13-16). Pero, de hecho, son sumamente positivos. Yendo más allá del mal que mencionan, señalan el camino hacia *la ley del amor*, que es el primero y el mayor de los mandamientos: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. (...) Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (*Mt* 22, 37. 39). Jesús mismo dice que no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla (cf. *Mt* 5, 17). Su mensaje es nuevo, pero no cancela lo que había antes, sino que desarrolla al máximo sus potencialidades. *Jesús enseña que el camino del amor hace que la Ley alcance su plenitud* (cf. *Ga* 5, 14). Y enseñó esta verdad tan importante aquí, en este monte de Galilea.

3. “Bienaventurados -dice- los pobres de espíritu, los mansos, los misericordiosos, los que lloráis, los que tenéis hambre y sed de justicia, los limpios de corazón, los que trabajáis por la paz y los perseguidos”. ¡Bienaventurados! Pero las palabras de Jesús pueden resultar extrañas. Es raro que Jesús exalte a quienes el mundo por lo general considera débiles. Les dice: “Bienaventurados los que parecéis perdedores, porque sois los verdaderos vencedores: es vuestro el reino de los cielos”. Estas palabras, pronunciadas por él, que es “manso y humilde de corazón” (*Mt* 11, 29), plantean un desafío que exige una profunda y constante *metánoia* del espíritu, un gran cambio del corazón.

Vosotros, los jóvenes, comprendéis por qué es necesario este cambio del corazón. En efecto, conocéis otra voz dentro de vosotros y en torno a vosotros, una voz contradictoria. Es una voz que os dice: “Bienaventurados los orgullosos y los violentos, los que prosperan a toda costa, los que no tienen escrúpulos, los crueles, los inmorales, los que hacen la guerra en lugar de la paz y persiguen a quienes constituyen un estorbo en su camino”. Y esta voz parece tener sentido en un mundo donde a menudo los violentos triunfan y los inmorales tienen éxito. “Sí”, dice la voz del mal, “ellos son los que vencen. ¡Dichosos ellos!”.

4. *Jesús presenta un mensaje muy diferente*. No lejos de aquí, Jesús llamó a sus primeros discípulos, como os llama ahora a vosotros. Su llamada ha exigido

siempre una elección entre las dos voces que compiten por conquistar vuestro corazón, incluso ahora, en este monte: la elección entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte. ¿Qué voz elegirán seguir los jóvenes del siglo XXI? Confiar en Jesús significa *elegir creer en lo que os dice*, aunque pueda parecer raro, y rechazar las seducciones del mal, aunque resulten deseables o atractivas.

Además, Jesús no sólo proclama las bienaventuranzas; también las *vive*. Él *encarna las bienaventuranzas*. Al contemplarlo, veréis lo que significa ser pobres de espíritu, ser mansos y misericordiosos, llorar, tener hambre y sed de justicia, ser limpios de corazón, trabajar por la paz y ser perseguidos. Por eso tiene derecho a afirmar: “¡Venid, seguidme!”. No dice simplemente: “Haced lo que os digo”. Dice: “¡Venid, seguidme!”.

Escucháis su voz en este monte, y creéis en lo que os dice. Pero, como los primeros discípulos en el mar de Galilea, debéis dejar vuestras barcas y vuestras redes, y esto nunca es fácil, especialmente cuando afrontáis un futuro incierto y sentís la tentación de perder la fe en vuestra herencia cristiana. Ser buenos cristianos puede pareceros algo superior a vuestras fuerzas en el mundo actual. Pero Jesús no está de brazos cruzados; no os deja solos al afrontar este desafío. Está siempre con vosotros para transformar vuestra debilidad en fuerza. Confiad en él cuando os dice: “Mi gracia te basta, pues mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza” (2 Co 12, 9).

5. Los discípulos pasaron algún tiempo con el Señor. Llegaron a conocerlo y amarlo profundamente. Descubrieron el significado de lo que el apóstol san Pedro dijo una vez a Jesús: “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68). Descubrieron que *las palabras de vida eterna son las palabras del Sinaí y las palabras de las bienaventuranzas*. Este es el mensaje que difundieron por todo el mundo.

En el momento de su Ascensión, Jesús encomendó a sus discípulos una misión y les dio una garantía: “Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes. (...) Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 18-20). Desde hace dos mil años los seguidores de Cristo han cumplido esta misión.

Ahora, en el alba del tercer milenio, *os toca a vosotros*. Toca a vosotros ir al mundo a *predicar el mensaje de los diez mandamientos y de las bienaventuranzas*. Cuando Dios habla, habla de cosas que son muy importantes para cada persona, para todas las personas del siglo XXI, del mismo modo que lo fueron

para las del siglo I. Los diez mandamientos y las bienaventuranzas hablan de verdad y bondad, de gracia y libertad: de todo lo que es necesario para entrar en el reino de Cristo. *¡Ahora os corresponde a vosotros ser apóstoles valientes de este reino!*

Jóvenes de Tierra Santa, jóvenes del mundo, responded al Señor con un corazón dispuesto y abierto. Dispuesto y abierto, como el corazón de la más grande de las hijas de Galilea, María, la madre de Jesús. ¿Cómo respondió ella? Dijo: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38).

Oh, Señor Jesucristo, en este lugar que conociste y amaste tanto, escucha a estos corazones jóvenes y generosos. Sigue enseñando a estos jóvenes la verdad de los mandamientos y de las bienaventuranzas. Haz que sean testigos gozosos de tu verdad y apóstoles convencidos de tu reino. Permanece siempre junto a ellos, especialmente cuando seguirte a ti y tu Evangelio sea difícil y exigente. Tú serás su fuerza, tú serás su victoria.

Oh, Señor Jesús, *tú has hecho de estos jóvenes tus amigos: mantenlos siempre junto a ti.*

Amén.

HOMILÍA DE JUAN PABLO II

SANTA MISA EN LA BASÍLICA DE LA ANUNCIACIÓN

Nazaret, sábado 25 de marzo

“He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Ángelus).

Beatitud;

hermanos en el episcopado;

padre custodio;

queridos hermanos y hermanas:

1. 25 de marzo del año 2000, solemnidad de la Anunciación en el año del gran jubileo: hoy los ojos de toda la Iglesia se dirigen a Nazaret. He deseado volver a la ciudad de Jesús para sentir una vez más, en contacto con este lugar, la presencia de la mujer de quien san Agustín escribió: “...l eligió a la madre que había creado; creó a la madre que había elegido” (*Sermo* 69, 3, 4). Aquí es muy fácil comprender por qué todas las generaciones llaman a María bienaventurada (cf. *Lc* 1, 48).

Saludo con afecto a Su Beatitud el patriarca Michel Sabbah, y le agradezco sus amables palabras de presentación. Junto con el arzobispo Butros Mouallem y todos vosotros, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, me alegro por la gracia de esta solemne celebración. Me complace tener la oportunidad de saludar al ministro general franciscano, padre Giacomo Bini, que me ha dado la bienvenida a mi llegada, y expresar al *custodio*, padre Giovanni Battistelli, así como a los frailes de la Custodia la admiración de toda la Iglesia por la devoción con que realizáis vuestra vocación única. Con gratitud rindo homenaje a vuestra fidelidad a la tarea que os confió san Francisco mismo y que han confirmado los Papas a lo largo de los siglos.

2. Nos hallamos reunidos para celebrar el gran misterio realizado aquí hace dos mil años. El evangelista san Lucas sitúa claramente el acontecimiento en el tiempo y en el espacio: “A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José; (...) la virgen se llamaba María” (*Lc* 1, 26-27). Pero para comprender lo que sucedió en Nazaret hace dos mil años, debemos volver a la lectura tomada de la carta a los Hebreos. Este texto nos permite

escuchar una conversación entre el Padre y el Hijo sobre *el designio de Dios desde toda la eternidad*: “Tú no has querido sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo. No has aceptado holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: (...) “Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad”” (Hb 10, 5-7). La carta a los Hebreos nos dice que, obedeciendo a la voluntad del Padre, el Verbo eterno viene a nosotros para ofrecer el sacrificio que supera todos los sacrificios ofrecidos en la antigua Alianza. Su sacrificio eterno y perfecto redime el mundo.

El plan divino se reveló gradualmente en el Antiguo Testamento, de manera especial en las palabras del profeta Isaías, que acabamos de escuchar: “El Señor, por su cuenta, os dará una señal. Mirad: la virgen está encinta y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel” (Is 7, 14).

Emmanuel significa “Dios-con-nosotros”. Con estas palabras se anuncia el acontecimiento único que iba a tener lugar en Nazaret en la plenitud de los tiempos, y es el acontecimiento que estamos celebrando aquí con alegría y felicidad intensas.

3. Nuestra peregrinación jubilar ha sido un viaje espiritual, que empezó siguiendo los pasos de Abraham, “nuestro padre en la fe” (*Canon romano*; cf. Rm 4, 11-12). Este viaje nos ha traído hoy a Nazaret, donde nos encontramos con María, la hija más auténtica de Abraham. María, más que cualquier otra persona, puede enseñarnos lo que significa vivir la fe de “nuestro padre”. En muchos aspectos, María es claramente diferente de Abraham; sin embargo, de un modo más profundo, “el amigo de Dios” (cf. Is 41, 8) y la joven de Nazaret son muy parecidos.

Dios hace a ambos una *maravillosa promesa*. Abraham se convertiría en padre de un hijo, de quien nacería una gran nación. María se convertiría en madre de un Hijo que sería el Mesías, el Ungido. Gabriel le dice: “Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo. (...) El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, (...) y su reino no tendrá fin” (Lc 1, 31-33).

Tanto para Abraham como para María la promesa divina es *algo completamente inesperado*. Dios altera el curso diario de su vida, modificando los ritmos establecidos y las expectativas comunes. Tanto a Abraham como a María la promesa les parece imposible. La mujer de Abraham, Sara, era estéril, y María no estaba aún casada: “¿Cómo será eso -pregunta-, pues no conozco varón?” (Lc 1, 34).

4. Como a Abraham, también a María se le pide que diga “sí” a *algo que nunca antes había sucedido*. Sara es la primera de las mujeres estériles de la Biblia que concibe por el poder de Dios, del mismo modo que Isabel será la última. Gabriel habla de Isabel para tranquilizar a María: “Ahí tienes a tu parienta Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo” (Lc 1, 36).

Como Abraham, también María debe caminar en la oscuridad, confiando plenamente en Aquel que la ha llamado. Sin embargo, incluso su pregunta: “¿Cómo será eso?”, sugiere que María está dispuesta a decir “sí”, a pesar de su temor y de su incertidumbre. María no pregunta si la promesa es posible, sino únicamente *cómo se cumplirá*. Por eso, no nos sorprende que finalmente pronuncie su “sí”: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). Con estas palabras, María se presenta como verdadera hija de Abraham, y se convierte en Madre de Cristo y en Madre de todos los creyentes.

5. Para penetrar más a fondo en este misterio, volvamos al momento del viaje de Abraham, cuando recibió la promesa. Sucedió en el momento en que acogió en su casa a tres misteriosos huéspedes (cf. Gn 18, 1-15), y les rindió la adoración debida a Dios: *tres vidit et unum adoravit*. Aquel misterioso encuentro prefigura la Anunciación, cuando María es fuertemente impulsada a la comunión con *el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo*. Mediante el “sí” que María pronunció en Nazaret, la Encarnación se convirtió en el maravilloso cumplimiento del encuentro de Abraham con Dios. Así, siguiendo los pasos de Abraham, hemos llegado a Nazaret para alabar a la mujer “por quien la luz ha brillado en el mundo” (himno *Ave Regina caelorum*).

6. Pero hemos venido también a *implorarle*. ¿Qué pedimos nosotros, peregrinos en nuestro itinerario hacia el tercer milenio cristiano, a la Madre de Dios? Aquí, en la ciudad que Pablo VI, cuando visitó Nazaret, definió “la escuela del Evangelio”, donde “se aprende a observar, a escuchar, a meditar, a penetrar en el sentido, tan profundo y misterioso, de aquella simplicísima, humildísima y bellísima manifestación del Hijo de Dios” (*Homilía en Nazaret*, 5 de enero de 1964), pido, ante todo, *una gran renovación de la fe de todos los hijos de la Iglesia*. Una profunda renovación de la fe: no sólo una actitud general de vida, sino también una profesión consciente y valiente del Credo: “Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine, et homo factus est”.

En Nazaret, donde Jesús “crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2, 52), pido a la Sagrada Familia que impulse a todos los cristianos a *defender la familia contra las numerosas amenazas que se ciernen actualmente sobre su naturaleza, su estabilidad y su misión*. A la Sagrada Familia encomiendo los esfuerzos de los cristianos y de todos los hombres de buena voluntad para *defender la vida y promover el respeto a la dignidad de todo ser humano*.

A María, la *Theotókos*, la gran Madre de Dios, consagro las familias de Tierra Santa, las familias del mundo.

En Nazaret, donde Jesús comenzó su ministerio público, pido a María que ayude a la Iglesia por doquier a predicar la “buena nueva” a los pobres, como Él hizo (cf. Lc 4, 18). En este “año de gracia del Señor”, le pido que nos enseñe el *camino de la obediencia humilde y gozosa al Evangelio para servir a nuestros hermanos y hermanas*, sin preferencias ni prejuicios.

“No desprecies mis súplicas, oh Madre del Verbo encarnado, antes bien dígnate aceptarlas y favorablemente escucharlas. Así sea” (*Memorare*).

HOMILÍA DE JUAN PABLO II MISA EN LA BASÍLICA DEL SANTO SEPULCRO

Jerusalén, Domingo 26 de marzo de 2000

Creo en (...) Jesucristo (...), que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado (...), al tercer día resucitó de entre los muertos”.

1. Siguiendo el camino de la historia de la salvación, tal como se narra en el Símbolo de los Apóstoles, mi peregrinación jubilar me ha traído a Tierra Santa. De Nazaret, donde Jesús fue concebido en el seno de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, he llegado a Jerusalén, donde “padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado”. Aquí, *en la basílica del Santo Sepulcro*, me arrodillo ante el lugar de su sepultura: “He aquí el lugar donde lo pusieron” (Mc 16, 6).

La tumba está vacía. Es un testigo silencioso del *acontecimiento central de la historia humana: la resurrección de nuestro Señor Jesucristo*. Durante casi dos mil años la tumba vacía ha dado testimonio de la victoria de la Vida sobre la muerte. Con los Apóstoles y los evangelistas, con la Iglesia de todos los tiempos y lugares, también nosotros damos testimonio y proclamamos: “¡Cristo resucitó! Una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte no tiene ya señorío sobre él” (cf. Rm 6, 9).

“Mors et vita duello conflixere mirando; dux vitae mortuus, regnat vivus” (Secuencia pascual latina *Victimae paschali*). El Señor de la vida estaba muerto; ahora reina, victorioso sobre la muerte, fuente de vida eterna para todos los creyentes.

2. En esta basílica, “la madre de todas las Iglesias” (san Juan Damasceno), dirijo mi afectuoso saludo a Su Beatitud el patriarca Michel Sabbah, a los Ordinarios de las demás comunidades católicas, al padre Giovanni Battistelli y a los frailes franciscanos de la Custodia de Tierra Santa, así como a los sacerdotes, los religiosos y los laicos.

Con estima y afecto fraternos saludo al patriarca Diodoros de la Iglesia greco-ortodoxa y al patriarca Torkom de la Iglesia armenia ortodoxa, a los representantes de las Iglesias copta, siria y etiópica, así como a los de las comunidades anglicana y luterana.

Aquí, donde nuestro Señor Jesucristo murió para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos (cf. *Jn 11, 52*), el Padre de las misericordias fortalezca nuestro deseo de unidad y paz entre todos los que han recibido el don de la vida nueva en las aguas salvíficas del bautismo.

3. *“Destruid este templo y en tres días lo levantaré” (Jn 2, 19).*

El evangelista san Juan nos narra que, después de la resurrección de Jesús de entre los muertos, los discípulos recordaron estas palabras y creyeron (cf. *Jn 2, 22*). Jesús las pronunció a fin de que fueran un signo para sus discípulos. Cuando fue al templo con sus discípulos, expulsó a los cambistas y a los vendedores del lugar santo (cf. *Jn 2, 15*). En el momento en que los presentes protestaron, preguntándole: “¿Qué señal nos muestras para obrar así?”, Jesús les replicó: “Destruid este templo y en tres días lo levantaré”. El evangelista anota que “él hablaba del templo de su cuerpo” (*Jn 2, 18-21*).

La profecía encerrada en las palabras de Jesús se cumplió en la Pascua, cuando “al tercer día resucitó de entre los muertos”. La resurrección de nuestro Señor Jesucristo es el signo de que el Padre eterno es fiel a su promesa y hace nacer nueva vida de la muerte: “la resurrección del cuerpo y la vida eterna”. El misterio se refleja claramente en esta antigua iglesia de la *Anástasis*, que contiene tanto el sepulcro vacío, signo de la Resurrección, como el Gólgota, lugar de la crucifixión. La buena nueva de la Resurrección no puede separarse nunca del misterio de la cruz. San Pablo nos lo dice en la segunda lectura de hoy: “Nosotros predicamos a Cristo crucificado” (*1 Co 1, 23*). Cristo, que se ofreció a sí mismo como sacrificio vespertino en el altar de la cruz (cf. *Sal 141, 2*), se revela ahora como “fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (*1 Co 1, 24*). Y en su resurrección, los hijos y las hijas de Adán han sido hechos partícipes de su vida divina, que tenía desde toda la eternidad, con el Padre, en el Espíritu Santo.

4. *“Yo soy el Señor, tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la esclavitud” (Ex 20, 2).*

La liturgia cuaresmal de hoy nos presenta la Alianza que Dios selló con su pueblo en el monte Sinaí, cuando entregó los diez mandamientos de la Ley a Moisés. El Sinaí representa la segunda etapa de la gran peregrinación de fe que comenzó cuando Dios dijo a Abraham: “Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré” (*Gn 12, 1*).

La Ley y la Alianza son el sello de la promesa hecha a Abraham. Mediante el Decálogo y la ley moral inscrita en el corazón del hombre (cf. Rm 2, 15), Dios desafía radicalmente la libertad de cada hombre y cada mujer. Responder a la voz de Dios que resuena en lo más profundo de nuestra conciencia y elegir el bien es la opción más sublime de la libertad humana. Equivale, realmente, a elegir entre la vida y la muerte (cf. Dt 30, 15). Caminando por la senda de la Alianza con Dios santísimo, el pueblo se convierte en heraldo y testigo de la promesa, la promesa de una auténtica liberación y de la plenitud de vida.

La resurrección de Jesús es el sello definitivo de todas las promesas de Dios, el lugar de nacimiento de una humanidad nueva y resucitada, la prenda de una historia caracterizada por los dones mesiánicos de paz y alegría espiritual. En el alba de un nuevo milenio, los cristianos pueden y deben mirar al futuro con firme confianza en el poder glorioso del Resucitado de renovar todas las cosas (cf. Ap 21, 5). Él es el único que libra a toda la creación de la servidumbre de la corrupción (cf. Rm 8, 20). Con su resurrección, abre el camino al gran descanso del sabbath, el octavo día, cuando la peregrinación de la humanidad llegue a su fin y Dios sea todo en todos (cf. 1 Co 15, 28).

Aquí, en el Santo Sepulcro y en el Gólgota, a la vez que renovamos nuestra profesión de fe en el Señor resucitado, ¿podemos dudar de que con el poder del Espíritu de vida recibiremos la fuerza para superar nuestras divisiones y trabajar juntos a fin de construir un futuro de reconciliación, unidad y paz? Aquí, como en ningún otro lugar de la tierra, oímos una vez más al Señor que dice a sus discípulos: “¡Ánimo!: yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33).

6. *“Mors et vita duello conflixere mirando; dux vitae mortuus, regnat vivus”.*

El Señor resucitado, resplandeciente por la gloria del Espíritu, es la Cabeza de la Iglesia, su Cuerpo místico. Él la sostiene en su misión de proclamar el Evangelio de la salvación a los hombres y mujeres de cada generación, hasta que vuelva en la gloria.

En este lugar, donde se dio a conocer la Resurrección primero a las mujeres y luego a los Apóstoles, invito a todos los miembros de la Iglesia a renovar su obediencia al mandato del Señor de *anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra*. En el alba de un nuevo milenio es muy necesario proclamar desde los tejados la buena nueva de que “tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga

vida eterna" (Jn 3, 16). "Señor, (...) tú tienes palabras de vida eterna" (Jn 6, 68). Hoy, como indigno Sucesor de Pedro, deseo repetir estas palabras mientras celebramos el sacrificio eucarístico en este lugar, el más santo de la tierra. Con toda la humanidad redimida, hago mías las palabras que Pedro, el pescador, dirigió a Cristo, Hijo del Dios vivo: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna".

Christós anésti.

¡Jesucristo ha resucitado! ¡En verdad, ha resucitado! Amén.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II MISA CRISMAL EN LA BASÍLICA DE SAN PEDRO

Jueves santo, 20 de abril de 2000

1. “A aquel que (...) ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre, a él la gloria y el poder por los siglos de los siglos” (*Ap* 1, 5-6).

Escuchamos estas palabras del libro del Apocalipsis en esta solemne misa Crismal, que precede al *sagrado Triduo pascual*. Antes de celebrar los misterios centrales de la salvación, cada comunidad diocesana se reúne esta mañana en torno a su pastor para la bendición de los santos óleos, que son instrumentos de la salvación en los diversos sacramentos: bautismo, confirmación, orden sagrado y unción de los enfermos. La eficacia de estos signos de la gracia divina deriva del misterio pascual, de la muerte y resurrección de Cristo. Por eso la Iglesia sitúa este rito en el umbral del Triduo sacro, en el día en que, con el supremo acto sacerdotal, el Hijo de Dios hecho hombre se ofreció al Padre como rescate por toda la humanidad.

2. “Ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes”. Entendemos esta expresión en dos niveles. El primero, como recuerda también el concilio Vaticano II, con referencia a *todos los bautizados*, que “son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo para que ofrezcan, a través de las obras propias del cristiano, sacrificios espirituales” (*Lumen gentium*, 10). Todo cristiano es sacerdote. Se trata aquí del sacerdocio llamado “común”, que compromete a los bautizados a vivir su oblación a Dios mediante la participación en la Eucaristía y en los sacramentos, en el testimonio de una vida santa, en la abnegación y en la caridad activa (cf. *ib.*).

En otro nivel, la afirmación de que Dios “ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes” se refiere a los *sacerdotes ordenados como ministros*, es decir, llamados a formar y dirigir al pueblo sacerdotal, y a ofrecer en su nombre el sacrificio eucarístico a Dios en la persona de Cristo (cf. *ib.*). Así, la misa “Crismal” hace memoria solemne del único sacerdocio de Cristo y expresa la vocación sacerdotal de la Iglesia, en particular del obispo y de los presbíteros unidos a él. Nos lo recordará dentro de poco el *Prefacio*: Cristo “no sólo confiere el honor del sacerdocio real a todo su pueblo santo, sino también, con amor de hermano, ha elegido a hombres de este pueblo, para que, por la imposición de las manos, participen de su sagrada misión” (*Prefacio IV de la Pasión del Señor*).

3. “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado...” (Lc 4, 18).

Queridos sacerdotes, estas palabras nos conciernen de modo directo. Estamos llamados, por la ordenación presbiteral, a compartir la misma misión de Cristo, y hoy renovamos juntos las promesas sacerdotales comunes. Con viva emoción hacemos memoria del don recibido de Cristo, que nos ha llamado a una participación especial en su sacerdocio.

Con la bendición de los óleos, y en particular del santo crisma, queremos dar gracias por la unción sacramental, que se ha convertido en parte de nuestra herencia (cf. Sal 15, 5). Es un signo de fuerza interior, que el Espíritu Santo concede a todo hombre llamado por Dios a particulares tareas al servicio de su Reino.

“Ave sanctum oleum: oleum catechumenorum, oleum infirmorum, oleum ad sanctum crisma”. Al mismo tiempo que damos gracias en nombre de cuantos van a recibir estos santos signos, oramos para que la fuerza sobrenatural que actúa a través de ellos obre incesantemente también en nuestra vida. Que el Espíritu Santo, que se ha posado sobre cada uno de nosotros, encuentre la debida disponibilidad a cumplir la misión para la que fuimos “ungidos” el día de nuestra ordenación.

4. “Gloria a ti, oh Cristo, rey de eterna gloria”. Has venido a nosotros para predicar el año de gracia del Señor (cf. Lc 4, 19).

Como recordé en la carta dirigida a los sacerdotes con esta ocasión, el sacerdocio de Cristo está intrínsecamente unido al misterio de la Encarnación, cuyo bimilenario celebramos en este Año jubilar. “Está inscrito en su identidad de Hijo encarnado, de Hombre-Dios” (n. 7). Por eso esta sugestiva liturgia del Jueves santo constituye para nosotros, en cierto sentido, una celebración jubilar casi connatural, aunque el jubileo de los sacerdotes de este Año santo está previsto para el próximo 18 de mayo.

La existencia terrena de Cristo, su “paso” por la historia, desde que fue concebido en el seno de la Virgen María hasta que ascendió a la diestra del Padre, constituye un único acontecimiento sacerdotal y sacrificial. Y está totalmente marcado por la “unción” del Espíritu Santo (cf. Lc 1, 35; 3, 22).

Hoy nos encontramos de modo especial con Cristo, sumo y eterno Sacerdote, y cruzamos espiritualmente esta Puerta santa, que abre de par en par a todo hombre la plenitud del amor salvífico. Del mismo modo que Cristo fue dócil a la acción del Espíritu en la condición de hombre y siervo obediente, así también el bautizado, y de modo particular el ministro ordenado, debe sentirse comprometido a realizar su consagración sacerdotal en el servicio humilde y fiel a Dios y a sus hermanos.

Comencemos con estos sentimientos el *Triduo pascual*, culmen del año litúrgico y del gran jubileo. Dispongámonos a realizar la intensa peregrinación pascual siguiendo las huellas de Jesús, que padece, muere y resucita. Sostenidos por la fe de María, *sigamos a Cristo, sacerdote y víctima*, “que nos ama y nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados y ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre” (Ap 1, 5-6).

Sigámoslo y proclamemos juntos: “Gloria a ti, oh Cristo, rey de eterna gloria”.

Tú, Cristo, eres el mismo ayer, hoy y siempre. Amén.

HOMILIA DEL SANTO PADRE EN LA VIGILIA PASCUAL

Sábado Santo, 22 de abril de 2000

1. *“Tenéis guardias. Id, aseguradlo como sabéis” (Mt 27, 65).*

La tumba de Jesús fue cerrada y sellada. Según la petición de los sumos sacerdotes y los fariseos, se pusieron soldados de guardia para que nadie pudiera robarlo (Mt 27, 62-64). Este es el acontecimiento del que parte la liturgia de la Vigilia Pascual.

Vigilaban junto al sepulcro aquellos que habían querido la muerte de Cristo, considerándolo un “impostor” (Mt 27, 63). Su deseo era que Él y su mensaje fueran enterrados para siempre.

Velan, no muy lejos de allí, María y, con ella, los Apóstoles y algunas mujeres. Tenían aún impresa en el corazón la imagen perturbadora de hechos que acaban de ocurrir.

2. Vela la Iglesia, esta noche, en todos los rincones de la tierra, y revive las etapas fundamentales de la historia de la salvación. La solemne liturgia que estamos celebrando es una expresión de este “vigilar” que, en cierto modo, recuerda el mismo de Dios, al que se refiere el Libro del Éxodo: “Noche de guardia fue ésta para Yahveh, para sacarlos de la tierra de Egipto. Esta misma noche será la noche de guardia en honor de Yahveh ..., por todas sus generaciones” (Ex 12, 42).

En su amor providente y fiel, que supera el tiempo y el espacio, Dios vela sobre el mundo. Canta el salmista: “Yahveh es tu guardián, tu sombra, Yahveh, a tu diestra. De día el sol no te hará daño, ni la luna de noche. Te guarda Yahveh de todo mal, él guarda tu alma;... desde ahora y por siempre” (Sal 120, 4-5.8).

También el pasaje que estamos viviendo entre el segundo y el tercer milenio está guardado en el misterio del Padre. Él “obra siempre” (Jn 5, 7) por la salvación del mundo y, mediante el Hijo hecho hombre, guía a su pueblo de la esclavitud a la libertad. Toda la “obra” del Gran Jubileo del año 2000 está, por decirlo así, inscrita en esta noche de Vigilia, que lleva a cumplimiento

aquella del Nacimiento del Señor. Belén y el Calvario remiten al mismo misterio de amor de Dios, que tanto amó al mundo “que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16).

3. En esta Noche, la Iglesia, en su velar, se centra sobre los textos de la Escritura, que trazan el designio divino de salvación desde el Génesis al Evangelio y que, gracias también a los ritos del agua y del fuego, confieren a esta singular celebración una dimensión cósmica. Todo el universo creado está llamado a velar en esta noche junto al sepulcro de Cristo. Pasa ante nuestros ojos la historia de la salvación, desde la creación a la redención, desde el éxodo a la Alianza en el Sinaí, de la antigua a la nueva y eterna Alianza. En esta noche santa se cumple el proyecto eterno de Dios que arroja la historia del hombre y del cosmos.

4. En la vigilia pascual, madre de todas las vigiliyas, cada hombre puede reconocer también la propia historia de salvación, que tiene su punto fundamental en el renacer en Cristo mediante el Bautismo.

Esta es, de manera muy especial, vuestra experiencia, queridos Hermanos y Hermanas que dentro de poco recibiréis los sacramentos de la iniciación cristiana: el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía.

Venís de diversos Países del mundo: Japón, China, Camerún, Albania e Italia.

La variedad de vuestras naciones de origen pone de relieve la universalidad de la salvación traída por Cristo. Dentro de poco, queridos, seréis insertos íntimamente en el misterio de amor de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Que vuestra existencia se haga un canto de alabanza a la Santísima Trinidad y un testimonio de amor que no conozca fronteras.

5. *“Ecce lignum Crucis, in quo salus mundi pependit: venite adoremus!”* Esto ha cantado ayer la Iglesia, mostrando el árbol la Cruz, “donde estuvo clavada la salvación del mundo”. “Fue crucificado, muerto y sepultado”, recitamos en el Credo.

El sepulcro. El lugar donde lo habían puesto (cf. Mc 16, 6). Allí está espiritualmente presente toda la Comunidad eclesial de cada rincón de la tierra. Estamos también nosotros con las tres mujeres que se acercan al sepulcro,

antes del alba, para ungir el cuerpo sin vida de Jesús (cf. *Mc* 16, 1). Su diligencia es nuestra diligencia. Con ellas descubrimos que la piedra sepulcral ha sido retirada y el cuerpo ya no está allí. “No está aquí”, anuncia el ángel, mostrando el sepulcro vacío y las vendas por tierra. La muerte ya no tiene poder sobre Él (cf *Rm* 6, 9).

¡Cristo ha resucitado! Anuncia al final de esta noche de Pascua la Iglesia, que ayer había proclamado la muerte de Cristo en la Cruz. Es un anuncio de verdad y de vida.

“Surrexit Dominus de sepulcro, qui pro nobis pependit in ligno. Alleluia!”
Ha resucitado del sepulcro el Señor, que por nosotros fue colgado a la cruz.

Sí, Cristo ha resucitado verdaderamente y nosotros somos testigos de ello.

Lo gritamos al mundo, para que la alegría que nos embarga llegue a tantos otros corazones, encendiendo en ellos la luz de la esperanza que no defrauda.

Cristo ha resucitado, alleluya.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II CELEBRACIÓN DEL JUBILEO DE LOS TRABAJADORES EN TOR VERGATA (ROMA)

1 de mayo de 2000

1. *“Haz prósperas, Señor, las obras de nuestras manos” (Salmo responsorial).*

Estas palabras, que hemos repetido en el Salmo responsorial, expresan bien el sentido de esta jornada jubilar. Del vasto y multiforme mundo del trabajo se eleva hoy, 1 de mayo, una invocación coral: ¡Señor, haz prósperas y consolida las obras de nuestras manos!

Nuestra tarea, en los hogares, en los campos, en las industrias y en las oficinas, podría convertirse en una actividad afanosa, en definitiva, vacía de significado (cf. *Qo 1, 3*). Pedimos al Señor que sea más bien la realización de su designio, de modo que nuestro trabajo recupere *su significado originario*.

¿Y cuál es el significado originario del trabajo? Lo hemos escuchado en la primera lectura, tomada del libro del Génesis. Al hombre, creado a su imagen y semejanza, Dios le da este mandato: “Llenad la tierra y sometedla...” (*Gn 1, 28*). San Pablo, en su carta a los cristianos de Tesalónica, se hace eco de estas palabras: “Cuando estábamos entre vosotros, os mandábamos esto: si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma”, y los exhorta “a que trabajen con sosiego para comer su propio pan” (*2 Ts 3, 10. 12*).

Por tanto, en el proyecto de Dios el trabajo aparece como un derecho-deber. Necesario para que los bienes de la tierra sean útiles a la vida de los hombres y de la sociedad, contribuye a orientar la actividad humana hacia Dios en el cumplimiento de su mandato de “someter la tierra”. A este propósito, resuena en nuestro corazón otra exhortación del Apóstol: “Por tanto, ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios” (*1 Co 10, 31*).

2. El Año jubilar nos impulsa a dirigir nuestra mirada al misterio de la Encarnación y, al mismo tiempo, nos invita a reflexionar con particular intensidad *en la vida oculta de Jesús en Nazaret*. Fue allí donde pasó la mayor parte de su existencia terrena. Con su laboriosidad silenciosa en el taller de san José, Jesús dio la más alta demostración de la dignidad del trabajo. El

evangelio de hoy narra cómo lo acogieron con admiración los habitantes de Nazaret, sus paisanos, preguntándose unos a otros: “¿De dónde saca este esa sabiduría y esos milagros? ¿No es el hijo del carpintero?” (Mt 13, 54-55).

El Hijo de Dios no desdeñó la calificación de carpintero, y no quiso eximirse de la condición normal de todo hombre. “La elocuencia de la vida de Cristo es inequívoca: pertenece al *mundo del trabajo*; tiene reconocimiento y respeto por el trabajo humano; se puede decir incluso más: mira con amor el trabajo, sus diversas manifestaciones, viendo en cada una de ellas un aspecto particular de la semejanza del hombre con Dios, Creador y Padre” (*Laborem exercens*, 26).

Del Evangelio de Cristo deriva la enseñanza de los Apóstoles y de la Iglesia; deriva una verdadera y característica espiritualidad cristiana del trabajo, que ha encontrado una expresión eminente en la constitución *Gaudium et spes* del concilio ecuménico Vaticano II (cf. nn. 33-39 y 63-72). Después de siglos de graves tensiones sociales e ideológicas, el mundo contemporáneo, cada vez más interdependiente, tiene necesidad de este “evangelio del trabajo”, para que la actividad humana promueva el auténtico desarrollo de las personas y de toda la humanidad.

3. Amadísimos hermanos y hermanas, a vosotros, que hoy representáis a todo el mundo del trabajo reunido para la celebración jubilar, ¿qué os dice el jubileo? ¿Qué dice el jubileo a la sociedad, para la que el trabajo, además de ser una estructura basilar, constituye un terreno de verificación de sus opciones de valor y de civilización?

Ya desde sus orígenes judíos, el jubileo se refería directamente a la realidad del trabajo, al ser el pueblo de Dios un pueblo de hombres libres, que el Señor había rescatado de su condición de esclavitud (cf. Lv 25). En el misterio paschal, Cristo perfecciona también esta institución de la ley antigua, confiéndole pleno sentido espiritual, pero integrando su valor social en el gran designio del Reino, que como “levadura” hace desarrollar a toda la sociedad en la línea del verdadero progreso.

Así pues, el Año jubilar impulsa a un redescubrimiento del sentido y del valor del trabajo. Invita, asimismo, a afrontar los desequilibrios económicos y sociales existentes en el mundo laboral, restableciendo la justa jerarquía de los valores y, en primer lugar, la dignidad del hombre y de la mujer que trabajan, su libertad, su responsabilidad y su participación. Lleva, además, a

remediar las situaciones de injusticia, salvaguardando las culturas propias de cada pueblo y los diversos modelos de desarrollo.

En este momento, no puedo por menos de expresar mi solidaridad a todos los que sufren por falta de empleo, por salario insuficiente, por indigencia de medios materiales. Tengo muy presentes en mi corazón a las poblaciones sometidas a una pobreza que ofende su dignidad, impidiéndoles compartir los bienes de la tierra y obligándolas a alimentarse con lo que cae de la mesa de los ricos (cf. *Incarnationis mysterium*, 12). Comprometerse a remediar estas situaciones es obra de justicia y paz.

Las nuevas realidades, que se manifiestan con fuerza en el proceso productivo, como la globalización de las finanzas, de la economía, del comercio y del trabajo, jamás deben violar la dignidad y la centralidad de la persona humana, ni la libertad y la democracia de los pueblos. La solidaridad, la participación y la posibilidad de gestionar estos cambios radicales constituyen, si no la solución, ciertamente la necesaria garantía ética para que las personas y los pueblos no se conviertan en instrumentos, sino en protagonistas de su futuro. Todo esto puede realizarse y, dado que es posible, constituye un deber.

Sobre estos temas está reflexionando el Consejo pontificio Justicia y paz, que sigue de cerca el desarrollo de la situación económica y social en el mundo, para estudiar sus repercusiones en el ser humano. Fruto de esta reflexión será un *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, actualmente en elaboración.

4. Amadísimos trabajadores, *la figura de José de Nazaret*, cuya estatura espiritual y moral era tan elevada como humilde y discreta, ilumina nuestro encuentro. En él se realiza la promesa del Salmo: “¡Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos! Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien. (...) Así será bendito el hombre que teme al Señor” (*Sal 127, 1-2*). El Custodio del Redentor enseñó a Jesús el oficio de carpintero, pero, sobre todo, le dio el ejemplo valiosísimo de lo que la Escritura llama “el temor de Dios”, principio mismo de la sabiduría, que consiste en la religiosa sumisión a él y en el deseo íntimo de buscar y cumplir siempre su voluntad.

Queridos hermanos, esta es la verdadera fuente de bendición para cada hombre, para cada familia y para cada nación.

A san José, trabajador y hombre justo, y a su santísima esposa María, les encomiendo vuestro jubileo, a todos vosotros y a vuestras familias.

“Bendice, Señor, las obras de nuestras manos”.

Bendice, Señor de los siglos y los milenios, el trabajo diario con el que el hombre y la mujer se procuran el pan para sí y para sus seres queridos. En tus manos paternas depositamos también el cansancio y los sacrificios vinculados al trabajo, en unión con tu Hijo Jesucristo, que ha rescatado el trabajo humano del yugo del pecado y le ha devuelto su dignidad originaria.

Honor y gloria a ti, hoy y siempre. Amén.

**HOMILÍA DEL SANTO PADRE
CONMEMORACIÓN ECUMÉNICA DE LOS TESTIGOS
DE LA FE DEL SIGLO XX**

Tercer Domingo de Pascua, 7 de mayo de 2000

1. *“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12, 24).*

Con estas palabras Jesús, la víspera de su Pasión, anuncia su glorificación a través de la muerte. La comprometedor afirmación ha resonado hace poco en la aclamación al Evangelio. Esa resuena con fuerza en nuestro espíritu esta tarde, en este lugar significativo, donde hacemos memoria de los “testigos de la fe del siglo XX”.

Cristo es el grano de trigo que muriendo ha dado frutos de vida inmortal. Y sobre las huellas del rey crucificado han caminado sus discípulos, convertidos a lo largo de los siglos en legiones innumerables “de toda lengua, raza, pueblo y nación”: apóstoles y confesores de la fe, vírgenes y mártires, audaces heraldos del Evangelio y silenciosos servidores del Reino.

Queridos hermanos y hermanas, unidos por la fe en Cristo Jesús, me es muy grato dirigiros hoy mi fraterno abrazo de paz, mientras juntos conmemoramos los testigos de la fe del siglo XX. Saludo con afecto a los representantes del Patriarcado ecuménico y de las otras Iglesias hermanas ortodoxas, así como a los de las Antiguas Iglesias de Oriente. Igualmente agradezco la presencia fraterna de los representantes de la Comunión Anglicana, de las Comuniones Cristianas Mundiales de Occidente y de las Organizaciones ecuménicas.

Para todos nosotros es motivo de intensa emoción encontrarnos juntos esta tarde, reunidos junto al Coliseo, para esta sugestiva celebración jubilar. Los monumentos y las ruinas de la antigua Roma hablan a la humanidad de los sufrimientos y de las persecuciones soportadas con fortaleza heroica por nuestros padres en la fe, los cristianos de las primeras generaciones. Estos antiguos vestigios nos recuerdan la verdad de las palabras de Tertuliano que escribía: *“sanguis martyrum semen christianorum* - la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos” (Apol., 50,13: CCL 1, 171).

2. La experiencia de los mártires y de los testigos de la fe no es característica sólo de la Iglesia de los primeros tiempos, sino que también marca todas las épocas de su historia. En el siglo XX, tal vez más que en el primer período del cristianismo, son muchos los que dieron testimonio de la fe con sufrimientos a menudo heroicos. Cuántos cristianos, en todos los continentes, a lo largo del siglo XX, pagaron su amor a Cristo derramando también la sangre. Sufrieron formas de persecución antiguas y recientes, experimentaron el odio y la exclusión, la violencia y el asesinato. Muchos países de antigua tradición cristiana volvieron a ser tierras donde la fidelidad al Evangelio se pagó con un precio muy alto. En nuestro siglo “el testimonio ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de la sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes” (*Tertio millennio adveniente*, 37).

La generación a la que pertenezco ha conocido el horror de la guerra, los campos de concentración y la persecución. En mi Patria, durante la segunda Guerra Mundial, sacerdotes y cristianos fueron deportados a los campos de exterminio. Sólo en Dachau fueron internados casi tres mil sacerdotes; su sacrificio se unió al de muchos cristianos provenientes de otros países europeos, pertenecientes también a otras Iglesias y Comunidades eclesiales.

Yo mismo fui testigo en los años de mi juventud, de tanto dolor y de tantas pruebas. Mi sacerdocio, desde sus orígenes, “ha estado inscrito en el gran sacrificio de tantos hombres y de tantas mujeres de mi generación” (*Don y Misterio*, p. 47). La experiencia de la Segunda Guerra Mundial y de los años siguientes me ha movido a considerar con grata atención el ejemplo luminoso de cuantos, desde inicios del siglo XX hasta su fin, experimentaron la persecución, la violencia y la muerte, a causa de su fe y de su conducta inspirada en la verdad de Cristo.

3. ¡Y son tantos! Su recuerdo no debe perderse, más bien debe recuperarse de modo documentado. Los nombres de muchos no son conocidos; los nombres de algunos fueron manchados por sus perseguidores, que añadieron al martirio la ignominia; los nombres de otros fueron ocultados por sus verdugos. Sin embargo, los cristianos conservan el recuerdo de gran parte de ellos. Lo han demostrado las numerosas respuestas a la invitación de no olvidar, llegadas a la Comisión “Nuevos mártires” dentro del Comité del Gran Jubileo, que ha trabajado con tesón para enriquecer y actualizar la memoria de la Iglesia con los testimonios de todas aquellas personas, también las desconocidas, que “han dado su vida por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo” (*Hch* 15,26). Sí, como escribía - la víspera de su ejecución - el

metropolitana ortodoxo de San Petersburgo, Benjamín, martirizado en 1922, “los tiempos han cambiado y ha surgido la posibilidad de padecer sufrimientos por amor de Cristo...”. Con la misma convicción, desde su celda de Buchenwold, el pastor luterano Paul Schneider lo afirmaba ante sus verdugos: “Así dice el Señor, yo soy la Resurrección y la Vida”.

La participación de Representantes de otras Iglesias y Comunidades eclesiales da a nuestra celebración de hoy un valor y elocuencia singulares dentro de este Jubileo del año 2000. Muestra cómo el ejemplo de los heroicos testigos de la fe es verdaderamente hermoso para todos los cristianos. La persecución ha afectado a casi todas las Iglesias y Comunidades eclesiales en el siglo XX, uniendo a los cristianos en los lugares del dolor y haciendo de su común sacrificio un signo de esperanza para los tiempos venideros.

Estos hermanos y hermanas nuestros en la fe, a los que hoy nos referimos con gratitud y veneración, son como un *gran cuadro de la humanidad cristiana del siglo XX*. Un mural del Evangelio de las Bienaventuranzas, vivido hasta el derramamiento de la sangre.

4. *“Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos porque vuestra recompensa será grande en el cielo” (Mt 5,11-12)*. Qué bien se aplican estas palabras de Cristo a los innumerables testigos de la fe del siglo pasado, insultados y perseguidos, pero nunca vencidos por la fuerza del mal.

Allí donde el odio parecía arruinar toda la vida sin la posibilidad de huir de su lógica, ellos manifestaron cómo “el amor es más fuerte que la muerte”. Bajo terribles sistemas opresivos que desfiguraban al hombre, en los lugares de dolor, entre durísimas privaciones, a lo largo de marchas insensatas, expuestos al frío, al hambre, torturados, sufriendo de tantos modos, ellos manifestaron admirablemente su adhesión a Cristo muerto y resucitado. Escucharemos dentro de poco algunos de sus impresionantes testimonios.

Muchos rechazaron someterse al culto de los ídolos del siglo XX y fueron sacrificados por el comunismo, el nazismo, la idolatría del Estado o de la raza. Muchos otros cayeron, en el curso de guerras étnicas o tribales, porque habían rechazado una lógica ajena al Evangelio de Cristo. Algunos murieron porque, siguiendo el ejemplo del Buen Pastor, quisieron permanecer junto a sus fieles a pesar de las amenazas. En todos los continentes y a lo largo del siglo XX hubo quien prefirió dejarse matar antes que renunciar a

la propia misión. Religiosos y religiosas vivieron su consagración hasta el derramamiento de la sangre. Hombres y mujeres creyentes murieron ofreciendo su vida por amor de los hermanos, especialmente de los más pobres y débiles. Tantas mujeres perdieron la vida por defender su dignidad y su pureza.

5. *“El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna” (Jn 12,25)*. Hemos escuchado hace poco estas palabras de Cristo. Se trata de una verdad que frecuentemente el mundo contemporáneo rechaza y desprecia, haciendo del amor hacia sí mismo el criterio supremo de la existencia. Pero los testigos de la fe, que también esta tarde nos hablan con su ejemplo, no buscaron su propio interés, su propio bienestar, la propia supervivencia como valores más grandes que la fidelidad al Evangelio. Incluso en su debilidad, ellos opusieron firme resistencia al mal. En su fragilidad resplandeció la fuerza de la fe y de la gracia del Señor.

Queridos hermanos y hermanas, la preciosa herencia que estos valientes testigos nos han legado es un patrimonio común de todas las Iglesias y de todas las Comunidades eclesiales. Es una herencia que habla con una voz más fuerte que la de los factores de división. El ecumenismo de los mártires y de los testigos de la fe es el más convincente; indica el camino de la unidad a los cristianos del siglo XXI. Es la herencia de la Cruz vivida a la luz de la Pascua: herencia que enriquece y sostiene a los cristianos mientras se dirigen al nuevo milenio.

Si nos enorgullecemos de esta herencia no es por parcialidad y menos aún por deseo de revancha hacia los perseguidores, sino para que quede de manifiesto el extraordinario poder de Dios, que ha seguido actuando en todo tiempo y lugar. Lo hacemos perdonando a ejemplo de tantos testigos muertos mientras oraban por sus perseguidores.

6. Que permanezca viva la memoria de estos hermanos y hermanas nuestros a lo largo del siglo y del milenio recién comenzados. Más aún, ¡que crezca! Que se transmita de generación en generación para que de ella brote una profunda renovación cristiana. Que se custodie como un tesoro de gran valor para los cristianos del nuevo milenio y sea la levadura para alcanzar la plena comunión de todos los discípulos de Cristo.

Con el espíritu lleno de íntima emoción expreso este deseo. Elevo mi oración al Señor para que la nube de testigos que nos rodea nos ayude a todos nosotros, creyentes, a expresar con el mismo valor nuestro amor por Cristo, por Él que está vivo siempre en su Iglesia: como ayer, así hoy, mañana y siempre.

HOMILÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II
MISA DE BEATIFICACIÓN DE LOS PASTORCITOS DE FÁTIMA
FRANCISCO Y JACINTA
EN EL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO
DE FÁTIMA

Sábado 13 de mayo de 2000

1. *“Yo te bendigo, Padre, (...) porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños” (Mt 11, 25).*

Con estas palabras, amados hermanos y hermanas, Jesús alaba los designios del Padre celestial; sabe que nadie puede ir a él si el Padre no lo atrae (cf. *Jn 6, 44*), por eso alaba este designio y lo acepta filialmente: *“Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito” (Mt 11, 26)*. Has querido abrir el Reino a los pequeños.

Por designio divino, *“una mujer vestida del sol” (Ap 12, 1)* vino del cielo a esta tierra en búsqueda de los pequeños privilegiados del Padre. Les habla con voz y corazón de madre: los invita a ofrecerse como víctimas de reparación, mostrándose dispuesta a guiarlos con seguridad hasta Dios. Entonces, de sus manos maternas salió una luz que los penetró íntimamente, y se sintieron sumergidos en Dios, como cuando una persona -explican ellos- se contempla en un espejo.

Más tarde, Francisco, uno de los tres privilegiados, explicaba: *“Estábamos ardiendo en esa luz que es Dios y no nos quemábamos. ¿Cómo es Dios? No se puede decir. Esto sí que la gente no puede decirlo”*. Dios: una luz que arde, pero no quema. Moisés tuvo esa misma sensación cuando vio a Dios en la zarza ardiente; allí oyó a Dios hablar, preocupado por la esclavitud de su pueblo y decidido a liberarlo por medio de él: *“Yo estaré contigo” (cf. Ex 3, 2-12)*. Cuantos acogen esta presencia se convierten en morada y, por consiguiente, en *“zarza ardiente”* del Altísimo.

2. Lo que más impresionaba y absorbía *al beato Francisco* era Dios en esa luz inmensa que había penetrado en lo más íntimo de los tres. Además sólo a él Dios se dio a conocer *“muy triste”*, como decía. Una noche, su padre lo oyó sollozar y le preguntó por qué lloraba; el hijo le respondió: *“Pensaba en*

Jesús, que está muy triste a causa de los pecados que se cometen contra él". Vive movido por el único deseo -que expresa muy bien el modo de pensar de los niños- de "consolar y dar alegría a Jesús".

En su vida se produce una transformación que podríamos llamar radical; una transformación ciertamente no común en los niños de su edad. Se entrega a una vida espiritual intensa, que se traduce en una oración asidua y ferviente y llega a una verdadera forma de unión mística con el Señor. Esto mismo lo lleva a una progresiva purificación del espíritu, a través de la renuncia a los propios gustos e incluso a los juegos inocentes de los niños.

Soportó los grandes sufrimientos de la enfermedad que lo llevó a la muerte, sin quejarse nunca. Todo le parecía poco para consolar a Jesús; murió con una sonrisa en los labios. En el pequeño Francisco era grande el deseo de reparar las ofensas de los pecadores, esforzándose por ser bueno y ofreciendo sacrificios y oraciones. Y Jacinta, su hermana, casi dos años menor que él, vivía animada por los mismos sentimientos.

3. "Y apareció otra señal en el cielo: un gran Dragón" (Ap 12, 3).

Estas palabras de la primera lectura de la misa nos hacen pensar en la gran lucha que se libra entre el bien y el mal, pudiendo constatar cómo el hombre, al alejarse de Dios, no puede hallar la felicidad, sino que acaba por destruirse a sí mismo.

¡Cuántas víctimas durante el último siglo del segundo milenio! Vienen a la memoria los horrores de las dos guerras mundiales y de otras muchas en diversas partes del mundo, los campos de concentración y exterminio, los *gulag*, las limpiezas étnicas y las persecuciones, el terrorismo, los secuestros de personas, la droga y los atentados contra los hijos por nacer y contra la familia.

El mensaje de Fátima es una llamada a la conversión, alertando a la humanidad para que no siga el juego del "dragón", que, con su "cola", arrastró un tercio de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra (cf. Ap 12, 4). La meta última del hombre es el cielo, su verdadera casa, donde el Padre celestial, con su amor misericordioso, espera a todos.

Dios quiere que nadie se pierda; por eso, hace dos mil años, envió a la tierra a su Hijo, "a buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc 19, 10). Él nos ha sal-

vado con su muerte en la cruz; ¡que nadie haga vana esa cruz! Jesús murió y resucitó para ser “el primogénito entre muchos hermanos” (Rm 8, 29).

Con su solicitud materna, la santísima Virgen vino aquí, a Fátima, a pedir a los hombres que “no ofendieran más a Dios, nuestro Señor, que ya ha sido muy ofendido”. Su dolor de madre la impulsa a hablar; está en juego el destino de sus hijos. Por eso pedía a los pastorcitos: “Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no hay quien se sacrifique y pida por ellas”.

4. *La pequeña Jacinta* sintió y vivió como suya esta aflicción de la Virgen, ofreciéndose heroicamente como víctima por los pecadores. Un día -cuando tanto ella como Francisco ya habían contraído la enfermedad que los obligaba a estar en cama- la Virgen María fue a visitarlos a su casa, como cuenta la pequeña: “Nuestra Señora vino a vernos, y dijo que muy pronto volvería a buscar a Francisco para llevarlo al cielo. Y a mí me preguntó si aún quería convertir a más pecadores. Le dije que sí”. Y, al acercarse el momento de la muerte de Francisco, Jacinta le recomienda: “Da muchos saludos de mi parte a nuestro Señor y a nuestra Señora, y diles que estoy dispuesta a sufrir todo lo que quieran con tal de convertir a los pecadores”. Jacinta se había quedado tan impresionada con la visión del infierno, durante la aparición del 13 de julio, que todas las mortificaciones y penitencias le parecían pocas con tal de salvar a los pecadores.

Jacinta bien podía exclamar con san Pablo: “Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1, 24). El domingo pasado, en el Coliseo de Roma, conmemoramos a numerosos testigos de la fe del siglo XX, recordando las tribulaciones que sufrieron, mediante algunos significativos testimonios que nos han dejado. Una multitud incalculable de valientes testigos de la fe nos ha legado una herencia valiosa, que debe permanecer viva en el tercer milenio. Aquí, en Fátima, donde se anunciaron estos tiempos de tribulación y nuestra Señora pidió oración y penitencia para abreviarlos, quiero hoy dar gracias al cielo por la fuerza del testimonio que se manifestó en todas esas vidas. Y deseo, una vez más, celebrar la bondad que el Señor tuvo conmigo, cuando, herido gravemente aquel 13 de mayo de 1981, fui salvado de la muerte. Expreso mi gratitud también a la beata Jacinta por los sacrificios y oraciones que ofreció por el Santo Padre, a quien había visto en gran sufrimiento.

5. “Yo te bendigo, Padre, porque has revelado estas verdades a los pequeños”. La alabanza de Jesús reviste hoy la forma solemne de la beatificación de los pastorcitos Francisco y Jacinta. Con este rito, la Iglesia quiere poner en el candelero estas dos velas que Dios encendió para iluminar a la humanidad en sus horas sombrías e inquietas. Quiera Dios que brillen sobre el camino de esta multitud inmensa de peregrinos y de cuantos nos acompañan a través de la radio y la televisión.

Que sean una luz amiga para iluminar a todo Portugal y, de modo especial, a esta diócesis de Leiría-Fátima.

Agradezco a monseñor Serafim, obispo de esta ilustre Iglesia particular, sus palabras de bienvenida, y con gran alegría saludo a todo el Episcopado portugués y a sus diócesis, a las que amo mucho y exhorto a imitar a sus santos. Dirijo un saludo fraterno a los cardenales y obispos presentes, en particular a los pastores de la comunidad de países de lengua portuguesa: que la Virgen María obtenga la reconciliación del pueblo angoleño; consuele a los damnificados de Mozambique; vele por los pasos de Timor Lorosae, Guinea-Bissau, Cabo Verde, Santo Tomé y Príncipe; y conserve en la unidad de la fe a sus hijos e hijas de Brasil.

Saludo con deferencia al señor presidente de la República y demás autoridades que han querido participar en esta celebración; y aprovecho esta ocasión para expresar, en su persona, mi agradecimiento a todos por la colaboración que ha hecho posible mi peregrinación. Abrazo con cordialidad y bendigo de modo particular a la parroquia y a la ciudad de Fátima, que hoy se alegra por sus hijos elevados al honor de los altares.

6. Mis últimas palabras son para los niños: queridos niños y niñas, veo que muchos de vosotros estáis vestidos como Francisco y Jacinta. ¡Estáis muy bien! Pero luego, o mañana, dejaréis esos vestidos y... los pastorcitos desaparecerán. ¿No os parece que no deberían desaparecer? La Virgen tiene mucha necesidad de todos vosotros para consolar a Jesús, triste por los pecados que se cometen; tiene necesidad de vuestras oraciones y sacrificios por los pecadores.

Pedid a vuestros padres y educadores que os inscriban a la “escuela” de Nuestra Señora, para que os enseñe a ser como los pastorcitos, que procuraban hacer todo lo que ella les pedía. Os digo que “se avanza más en poco tiempo de sumisión y dependencia de María, que en años enteros de inicia-

tivas personales, apoyándose sólo en sí mismos” (san Luis María Grignion de Montfort, *Tratado sobre la verdadera devoción a la santísima Virgen*, n. 155). Fue así como los pastorcitos rápidamente alcanzaron la santidad. Una mujer que acogió a Jacinta en Lisboa, al oír algunos consejos muy buenos y acertados que daba la pequeña, le preguntó quién se los había enseñado: “Fue Nuestra Señora”, le respondió. Jacinta y Francisco, entregándose con total generosidad a la dirección de tan buena Maestra, alcanzaron en poco tiempo las cumbres de la perfección.

7. “Yo te bendigo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños”.

Yo te bendigo, Padre, por todos tus pequeños, comenzando por la Virgen María, tu humilde sierva, hasta los pastorcitos Francisco y Jacinta.

Que el mensaje de su vida permanezca siempre vivo para iluminar el camino de la humanidad.

HOMILÍA DE JUAN PABLO II
SANTA MISA CON MOTIVO DEL
JUBILEO DE LOS PRESBITEROS
Y DEL 80º CUMPLEAÑOS DEL SANTO PADRE

Jueves 18 de mayo

1. *“Ecce Sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo”.*

El gran Sacerdote, más bien el sumo Sacerdote, es Jesucristo. Como afirma la carta a los Hebreos, él con su propia sangre penetró una vez para siempre en el santuario, consiguiéndonos una redención eterna (cf. *Hb* 9, 12). Cristo, sacerdote y víctima, “es el mismo ayer, hoy y siempre” (*Hb* 13, 8). Nos reunimos esta mañana para reflexionar en su sacerdocio nosotros que, como presbíteros, hemos sido llamados a participar en él de modo específico.

¡El *sacerdocio ministerial!* De él nos habla la liturgia de este día, haciéndonos volver espiritualmente al Cenáculo, a la última Cena, cuando Cristo lavó los pies a los Apóstoles. El evangelista san Juan narra la escena. Pero también san Lucas, en el pasaje que acabamos de proclamar, nos ofrece la justa interpretación de ese gesto simbólico de Cristo, que dice de sí mismo: “Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve” (*Lc* 22, 27). El Maestro deja a sus amigos el mandamiento de amarse como él los ha amado, poniéndose los unos al servicio de los otros (cf. *Jn* 13, 14): “Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros” (*Jn* 13, 15).

2. ¡El *sacerdocio ministerial!* A él nos remite sobre todo la Eucaristía, en la que Cristo instituyó el nuevo rito de la Pascua cristiana, introduciendo, al mismo tiempo, el ministerio sacerdotal en la Iglesia.

Durante la última Cena, Cristo tomó el pan en sus manos, lo partió y lo dio a los Apóstoles, diciendo: “Esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros” (*Rito de la misa*; cf. *Lc* 22, 19). Del mismo modo, tomó el cáliz lleno de vino y lo dio a los Apóstoles, diciendo: “Este es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía” (*ib.*).

Cada vez que repetís este rito, explica el apóstol san Pablo, “anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga” (1 Co 11, 26).

Amadísimos sacerdotes, de este modo Cristo ha puesto en nuestras manos, bajo las especies del pan y del vino, el memorial vivo del sacrificio que él ofreció al Padre en la cruz. Lo ha confiado a su Iglesia para que lo celebre hasta el fin del mundo. Sabemos que por medio de nosotros, por medio de los ministros ordenados, él mismo actúa en la Iglesia, a lo largo de los siglos, como sumo y eterno Sacerdote de la nueva Alianza.

“Haced esto en conmemoración mía”: cada vez que lo hagáis, anunciaréis mi muerte hasta mi última venida.

3. ¡El sacerdocio ministerial! Todos nosotros participamos en él, y hoy queremos elevar a Dios una acción de gracias común por este extraordinario don. Don para todos los tiempos y para los hombres de todas las razas y culturas. Don que se renueva en la Iglesia gracias a la inmutable misericordia divina y a la respuesta generosa y fiel de gran número de hombres frágiles. Don que no deja de maravillar a quien lo recibe.

Después de más de cincuenta años de vida sacerdotal, siento una profunda necesidad de alabar y dar gracias a Dios por su inmensa bondad. Mi pensamiento vuelve, en este momento, al Cenáculo de Jerusalén, donde, durante mi reciente peregrinación a Tierra Santa, pude celebrar la santa misa. En ese lugar nació mi sacerdocio, y el vuestro, de la mente y del corazón de Cristo. Por eso precisamente, desde aquella “sala del piso superior” quise dirigir la *Carta a los sacerdotes* con ocasión del Jueves santo, que hoy os vuelvo a proponer idealmente.

En el Cenáculo, la víspera de su pasión, Jesús quiso hacernos partícipes de la vocación y misión que el Padre celestial le había confiado, es decir, introducir a los hombres en su misterio universal de salvación.

4. Os abrazo con gran afecto, queridos sacerdotes de todo el mundo. Es un abrazo que no tiene confines y se extiende a los presbíteros de toda Iglesia particular, llegando especialmente a vosotros, queridos sacerdotes enfermos, solos o probados por diversas dificultades.

Pienso también en los sacerdotes que, por diferentes circunstancias, ya no ejercen el sagrado ministerio, aun llevando en sí la especial configuración a

Cristo ínsita en el carácter indeleble del orden sagrado. Oro mucho también por ellos, e invito a todos a recordarlos en la oración, para que, también gracias a la dispensa obtenida regularmente, mantengan vivo el compromiso de la coherencia cristiana y de la comunión eclesial.

5. Queridos presbíteros de todos los países y de todas las culturas, esta es una jornada dedicada completamente a nuestro sacerdocio, al sacerdocio ministerial.

Con gran afecto saludo y doy las gracias al cardenal Darío Castrillón Hoyos, prefecto de la Congregación para el clero, que, al comienzo de la celebración, me ha dirigido, también en vuestro nombre, unas cordiales palabras de felicitación en este día para mí muy significativo. Saludo a los señores cardenales, a los arzobispos y a los obispos presentes. Os saludo a todos vosotros, queridos hermanos en el sacerdocio, que habéis querido estar hoy aquí conmigo; algunos habéis venido incluso de lejos, a costa de grandes sacrificios. Os estrecho a todos contra mi corazón.

Hemos sido consagrados en la Iglesia para este ministerio específico. Estamos llamados a contribuir, de varios modos, donde la Providencia nos pone, en la *formación de la comunidad* del pueblo de Dios. El apóstol san Pablo nos ha recordado que *nuestra tarea* consiste en apacentar la grey de Dios que se nos ha confiado, no por la fuerza, sino voluntariamente, no tiranizando, sino dando un testimonio ejemplar (cf. 1 P 5, 2-3); un testimonio que puede llegar, si fuera necesario, al derramamiento de la sangre, como ha sucedido con muchos de nuestros hermanos durante el siglo que acaba de terminar.

Este es para nosotros el camino de la santidad, que lleva al encuentro definitivo con el “pastor supremo”, en cuyas manos está “la corona de gloria” (1 P 5, 4). Esta es nuestra misión al servicio del pueblo cristiano. Que nos ayude María, Madre de nuestro sacerdocio, y nos ayuden los numerosos santos presbíteros que nos han precedido en esta misión sublime y llena de responsabilidad.

También tú, querido pueblo cristiano, que hoy te reúnes en torno a nosotros en la fe y en la alegría, ora por nosotros. Eres pueblo real, linaje sacerdotal, asamblea santa. Eres el pueblo de Dios que, en todos los rincones de la tierra, participa en el sacerdocio de Cristo. Acepta el don que hoy renovamos al servicio de tu singular dignidad. Tú, pueblo sacerdotal, da gracias con nosotros a Dios por nuestro ministerio y canta con nosotros a tu Señor y

nuestro: ¡gloria a ti, oh Cristo, por el don del sacerdocio! Haz que la Iglesia del nuevo milenio cuente con la obra generosa de numerosos y santos sacerdotes. Amén.

JUBILEO DE LA DIÓCESIS DE ROMA HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Domingo 28 de mayo de 2000

1. “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor” (Jn 15, 9). Cristo, la víspera de su muerte, *abre su corazón a los discípulos* reunidos en el Cenáculo. Les deja su testamento espiritual. En el período pascual, la Iglesia vuelve sin cesar espiritualmente al Cenáculo, a fin de escuchar de nuevo con reverencia las palabras del Señor y obtener luz y consuelo para avanzar por los caminos del mundo.

Nuestra Iglesia de Roma, que celebra su jubileo, vuelve hoy al Cenáculo con el corazón conmovido. Vuelve para dejarse interpelar por el divino Maestro, para meditar en sus palabras y descubrir *la respuesta más adecuada* a las peticiones que él le hace.

Las palabras que nuestra Iglesia escucha hoy de los labios de su Señor son *fuertes y claras*: “Permaneced en mi amor. (...) Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado” (Jn 15, 9. 12). ¡Cómo no sentir particularmente “nuestras” estas palabras de Jesús! ¿No tiene la Iglesia de Roma la tarea específica de “presidir en la caridad” a toda la ecúmene cristiana? (cf. san Ignacio de Antioquía, *Ad Rom, inscr.*). Sí, el mandamiento del amor compromete a nuestra Iglesia de Roma con una fuerza y una urgencia especiales.

El amor es exigente. Cristo dice: “Nadie tiene amor mayor que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15, 13). El amor llevará a Jesús a la cruz. Todo discípulo debe recordarlo. El amor viene del Cenáculo y vuelve a él. En efecto, después de la resurrección, precisamente en el Cenáculo los discípulos meditarán en las palabras pronunciadas por Jesús el Jueves santo y tomarán conciencia del contenido salvífico que encierran. En virtud del amor de Cristo, acogido y correspondido, ahora son sus amigos: “Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15, 15).

Reunidos en el Cenáculo después de la resurrección y la ascensión del divino Maestro al cielo, los Apóstoles comprenderán plenamente el sentido de sus palabras: “Os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto

dures” (Jn 15, 16). Bajo la acción del Espíritu Santo, estas palabras los convertirán en la comunidad salvífica que es la Iglesia. Los Apóstoles comprenderán que han sido elegidos para una misión especial, es decir, testimoniar el amor: “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor”.

Esta consigna pasa hoy a nosotros: en cuanto cristianos, estamos llamados a ser testigos del amor. Este es el “fruto” que estamos llamados a dar, y este fruto “permanece” en el tiempo y por toda la eternidad.

2. La segunda lectura, tomada de los *Hechos de los Apóstoles*, habla de la misión apostólica que brota de este amor. Pedro, llamado por el centurión romano Cornelio, va a su casa, en Cesarea, y asiste a su conversión, la conversión de un pagano. El mismo Apóstol comenta ese importantísimo acontecimiento: “Está claro que Dios no hace distinciones: acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea” (Hch 10, 34-35). Del mismo modo, cuando el Espíritu Santo desciende sobre el grupo de creyentes provenientes del paganismo, Pedro comenta: “¿Se puede negar el agua del bautismo a los que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros?” (Hch 10, 47). Iluminado desde lo alto, Pedro comprende y testimonia que *todos están llamados por el amor de Cristo*.

Nos encontramos aquí ante un viraje decisivo en la vida de la Iglesia: un viraje al que el *libro de los Hechos* atribuye gran importancia. En efecto, los Apóstoles, y en particular Pedro, aún no habían percibido claramente que su misión no se limitaba sólo a los hijos de Israel. Lo que sucedió en la casa de Cornelio los convenció de que no era así. A partir de entonces comenzó el desarrollo del cristianismo fuera de Israel, y se consolidó una conciencia cada vez más profunda de la universalidad de la Iglesia: *todo hombre y toda mujer*, sin distinción de raza y cultura, *están llamados* a acoger el Evangelio. El amor de Cristo es para todos, y el cristiano es testigo de este amor divino y universal.

3. Totalmente convencido de esta verdad, san Pedro se dirigió primero a Antioquía y, después, a Roma. *La Iglesia de Roma le debe su comienzo*. Este encuentro de la comunidad eclesial de Roma, en el corazón del gran jubileo del año 2000, reaviva en todos nosotros el recuerdo de ese origen apostólico, el recuerdo de san Pedro, primer pastor de nuestra ciudad. Durante estos meses numerosos peregrinos, de todas las partes del mundo, están acudiendo a su tumba para celebrar el jubileo de la encarnación del Señor y profesar la misma fe de Pedro en Cristo, Hijo de Dios vivo.

Se manifiesta así, una vez más, la particular vocación que la divina Providencia ha reservado a Roma: ser el punto de referencia para la comunión y la unidad de toda la Iglesia y para la renovación espiritual de toda la humanidad.

4. Queridos fieles de esta amada Iglesia de Roma, me alegra dirigiros mi afectuoso saludo en esta circunstancia, en que estamos reunidos para celebrar el *jubileo diocesano*. Saludo al cardenal vicario, al vicegerente y a los obispos auxiliares, a los sacerdotes y a los diáconos, a los religiosos y a las religiosas, y a todos vosotros, laicos comprometidos activamente en las parroquias, en los movimientos, en los grupos y en los diferentes ambientes de trabajo y de vida de la ciudad. Saludo asimismo al alcalde y a las autoridades presentes.

Este día constituye *la cumbre ideal de un intenso camino preparatorio*. Desde el Sínodo diocesano hasta la misión ciudadana, nuestra Iglesia de Roma, en sus diversos componentes, ha mostrado durante estos años gran vitalidad pastoral y ardiente impulso evangelizador. Por eso hoy queremos dar gracias al Señor. Con oportunas iniciativas pastorales, toda la ciudad ha podido escuchar de nuevo el anuncio del Evangelio en los hogares y en los lugares de trabajo. Así, se ha puesto de manifiesto cuán enraizada está la Iglesia entre la gente y cuán cerca está de las personas más pobres y marginadas.

Al término de la misión ciudadana, la tarde de la vigilia de Pentecostés del año pasado, os dije que debemos aprovechar los frutos de esta estación, rica en dones del Señor. Por esa razón, el encuentro de hoy, además de ser *un punto de llegada*, es también *un punto indispensable de partida*. Es necesario que ya desde ahora se realice un esfuerzo general para hacer que penetre cada vez más el “espíritu de la misión ciudadana” en la pastoral ordinaria y diaria de las parroquias y de las realidades eclesiales. Es preciso que todos lo consideren un “compromiso permanente” y que implique a todo el pueblo de Dios, comenzando por los “misioneros”, sacerdotes, religiosos y laicos, que han experimentado personalmente la belleza y la alegría de la evangelización. Precisamente con vistas a este impulso necesario en las familias y en los diversos ambientes de la ciudad, es muy oportuno que durante el próximo año pastoral se realice un atento discernimiento de los frutos del camino recorrido hasta ahora.

5. Demos gracias a Dios por todo lo que está viviendo la diócesis; demos gracias, sobre todo, por los diversos acontecimientos que se están celebran-

do durante este Año jubilar. Ya nos hallamos en vísperas de grandes e importantes citas, que requieren la más amplia y generosa colaboración. Pienso, en primer lugar, en el *Congreso eucarístico internacional*, el “corazón del jubileo”, que celebra la presencia viva en medio de nosotros del Verbo hecho carne, “pan de vida para el mundo”.

Después, la *XV Jornada mundial de la juventud*, con ocasión de la cual en agosto se reunirá en Roma una multitud de jóvenes procedentes de todo el mundo, que esperan ser acogidos con alegría y simpatía por sus coetáneos romanos y ser alojados por las familias y toda la comunidad cristiana y ciudadana.

En octubre, además, celebraremos el *jubileo de las familias*, que exigirá un cuidado particular por parte de la diócesis y de las familias cristianas. Preparémonos para estos acontecimientos con profunda participación.

6. ¡Iglesia de Roma, sé consciente de cuán singular es tu misión también con respecto al jubileo! No te desalientes por las dificultades que encuentras en tu camino diario. Te sostiene el testimonio de los apóstoles san Pedro y san Pablo, que consagraron tus comienzos con su sangre; te estimula el ejemplo de los santos y los mártires, que te entregaron la antorcha de una inquebrantable dedicación al Evangelio. ¡No temas! Que el amor de Cristo, gracias al compromiso de tus hijos, llegue a todos los habitantes de la ciudad y se difunda en todos los ambientes, para llevar por doquier alegría y esperanza.

Y tú, María, *Salus populi romani*, Virgen del amor divino, ayúdanos. Nos encomendamos a ti con confianza. Que por tu intercesión materna se renueve en la Iglesia de Roma la venida del Espíritu Santo, principio de su unidad y fuerza para su misión. ¡Alabado sea Jesucristo!

HOMILÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II JUBILEO DE LOS EMIGRANTES E ITINERANTES

Viernes 2 de junio de 20001.

“Permaneced en el amor fraterno. No os olvidéis de la hospitalidad” (Hb 13, 1-2).

El pasaje de la *carta a los Hebreos* que acabamos de escuchar relaciona la exhortación a acoger al huésped, al peregrino y al forastero con el mandamiento del amor, síntesis de la nueva ley de Cristo. “No os olvidéis de la hospitalidad”. Este mensaje resuena de modo particular hoy, amadísimos emigrantes e itinerantes, mientras celebramos este jubileo especial.

Os saludo con gran afecto, y os agradezco el haber respondido en gran número a mi invitación y a la del Consejo pontificio para la pastoral de los emigrantes e itinerantes. Saludo, de modo especial, a monseñor Stephen Fumio Hamao, presidente de vuestro Consejo pontificio, y le agradezco las palabras que me ha dirigido en vuestro nombre al comienzo de la celebración. Saludo, asimismo, al secretario, monseñor Gioia, al subsecretario, a los colaboradores y a cuantos han contribuido a la realización de esta importante manifestación espiritual.

Entre vosotros se encuentran *emigrantes* de diversos países; *refugiados*, que han huido de situaciones de violencia y piden que se les reconozcan sus derechos fundamentales; *alumnos extranjeros* deseosos de perfeccionar su formación científica y tecnológica; *gente del mar y del aire*, que trabaja al servicio de los que viajan en barcos o en aviones; *turistas* interesados en conocer ambientes, costumbres y tradiciones diversos; *nómadas*, que desde hace siglos recorren los caminos del mundo; *artistas de circo*, que llevan a las plazas atracciones y sana diversión. A todos y a cada uno, mi abrazo más cordial.

Vuestra presencia nos recuerda que el mismo Hijo de Dios, al venir a habitar en medio de nosotros (cf. *Jn 1, 14*), *se convirtió en emigrante*: se hizo peregrino en el mundo y en la historia.

2. “Venid, benditos de mi Padre. (...) Porque (...) era forastero, y me acogisteis” (Mt 25, 34-35).

Jesús afirma que sólo se entra en el reino de Dios practicando el mandamiento del amor. Por tanto, no se entra en él en virtud de privilegios raciales, culturales y ni siquiera religiosos, sino por haber cumplido la voluntad del Padre que está en los cielos (cf. Mt 7, 21).

Amadísimos emigrantes e itinerantes, vuestro jubileo expresa con singular elocuencia el lugar central que debe ocupar en la Iglesia la caridad de la acogida. Al asumir la condición humana e histórica, Cristo se ha unido, en cierto modo, a todo hombre. Nos ha acogido a cada uno de nosotros y, con el mandamiento del amor, nos ha pedido que imitemos su ejemplo, es decir, que *nos acogamos los unos a los otros como él nos ha acogido* (cf. Rm 15, 7).

Desde el momento en que el Hijo de Dios “puso su morada entre nosotros”, todo hombre, en cierta medida, se ha transformado en el “lugar” del encuentro con él. Acoger a Cristo en el hermano y en la hermana que sufren necesidad es la condición para poder encontrarse con él “cara a cara” y de modo perfecto al final de la peregrinación terrena.

Por consiguiente, es siempre actual la exhortación del autor de la *carta a los Hebreos*: “No os olvidéis de la hospitalidad; gracias a ella hospedaron algunos, sin saberlo, a ángeles” (Hb 13, 2).

3. Hago mías, hoy, las palabras de mi venerado predecesor el siervo de Dios Pablo VI, quien, en la homilía de clausura del concilio ecuménico Vaticano II, afirmó: “Para la Iglesia católica nadie es extraño, nadie está excluido, nadie está lejos” (AAS 58 [1966] 51-59). En la Iglesia, como escribió desde el inicio el Apóstol de las gentes, no hay extranjeros ni huéspedes, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios (cf. Ef 2, 19).

Por desgracia, se dan aún en el mundo actitudes de aislamiento, e incluso de rechazo, por miedos injustificados y por buscar únicamente los propios intereses. Se trata de discriminaciones incompatibles con la pertenencia a Cristo y a la Iglesia. Más aún, la comunidad cristiana está llamada a difundir en el mundo la levadura de la fraternidad, de la *convivencia entre personas diferentes*, que también hoy podemos experimentar durante este encuentro.

Ciertamente, en una sociedad como la nuestra, compleja y marcada por múltiples tensiones, *la cultura de la acogida se debe conjugar con leyes y normas*

prudentes y clarividentes, que permitan valorar los aspectos positivos de la movilidad humana, previniendo sus posibles manifestaciones negativas. Esto hará que efectivamente se respete y acoja a todas las personas.

Con mayor razón en la época de la globalización, la Iglesia tiene una propuesta precisa: trabajar para que nuestro mundo, del que se suele decir que es una “aldea global”, sea verdaderamente más unido, más solidario y más acogedor. Esta celebración jubilar quiere difundir por doquier como mensaje que *el hombre y el respeto de sus derechos deben estar siempre en el centro de los fenómenos de movilidad*.

4. La Iglesia, depositaria de un mensaje salvífico universal, está convencida de que su tarea primaria consiste en proclamar el Evangelio a todos los hombres y a todos los pueblos. Desde que Cristo resucitado envió a los Apóstoles a anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra, sus horizontes son los del mundo entero. Los primeros cristianos comenzaron a reconocerse y a vivir como hermanos, en cuanto hijos de Dios, en el escenario pluriétnico, pluricultural y plurirreligioso del Mediterráneo.

Hoy no sólo el Mediterráneo, sino también todo el planeta se abre a las complejas dinámicas de una fraternidad universal. Queridos hermanos, vuestra presencia aquí en Roma subraya cuán importante es que Cristo y su evangelio de esperanza iluminen constantemente este fenómeno de crecimiento humano. Desde esta perspectiva debemos seguir comprometiéndonos, sostenidos por la gracia divina y la intercesión de los grandes *santos patronos de los emigrantes*: desde santa Francisca Javiera Cabrini hasta el beato Juan Bautista Scalabrini. Estos santos y beatos nos recuerdan cuál es la vocación del cristiano en medio de los hombres: caminar con ellos como hermano, compartiendo sus alegrías y esperanzas, sus dificultades y sufrimientos. Como los discípulos de Emaús, los creyentes, sostenidos por la presencia viva de Cristo resucitado, son, a su vez, compañeros de camino de sus hermanos que atraviesan dificultades, ofreciéndoles la Palabra que reaviva la esperanza en los corazones y compartiendo con ellos el pan de la amistad, de la fraternidad y de la ayuda recíproca. Así se construye la civilización del amor. Así se anuncia la esperada venida del cielo nuevo y la tierra nueva, hacia los que nos encaminamos.

Invoquemos la intercesión de estos santos patronos en favor de todos los que forman parte de la gran familia de los emigrantes e itinerantes. Invoquemos, de modo particular, la protección de María, que nos ha prece-

dido en la peregrinación de la fe, para que guíe los pasos de todos los hombres y mujeres que buscan la libertad, la justicia y la paz. Que ella acompañe a las personas, a las familias y a las comunidades itinerantes. Que ella suscite cordialidad y acogida en el corazón de los residentes, y favorezca la creación de relaciones de comprensión y solidaridad recíprocas entre cuantos están llamados a participar un día en la misma alegría en la casa del Padre celestial.

Amén.

HOMILÍA DE JUAN PABLO II

“STATIO ORBIS” CLAUSURA DEL XLVII CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL

Domingo 25 de junio

1. “Tomad, esto es mi cuerpo (...); esta es mi sangre” (Mc 14, 22-23).

Las palabras que pronunció Jesús durante la última Cena resuenan hoy en nuestra asamblea, mientras nos disponemos a clausurar el Congreso eucarístico internacional. Resuenan con singular intensidad, como una renovada consigna: “¡Tomad!”.

Cristo nos confía su Cuerpo entregado y su Sangre derramada. Nos los confía como hizo con los Apóstoles en el Cenáculo, antes de su supremo sacrificio en el Gólgota. Pedro y los demás comensales acogieron estas palabras con asombro y profunda emoción. Pero ¿podían comprender entonces cuán lejos los llevarían?

Se cumplía en aquel momento la promesa que Jesús había hecho en la sinagoga de Cafarnaúm: “Yo soy el pan de vida, (...) el pan que yo daré, es mi carne, para la vida del mundo” (Jn 6, 48. 51). La promesa se cumplía en la *víspera de la pasión*, en la que Cristo se entregaría a sí mismo por la salvación de la humanidad.

2. “Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por muchos” (Mc 14, 24).

En el Cenáculo Jesús habla de *alianza*. Es un término que los Apóstoles comprenden fácilmente, porque pertenecen al pueblo con el que Yahveh, como nos narra la primera lectura, había sellado la antigua alianza, durante el éxodo de Egipto (cf. Ex 19-24). Tienen muy presentes en su memoria el monte Sinaí y Moisés, que había bajado de ese monte llevando la Ley divina grabada en dos tablas de piedra.

No han olvidado que Moisés, después de haber tomado el “libro de la alianza”, lo había leído en voz alta y el pueblo había aceptado, respondiendo: “Obedeceremos y haremos todo cuanto ha dicho el Señor” (Ex 24, 7). Así, se había establecido un pacto entre Dios y su pueblo, sellado con la sangre de animales inmolados en sacrificio. Por eso Moisés había rociado al pueblo diciendo: “Esta es la sangre de la alianza que el Señor ha hecho con vosotros, según todas estas palabras” (Ex 24, 8).

Así pues, los Apóstoles comprendieron bien la referencia a la antigua alianza. Pero *¿qué comprendieron de la nueva?* Seguramente muy poco. Deberá bajar el Espíritu Santo a abrirles la mente. Sólo entonces comprenderán el sentido pleno de las palabras de Jesús. Comprenderán y se alegrarán.

Se percibe claramente un eco de esa alegría en las palabras de la carta a los Hebreos que acabamos de proclamar: “Si la sangre de machos cabríos y de toros y la ceniza de vaca santifica con su aspersion a los contaminados, en orden a la purificación de la carne, ¡cuánto más la sangre de Cristo!” (Hb 9, 13-14). Y el autor de la carta concluye: “Por eso Cristo es mediador de una nueva alianza; para que (...) los que han sido llamados reciban la herencia eterna prometida” (Hb 9, 15).

3. “Este es el cáliz de mi sangre”. La tarde del Jueves santo, los Apóstoles llegaron hasta *el umbral del gran misterio*. Cuando, terminada la cena, salieron con él hacia el huerto de los Olivos, no podían saber aún que las palabras que había pronunciado sobre el pan y el cáliz se cumplirían dramáticamente al día siguiente, en la hora de la cruz. Quizá ni siquiera en el día tremendo y glorioso que la Iglesia llama *feria sexta in parasceve* -el Viernes santo-, se dieron cuenta de que lo que Jesús les había transmitido bajo las especies del pan y del vino *contenía la realidad pascual*.

En el evangelio de san Lucas hay un pasaje iluminador. Hablando de los dos discípulos de Emaús, el evangelista describe su desilusión: “Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel” (Lc 24, 21). Este debió de ser también el sentimiento de los demás discípulos, antes de su encuentro con Cristo resucitado. Sólo después de la resurrección comenzaron a comprender que *en la pascua de Cristo se había realizado la redención del hombre*. El Espíritu Santo los guiaría luego a la verdad completa, revelándoles que el Crucificado había entregado su cuerpo y había derramado su sangre como sacrificio de expiación por los pecados de los hombres, por los pecados de todo el mundo (cf. 1 Jn 2, 2).

También el autor de la *carta a los Hebreos* nos ofrece una *clara síntesis del misterio*: “Cristo (...) penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, *consiguiendo una redención eterna*” (Hb 9, 11-12).

4. Hoy reafirmamos esta verdad en la *Statio orbis* de este Congreso eucarístico internacional, mientras, obedeciendo al mandato de Cristo, volvemos a hacer “en conmemoración suya” cuanto él realizó en el Cenáculo la víspera de su pasión.

“Tomad, esto es mi cuerpo. (...) Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos” (Mc 14, 22. 24). Desde esta plaza queremos *repetir a los hombres y a las mujeres del tercer milenio este anuncio extraordinario*: el Hijo de Dios se hizo hombre por nosotros y se entregó en sacrificio por nuestra salvación. Nos da su cuerpo y su sangre como alimento para una vida nueva, una vida divina, ya no sometida a la muerte.

Con emoción recibamos nuevamente este don de manos de Cristo, para que, por medio de nosotros, llegue a todas las familias y a todas las ciudades, a los lugares del dolor y a los centros de la esperanza de nuestro tiempo. La Eucaristía es don infinito de amor: bajo los signos del pan y del vino reconocemos y adoramos el sacrificio único y perfecto de Cristo, ofrecido por nuestra salvación y por la de toda la humanidad. La Eucaristía es realmente “el misterio que resume todas las maravillas que Dios realizó por nuestra salvación” (cf. santo Tomás de Aquino, *De sacr. Euch.*, cap. I).

En el Cenáculo *nació y renace continuamente la fe eucarística de la Iglesia*. Al terminar el Congreso eucarístico, queremos *volver espiritualmente a los orígenes, a la hora del Cenáculo y del Gólgota*, para dar gracias por el don de la Eucaristía, don inestimable que Cristo nos ha dejado, don del que vive la Iglesia.

5. Dentro de poco concluirá nuestra asamblea litúrgica, enriquecida con la presencia de fieles procedentes de todo el mundo, y que es más sugestiva aún gracias a este extraordinario adorno floral. A todos os saludo con afecto y os doy las gracias de corazón.

Salgamos de este encuentro fortalecidos en nuestro compromiso apostólico y misionero. Que la participación en la Eucaristía os lleve a ser pacientes en la prueba a vosotros, *enfermos*; fieles en el amor a vosotros, *esposos*; perseve-

rantes en los santos propósitos a vosotros, *consagrados*; fuertes y generosos a vosotros, queridos *niños* de primera comunión, y, sobre todo, a vosotros, queridos *jóvenes*, que os disponéis a asumir personalmente la responsabilidad del futuro. Desde esta *Statio orbis* mi pensamiento va ahora a la solemne celebración eucarística con la que se concluirá la *Jornada mundial de la juventud*. A vosotros, jóvenes de Roma, de Italia y del mundo, os digo: preparaos esmeradamente para ese encuentro internacional de la juventud, en el que se os llamará a confrontaros con los desafíos del nuevo milenio.

6. Y tú, Cristo, nuestro Señor, que “con este sacramento alimentas y santificas a tus fieles, para que una misma fe ilumine y un mismo amor congregue a todos los hombres que habitan un mismo mundo” (*Prefacio II de la Santísima Eucaristía*), haz que tu Iglesia, que celebra el misterio de tu presencia salvadora, sea cada vez más firme y compacta.

Infunde tu Espíritu en cuantos se acercan a la sagrada mesa, y dales mayor audacia para testimoniar el mandamiento de tu amor, a fin de que el mundo crea en ti, que un día dijiste: “Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre” (*Jn 6, 51*).

Tú, Señor Jesucristo, Hijo de la Virgen María, eres el único Salvador del hombre, “ayer, hoy y siempre”.

HOMILÍA DEL PAPA JUAN PABLO II

SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO

Jueves 29 de junio de 2000

1. “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Mt 16, 15).

Jesús formula esta pregunta sobre su identidad a los discípulos mientras se encuentra con ellos en la alta Galilea. Muchas veces ellos le habían hecho preguntas a Jesús; ahora es él quien los interpela. Su pregunta es precisa, y espera una respuesta. Simón Pedro toma la palabra en nombre de todos: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16, 16).

Esta respuesta es extraordinariamente lúcida. Refleja de modo perfecto la fe de la Iglesia. En ella nos vemos reflejados también nosotros. De manera particular, en las palabras de Pedro se ve reflejado *el Obispo de Roma*, que, por voluntad divina, es su indigno sucesor. Y, en torno a él y con él, os veis reflejados en dichas palabras vosotros, queridos *arzobispos metropolitanos*, que habéis venido aquí de tantas partes del mundo para recibir el palio en la solemnidad de san Pedro y san Pablo.

Os dirijo a cada uno mi más cordial saludo y de buen grado lo extiendo a cuantos os han acompañado a Roma y a vuestras comunidades, unidas espiritualmente a nosotros en esta solemne circunstancia.

2. “Tú eres el Mesías”. Jesús responde a la confesión de Pedro: “¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo” (Mt 16, 17).

¡Dichoso tú, Pedro! Dichoso, porque esta verdad, que es central en la fe de la Iglesia, no podía ser fruto de tu conocimiento de hombre, sino obra de Dios. “Nadie -dijo Jesús- conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11, 27).

Reflexionemos en esta página singularmente densa del Evangelio: el Verbo encarnado había revelado al Padre a sus discípulos; ahora llega el momento en que el mismo Padre les revela a su Hijo unigénito. Pedro acoge la iluminación interior y proclama con valentía: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”.

Estas palabras en los labios de Pedro provienen de lo más profundo del misterio de Dios; revelan la verdad íntima, la vida misma de Dios. Y Pedro, bajo la acción del Espíritu divino, se convierte en *testigo y confesor de esta verdad sobrehumana*. Así, su profesión de fe constituye la base sólida de la fe de la Iglesia: “Sobre ti edificaré mi Iglesia” (*Mt 16, 18*). La Iglesia de Cristo está edificada sobre la fe y sobre la fidelidad de Pedro.

La primera comunidad cristiana era muy consciente de ello y, como narran los *Hechos de los Apóstoles*, cuando Pedro se encontraba en la cárcel, se reunió para elevar a Dios una oración ferviente por él (cf. *Hch 12, 5*). Fue escuchada, porque la presencia de Pedro era aún necesaria para la comunidad que daba sus primeros pasos: el Señor envió a su ángel para liberarlo de las manos de sus perseguidores (cf. *Hch 12, 7-11*). Estaba escrito en los designios de Dios que Pedro, después de confirmar por mucho tiempo en la fe a sus hermanos, sufriría el martirio aquí, en Roma, juntamente con Pablo, el Apóstol de las gentes, quien también había escapado muchas veces de la muerte.

3. “El Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeran todos los gentiles” (*2 Tm 4, 17*). En la segunda lectura hemos escuchado estas palabras, que san Pablo dirigió a su fiel discípulo Timoteo. Testimonian la obra que el Señor realizó en él, a quien había elegido como ministro del Evangelio, “alcanzándolo” en el camino de Damasco (cf. *Flp 3, 12*).

Envuelto en una luz deslumbrante, el Señor se le apareció diciéndole: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (*Hch 9, 4*), mientras una fuerza misteriosa lo arrojaba al suelo (cf. *Hch 9, 5*). “¿Quién eres, Señor?”, había preguntado Saulo. “Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (*Hch 9, 5*). Esta fue la respuesta de Cristo. Saulo perseguía a los seguidores de Jesús, y Jesús le hacía saber que, en ellos, lo perseguía a él mismo, a Jesús de Nazaret, el Crucificado, de quien los cristianos afirmaban que había resucitado. Si Saulo experimentaba en ese momento su poderosa presencia, era evidente que Dios lo había resucitado realmente de entre los muertos. Era precisamente él el Mesías esperado por Israel, era él el Cristo vivo y presente en la Iglesia y en el mundo.

¿Podía comprender Saulo únicamente con su razón todo lo que implicaba ese acontecimiento? Ciertamente, no. En efecto, formaba parte de los designios misteriosos de Dios. El Padre dará a Pablo la gracia de conocer el mis-

terio de la redención, realizada en Cristo. Dios le permitirá comprender la estupenda realidad de la Iglesia, que vive por Cristo, con Cristo y en Cristo. Y él, partícipe de esta verdad, no dejará de proclamarla incansablemente hasta los últimos confines de la tierra.

Pablo comenzará en Damasco su itinerario apostólico, que lo llevará a difundir el Evangelio en muchas partes del mundo entonces conocido. Así, su impulso misionero contribuirá al cumplimiento del mandato que Cristo dio a los Apóstoles: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes...” (Mt 28, 19).

4. Amadísimos hermanos en el episcopado, que habéis venido a recibir el palio, vuestra presencia muestra elocuentemente la dimensión universal de la Iglesia, que nació con el mandato del Señor: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes...” (Mt 28, 19).

En efecto, procedéis de *quince países de cuatro continentes*, y habéis sido llamados por el Señor para ser pastores de Iglesias metropolitanas. La imposición del *palio* subraya bien el vínculo particular de comunión que os une a la Sede de Pedro y manifiesta la índole católica de la Iglesia.

Cada vez que os revistáis con estos palios, recordad, hermanos queridos, que como pastores estamos llamados a salvaguardar la pureza del Evangelio y la unidad de la Iglesia de Cristo, fundada sobre la “roca” de la fe de Pedro. A esto nos llama el Señor; esta es nuestra misión irrenunciable de guías prudentes de la grey que el Señor nos ha confiado.

5. ¡La unidad plena de la Iglesia! Resuena en mi alma el eco de esta consigna de Cristo. Se trata de una consigna sumamente urgente en el comienzo de este nuevo milenio. Por esta intención oremos y trabajemos sin cansarnos jamás de esperar.

Con estos sentimientos, abrazo y saludo con afecto a la delegación del patriarcado ecuménico de Constantinopla, que ha venido para celebrar con nosotros la memoria litúrgica de san Pedro y san Pablo. Gracias, venerados hermanos, por vuestra presencia y vuestra cordial participación en esta solemne celebración litúrgica. Que el Señor nos conceda llegar cuanto antes a la unidad plena de todos los creyentes en Cristo.

Que nos obtengan este don los apóstoles san Pedro y san Pablo, a quienes la Iglesia de Roma recuerda en este día, en el que se hace memoria de su mar-

tirio y, por eso, de su nacimiento a la vida en Dios. Por el Evangelio aceptaron sufrir y morir, y llegaron a ser partícipes de la resurrección del Señor. Su fe, confirmada por el martirio, es la misma fe de María, la Madre de los creyentes, de los Apóstoles, de los santos y de las santas de todos los siglos.

Hoy la Iglesia proclama nuevamente *su fe*. Es *nuestra fe, la fe inmutable de la Iglesia* en Jesús, único Salvador del mundo; en Cristo, el Hijo del Dios vivo, muerto y resucitado por nosotros y por la humanidad entera.

Santo Padre

- 1. Mensaje Urbi et Orbi.**
- 2. Mensaje para la Jornada Mundial para las Comunicaciones Sociales.**
- 3. Mensaje Urbi et Orbi de Pascua.**
- 4. Mensaje para la Jornada Mundial de la Misiones.**
- 5. Mensaje para el Jubileo de las Cárceles.**

Mensajes

URBI ET ORBI

1 de enero de 2000

En el gran reloj de la historia suena una hora importante: inicia en este momento el año dos mil, que nos introduce en un nuevo milenio. Para los creyentes es el año del Gran Jubileo.

Feliz Año Nuevo a todos vosotros, hombres y mujeres de todos los lugares de la tierra!

Al cruzar el umbral del nuevo año, me gustaría llamar a la puerta de vuestras casas para expresar a cada uno mi más cordial felicitación: ¡Feliz Año a todos, en la luz que desde Belén se irradia a todo el universo!

Os deseo un año lleno de paz: la paz anunciada por los ángeles en la Noche Santa de Navidad; la paz de Cristo que por amor se ha hecho hermano de todo ser humano.

Os deseo un año sereno y feliz: que os acompañe la certeza de que Dios nos ama. Hoy, como hace dos mil años, Cristo viene a orientar con su Evangelio de salvación los pasos inciertos y titubeantes de los pueblos y naciones hacia un futuro de auténtica esperanza.

A Cristo le pido que bendiga este momento de fiesta y de felicitaciones, para que sea el comienzo prometedor de un nuevo milenio lleno de gozo y de paz. Entramos en el año dos mil contemplando fijamente el misterio de la Encarnación.

Cristo, ayer, hoy y siempre.

Suyos son el tiempo y la eternidad.

A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén

**MENSAJE DEL SANTO PADRE
PARA LA 34ª JORNADA MUNDIAL
PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES**

4 de Junio de 2000

***“Anunciar a Cristo en los Medios de Comunicación Social
al alba del Tercer Milenio”***

Queridos hermanos y hermanas:

El tema de la trigésima cuarta Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, *Anunciar a Cristo en los Medios de Comunicación Social al alba del Tercer Milenio*, nos invita a mirar hacia delante considerando los desafíos que nos esperan, y también a mirar hacia el pasado recordando el nacimiento del cristianismo para tomar de esos orígenes la luz y el valor que necesitamos. El centro del mensaje que proclamamos es siempre Jesús mismo. “Ante Él se sitúa la historia humana entera: nuestro hoy y el futuro del mundo son iluminados por su presencia” (*Incarnationis Mysterium*, 1).

Los capítulos iniciales de los Hechos de los Apóstoles contienen un conmovedor relato de la proclamación de Cristo por sus primeros seguidores, proclamación que fue a la vez espontánea, llena de fe y convincente, realizada con el poder del Espíritu Santo.

Lo primero y más importante es que los discípulos anunciaron a Cristo como respuesta al mandato que él les había dado. Antes de ascender al Cielo dijo a los Apóstoles: “Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra” (*Hch* 1,8). Y a pesar de que eran hombres “sin instrucción ni cultura” (*Hch* 4,13), respondieron rápida y generosamente.

Habiéndose dedicado a la oración con María junto con los demás seguidores del Señor, y actuando movidos por el Espíritu Santo, los Apóstoles iniciaron su proclamación en Pentecostés (cf. *Hch* 2). La lectura de aquellos maravillosos eventos nos recuerda que la historia de la comunicación es como un proceso que va desde el orgulloso proyecto de Babel con su carga de confusión e incompreensión mutua (cf. *Gn* 11,1-9), hasta Pentecostés y el don de lenguas: la comunicación es restaurada con su centro en Jesús, por

medio de la acción del Espíritu Santo. Anunciar a Cristo, pues, conduce al encuentro entre las personas en la fe y la caridad al más profundo nivel humano. El mismo Señor resucitado se convierte en vínculo de una genuina comunicación entre sus hermanos y hermanas en el Espíritu.

Pentecostés es sólo el principio. Los Apóstoles no se arredran en la proclamación del Señor ni siquiera cuando son amenazados con represalias: “No podemos callar lo que hemos visto y oído”, dicen Pedro y Juan al Sanedrín (*Hch* 4,20). Incluso los sufrimientos se convierten en instrumentos de la misión. Cuando se desata una violenta persecución en Jerusalén después del martirio de Esteban, forzando a los seguidores de Cristo a huir, “los que se habían dispersado iban por todas partes anunciando la Palabra” (*Hch* 8,4).

El núcleo vivo del mensaje que los Apóstoles predicán es Jesús crucificado y resucitado, que vive triunfante sobre el pecado y la muerte. Pedro dice al centurión Cornelio y su familia: “Ellos lo mataron, colgándolo de un madero; a él, Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de aparecerse... Y nos mandó que predicáramos al pueblo y que diésemos testimonio de que él está constituido por Dios juez de vivos y muertos. De éste todos los profetas dan testimonio de que todo el que cree en él alcanza, por su nombre, el perdón de los pecados” (*Hch* 10, 39-43).

Es obvio que las circunstancias han cambiado profundamente en dos milenios. Y sin embargo permanece inalterable la necesidad de anunciar a Cristo. El deber de dar testimonio de la muerte y la resurrección de Jesús y de su presencia salvífica en nuestras vidas, es tan real y apremiante como el de los primeros discípulos. Hemos de comunicar la buena noticia a todos aquéllos que quieran escuchar.

Es indispensable la proclamación personal y directa, en la que una persona comparte con otra su fe en el Resucitado. Igualmente lo son otras formas tradicionales de sembrar la Palabra de Dios. No obstante, al mismo tiempo debe realizarse hoy una proclamación en y a través de los medios de comunicación social. “La Iglesia se sentiría culpable ante el Señor si no utilizara estos poderosos medios” (Papa Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 45).

No se exagera al insistir en el impacto de los medios sobre el mundo actual. El surgimiento de la sociedad de la información es una verdadera revolución cultural, que transforma a los medios en “el primer Areópago de nuestra época” (*Redemptoris Missio*, 37), en la cual se intercambian constante-

mente ideas y valores. A través de los medios la gente entra en contacto con personas y acontecimientos, y se forma sus opiniones sobre el mundo en el que vive. Incluso ahí se configura su modo de entender el sentido de la vida. Para muchos su propia experiencia vital es en gran medida una prolongación de la experiencia de los medios de comunicación (cf. Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, *Aetatis Novae*, 2). El anuncio de Cristo debe formar parte de esta experiencia.

Naturalmente, al anunciar al Señor, la Iglesia debe usar con vigor y habilidad sus propios medios de comunicación (libros, periódicos, revistas, radio, televisión y otros). Los comunicadores católicos deben ser intrépidos y creativos para desarrollar nuevos medios y métodos en la proclamación. Pero, en lo posible, la Iglesia debe aprovechar al máximo las oportunidades de estar presente también en los medios seculares.

Los medios están contribuyendo ya de muchas formas al enriquecimiento espiritual, por ejemplo en los numerosos programas especiales que se transmiten a nivel mundial por medio de satélites durante este año del Gran Jubileo. En otros casos, sin embargo, expresan la indiferencia y hasta la hostilidad que existe en ciertos sectores de la cultura secular hacia Cristo y su mensaje. Es necesario un cierto tipo de “examen de conciencia” por parte de los medios, que conduzca a una mayor conciencia crítica sobre esa tendencia a un escaso respeto por la religiosidad y las convicciones morales de la gente.

Una forma implícita de proclamación del Señor puede hacerse a través de producciones mediáticas que respondan a las auténticas necesidades humanas, especialmente aquéllas de los débiles, los necesitados y los marginados. Pero además de la proclamación implícita, los comunicadores cristianos deben buscar modos de hablar explícitamente de Jesús muerto y resucitado y de su triunfo sobre el pecado y la muerte, en formas adecuadas a los medios que se usen y a la capacidad del público.

Realizar esto con acierto requiere capacidad y entrenamiento profesional. Pero también requiere algo más. Para testimoniar a Cristo es necesario encontrarse personalmente con él y cultivar esa relación a través de la oración, la Eucaristía y el sacramento de la Reconciliación, leyendo y meditando la Palabra de Dios, estudiando la doctrina cristiana y sirviendo a los demás. Si todo ello es auténtico, será mucho más por obra del Espíritu que nuestra.

Proclamar a Cristo no es sólo un deber sino un privilegio. “El paso de los creyentes hacia el tercer milenio no se resiente absolutamente del cansancio que el peso de dos mil años de historia podría llevar consigo; los cristianos se sienten más bien alentados al ser conscientes de llevar al mundo la luz verdadera, Cristo Señor. La Iglesia, al anunciar a Jesús de Nazaret, verdadero Dios y Hombre perfecto, abre a cada ser humano la perspectiva de ser “divinizado” y, por tanto, de hacerse así más hombre.” (*Incarnationis Mysteriorum*, 2).

El Gran Jubileo del aniversario número 2000 del nacimiento de Jesús en Belén, debe ser una oportunidad y un desafío para que los discípulos del Señor demos testimonio en y a través de los medios, de la extraordinaria y consoladora Buena Noticia de nuestra salvación. Que en este “Año de Gracia” los medios den voz a Jesús mismo, con claridad y alegría, con fe, esperanza y amor. Proclamar a Cristo en los medios al alba del nuevo milenio no es sólo parte sustancial de la misión evangelizadora; constituye también un enriquecimiento vital, inspirador y lleno de esperanza para el propio mensaje de los medios.

Que Dios bendiga abundantemente a todos aquéllos que honran y proclaman a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, en el vasto mundo de los medios de comunicación social.

24 de enero de 2000

Joannes Paulus PP. II

Joannes Paulus II

**MENSAJE DEL SANTO PADRE
JUAN PABLO II
URBI ET ORBI**

Pascua, 23 de abril de 2000

1. *“Mors et vita duello confluxere
mirando; dux vitae mortus regnat vivus...”*.
“Lucharon vida y muerte
en singular batalla
y, muerto el que es la Vida,
triunfante se levanta” (*Secuencia de Pascua*)
Hoy la Iglesia se detiene,
atónita una vez más,
junto al sepulcro vacío.
Igual que María Magdalena y las otras mujeres,
que llegaron para ungir con aromas
el cuerpo del Crucificado,
igual que los apóstoles Pedro y Juan,
que acudieron por las palabras de las mujeres,
la Iglesia se inclina sobre la tumba
en la que fue depositado el Señor
después de la crucifixión.
Hace un mes, como peregrino en Tierra Santa,
recibí la gracia de arrodillarme
ante la losa,
que indica el lugar donde fue sepultado Jesús.
Hoy, domingo de Resurrección,
hago mío el anuncio del mensajero celestial:
“Ha resucitado, no está aquí” (*Mc 16,6*).
Sí, la vida y la muerte lucharon
y la Vida triunfó para siempre.
Todo está orientado nuevamente a la vida,
¡a la Vida eterna!

2. *“Victimae paschali laudes immolent christiani...”*
“Ofrezcan los cristianos ofrendas de alabanza
a gloria de la Víctima propicia de la Pascua.

Cordero sin pecado a las ovejas salva,
a Dios y a los culpables unió con nueva alianza".
Las palabras de la Secuencia pascual
expresan admirablemente el misterio
que tiene lugar en la Pascua de Cristo.
Indican la fuerza renovadora
que fluye de su resurrección.
Con las armas del amor,
Dios ha vencido el pecado y la muerte.
El Hijo eterno, que se despojó de sí mismo
para hacerse siervo obediente
hasta la muerte en cruz (cf. *Flp* 2,7-8),
venció el mal en su raíz,
abriendo a los corazones arrepentidos la senda del retorno al Padre.
Cristo es la Puerta de la Vida,
que en Pascua triunfa sobre las puertas del infierno.
Es la Puerta de la salvación abierta para todos,
la Puerta de la divina misericordia,
que proyecta nueva luz sobre la existencia humana.

3. Cristo resucitado muestra senderos de esperanza
por los que debemos avanzar juntos
hacia un mundo más justo y solidario
donde el ciego egoísmo de pocos
no prevalezca sobre el grito de dolor de muchos,
reduciendo a pueblos enteros
a condiciones de miseria degradante.
Que el mensaje de vida, transmitido por el ángel
junto a la piedra removida del sepulcro,
venza la dureza de los corazones,
lleve a la superación de barreras injustificadas
y favorezca un encuentro fecundo de pueblos y culturas.
Que la imagen del hombre nuevo,
que resplandece en el rostro de Cristo,
impulse a todos a reconocer
el valor intangible de la vida humana;
que suscite respuestas adecuadas
a la exigencia cada vez más sentida
de justicia e iguales oportunidades
en los diversos ámbitos de la vida social;

que lleve a los individuos y a los Estados
al pleno respeto de los derechos esenciales y auténticos
arraigados en la naturaleza misma del ser humano.

4. Señor Jesús, nuestra Paz (*Ef 2, 14*),
Verbo encarnado hace dos mil años,
que resucitando venciste el mal y el pecado,
concede a la humanidad del tercer milenio
una paz justa y duradera;
haz que tengan éxito los diálogos entablados
por hombres de buena voluntad que,
aun entre tantas perplejidades y dificultades,
tratan de poner fin a preocupantes conflictos en Africa,
a las luchas armadas en algunos países de América Latina,
a las continuas tensiones que afligen
a Oriente Medio, a vastas zonas de Asia
y a algunas regiones de Europa.
Ayuda a las naciones a superar antiguas y nuevas rivalidades,
rechazando sentimientos de racismo y de xenofobia.
Que toda la tierra,
inundada por el esplendor de la resurrección,
se alegre porque “con el fulgor del Rey eterno,
ha disipado las tinieblas del mundo” (*Pregón pascual*)
Sí, Cristo ha resucitado victorioso,
y ha ofrecido al hombre,
heredero de Adán en el pecado y la muerte,
una nueva herencia de vida y de gloria.

5. “*Ubi est mors stimulus tuus?*” .
“¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?” (*1 Co 15,55*),
exclama el apóstol san Pablo,
deslumbrado en el camino de Damasco por la luz de Cristo resucitado.
Su clamor resuena por los siglos
como anuncio de vida para toda la civilización humana.
También nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI,
estamos invitados a tomar conciencia
de esta victoria de Cristo sobre la muerte,
revelada a las mujeres de Jerusalén y a los Apóstoles,
cuando llegaron asustados al sepulcro.
La experiencia de estos testigos oculares,

a través de la Iglesia, ha llegado hasta nosotros.
Se manifiesta especialmente
en el camino de los peregrinos que,
en este año del gran jubileo,
cruzan la Puerta santa
y regresan con más valentía
para construir sendas de reconciliación con Dios y los hermanos.
Que en el corazón de este Año de gracia
resuene más fuerte el anuncio de los discípulos de Cristo,
un anuncio común, por encima de cualquier división,
con el deseo ardiente de una comunión plena:
"Scimus Christum surrexisse a mortuis vere".
"Sí, lo sabemos: Cristo resucitó realmente.
Rey vencedor, da a tus fieles parte en tu victoria santa".
"Tu nobis, victor Rex, miserere".
Amén.

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES

Queridos hermanos y hermanas:

1. La celebración anual de la *Jornada mundial de las misiones*, que tendrá lugar el próximo 22 de octubre de 2000, nos impulsa a tomar renovada conciencia de la dimensión misionera de la Iglesia y nos recuerda la urgencia de la misión “ad gentes”, que “atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales” (*Redemptoris missio*, 2).

Este año, la Jornada se enriquece de significado a la luz del gran jubileo, año de gracia, celebración de la salvación que Dios, en su amor misericordioso, ofrece a la humanidad entera. Recordar los dos mil años del nacimiento de Jesús quiere decir celebrar también el nacimiento de la misión: Cristo es el primero y el más grande misionero del Padre. La misión, nacida con la encarnación del Verbo, continúa en el tiempo a través del anuncio y el testimonio eclesial. El jubileo es tiempo favorable para que toda la Iglesia se empeñe, gracias al Espíritu, en un nuevo impulso misionero.

Dirijo, por tanto, un especial y apremiante llamamiento a todos los bautizados para que, con humilde valentía, respondiendo a la llamada del Señor y a las necesidades de los hombres y mujeres de nuestra época, sean heraldos del Evangelio. Pienso en los obispos, los sacerdotes, los religiosos, las religiosas y los laicos; pienso en los catequistas y los demás agentes pastorales que, en diversos niveles, hacen de la misión “ad gentes” la razón de ser de su existencia, perseverando aun en medio de grandes dificultades. La Iglesia agradece la dedicación de aquellos que, muchas veces, “siembran entre lágrimas...” (cf. *Sal* 126, 6). Sepan que su esfuerzo y sus sufrimientos no serán inútiles; al contrario, constituyen la levadura que hará germinar en el corazón de otros apóstoles el anhelo de consagrarse a la noble causa del Evangelio. En nombre de la Iglesia, les doy gracias y los estímulo a perseverar en su generosidad: Dios les recompensará abundantemente.

2. Pienso también en los muchos que podrían iniciar o profundizar su compromiso en el anuncio del evangelio de la vida. De modo diverso, todos son invitados a continuar en la Iglesia la misión de Jesús. Esto es un título de gloria: el enviado es asociado de modo singular a la persona de Cristo para

realizar, como afirma el Maestro divino, sus mismas obras: “El que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún, porque yo voy al Padre” (*Jn* 14, 12). Todos están llamados a colaborar partiendo de su propia situación de vida. En este tiempo, tiempo de gracia y de misericordia, advierto de modo especial que es necesario dedicar todas las fuerzas eclesiales para la nueva evangelización y para la misión “ad gentes”. Ningún creyente, ninguna institución de la Iglesia puede sustraerse al supremo deber de anunciar a Cristo a todos los pueblos (cf. *Redemptoris missio*, 3). Nadie puede sentirse dispensado de prestar su colaboración al desarrollo de la misión de Cristo, que continúa en la Iglesia. Más aún, la invitación de Cristo es más actual que nunca: “Id también vosotros a la viña” (*Mt* 20, 7).

3. ¿Cómo no dedicar aquí un recuerdo especial, lleno de afecto y de profunda emoción, a tantos misioneros, mártires de la fe que, como Cristo, han dado la vida derramando su sangre? Han sido innumerables también en el siglo XX, en el que “la Iglesia se ha convertido nuevamente en Iglesia de mártires” (*Tertio millennio adveniente*, 37). Sí, el misterio de la cruz está siempre presente en la vida cristiana. En la encíclica *Redemptoris missio* escribí: “Como siempre en la historia cristiana, los “mártires”, es decir, los testigos, son numerosos e indispensables para el camino del Evangelio” (n. 45). Vienen a la memoria las palabras de san Pablo a los Filipenses: “A vosotros se os ha concedido la gracia no sólo de creer en Cristo, sino también de sufrir por él” (*Flp* 1, 29). El mismo Apóstol estimula a Timoteo, su discípulo, a sufrir sin avergonzarse, junto con él, por el Evangelio, con la ayuda de la fuerza de Dios (cf. *1 Tm* 1, 8). Toda la misión de la Iglesia y, de modo especial, la misión “ad gentes”, necesita apóstoles dispuestos a perseverar hasta el fin, fieles a la misión recibida, siguiendo el mismo camino recorrido por Cristo, “el camino de la pobreza, de la obediencia, del servicio y del sacrificio de sí hasta la muerte” (*Ad gentes*, 5). Quiera Dios que los testigos de la fe, que hemos recordado, sean modelo y estímulo para todos los cristianos, de modo que cada uno se convenza de que su cometido es el anuncio de Cristo.

4. En este esfuerzo el cristiano no está solo. Es verdad que no hay proporción entre las fuerzas humanas y la grandeza de la misión. La experiencia más común y más auténtica es la de no sentirse dignos de tal cometido. Pero también es verdad que “nuestra capacidad viene de Dios, el cual nos ha capacitado para ser servidores de una nueva Alianza” (*2 Co* 3, 5-6). El Señor no abandona a quienes llama a su servicio. “Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones (...). Y

sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 18-20). La presencia continua del Señor en su Iglesia, especialmente en la Palabra y en los sacramentos, es garantía para la eficacia de su misión. Esta se realiza hoy a través de hombres y mujeres que han experimentado la salvación en su propia fragilidad y debilidad y la testimonian a los hermanos, convencidos de que todos somos llamados a la misma plenitud de vida.

5. Como acabo de decir, también la perspectiva del gran jubileo, que estamos celebrando, nos induce a un compromiso misionero “ad gentes” mayor. Dos mil años después del inicio de la misión son todavía vastas las áreas geográficas, culturales, humanas o sociales en las que Cristo y su Evangelio no han penetrado aún. ¿Cómo no escuchar la llamada que implica esta situación?

Quien ha conocido la alegría del encuentro con Cristo no puede mantenerla encerrada dentro de sí; debe irradiarla. Es necesario ir al encuentro de esa inexpresada invocación del Evangelio que se eleva de todas las partes del mundo, como una vez llegó al apóstol san Pablo durante su segundo viaje: “Pasa a Macedonia y ayúdanos” (Hch 16, 9). La evangelización es una “ayuda” ofrecida al hombre, porque el Hijo de Dios se hizo carne para hacer posible al hombre lo que no podría conseguir sólo con sus fuerzas: “La amistad de Dios, su gracia y la vida sobrenatural, la única en la que pueden resolverse las aspiraciones más profundas del corazón humano. (...) La Iglesia, al anunciar a Jesús de Nazaret, verdadero Dios y hombre perfecto, abre a cada ser humano la perspectiva de ser “divinizado” y, por tanto, de hacerse así más hombre. Este es el único medio por el cual el mundo puede descubrir la alta vocación a la que está llamado y llevarla a cabo en la salvación realizada por Dios” (*Incarnationis mysterium*, 2).

Además, debemos estar profundamente convencidos de que la evangelización constituye también un óptimo servicio prestado a la humanidad, puesto que la dispone a realizar el proyecto de Dios, que quiere unir consigo a todos los hombres, haciendo de ellos un pueblo de hermanos sin injusticias y animados por sentimientos de auténtica solidaridad.

6. Deseo ahora dirigir la mirada a los numerosos protagonistas de la misión específica “ad gentes”: en primer lugar, los obispos y sus colaboradores, los sacerdotes, recordando al mismo tiempo la obra de los institutos misioneros, masculinos y femeninos. Siento el deber de dedicar unas palabras en especial a los catequistas de tierras de misión: son ellos “a quienes se aplica por

excelencia el título de “catequistas” (...). Sin ellos no se habrían edificado Iglesias hoy día florecientes” (*Catechesi tradendae*, 66).

El decreto conciliar sobre la actividad misionera habla de ellos como de “esa multitud, digna de alabanza, tan benemérita de la obra de las misiones entre los gentiles (...). Llenos del espíritu apostólico, con grandes trabajos, aportan su ayuda singular y enteramente necesaria para la expansión de la fe y de la Iglesia” (*Ad gentes*, 17). Trabajando con gran esfuerzo y celo misionero, constituyen sin duda el apoyo más eficaz para los misioneros en múltiples tareas. No pocas veces, por la escasez de ministros, tienen que asumir la responsabilidad de vastas áreas, donde acompañan a las pequeñas comunidades, desempeñando la tarea de animadores en la oración, en la celebración litúrgica de la palabra de Dios, en la explicación de la doctrina y en la organización de la caridad.

Si su tarea es tan importante, más necesaria aún es su formación, es decir, “una preparación doctrinal y pedagógica más cuidada, la constante renovación espiritual y apostólica” (*Redemptoris missio*, 73). Su trabajo es siempre necesario. Espero que toda la Iglesia se comprometa cada vez más en esta tarea. La formación de los catequistas, como la de todo el personal misionero, es una prioridad pastoral; representa, por decirlo así, una “inversión en personas”, ya que sólo evangelizadores y formadores a la altura de su cometido pueden contribuir de modo eficaz a edificar la Iglesia.

7. Es aún vasto el campo y queda todavía mucho que hacer: es necesaria la colaboración de todos. En efecto, nadie es tan pobre que no pueda dar algo. Se participa en la misión en primer lugar con la oración, en la liturgia o en la propia habitación, con el sacrificio y la ofrenda a Dios de los propios sufrimientos. Esta es la primera colaboración que cada uno puede ofrecer. Luego es importante dar una contribución económica, que es vital para muchas Iglesias particulares. Como es sabido, lo que se recauda en esta Jornada, bajo la responsabilidad de las Obras misionales pontificias, se destina íntegramente a las necesidades de la misión universal. En esta circunstancia, deseo manifestar viva gratitud a esta benemérita institución eclesial que, desde hace 74 años, se preocupa de organizar esta Jornada y anima en sentido misionero a todo el pueblo de Dios, recordando que, todos, niños y adultos, obispos, presbíteros, religiosos y fieles laicos, están llamados a ser misioneros en su propia comunidad local, abriéndose todos juntos a las necesidades de la Iglesia universal. La animación y la cooperación misionera, promovida por las Obras misionales pontificias, presenta al pueblo de Dios la misión

como don: don de sí y don de los propios bienes materiales y espirituales en beneficio de toda la Iglesia (cf. *Redemptoris missio*, 81).

Este año, además, la Jornada se desarrollará con particular solemnidad en Roma, con la celebración del Congreso misionero mundial, que reunirá a miembros de las Obras misionales pontificias provenientes de todos los rincones de la tierra, en representación de las Iglesias particulares de cada continente, como signo de la universalidad del mensaje de salvación de Jesús. Yo mismo, si Dios quiere, tendré la alegría de presidir esta significativa celebración.

8. Queridos hermanos y hermanas, quiera Dios que estas palabras mías sirvan de estímulo a todos los que se interesan por la actividad misionera. Celebrando el jubileo del Año santo 2000, “toda la Iglesia está comprometida todavía más en el nuevo adviento misionero. Hemos de fomentar en nosotros el afán apostólico por transmitir a los demás la luz y la alegría de la fe, y para este ideal debemos educar a todo el pueblo de Dios” (*Redemptoris missio*, 86). El Espíritu de Dios es nuestra fuerza. Él, que manifestó su poder en la misión de Jesús, enviado a “anunciar la buena nueva a los pobres... y predicar un año de gracia del Señor” (*Lc 4, 18*), ha sido derramado en el corazón de todos nosotros, los creyentes (cf. *Rm 5, 5*), para disponernos a ser testigos de las obras del Señor.

La Virgen santísima, Madre de Cristo y Madre de los creyentes, mujer plenamente dócil al Espíritu Santo, nos ayude a repetir en cada circunstancia su “fiat” al designio de salvación de Dios, al servicio de la nueva evangelización.

Con estos sentimientos, a todos vosotros, que os dedicáis sin escatimar esfuerzos a la gran misión “ad gentes”, y a vuestras comunidades envío de todo corazón una especial bendición apostólica.

Vaticano, 11 de junio de 2000, solemnidad de Pentecostés

Joannes Paulus PP. II

**MENSAJE DEL SANTO PADRE
JUAN PABLO II
PARA EL
JUBILEO EN LAS CARCELES**

9 de julio de 2000

1. En este Año Santo de 2000, no podía faltar la *Jornada del Jubileo en las cárceles*. En efecto, las puertas de los Institutos de reclusión no pueden excluir de los beneficios de este acontecimiento a quienes deben transcurrir en ellos parte de su vida.

Pensando en estos hermanos y hermanas, mi primera palabra es desearles que Cristo resucitado, que entró en el Cenáculo estando las puertas cerradas, pueda entrar en todas las prisiones del mundo y encontrar acogida en los corazones, llevando a todos paz y serenidad.

Como es sabido, en el presente Jubileo la Iglesia celebra de modo especial *el misterio de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo*. En efecto, han pasado dos milenios desde el momento en que el Hijo de Dios se hizo hombre y vino a habitar entre nosotros. Hoy, como entonces, la salvación traída por Cristo se nos ofrece nuevamente, para que produzca abundantes frutos de bien según el designio de Dios, que quiere salvar a todos sus hijos, especialmente a aquellos que, habiéndose alejado de él, buscan el camino del retorno. El Buen Pastor sigue continuamente las huellas de las ovejas descarriadas y, cuando las encuentra, las carga sobre sus hombros y las lleva de nuevo al redil. *¡Cristo busca el encuentro con cada ser humano, en cualquier situación en que se halle!*

2. El objetivo del encuentro de Jesús con el hombre es su salvación. Una salvación que, por otra parte, *es propuesta, no impuesta*. Cristo espera del hombre una aceptación confiada, que abra la mente a decisiones generosas, orientadas a remediar el mal causado y a promover el bien. Se trata de un camino a veces largo, pero ciertamente estimulante, porque no se recorre en solitario, sino en compañía y con el apoyo del mismo Cristo. Jesús es un compañero de viaje paciente, que sabe respetar los tiempos y ritmos del corazón humano, aunque no se cansa de animar a cada uno en el camino hacia la meta de la salvación.

La misma experiencia jubilar está en estrecha relación con la condición humana del paso del tiempo, a la cual *quiere dar un sentido*: por un lado, el Jubileo quiere ayudarnos a vivir el recuerdo del pasado aprovechando las experiencias vividas; por otro, nos abre al futuro en el cual el compromiso del hombre y la gracia de Dios deben construir juntos lo que queda por vivir.

Quien se encuentra en prisión piensa con nostalgia o con remordimiento en los tiempos en que era libre, y sufre con amargura el momento presente, que parece no pasar nunca. La exigencia humana de alcanzar un equilibrio interior también en esta difícil situación puede encontrar una ayuda decisiva en *una fuerte experiencia de fe*. Éste es uno de los motivos del valor del Jubileo en las cárceles: la experiencia jubilar vivida entre rejas puede conducir a inesperados horizontes humanos y espirituales.

3. El Jubileo nos recuerda que *el tiempo es de Dios*. Tampoco escapa a este señorío de Dios el tiempo de la reclusión. Los poderes públicos que, en cumplimiento de las disposiciones legales, privan de la libertad personal a un ser humano, poniendo como entre paréntesis un período más o menos largo de su existencia, deben saber que ellos *no son señores del tiempo del preso*. Del mismo modo, quien se encuentra encarcelado no debe vivir como si el tiempo de la cárcel le hubiera sido substraído de forma irremediable: *incluso el tiempo transcurrido en la cárcel es tiempo de Dios* y como tal ha de ser vivido; es un tiempo que debe ser ofrecido a Dios como ocasión de verdad, de humildad, de expiación y también de fe. El Jubileo es un modo para recordarnos que no sólo el tiempo es de Dios, sino que los momentos en los que sabemos recapitular todo en Cristo se convierten para nosotros en un «año de gracia del Señor».

Durante el período del Jubileo, cada uno está llamado a sincronizar el tiempo del propio corazón, único e irreplicable, con el tiempo del corazón misericordioso de Dios, siempre dispuesto a acompañar a cada uno a su propio ritmo hacia la salvación. Aunque la condición carcelaria tiene a veces el riesgo de despersonalizar al individuo, privándolo de tantas posibilidades de expresarse a sí mismo públicamente, todos han de recordar que delante de Dios no es así: el Jubileo es el tiempo de la persona, el tiempo en el cual cada uno es él mismo delante de Dios, a su imagen y semejanza. Y cada uno está llamado a acelerar su paso hacia la salvación y progresar en el descubrimiento gradual de la verdad sobre sí mismo.

4. El Jubileo no quiere dejar las cosas como están. El año jubilar del Antiguo Testamento debía «devolver la igualdad entre todos los hijos de Israel, abriendo nuevas posibilidades a las familias que habían perdido sus propiedades e incluso la libertad personal» (Carta ap. *Tertio millennio adveniente*, 13). La perspectiva que el Jubileo abre a cada uno es, pues, *una ocasión que no se ha de desperdiciar*. Es preciso aprovechar el Año Santo para remediar eventuales injusticias, para subsanar cualquier exceso, para recuperar lo que de otro modo se perdería. Y si esto vale para cualquier experiencia humana, que se puede mejorar, con mayor razón se aplica a la experiencia de la cárcel, donde las situaciones que se crean son particularmente delicadas.

Pero el Jubileo no nos impulsa solamente a disponernos para medidas que reparen las situaciones de injusticia. Su significado es también positivo. Al igual que la misericordia de Dios, siempre nueva en sus formas, abre nuevas posibilidades de crecimiento en el bien, celebrar el Jubileo significa también *esforzarse en crear nuevas ocasiones de recuperación* para cada situación personal y social, aunque aparentemente parezca irremediablemente comprometida. Todo esto es aún más evidente para la realidad carcelaria: abstenerse de acciones promocionales en favor del recluso significaría reducir la prisión a mera retorsión social, haciéndola solamente odiosa.

5. Si la celebración del Gran Jubileo es para los encarcelados una oportunidad para reflexionar sobre su condición, lo mismo se puede decir para *toda sociedad civil* que se enfrenta cada día a la delincuencia, para las *autoridades* encargadas de mantener el orden público y favorecer el bien común, y para los *juristas* llamados a reflexionar sobre el sentido de la pena y abrir nuevos horizontes para la colectividad.

El tema ha sido afrontado otras veces a lo largo de la historia y se han hecho muchos progresos, tratando de adecuar el sistema penal tanto a la dignidad de la persona humana como a la garantía efectiva del mantenimiento del orden público. Pero los inconvenientes y las dificultades vividas en el complejo mundo de la justicia y, más aún, el sufrimiento que hay en las cárceles, manifiestan que todavía queda mucho por hacer. Estamos lejos aún del momento en que nuestra conciencia pueda permanecer tranquila de haber hecho todo lo posible para prevenir la delincuencia y reprimirla eficazmente, de modo que no siga perjudicando y, al mismo tiempo, ofrecer a quien delinque un camino de rehabilitación y de reinserción positiva en la sociedad. Si todos los que, por diversos títulos, están implicados en el problema quisieran aprovechar la ocasión que ofrece el Jubileo para desarrollar esta

reflexión, tal vez toda la humanidad podría dar un gran paso adelante hacia una vida social más serena y pacífica.

La prisión como castigo es tan antigua como la historia del hombre. En muchos Países las cárceles están superpobladas. Hay algunas que disponen de ciertas comodidades, pero en otras las condiciones de vida son muy precarias, por no decir indignas del ser humano. Los datos que están a la vista de todos nos dicen que, en general, esta forma de castigo sólo en parte logra hacer frente al fenómeno de la delincuencia. Más aún, en algunos casos, los problemas que crea parecen ser mayores que los que intenta resolver. *Esto exige un replanteamiento* de cara a una cierta revisión: también desde este punto de vista el Jubileo es una ocasión que no se ha de desperdiciar.

Según el diseño de Dios, todos deben asumir su propio papel para colaborar a la construcción de una sociedad mejor. Evidentemente esto conlleva un gran esfuerzo incluso en lo que se refiere a la prevención del delito. Cuando, a pesar de todo, se comete el delito, la colaboración al bien común se traduce para cada uno, dentro de los límites de su competencia, en el compromiso de contribuir al establecimiento de procesos de redención y de crecimiento personal y comunitario fundados en la responsabilidad. Todo esto no debe considerarse como una utopía. Los que pueden deben esforzarse en dar forma jurídica a estos fines.

6. En esta línea, por tanto, es de desear un cambio de mentalidad que ayude a favorecer una conveniente adaptación de las instituciones jurídicas. Ello supone, como es obvio, un amplio consenso social y especiales competencias técnicas. En este sentido, llega un llamamiento enérgico desde innumerables cárceles diseminadas por todo el mundo, donde están segregados millones de hermanos y hermanas nuestros. Ellos reclaman sobre todo una adecuación de las estructuras carcelarias y a veces también una revisión de la legislación penal. Deberían abolirse finalmente de las legislaciones de los Estados aquellas normas contrarias a la dignidad y a los derechos fundamentales del hombre, como también las leyes que obstaculizan el ejercicio de la libertad religiosa para los detenidos. Deben revisarse también los reglamentos penitenciarios que no prestan suficiente atención a los enfermos graves o terminales; igualmente, se deben potenciar las instituciones destinadas a la tutela legal de los más pobres.

Pero, incluso en los casos en los que la legislación es satisfactoria, muchos sufrimientos de los detenidos provienen de otros factores concretos. Pienso,

en particular, en las condiciones precarias de los lugares de reclusión en los que los encarcelados se ven obligados a vivir, así como a las vejaciones infligidas a veces a los presos por discriminaciones motivadas por razones étnicas, sociales, económicas, sexuales, políticas y religiosas. En ocasiones, la cárcel se convierte en un lugar de violencia parangonable a los ambientes de los que frecuentemente provienen los encarcelados. Esto hace inútil, como es evidente, todo intento educativo de las medidas de reclusión.

Los encarcelados se enfrentan también con otras dificultades, como los obstáculos para poder mantener contactos regulares con su familia y los seres queridos, y carencias graves se encuentran a menudo en las estructuras que deberían ayudar a quien sale de la prisión, acompañándolo en su nueva inserción social.

Llamada a los Gobernantes

7. El Gran Jubileo del Año 2000 sigue la tradición de los Años Jubilares que lo han precedido. La celebración del Año Santo ha sido siempre para la Iglesia y para el mundo una ocasión para hacer algo en favor de la justicia, a la luz del Evangelio. Estos acontecimientos se han convertido así para la comunidad en un estímulo para revisar la justicia humana según la justicia de Dios. Sólo una valoración serena del funcionamiento de las instituciones penales, una sincera reflexión sobre los fines que la sociedad se propone para afrontar la criminalidad, una valoración seria de los medios usados para estos objetivos han llevado, y podrán aún llevar, a concretar las enmiendas que sean necesarias. No se trata de aplicar casi automáticamente o de modo puramente decorativo medidas de clemencia meramente formales, de manera que, acabado el Jubileo, todo vuelva a ser como antes. Se trata, por el contrario, de poner en marcha iniciativas que sean un punto de partida válido para una renovación auténtica tanto de la mentalidad como de las instituciones.

En este sentido, los Estados y los Gobiernos que estén revisando su sistema carcelario o tengan el proyecto de hacerlo, para adecuarlo cada vez más a las exigencias de la persona humana, merecen ser animados a continuar en una obra tan importante, teniendo también en cuenta un recurso más frecuente a penas que no priven de la libertad.

Para hacer mas humana la vida en la cárcel, es muy importante prever iniciativas concretas que permitan a los detenidos desarrollar, en cuanto sea

posible, actividades laborales capaces de sacarlos del empobrecimiento del ocio. Así se les podrá introducir en procesos formativos que faciliten su reinserción en el mundo del trabajo al final de la pena. No hay que descuidar, además, el acompañamiento psicológico que puede servir para resolver aspectos problemáticos de la personalidad. La cárcel no debe ser un lugar de deseducación, de ocio y tal vez de vicio, sino de redención.

Para alcanzar este objetivo será seguramente útil ofrecer a los reclusos la posibilidad de profundizar su relación con Dios, como también de involucrarlos en proyectos de solidaridad y de caridad. Esto contribuirá a acelerar su recuperación social, llevando al mismo tiempo el ambiente carcelario a condiciones más vivibles.

En el marco de estas propuestas abiertas al futuro, y continuando una tradición instaurada por mis Predecesores con ocasión de los Años Santos, me dirijo con confianza a los Responsables de los Estados para implorar una *señal de clemencia* en favor de todos los encarcelados: una reducción, aunque fuera modesta, de la pena sería para ellos una clara expresión de sensibilidad hacia su condición, que provocaría sin duda ecos favorables, animándolos en el esfuerzo de arrepentimiento por el mal cometido y favoreciendo el cambio de su conducta personal.

La acogida de esta propuesta por parte de las Autoridades competentes, a la vez que animaría a los detenidos a mirar al futuro con renovada esperanza, sería también un signo elocuente de la progresiva afirmación de una justicia más verdadera en el mundo que se abre al Tercer Milenio cristiano, porque estaría abierta a la fuerza liberadora del amor.

Invoco las bendiciones del Señor sobre todos los que tienen la responsabilidad de administrar la justicia en la sociedad, así como sobre quienes se encuentran bajo el rigor de la ley. Quiera Dios ser generoso en dar su luz a cada uno y colmar a todos con sus dones celestiales. A los reclusos y a las reclusas de todas las partes del mundo les aseguro mi cercanía espiritual, saludando a todos con un abrazo espiritual como hermanos y hermanas en humanidad.

Vaticano, 24 de junio de 2000

Joannes Paulus PP. II

Santo Padre

**Carta apostólica con ocasión
del III centenario de la unión
de la Iglesia greco-católica
de Rumanía con la Iglesia
de Roma**

CARTA APOSTÓLICA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II CON OCASIÓN DEL III CENTENARIO DE LA UNIÓN DE LA IGLESIA GRECO-CATÓLICA DE RUMANÍA CON LA IGLESIA DE ROMA

Amadísimos hermanos y hermanas de la Iglesia greco-católica de Rumanía:

1. En el tiempo pascual de este jubileo del año 2000 se celebra el tercer centenario de la unión de vuestra Iglesia con la Iglesia de Roma. El Año jubilar es un año de gracia durante el cual toda la Iglesia recuerda que nuestro Señor Jesucristo, hace dos mil años, se encarnó en el seno de la Virgen santísima. Con la gozosa evocación de ese admirable acontecimiento la comunidad cristiana se fortalece para anunciar al mundo, con renovado empeño, la buena nueva de la salvación.

Verbum caro factum est: este es el motivo de nuestra perenne acción de gracias; esta es la gracia que se recuerda y se celebra de modo especial en el período del jubileo. Desde esta perspectiva, podemos ver con los ojos de la esperanza toda la historia de la humanidad.

El recuerdo y la presencia

2. En este marco se insertan con particular importancia también los trescientos años de existencia de la Iglesia greco-católica de Rumanía. Exactamente hace un año oramos juntos en vuestra querida patria. Durante la divina liturgia que celebré con vosotros en la catedral de San José de Bucarest afirmé que “considero providencial y significativo que las celebraciones de su tercer centenario coincidan con el gran jubileo del año 2000” (*Homilía*, 8 de mayo de 1999, n. 3: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 14 de mayo de 1999, p. 9).

Haber podido estar en medio de vosotros, en mayo del año pasado, fue para mí un don especial del Señor que, en cierto modo, me permitió revivir con vosotros la experiencia de los discípulos que “iban de camino”: “el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos”, explicándoles “lo que se refería a él en todas las Escrituras” (*Lc* 24, 13-15. 27). Iluminados por las palabras de Cristo, pudimos contemplar juntos su presencia reflejada en el rostro de vuestra Iglesia. Además, él nos alimentó con su Cuerpo y su Sangre, y nuestro corazón ardía dentro de nosotros (cf. *Lc* 24, 32).

3. Desde entonces han quedado grabadas en mi alma la belleza de vuestra tierra y la fe del pueblo que habita en ella. El recuerdo de ese encuentro se ha reavivado más aún en el tiempo pascual de este año, durante el cual se celebra también el tercer centenario de la unión de vuestra Iglesia con la Iglesia de Roma. Mi corazón desea unirse a vosotros con aquel canto gozoso -Hristos a înviat! (¡Cristo ha resucitado!)- que, con ocasión de mi visita, me produjo una gran emoción y me ha dejado una profunda resonancia. Este anuncio va más allá de las palabras: encierra en sí la fuerza victoriosa del Resucitado, que camina con su Iglesia en la historia. A la luz de esta Presencia, me dirijo a vosotros, que estáis celebrando con alegría el tercer centenario de la unión.

La historia y la unidad

4. El misterio de la unidad brota del misterio de la Encarnación. En efecto, las Escrituras afirman que es voluntad del Padre “recapitular en Cristo todas las cosas” (Ef 1, 10). En la realización de este misterio se cumple la misión de la Iglesia, cuya tarea consiste en realizar progresivamente la unidad con Dios y entre los hombres: “La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (*Lumen gentium*, 1). En la Iglesia florecen la unidad y la paz: de este modo, la historia de los hombres puede transformarse en historia de unidad.

El misterio de la unidad caracteriza de manera particular al pueblo rumano. Sabemos, y aquí lo recuerdo con profunda veneración, que Cristo resucitado, a través de la predicación apostólica, se unió al camino histórico de vuestro pueblo ya en época paleocristiana y le ha confiado una misión peculiar en el valioso servicio a la unidad. En este sentido, los nombres del apóstol Andrés, hermano de Pedro, de Nicetas de Remesiana, de Juan Casiano y de Dionisio el Exiguo son significativos. La Providencia divina dispuso que, durante el tiempo en que la santa Iglesia no había experimentado aún en su seno la gran división, vosotros recogierais, además de la herencia de Roma, también la de Bizancio.

5. En efecto, los rumanos, sin dejar de ser un pueblo latino, se abrieron para acoger los tesoros de la fe y la cultura bizantinas. A pesar de la herida de la división, esta herencia es compartida por la Iglesia greco-católica y por la Iglesia ortodoxa de Rumanía. Esta es la clave para interpretar la historia de vuestra Iglesia, que se ha desarrollado en medio de las tensiones dramáticas

que se han producido entre el Oriente y el Occidente cristiano. Desde siempre, en el corazón de los hijos y las hijas de esa antigua Iglesia, late con fuerza el anhelo de la unidad que Cristo quiso. Yo mismo, el año pasado, lo comprobé con emoción.

La Iglesia rumana de Transilvania vivió de manera singular ese anhelo de unidad, sobre todo después de la tragedia de la división entre la cristiandad de Oriente y la de Occidente. En aquella tierra muchos pueblos -rumanos, húngaros, armenios y sajones- vivieron juntos una historia común, a veces difícil, que ha dejado su huella en la configuración humana y religiosa de sus habitantes. Por desgracia, la unidad que caracterizó a la Iglesia de los primeros siglos no ha vuelto a alcanzarse nunca más, y también vuestra historia ha estado marcada con creciente intensidad por la división y las lágrimas.

En ese panorama resplandecen como luces de esperanza los esfuerzos de quienes, sin resignarse a la herida de la división, han procurado sanarla. En Transilvania el deseo de restablecer la comunión perfecta con la Sede apostólica del Sucesor de Pedro surgió en el corazón de los cristianos rumanos y de sus pastores sobre todo durante los siglos XVI y XVII. Esos discípulos de Cristo, impulsados por la ardiente aspiración a la reforma de la Iglesia y a su unidad, y sintiendo en lo más profundo de su corazón un antiguo vínculo con la Iglesia y con la ciudad del martirio y de la sepultura de los bienaventurados apóstoles san Pedro y san Pablo, suscitaron un movimiento que, paso a paso, llegó a realizar la unión plena con Roma. Entre las etapas decisivas merecen recordarse los Sínodos celebrados en Alba Julia en los años 1697 y 1698, que se pronunciaron en favor de la unión: decidida oficialmente el 7 de octubre de 1698, fue ratificada solemnemente en el Sínodo del 7 de mayo de 1700.

6. Gracias a la obra de ilustres obispos como Atanasio Anghel (+ 1713), Juan Inocencio Micu-Klein (+ 1768) y Pedro Pablo Aron (+ 1764), y de otros beneméritos prelados, sacerdotes y laicos, la Iglesia greco-católica de Rumanía reforzó su identidad y experimentó muy pronto un desarrollo significativo. Por ello, mi venerado predecesor Pío IX, con la bula *Ecclesiam Christi*, del 16 de noviembre de 1853, quiso erigir la sede metropolitana de Fagaras y Alba Julia para los rumanos unidos.

¡Cómo no reconocer los valiosos servicios prestados por la Iglesia greco-católica a todo el pueblo rumano de Transilvania! Ha dado a su crecimiento

una contribución decisiva, representada emblemáticamente por los “corifeos” de la escuela transilvana de Blaj, pero asimismo por numerosas personalidades, clérigos y laicos, que han dejado una huella indeleble también en la vida eclesial, cultural y social de los rumanos. Mérito insigne de vuestra Iglesia ha sido, en particular, haber mediado entre Oriente y Occidente, asumiendo, por una parte, los valores promovidos en Transilvania por la Santa Sede; y por otra, comunicando a toda la catolicidad los valores del Oriente cristiano, que a causa de la división existente eran poco accesibles. Por eso, la Iglesia greco-católica se transformó en testimonio elocuente de la unidad de toda la Iglesia, mostrando cómo lleva en sí los valores de las instituciones, los ritos litúrgicos y las tradiciones eclesiásticas que se remontan, por caminos diversos, hasta la misma tradición apostólica (cf. *Orientalium Ecclesiarum*, 1).

Testigos y mártires de la unidad

7. El camino de la Iglesia greco-católica de Rumanía nunca fue fácil, como lo demuestran sus vicisitudes. A lo largo de los siglos se le pidió dar un doloroso y difícil testimonio de fidelidad a la exigencia evangélica de la unidad. Así, se ha convertido, de modo especial, en la Iglesia de los testigos de la unidad, de la verdad y del amor. La Iglesia greco-católica de Rumanía, a pesar de las numerosas dificultades que ha encontrado, ante toda la ecúmene cristiana se ha presentado cada vez más como testigo singular del valor irrenunciable de la unidad eclesial. Pero es sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, en la época del totalitarismo comunista, cuando vuestra Iglesia debió soportar una durísima prueba, mereciendo justamente el título de “Iglesia de los confesores y de los mártires”. Fue entonces cuando se manifestó, con mayor evidencia, la lucha entre el *mysterium iniquitatis* (2 Ts 2, 7) y el *mysterium pietatis* (1 Tm 3, 16), que actúan en el mundo. Y también desde entonces la gloria del martirio resplandece con mayor claridad en el rostro de vuestra Iglesia como luz que se refleja en la conciencia de los cristianos de todo el mundo, suscitando admiración y gratitud.

8. Impulsado por esta certeza, he aprovechado cualquier ocasión para tener noticias de vosotros, amadísimos hermanos y hermanas, y ahora deseo enviaros una nueva expresión de mi solidaridad y de mi apoyo. Cuando, el año pasado, durante mi peregrinación a vuestra tierra, oré con vosotros en el cementerio católico de Bucarest, lo hice llevando en mi corazón a toda la Iglesia de Cristo y, en unión con toda la Iglesia, me arrodillé en silencio ante

las tumbas de vuestros mártires. De muchos de ellos no conocemos ni siquiera el lugar de su sepultura, porque los perseguidores quisieron privarlos incluso de este último signo de distinción y respeto. Pero sus nombres están inscritos en el Libro de la vida y cada uno de ellos ha recibido también “una piedrecita blanca, y, grabado en la piedrecita, un nombre nuevo que nadie conoce sino el que lo recibe” (Ap 2, 17). La sangre de esos mártires es un fermento de vida evangélica que obra no sólo en vuestra tierra, sino también en muchas otras partes del mundo.

En esa “muchedumbre inmensa” (Ap 7, 9), con vestiduras blancas (cf. Ap 7, 13), de mártires y de confesores de vuestra Iglesia, “que vienen de la gran tribulación y han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero” (Ap 7, 14), y que “están delante del trono de Dios” (Ap 7, 15), resplandecen los nombres ilustres de obispos como Vasile Aftenie, Ioan Balan, Valeriu Traian Frentin, Ioan Suci, Tit Liviu Chinezu, Alexandru Rusu y del cardenal Iuliu Hossu. Ellos, como los orantes que “dan culto a Dios día y noche en su santuario” (Ap 7, 15), interceden junto con los demás mártires y confesores por su pueblo, que siente por ellos una veneración verdadera y profunda. Que el testimonio del martirio y la profesión de fe en Cristo y en la unidad de su Iglesia suban como el incienso del sacrificio vespertino (cf. Sal 141, 2) hasta el trono de Dios, en nombre de toda la Iglesia, que los estima y los venera.

Examinar el pasado: la purificación de la memoria

9. El esplendor del testimonio de fe y el servicio generoso a la unidad deben ir acompañados siempre, en la Iglesia, por el incansable compromiso en favor de la verdad, en que se purifica y se consolida el dinamismo de la esperanza. Este es el clima del jubileo del año 2000, con ocasión del cual toda la Iglesia siente el deber de volver a examinar su pasado para reconocer las incoherencias de sus hijos con respecto a la enseñanza evangélica, y así poder caminar con el rostro purificado hacia el futuro que Dios quiere.

Las actuales dificultades que encuentra vuestra Iglesia para recobrase después de la supresión, así como sus limitados recursos humanos y materiales, que frenan su impulso, podrían llevar al desaliento. Pero el cristiano sabe que cuanto mayores sean los obstáculos que debe afrontar, tanto mayor ha de ser su confianza en la ayuda de Dios, que está cerca de él y camina a su lado.

Esto nos lo recuerda también vuestro hermosísimo canto “Cu noi este Dumnezeu”, tan rico en significado y tan profundamente grabado en el alma de vuestra gente.

En este jubileo vuestra Iglesia, junto con la Iglesia universal, tiene el deber de volver a su pasado y, sobre todo, al período de las persecuciones, para actualizar su “martirologio”. No es una tarea fácil, debido a la escasez de las fuentes y al tiempo transcurrido, un tiempo muy breve para la maduración de un juicio suficientemente imparcial, pero también bastante largo para que se produzcan olvidos desagradables. Gracias a Dios, muchos testigos del pasado reciente viven aún.

Por tanto, es preciso hacer todo lo posible para enriquecer la documentación sobre los hechos ocurridos, de manera que las generaciones futuras puedan conocer su historia, analizada críticamente y, por eso mismo, digna de fe. Desde esta perspectiva, será conveniente examinar el testimonio y el martirio de vuestra Iglesia en el marco más amplio de los sufrimientos y las persecuciones padecidos por los cristianos en el siglo XX.

En la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* me referí explícitamente a los mártires de nuestro siglo, “con frecuencia desconocidos, casi milites ignoti de la gran causa de Dios” (n. 37), y afirmé que “al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires. (...) El testimonio de Cristo dado hasta el derramamiento de la sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes. (...) Es un testimonio que no hay que olvidar” (ib.). La unidad de la Iglesia aparece con una nueva luz en la fe y en el martirio de esos cristianos. Su sangre, derramada por Cristo y con Cristo, es una base segura sobre la que hay que fundar la búsqueda de la unidad de toda la ecúmene cristiana.

En Bucarest puse de manifiesto que también en Rumanía sufristeis juntos: “El régimen comunista suprimió la Iglesia de rito bizantino-romano unida a Roma y persiguió a obispos y sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, muchos de los cuales pagaron con su sangre la fidelidad a Cristo. (...) Quisiera expresar el debido reconocimiento también a los que, perteneciendo a la Iglesia ortodoxa rumana y a otras Iglesias y comunidades religiosas, sufrieron análoga persecución y graves limitaciones. A estos hermanos nuestros en la fe la muerte los ha unido en el heroico testimonio del martirio: nos dejan una lección inolvidable de amor a Cristo y a su Iglesia” (*Discurso durante la ceremonia de bienvenida en el aeropuerto de Bucarest, 7 de*

mayo de 1999, n. 4: L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 14 de mayo de 1999, p. 6). A este respecto, os exhorto también ahora, durante la celebración del jubileo y del tercer centenario de vuestra unión, a descubrir y valorar las figuras de los mártires de la Iglesia greco-católica de Rumanía, reconociéndoles el mérito de haber dado un notable impulso a la causa de la unidad de todos los cristianos.

10. Será muy útil, además, considerar la situación actual a la luz de vuestra historia. En efecto, es necesario un profundo examen del contexto, del espíritu y de las decisiones de vuestros Sínodos provinciales que se celebraron en los años 1872, 1882 y 1900. También habría que hacer ese mismo tipo de análisis histórico con respecto a otros importantes acontecimientos que han marcado la historia de la Iglesia greco-católica rumana. El ejemplo de los ilustres estudiosos de la escuela transilvana de Blaj, que hicieron una evaluación de los acontecimientos inspirada en un serio análisis histórico y lingüístico, puede servir para esta investigación como importante base de referencia a fin de obtener resultados fiables. En el ámbito de este tipo de análisis sin duda se iluminarán algunos aspectos fundamentales para la tradición teológica, litúrgica y espiritual de la Iglesia greco-católica de Rumanía. De esta forma, la identidad de vuestra Iglesia y su perfil espiritual aparecerán con nueva fuerza, contribuyendo tanto a la cultura de Rumanía como a la de toda la ecúmene cristiana. De todo corazón aliento y bendigo todos los esfuerzos que realicéis a este propósito.

Con especial empeño tendréis que afrontar también el problema de la acogida del concilio Vaticano II por parte de la Iglesia greco-católica de Rumanía. A causa de las persecuciones de aquella época, vuestra Iglesia no tuvo la posibilidad de participar de manera plena en ese acontecimiento histórico y no pudo percibir claramente la acción del Espíritu. Precisamente en ese Concilio se afrontaron con mayor atención las delicadas cuestiones de las Iglesias católicas orientales, del ecumenismo y de la Iglesia en general. La enseñanza conciliar ha proseguido luego en el Magisterio sucesivo. Compruebo con satisfacción que la Iglesia greco-católica de Rumanía actualmente está comprometida en un largo y arduo esfuerzo por acoger plenamente las directrices de la Santa Sede.

Signo de la unidad

11. Gracias a la presencia del Espíritu Santo, la multiformidad en la Iglesia puede resplandecer con una belleza inefable, sin perjudicar la unidad. A este

respecto, el concilio Vaticano II habló de los tesoros de las Iglesias orientales en comunión con Roma: “Pues en ellas, preclaras por su venerable antigüedad, resplandece la tradición que viene de los Apóstoles por los Padres y que forma parte del patrimonio indiviso, y revelado por Dios, de la Iglesia universal” (*Orientalium Ecclesiarum*, 1).

Por consiguiente, toda la ecúmene cristiana necesita su voz y su presencia: “La santa Iglesia católica, que es el Cuerpo místico de Cristo, consta de fieles que se unen orgánicamente en el Espíritu Santo por la misma fe, los mismos sacramentos y el mismo gobierno, y que, agrupadas en varias comunidades unidas por la jerarquía, constituyen Iglesias particulares o ritos. Entre ellas rige una admirable comunión, de tal modo que su variedad en la Iglesia no sólo no daña a su unidad, sino que más bien la manifiesta” (*ib.*, 2).

La Iglesia católica, sostenida por las enseñanzas del concilio Vaticano II, se ha comprometido con gran decisión, sobre todo durante los últimos decenios, en el camino de la búsqueda de la unidad entre los discípulos de Cristo. Mis inmediatos predecesores, comenzando por Juan XXIII, de venerada memoria, multiplicaron sus esfuerzos en favor de la reconciliación ecuménica, en particular con las Iglesias ortodoxas, considerándolos una precisa exigencia derivada del Evangelio y una respuesta a la insistente acción del Espíritu Santo. Bajo la mirada misericordiosa de su Señor, la Iglesia hace memoria de su pasado, reconoce los errores de sus hijos, confiesa su falta de amor con respecto a los hermanos en Cristo y, en consecuencia, pide perdón y perdona, procurando restablecer la unidad plena entre los cristianos.

12. El intento de buscar la comunión plena está condicionado inevitablemente por el contexto histórico, por la situación política y por la mentalidad dominante de cada época. En este sentido, la unión transilvana siguió el modelo de unidad que prevaleció después de los concilios de Florencia y de Trento. En aquel tiempo, el deseo ardiente de la unidad llevó a los rumanos de Transilvania a la unión con la Iglesia de Roma, y por este don todos damos vivamente gracias a Dios. Sin embargo, puesto que la comunión entre las Iglesias no puede considerarse jamás una meta alcanzada definitivamente, al don de la unidad ofrecido por el Señor Jesús de una vez para siempre debe corresponder una actitud constante de acogida, fruto de la conversión interior de cada uno. En efecto, las circunstancias actuales, que han cambiado, exigen que se busque la unidad en un horizonte ecuménico más amplio, en el que hay que estar abiertos a la escucha del Espíritu y a

renovar con valentía las relaciones con las demás Iglesias y con todos los hermanos en Cristo, con la actitud de quien sabe “esperar contra toda esperanza” (cf. *Rm* 4, 18).

Precisamente a propósito del don de la unidad, escribí en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*: “A nosotros se nos pide secundar este don sin caer en ligerezas y reticencias al testimoniar la verdad” (n. 34). Así pues, será necesario volver a considerar los tres siglos de historia de la Iglesia greco-católica de Rumanía con nuevo espíritu, mediante un enfoque imparcial y sereno de los eventos que marcaron su camino.

Así como he impulsado el proceso de examen de las formas de ejercicio del servicio petrino dentro de la ecúmene cristiana, quedando a salvo las exigencias que derivan de la voluntad de Cristo (cf. *Ut unum sint*, 95), así también exhorto a actualizar y ahondar la vocación específica de las Iglesias orientales en comunión con Roma en la nueva situación, contando con la contribución de estudio y reflexión de todas las Iglesias. Ojalá que las comisiones teológicas establecidas por los pastores de la Iglesia católica y de las Iglesias ortodoxas en su conjunto se esfuercen por trabajar en esta compleja perspectiva. Los cristianos se plantean actualmente el problema de cómo “acoger los resultados alcanzados hasta ahora. No pueden quedarse en conclusiones de las comisiones bilaterales, sino que deben llegar a ser patrimonio común. Para que sea así y se refuercen los vínculos de comunión, es necesario un serio examen que, de modos, formas y competencias diversas, abarque a todo el pueblo de Dios” (*ib.*, 80). Para que “este proceso (...) tenga un resultado favorable, es necesario que sus aportaciones sean divulgadas oportunamente” (*ib.*, 81). La búsqueda de la unidad entre los cristianos, con amor y verdad, es elemento fundamental para una evangelización más eficaz. En efecto, por voluntad de Cristo la Iglesia es una e indivisible. La vuelta auténtica a las tradiciones litúrgicas y patrísticas, tesoro que compartís con la Iglesia ortodoxa, contribuirá a la reconciliación con las demás Iglesias presentes en Rumanía. Con este espíritu de reconciliación hay que apoyar intensamente la prosecución del diálogo entre vuestra Iglesia y la Iglesia ortodoxa, tanto a nivel nacional como a nivel local, esperando que pronto se aclaren todos los puntos controvertidos, con espíritu de justicia y caridad cristiana.

El espíritu del diálogo exige, al mismo tiempo, que vuestra Iglesia descubra cada vez más, con acción de gracias, el rostro de Cristo Jesús, que el Espíritu

Santo dibuja en la Iglesia hermana ortodoxa, y lo mismo hay que esperar de esta última con respecto a vosotros. Así, daréis el testimonio al que el apóstol san Pablo invita a los cristianos de Roma (cf. *Rm* 12, 9-13).

Importancia de la oración

13. Con ocasión del jubileo, la Iglesia se esmera por renovarse a la luz gozosa de Cristo resucitado, invitando a sus hijos a responder a la gracia divina con un serio examen de conciencia y con el esfuerzo de la purificación y la penitencia. Es un largo proceso, que comenzó en el tiempo del concilio Vaticano II, y aún no ha terminado. Hemos redescubierto la raíz santa que desde siempre alimenta a la Iglesia: la palabra de Dios, interpretada *factis et verbis* por la liturgia, por los Concilios, por los Padres y por los santos. Pero también hemos repetido con fuerza que la fuente principal de la unidad en la Iglesia es la santísima Trinidad (cf. *Lumen gentium*, 1-8).

También la Iglesia greco-católica de Rumanía está arraigada en la palabra de Dios, en la enseñanza de los Padres y en la tradición bizantina; pero, además, encuentra su expresión peculiar en la unión con la Sede apostólica y en el estigma de las persecuciones del siglo XX, así como en la latinidad de su pueblo. Todos estos elementos constituyen la identidad de vuestra Iglesia, cuya raíz última es la santísima Trinidad. Este es el origen primario, el manantial “de agua viva” (*Jn* 7, 38), al que se ha de remontar continuamente.

Estoy firmemente convencido de que la vuelta al origen de las tradiciones eclesiales ha de ir acompañada por una constante y ferviente vuelta a la fuente trinitaria. Esto sucederá, sobre todo, gracias a la recuperación de la intimidad profunda de cada uno de nosotros que se expresa en la oración. La oración da fuerza e ilumina el camino del hombre. En el silencio profundo de la oración se puede llegar a reconocer el verdadero perfil de la Iglesia en su identidad auténtica y eterna, y se puede descubrir también el nombre que sólo Dios conoce y que constituye la identidad más auténtica de cada cristiano. Por este motivo, el jubileo del año 2000, lo mismo que el tercer centenario de la unión de vuestra Iglesia con Roma, es un tiempo de oración, a la que Dios mismo nos invita.

Que nos ilumine y acompañe la Madre de Dios, toda santa, que es siempre el icono perfecto de la Iglesia y nuestra abogada ante el trono de Dios.

Con estos deseos, imparto de corazón al venerado hermano cardenal Alexandru Todea, arzobispo metropolitano emérito de Fagaras y Alba Julia, al actual arzobispo metropolitano, Lucian Muresan, y a los demás hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y todos vosotros, amados fieles de la Iglesia greco-católica de Rumanía, la propiciadora bendición apostólica.

Vaticano, 7 de mayo del año 2000, vigésimo segundo de mi pontificado.

Joannes Paulus PP. II

Santa Sede

1. Congregación para la Doctrina de la Fe.

1.1 Eclesiología de la Lumen Gentium.

1.2 Tercer Secreto de Fátima.

1.3 Iglesias Hermanas.

2. Pontificio Consejo para las comunicaciones sociales.

Ética en las comunicaciones sociales.

**CONFERENCIA DEL CARDENAL JOSEPH RATZINGER
SOBRE LA ECLESIOLOGÍA DE LA "LUMEN GENTIUM"
PRONUNCIADA EN EL CONGRESO INTERNACIONAL
SOBRE LA APLICACIÓN DEL CONCILIO VATICANO II,
ORGANIZADO POR EL COMITÉ
PARA EL GRAN JUBILEO DEL AÑO 2000**

En el tiempo de la preparación del concilio Vaticano II y también durante el Concilio mismo, el cardenal Frings me relató a menudo un episodio sencillo, que evidentemente le había impresionado profundamente. El Papa Juan XXIII no había fijado ningún tema concreto para el Concilio, pero había invitado a los obispos del mundo entero a proponer sus prioridades, de forma que de las experiencias vivas de la Iglesia universal brotara la temática de la que se debía ocupar el Concilio.

También en la Conferencia episcopal alemana se discutió cuáles temas convenía proponer para la reunión de los obispos. No sólo en Alemania, sino prácticamente en toda la Iglesia católica, se opinaba que el tema debía ser la Iglesia: el concilio Vaticano I, interrumpido antes de concluir a causa de la guerra franco-alemana, no había podido realizar totalmente su síntesis eclesiológica; sólo había dejado un capítulo de eclesiología aislado. Tomar el hilo de entonces, tratando así de llegar a una visión global de la Iglesia, parecía ser la tarea urgente del inminente concilio Vaticano II.

A eso llevaba también el clima cultural de la época: el fin de la segunda guerra mundial había implicado una profunda revisión teológica. La teología liberal, con una orientación totalmente individualista, se había eclipsado por sí misma, y se había suscitado una nueva sensibilidad con respecto a la Iglesia. No sólo Romano Guardini hablaba de un despertar de la Iglesia en las almas. También el obispo evangélico Otto Dibelius acuñaba la fórmula del siglo de la Iglesia, y Karl Barth daba a su dogmática, fundada en las tradiciones reformadas, el título programático de "Kirchliche Dogmatik" (Dogmática eclesial): como decía, la dogmática presupone la Iglesia, sin la Iglesia no existe.

Así, entre los miembros de la Conferencia episcopal alemana reinaba la opinión común de que el tema debía ser la Iglesia. El anciano obispo

Buchberger, de Ratisbona, que, por haber ideado el *Lexicon für Theologie und Kirche* en diez volúmenes -hoy ya va por la tercera edición-, se había granjeado estima y fama mucho más allá de su diócesis, pidió la palabra -así me lo contó el arzobispo de Colonia- y dijo: “Queridos hermanos, en el Concilio ante todo debéis hablar de Dios. Este es el tema más importante”. Los obispos quedaron impresionados por la profundidad de esas palabras. Como es natural, no podían limitarse a proponer sencillamente el tema de Dios. Pero, al menos en el cardenal Frings, quedó una inquietud interior, y se preguntaba continuamente cómo podíamos cumplir ese imperativo.

Este episodio me volvió a la mente cuando leí el texto de la conferencia con la que Johann Baptist Metz se despidió, en 1993, de su cátedra de Münster. Quisiera citar de ese importante discurso al menos algunas frases significativas. Dice Metz: “La crisis que ha afectado al cristianismo europeo no es principalmente, o al menos exclusivamente, una crisis eclesial... La crisis es más profunda: en efecto, no sólo tiene sus raíces en la situación de la Iglesia misma; ha llegado a ser una crisis de Dios”. “De forma esquemática se podría decir: religión sí, Dios no; pero este “no”, a su vez, no se ha de entender en el sentido categórico de los grandes ateísmos. No existen ya grandes ateísmos. En realidad, el ateísmo actual ya puede volver a hablar de Dios, de forma serena o tranquila, sin entenderlo verdaderamente...”. “También la Iglesia tiene una concepción de la inmunización contra las crisis de Dios. Ya no habla hoy -como sucedió, por ejemplo, todavía en el concilio Vaticano I- de Dios, sino sólo -como, por ejemplo, en el último Concilio- del Dios anunciado por medio de la Iglesia. La crisis de Dios se cifra eclesiológicamente”.

Estas palabras, en labios del creador de la teología política, deben llamar nuestra atención. Nos recuerdan, en primer lugar, con razón, que el concilio Vaticano II no fue sólo un concilio eclesiológico, sino ante todo y sobre todo, habló de Dios -y no solamente dentro de la cristiandad, sino también dirigiéndose al mundo-, del Dios que es Dios de todos, que salva a todos y es accesible a todos. ¿Es verdad que el Vaticano II, como parece decir Metz, sólo recogió la mitad de la herencia del anterior concilio? Es evidente que una relación dedicada a la eclesiología del Concilio debe plantearse esa pregunta.

Quisiera anticipar inmediatamente mi tesis de fondo: el Vaticano II quiso claramente insertar y subordinar el discurso sobre la Iglesia al discurso sobre Dios; quiso proponer una eclesiología en sentido propiamente teológico, pero la acogida del Concilio hasta ahora ha omitido esta característi-

ca determinante, privilegiando algunas afirmaciones eclesiológicas; se ha fijado en algunas palabras aisladas, llamativas, y así no ha captado todas las grandes perspectivas de los padres conciliares.

Algo análogo se puede decir a propósito del primer texto que elaboró el Vaticano II: la constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia. Al inicio, el hecho de que fuera la primera se debió a motivos prácticos. Pero, retrospectivamente, se debe decir que, en la arquitectura del Concilio, tiene un sentido preciso: lo primero es la adoración. Y, por tanto, Dios. Este inicio corresponde a las palabras de la Regla benedictina: “*Operi Dei nihil praeponatur*”.

La constitución sobre la Iglesia -*Lumen gentium*-, que fue el segundo texto conciliar, debería considerarse vinculada interiormente a la anterior. La Iglesia se deja guiar por la oración, por la misión de glorificar a Dios. La eclesiología, por su naturaleza, guarda relación con la liturgia. Y, por tanto, también es lógico que la tercera constitución -*Dei Verbum*- hable de la palabra de Dios, que convoca a la Iglesia y la renueva en todo tiempo. La cuarta constitución -*Gaudium et spes*- muestra cómo se realiza la glorificación de Dios en la vida activa, cómo se lleva al mundo la luz recibida de Dios, pues sólo así se convierte plenamente en glorificación de Dios.

Ciertamente, en la historia del posconcilio la constitución sobre la liturgia no fue comprendida a partir de este fundamental primado de la adoración, sino más bien como un libro de recetas sobre lo que podemos hacer con la liturgia. Mientras tanto, los creadores de la liturgia, ocupados como están de modo cada vez más apremiante en reflexionar sobre cómo pueden hacer que la liturgia sea cada vez más atractiva, comunicativa, de forma que la gente participe cada vez más activamente, no han tenido en cuenta que, en realidad, la liturgia se “hace” para Dios y no para nosotros mismos. Sin embargo, cuanto más la hacemos para nosotros mismos, tanto menos atractiva resulta, porque todos perciben claramente que se ha perdido lo esencial.

Ahora bien, por lo que atañe a la eclesiología de la *Lumen gentium*, han quedado ante todo en la conciencia de la gente algunas palabras clave: la idea de pueblo de Dios, la colegialidad de los obispos como revalorización del ministerio episcopal frente al primado del Papa, la revalorización de las Iglesias locales frente a la Iglesia universal, la apertura ecuménica del concepto de Iglesia y la apertura a las demás religiones; y, por último, la cuestión del estado específico de la Iglesia católica, que se expresa en la fórmula

según la cual la Iglesia una, santa, católica y apostólica, de la que habla el Credo, “*subsistit in Ecclesia catholica*”. Ahora dejo esta famosa fórmula sin traducir porque, como era de prever, se le han dado las interpretaciones más contradictorias: desde la idea de que expresa la singularidad de la Iglesia católica unida al Papa, hasta la idea de que expresa una equiparación con todas las demás Iglesias cristianas y de que la Iglesia católica ha abandonado su pretensión de especificidad.

En una primera fase de la acogida del Concilio, junto con el tema de la colegialidad, domina el concepto de pueblo de Dios, que, entendido muy pronto totalmente a partir del uso lingüístico político general de la palabra *pueblo*, en el ámbito de la teología de la liberación, se comprendió, con el uso de la palabra marxista de pueblo, como contraposición a las clases dominantes y, en general, aún más ampliamente, en el sentido de la soberanía del pueblo, que ahora, por fin, se debería aplicar también a la Iglesia.

Eso, a su vez, suscitó amplios debates sobre las estructuras, en los cuales se interpretó, según las diversas situaciones, al estilo occidental, como “democratización”, o en el sentido de las “democracias populares” orientales.

Poco a poco estos “fuegos artificiales de palabras” (N. Lohfink) en torno al concepto de pueblo de Dios se han ido apagando, por una parte, y principalmente, porque estos juegos de poder se han vaciado de sí mismos y debían ceder el lugar al trabajo ordinario en los consejos parroquiales; pero, por otra, también porque un sólido trabajo teológico ha mostrado de modo incontrovertible que eran insostenibles esas politizaciones de un concepto procedente de un ámbito totalmente diverso.

Como resultado de análisis exegéticos esmerados, el exégeta de Bochum Werner Berg, por ejemplo, afirma: «A pesar del escaso número de pasajes que contienen la expresión *pueblo de Dios* -desde este punto de vista *pueblo de Dios* es un concepto bíblico más bien raro- se puede destacar algo que tienen en común: la expresión *pueblo de Dios* manifiesta el *parentesco* con Dios, la relación con Dios, el vínculo entre Dios y lo que se designa como *pueblo de Dios*; por tanto, una *dirección vertical*. La expresión se presta menos a describir la estructura jerárquica de esta comunidad, sobre todo si el *pueblo de Dios* es descrito como *interlocutor* de los ministros... A partir de su significado bíblico, la expresión no se presta tampoco a un grito de protesta contra los ministros: “nosotros somos el pueblo de Dios”».

El profesor de teología fundamental de Paderborn Josef Meyer zu Schlochtern concluye la reseña sobre la discusión en torno al concepto de pueblo de Dios observando que la constitución del Vaticano II sobre la Iglesia termina el capítulo correspondiente “designando la estructura trinitaria como fundamento de la última determinación de la Iglesia”. Así, la discusión vuelve al punto esencial: la Iglesia no existe para sí misma, sino que debería ser el instrumento de Dios para reunir a los hombres en torno a sí, para preparar el momento en que “Dios será todo en todos” (1 Co 15, 28). Precisamente se había abandonado el concepto de Dios en los “fuegos artificiales” en torno a esta expresión y así había quedado privado de su significado.

En efecto, una Iglesia que exista sólo para sí misma es superflua. Y la gente lo nota enseguida. La crisis de la Iglesia, tal como se refleja en el concepto de pueblo de Dios, es “crisis de Dios”; deriva del abandono de lo esencial. Lo único que queda es una lucha por el poder. Y esa lucha ya se produce en muchas partes del mundo; para ella no hace falta la Iglesia.

Ciertamente, se puede decir que más o menos a partir del Sínodo extraordinario de 1985, que debía tratar de hacer una especie de balance de veinte años de posconcilio, se está difundiendo una nueva tentativa, que consiste en resumir el conjunto de la eclesiología conciliar en el concepto básico: “eclesiología de comunión”.

Me alegró esta nueva forma de centrar la eclesiología y, en la medida de mis posibilidades, también traté de prepararla. Por lo demás, ante todo es preciso reconocer que la palabra *comunión* no ocupa en el Concilio un lugar central. A pesar de ello, si se entiende correctamente, puede servir de síntesis para los elementos esenciales del concepto cristiano de la eclesiología conciliar.

Todos los elementos esenciales del concepto cristiano de *comunión* se encuentran reunidos en el famoso pasaje de la primera carta de san Juan, que se puede considerar el criterio de referencia para cualquier interpretación cristiana correcta de la comunión: “Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros. Y esta comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea perfecto” (1 Jn 1, 3).

Lo primero que se puede destacar de ese texto es el punto de partida de la comunión: el encuentro con el Hijo de Dios, Jesucristo, llega a los hombres

a través del anuncio de la Iglesia. Así nace la comunión de los hombres entre sí, la cual, a su vez, se funda en la comunión con el Dios uno y trino.

A la comunión con Dios se accede a través de la realización de la comunión de Dios con el hombre, que es Cristo en persona; el encuentro con Cristo crea comunión con él mismo y, por tanto, con el Padre en el Espíritu Santo, y, a partir de ahí, une a los hombres entre sí. Todo esto tiene como finalidad el gozo perfecto: la Iglesia entraña una dinámica escatológica.

En la expresión “gozo perfecto” se percibe la referencia a los discursos de despedida de Jesús y, por consiguiente, al misterio pascual y a la vuelta del Señor en las apariciones pascuales, que tiende a su vuelta plena en el nuevo mundo: “Vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. (...) De nuevo os veré, y se alegrará vuestro corazón (...). Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea perfecto” (Jn 16, 20. 22. 24). Si se compara la última frase citada con Lc 11,13 -la invitación a la oración en san Lucas- aparece claro que “gozo” y “Espíritu Santo” son equivalentes y que, en 1 Jn 1,3, detrás de la palabra *gozo* se oculta el Espíritu Santo, sin mencionarlo expresamente.

Así pues, a partir de este marco bíblico, la palabra *comunión* tiene un carácter teológico, cristológico, histórico-salvífico y eclesiológico. Por consiguiente, encierra también la dimensión sacramental, que en san Pablo aparece de forma plenamente explícita: “El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es *uno*, aun siendo muchos, somos *un solo* cuerpo, pues todos participamos de ese único pan...” (1 Co 10, 16-17).

La eclesiología de comunión es, en su aspecto más íntimo, una eclesiología eucarística. Se sitúa muy cerca de la eclesiología eucarística, que teólogos ortodoxos han desarrollado de modo convincente en nuestro siglo. En ella, la eclesiología se hace más concreta y, a pesar de ello, sigue siendo totalmente espiritual, trascendente y escatológica.

En la Eucaristía, Cristo, presente en el pan y en el vino, y dándose siempre de forma nueva, edifica la Iglesia como su cuerpo, y por medio de su cuerpo resucitado nos une al Dios uno y trino y entre nosotros. La Eucaristía se celebra en los diversos lugares y, a pesar de ello, al mismo tiempo es siempre universal, porque existe un solo Cristo y un solo cuerpo de Cristo. La Eucaristía incluye el servicio sacerdotal de la “representación de Cristo” y,

por tanto, la red del servicio, la síntesis de unidad y multiplicidad, que se manifiesta ya en la palabra *comuni3n*. As3, se puede decir, sin lugar a dudas, que este concepto entraña una s3ntesis eclesiol3gica, que une el discurso de la Iglesia al discurso de Dios y a la vida que procede de Dios y que se vive con Dios; una s3ntesis que recoge todas las intenciones esenciales de la eclesiol3g3a del Vaticano II y las relaciona entre s3 de modo correcto.

Por todos estos motivos, me alegr3 y expres3 mi gratitud cuando el S3nodo de 1985 puso en el centro de la reflex3n el concepto de comuni3n. Sin embargo, los a3os sucesivos mostraron que ninguna palabra est3 exenta de malentendidos, ni siquiera la mejor o la m3s profunda. A medida que la palabra *comuni3n* se fue convirtiendo en un eslogan f3cil, se fue opacando y desnaturalizando. Como sucedi3 con el concepto de pueblo de Dios, tambi3n con respecto a comuni3n se realiz3 una progresiva horizontalizaci3n, el abandono del concepto de Dios. La eclesiol3g3a de comuni3n comenz3 a reducirse a la tem3tica de la relaci3n entre la Iglesia particular y la Iglesia universal, que a su vez se centr3 cada vez m3s en el problema de la divisi3n de competencias entre la una y la otra.

Naturalmente, se difundi3 de nuevo el motivo del "igualitarismo", seg3n el cual en la comuni3n s3lo podr3a haber plena igualdad. As3 se lleg3 de nuevo exactamente a la discusi3n de los disc3pulos sobre qui3n era el m3s grande, y resulta evidente que esta discusi3n en ninguna generaci3n tiende a desaparecer. San Marcos lo relata con mayor relieve (cf. *Mc* 9, 33-37). De camino hacia Jerusal3n, Jes3s hab3a anunciado por tercera vez a sus disc3pulos su pr3xima pasi3n. Al llegar a Cafarna3m, les pregunt3 de qu3 hab3an discutido entre s3 a lo largo del camino. "Pero ellos callaban", porque hab3an discutido sobre qui3n de ellos era el m3s grande, es decir, una especie de discusi3n sobre el primado.

¿No sucede hoy eso mismo? Mientras el Se3or va hacia su pasi3n; mientras la Iglesia, y en ella 3l mismo, sufre, nosotros nos dedicamos a discutir sobre nuestro tema preferido, sobre nuestros derechos de precedencia. Y si Cristo viniera a nosotros y nos preguntara de qu3 est3bamos hablando, sin duda nos sonroj3r3mos y callar3mos.

Esto no quiere decir que en la Iglesia no se deba discutir tambi3n sobre el recto ordenamiento y sobre la asignaci3n de las responsabilidades. Desde luego, habr3 disequilibrios, que deben corregirse. Naturalmente, se puede dar un centralismo romano excesivo, que como tal se debe se3alar y purifi-

car. Pero esas cuestiones no pueden distraer del auténtico cometido de la Iglesia: la Iglesia no debe hablar principalmente de sí misma, sino de Dios; y sólo para que esto suceda de modo puro, hay también reproches intraeclesiales, que deben tener como guía la correlación del discurso sobre Dios y sobre el servicio común. En conclusión, no por casualidad en la tradición evangélica se repiten en varios contextos las palabras de Jesús, según las cuales los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos, como en un espejo, que afecta siempre a todos.

Frente a la reducción que se verificó con respecto al concepto de comunión después de 1985, la Congregación para la doctrina de la fe creyó conveniente preparar la “Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión” (*Communio notio*), que se publicó con fecha 28 de mayo de 1992. Dado que en la actualidad muchos teólogos, para cuidar de su celebridad, sienten el deber de dar una valoración negativa a los documentos de la Congregación para la doctrina de la fe, sobre ese texto llovieron las críticas, y fue poco lo que se salvó de ellas. Se criticó sobre todo la frase según la cual la Iglesia universal es una realidad *ontológica y temporalmente* previa a cada concreta Iglesia particular.

Esto en el texto se hallaba fundado brevemente con la referencia al hecho de que según los santos Padres la Iglesia una y única precede la creación y da a luz a las Iglesias particulares (cf. *Communio notio*, 9). Los santos Padres prosiguen así una teología rabínica que había concebido como preexistentes la *Torah* (Ley) e Israel: la creación habría sido concebida para que en ella existiera un espacio para la voluntad de Dios, pero esta voluntad necesitaba un pueblo que viviera para la voluntad de Dios y constituyera la luz del mundo. Dado que los Padres estaban convencidos de la identidad última entre la Iglesia e Israel, no podían ver en la Iglesia algo casual, surgido a última hora, sino que reconocían en esta reunión de los pueblos bajo la voluntad de Dios la teleología interior de la creación.

A partir de la cristología, la imagen se ensancha y se profundiza: la historia -nuevamente en relación con el Antiguo Testamento- se explica como historia de amor entre Dios y el hombre. Dios encuentra y se prepara la esposa del Hijo, la única esposa, que es la única Iglesia. A partir de las palabras del Génesis, según las cuales el hombre y la mujer serán “una sola carne” (*Gn* 2, 24), la imagen de la esposa se fundió con la idea de la Iglesia como cuerpo

de Cristo, metáfora que a su vez deriva de la liturgia eucarística. El único cuerpo de Cristo es preparado; Cristo y la Iglesia serán “una sola carne”, un cuerpo, y así “Dios será todo en todos”. Esta prioridad ontológica de la Iglesia universal, de la única Iglesia y del único cuerpo, de la única Esposa, con respecto a las realizaciones empíricas concretas en cada una de las Iglesias particulares, me parece tan evidente, que me resulta difícil comprender las objeciones planteadas.

En realidad, sólo me parecen posibles si no se quiere y ya no se logra ver la gran Iglesia ideada por Dios -tal vez por desesperación, a causa de su insuficiencia terrena-; hoy se la considera como fruto de la fantasía teológica y, por tanto, sólo queda la imagen empírica de las Iglesias en su relación recíproca y con sus conflictos. Pero esto significa que se elimina a la Iglesia como tema teológico. Si sólo se puede ver a la Iglesia en las organizaciones humanas, entonces en realidad únicamente queda desolación. En ese caso no se abandona solamente la eclesiología de los santos Padres, sino también la del Nuevo Testamento y la concepción de Israel en el Antiguo Testamento. Por lo demás, en el Nuevo Testamento no es necesario esperar hasta las cartas deuteropaulinas y al Apocalipsis para encontrar la prioridad ontológica, reafirmada por la Congregación para la doctrina de la fe, de la Iglesia universal con respecto a las Iglesias particulares. En el corazón de las grandes cartas paulinas, en la carta a los Gálatas, el Apóstol nos habla de la Jerusalén celestial y no como una grandeza escatológica, sino como una realidad que nos precede: “Esta Jerusalén es nuestra madre” (Ga 4, 26). Al respecto, H. Schlier destaca que para san Pablo, como para la tradición judaica en la que se inspira, la Jerusalén celestial es el nuevo eón. Pero para el Apóstol este nuevo eón ya está presente “en la Iglesia cristiana. Esta es para él la Jerusalén celestial en sus hijos”.

Aunque la prioridad ontológica de la única Iglesia no se puede negar seriamente, no cabe duda de que la cuestión relativa a la prioridad temporal es más difícil. La carta de la Congregación para la doctrina de la fe remite aquí a la imagen lucana del nacimiento de la Iglesia en Pentecostés por obra del Espíritu Santo. Ahora no quiero discutir la cuestión de la historicidad de este relato. Lo que cuenta es la afirmación teológica, que interesa a san Lucas. La Congregación para la doctrina de la fe llama la atención sobre el hecho de que la Iglesia tiene su inicio en la comunidad de los ciento veinte,

reunida en torno a María, sobre todo en la renovada comunidad de los Doce, que no son miembros de una Iglesia local, sino que son los Apóstoles, los que llevarán el Evangelio hasta los confines de la tierra.

Para esclarecer aún más la cuestión, se puede añadir que ellos, en su número de doce, son al mismo tiempo el antiguo y el nuevo Israel, el único Israel de Dios, que ahora -como desde el inicio se hallaba contenido fundamentalmente en el concepto de pueblo de Dios- se extiende a todas las naciones y funda en todos los pueblos el único pueblo de Dios. Esta referencia se ve reforzada por otros dos elementos: la Iglesia en este momento de su nacimiento habla ya en todas las lenguas. Los Padres de la Iglesia, con razón, interpretaron este relato del milagro de las lenguas como una anticipación de la “Catholica” -la Iglesia desde el primer instante está orientada “kat’holon”-, abarca todo el universo.

A eso corresponde el hecho de que san Lucas describe al grupo de los oyentes como peregrinos procedentes de toda la tierra, sobre la base de una tabla de doce pueblos; así quería mostrar que el auditorio simbolizaba la totalidad de los pueblos. San Lucas enriqueció esa tabla helenística de los pueblos con un decimotercer nombre: los romanos; de esta forma, sin duda, quería subrayar aún más la idea del *Orbis*. No expresa exactamente el sentido del texto de la Congregación para la doctrina de la fe Walter Kasper cuando, al respecto, dice que la comunidad originaria de Jerusalén fue de hecho Iglesia universal e Iglesia particular al mismo tiempo; prosigue: “Ciertamente, esto constituye una elaboración lucana, pues, desde el punto de vista histórico, probablemente ya desde el inicio existían más comunidades: además de la comunidad de Jerusalén, probablemente existía también la comunidad de Galilea”.

Aquí no se trata de la cuestión, para nosotros en definitiva irresoluble, de saber exactamente cuándo y dónde surgieron por primera vez las comunidades cristianas, sino del inicio interior de la Iglesia en el tiempo, que san Lucas quiere describir y que, más allá de toda indicación empírica, nos lleva a la fuerza del Espíritu Santo. Pero, sobre todo, no se hace justicia al relato lucano si se dice que la “comunidad originaria de Jerusalén” era al mismo tiempo Iglesia universal e Iglesia local. La primera realidad en el relato de san Lucas no es una comunidad jerosolimitana originaria; la primera realidad es que, en los Doce, el antiguo Israel, que es único, se convierte en el nuevo y que ahora este único Israel de Dios, por medio del milagro de las lenguas, aun antes de ser la representación de una Iglesia local jerosolimitana-

na, se muestra como una unidad que abarca todos los tiempos y todos los lugares.

En los peregrinos presentes, que provienen de todos los pueblos, esa Iglesia abraza inmediatamente también a todos los pueblos del mundo. Tal vez no es necesario atribuir demasiado valor a la cuestión de la precedencia temporal de la Iglesia universal, que san Lucas en su relato propone claramente. Pero sigue siendo importante que la Iglesia, en los Doce, es engendrada por el único Espíritu, desde el primer instante, para todos los pueblos y, por consiguiente, también desde el primer momento está orientada a expresarse en todas las culturas y precisamente así destinada a ser el único pueblo de Dios: no una comunidad local que crece lentamente, sino la levadura, siempre orientada al conjunto; por tanto, encierra en sí una universalidad desde el primer instante.

La resistencia contra las afirmaciones de la precedencia de la Iglesia universal con respecto a las Iglesias particulares es teológicamente difícil de comprender o, incluso, incomprensible. Sólo resulta comprensible a partir de una sospecha, que sintéticamente se ha formulado así: “Totalmente problemática resulta la fórmula, si la única Iglesia universal se identifica tácitamente con la Iglesia romana, *de facto* con el Papa y la Curia. Si esto sucede, entonces la carta de la Congregación para la doctrina de la fe no se puede entender como una contribución al esclarecimiento de la eclesiología de comunión; se debe comprender como su abandono y como el intento de una restauración del centralismo romano”.

En ese texto la identificación de la Iglesia universal con el Papa y la Curia se introduce primero como hipótesis, como peligro, pero luego parece atribuirse de hecho a la carta de la Congregación para la doctrina de la fe, a la que así se presenta como restauración teológica y, por tanto, como alejamiento del concilio Vaticano II.

Este salto de interpretación sorprende, pero constituye sin duda una sospecha muy difundida. Es una expresión concreta de una acusación que se escucha en muchas partes, y que manifiesta también una creciente incapacidad de representarse algo concreto bajo la Iglesia universal, bajo la Iglesia una, santa y católica. Como único elemento configurante quedan el Papa y la Curia, y si se les da una clasificación demasiado alta desde el punto de vista teológico, es comprensible que se vean como una amenaza.

Así, después de lo que sólo aparentemente ha sido un *excursus*, nos encontramos concretamente frente a la cuestión de la interpretación del Concilio. La pregunta que nos planteamos ahora es la siguiente: ¿Qué idea de Iglesia universal tiene propiamente el Concilio? No se puede decir, con verdad, que la carta de la Congregación para la doctrina de la fe “identifica tácitamente la Iglesia universal con la Iglesia romana, *de facto* con el Papa y la Curia”. Esta tentación surge cuando anteriormente se identifica la Iglesia local de Jerusalén con la Iglesia universal, es decir, cuando se reduce el concepto de Iglesia a las comunidades que aparecen empíricamente y se pierde de vista su profundidad teológica.

Conviene volver, con estos interrogantes, al texto mismo del Concilio. Inmediatamente la primera frase de la constitución sobre la Iglesia aclara que el Concilio no considera a la Iglesia como una realidad cerrada en sí misma, sino que la ve a partir de Cristo: “Cristo es la luz de los pueblos. Por eso este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea vehementemente iluminar a todos los hombres con la luz de Cristo, que resplandece sobre el rostro de la Iglesia” (*Lumen gentium*, 1). En el fondo se aprecia ahí la imagen presente en la teología de los santos Padres, que ve en la Iglesia la luna, la cual no tiene de por sí luz propia, sino que refleja la luz del sol, Cristo. Así la eclesiología aparece como dependiente de la cristología, vinculada a ella. Pero, dado que nadie puede hablar correctamente de Cristo, del Hijo, sin hablar al mismo tiempo del Padre; y dado que no se puede hablar correctamente del Padre y del Hijo sin ponerse a la escucha del Espíritu Santo, la visión cristológica de la Iglesia se ensancha necesariamente hasta convertirse en una eclesiología trinitaria (cf. *ib.*, 2-4).

El discurso sobre la Iglesia es un discurso sobre Dios, y sólo así es correcto. En esta apertura trinitaria, que ofrece la clave para una correcta lectura de todo el texto, aprendemos, a partir de las realizaciones históricas concretas, y en todas ellas, lo que es la Iglesia una, santa, lo que significa “Iglesia universal”. Esto se esclarece aún más cuando sucesivamente se muestra el dinamismo interior de la Iglesia hacia el reino de Dios. La Iglesia, precisamente porque se ha de comprender teo-lógicamente, se trasciende a sí misma: es la reunión para el reino de Dios, la irrupción en él.

Luego se presentan brevemente las diversas imágenes de la Iglesia, todas las cuales representan a la única Iglesia: esposa, casa de Dios, familia de Dios, templo de Dios, la ciudad santa, nuestra madre, la Jerusalén celestial, la grey de Dios, etc. Al final, eso se concreta ulteriormente. Recibimos una respues-

ta muy práctica a la pregunta: ¿qué es esta única Iglesia universal, la cual precede ontológica y temporalmente a las Iglesias locales? ¿Dónde está? ¿Dónde podemos verla actuar?

La constitución responde hablándonos de los sacramentos. En primer lugar está el bautismo: es un acontecimiento trinitario, es decir, totalmente teológico, mucho más que una socialización vinculada a la Iglesia local, como, por desgracia, a menudo se dice hoy, desnaturalizando el concepto. El bautismo no deriva de la comunidad concreta; nos abre la puerta a la única Iglesia; es la presencia de la única Iglesia, y sólo puede brotar a partir de ella, de la Jerusalén celestial, de la nueva madre. Al respecto, el conocido ecumenista Vinzenz Pfnür ha dicho recientemente: el bautismo es ser insertados “en el *único* cuerpo de Cristo, abierto para nosotros en la cruz (cf. *Ef* 2, 16), en el que... son bautizados por medio del único Espíritu (cf. *1 Co* 12, 13), lo cual es esencialmente mucho más que el anuncio bautismal común en muchos lugares: hemos acogido en nuestra comunidad...”. En el bautismo llegamos a ser miembros de este único cuerpo, “lo cual no debe confundirse con la pertenencia a una Iglesia local. De él forma parte la *única* esposa y el *único* episcopado..., en el cual, como dice san Cipriano, sólo se participa en la comunión de los obispos”.

En el bautismo la Iglesia universal precede continuamente a la Iglesia local y la constituye. Basándose en esto, la carta de la Congregación para la doctrina de la fe sobre la comunión puede decir que en la Iglesia no hay extranjeros: cada uno en cualquier parte está en su casa, y no es huésped. Siempre se trata de la única Iglesia, la única y la misma. Quien es bautizado en Berlín, está en su casa en la Iglesia en Roma o en Nueva York o en Kinshasa o en Bangalore o en cualquier otro lugar, del mismo modo que en la Iglesia donde fue bautizado. No debe registrarse de nuevo, pues la Iglesia es única. El bautismo viene de ella y da a luz en ella. Quien habla del bautismo, de por sí habla también de la palabra de Dios, que para la Iglesia entera es sólo una, y continuamente la precede en todos los lugares, la convoca y la edifica. Esta palabra está por encima de la Iglesia y, a pesar de ello, está en ella, ha sido encomendada a ella como sujeto vivo. Para estar presente de modo eficaz en la historia, la palabra de Dios necesita este sujeto, pero este sujeto, a su vez, no subsiste sin la fuerza vivificante de la palabra, que ante todo la hace sujeto.

Cuando hablamos de la palabra de Dios, nos referimos también al Credo, que está en el centro del evento bautismal; es la modalidad con la que la

Iglesia acoge la palabra y la hace propia, siendo de algún modo palabra y, al mismo tiempo, respuesta. También aquí está presente la Iglesia universal, la única Iglesia, de modo muy concreto y perceptible.

El texto conciliar pasa del bautismo a la Eucaristía, en la que Cristo da su cuerpo y nos convierte así en su cuerpo. Este cuerpo es único; así, nuevamente la Eucaristía, para toda Iglesia local, es el lugar de la inserción en el único Cristo, el llegar a ser uno con todos los que participan en la *comunión* universal, que une el cielo y la tierra, a los vivos y a los muertos, el pasado, el presente y el futuro, y abre a la eternidad.

La Eucaristía no nace de la Iglesia local y no termina en ella. Manifiesta continuamente que Cristo entra en nosotros desde fuera a través de nuestras puertas cerradas. Viene continuamente a nosotros desde fuera, desde el único y total cuerpo de Cristo, y nos introduce en él. Este “extra nos” del sacramento se revela también en el ministerio del obispo y del presbítero: la Eucaristía necesita del sacramento del servicio sacerdotal precisamente porque la comunidad no puede darse a sí misma la Eucaristía; debe recibirla del Señor a través de la mediación de la única Iglesia.

La sucesión apostólica, que constituye el ministerio sacerdotal, implica tanto el aspecto sincrónico como el diacrónico del concepto de Iglesia: pertenecer al conjunto de la historia de la fe desde los Apóstoles y estar en comunión con todos los que se dejan reunir por el Señor en su cuerpo. La constitución *Lumen gentium* sobre la Iglesia trató de forma destacada del ministerio episcopal en el tercer capítulo y aclaró su significado a partir del concepto fundamental del colegio. Este concepto, que sólo aparece de forma marginal en la tradición, sirve para ilustrar la unidad interior del ministerio episcopal. No se es obispo como individuo, sino a través de la pertenencia a un cuerpo, a un colegio, el cual a su vez representa la continuidad histórica del colegio de los Apóstoles. En este sentido, el ministerio episcopal deriva de la única Iglesia e introduce en ella. Precisamente aquí se puede comprobar que no existe teológicamente ninguna contraposición entre Iglesia local e Iglesia universal. El obispo representa en la Iglesia local a la única Iglesia, y edifica la única Iglesia mientras edifica la Iglesia local y aprovecha sus dones particulares para la utilidad de todo el cuerpo.

El ministerio del Sucesor de Pedro es un caso particular del ministerio episcopal y está vinculado de modo especial a la responsabilidad de la unidad de la Iglesia entera. Pero este ministerio de Pedro y su responsabilidad ni

siquiera podrían existir si no existiera ante todo la Iglesia universal. En efecto, se movería en el vacío y constituiría una pretensión absurda. Sin duda hubo que ir redescubriendo continuamente, incluso con grandes esfuerzos y sufrimientos, la correlación correcta de episcopado y primado. Pero esta búsqueda sólo se plantea de modo correcto cuando se considera a partir del primado de la misión específica de la Iglesia, y orientada y subordinada a él en todo tiempo; es decir, la tarea de llevar a Dios a los hombres, y a los hombres a Dios. El objetivo de la Iglesia es el Evangelio, y en ella todo debe girar en torno a él.

En este momento quisiera interrumpir el análisis del concepto de comunión y tomar posición, al menos brevemente, con respecto al aspecto más discutido de la *Lumen gentium*: el significado de la ya mencionada frase, en el número 8 de dicha constitución, según la cual la única Iglesia de Cristo, que en el Símbolo profesamos única, santa, católica y apostólica, “subsiste” en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él. La Congregación para la doctrina de la fe, en 1985, se vio obligada a tomar posición con respecto a ese texto, muy discutido, con ocasión de un libro de Leonardo Boff, en el que el autor sostenía la tesis de que la única Iglesia de Cristo, al igual que subsiste en la Iglesia católica romana, de la misma forma subsiste también en otras Iglesias cristianas. Es superfluo decir que el pronunciamiento de la Congregación para la doctrina de la fe fue objeto de fuertes críticas y luego relegado al olvido.

En el intento de analizar cuál es la situación actual de la aplicación de la eclesiología conciliar, la cuestión de la interpretación del “subsistit” es inevitable, y al respecto se debe tener presente el único pronunciamiento oficial del Magisterio después del Concilio sobre esta palabra, es decir, la citada Notificación.

Quince años más tarde, aparece con mucha mayor claridad que entonces que no se trataba meramente de un autor teológico concreto, sino de una visión de Iglesia que circula, con diversas variantes, y que sigue vigente en la actualidad.

La clarificación de 1985 presentó con amplitud el contexto de la tesis de Boff, a la que hemos aludido. No es necesario profundizar más esos detalles, porque lo que nos interesa es algo más fundamental. La tesis, cuyo representante entonces era Boff, se podría caracterizar como relativismo eclesiológico. Encuentra su justificación en la teoría según la cual el “Jesús histórico”

de por sí no habría pensado en una Iglesia y, por tanto, mucho menos la habría fundado. La Iglesia, como realidad histórica, sólo habría surgido después de la Resurrección, en el proceso de pérdida de tensión escatológica, a causa de las inevitables necesidades sociológicas de la institucionalización, y al inicio ni siquiera habría existido una Iglesia universal “católica”, sino sólo diversas Iglesias locales, con diversas teologías, diversos ministerios, etc.

Por tanto, ninguna Iglesia institucional podría afirmar que es la única Iglesia de Jesucristo, querida por Dios mismo; todas las formas institucionales habrían surgido de necesidades sociológicas, y en consecuencia, como tales, todas serían construcciones que se pueden o, incluso, se deben cambiar radicalmente según las nuevas circunstancias. En su calificación teológica se diferenciarían de modo muy secundario. Así pues, se podría decir que en todas, o por lo menos en muchas, subsistiría la “única Iglesia de Cristo”.

A propósito de esa hipótesis, surge naturalmente la pregunta: ¿con qué derecho, en esa visión, se puede hablar simplemente de una única Iglesia de Cristo?

La tradición católica, por el contrario, ha elegido otro punto de partida: confía en los evangelistas, cree en ellos. Entonces resulta evidente que Jesús, el cual anunció el reino de Dios, para su realización reunió en torno a sí algunos discípulos; no sólo les dio su palabra como nueva interpretación del Antiguo Testamento, sino también, en el sacramento de la última Cena, les hizo el don de un nuevo centro unificante, por medio del cual todos los que se profesan cristianos, de un modo totalmente nuevo, llegan a ser uno con él, hasta el punto de que san Pablo pudo designar esa comunión como formar un solo cuerpo con Cristo, como la unidad de un solo cuerpo en el Espíritu. Entonces resulta evidente que la promesa del Espíritu Santo no era un anuncio vago, sino que indicaba la realidad de Pentecostés; es decir, la Iglesia no fue pensada y hecha por hombres, sino que fue creada por medio del Espíritu; es y sigue siendo criatura del Espíritu Santo.

Entonces, la institución y el Espíritu están en la Iglesia en una relación muy diversa de la que las mencionadas corrientes de pensamiento quisieran sugerirnos. Entonces la institución no es simplemente una estructura, que se puede cambiar o derribar a placer, que no tendría nada que ver con la realidad de la fe como tal. En consecuencia, esta forma de corporeidad pertene-

ce a la Iglesia misma. La Iglesia de Cristo no está oculta de modo inaferrable detrás de las múltiples configuraciones humanas, sino que existe realmente, como Iglesia verdadera, que se manifiesta en la profesión de fe, en los sacramentos y en la sucesión apostólica.

Por consiguiente, el Vaticano II, con la fórmula del “subsistit”, de acuerdo con la tradición católica, quería decir exactamente lo contrario de lo que dice el “relativismo eclesiológico”: la Iglesia de Jesucristo existe realmente. Él mismo la quiso, y el Espíritu Santo la crea continuamente desde Pentecostés, a pesar de todos los límites humanos, y la sostiene en su identidad esencial. La institución no es una exterioridad inevitable, pero teológicamente irrelevante o incluso perjudicial, sino que, en su núcleo esencial, pertenece a la realidad concreta de la Encarnación. El Señor mantiene su palabra: “Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”.

Al llegar a este punto, resulta necesario analizar un poco más a fondo el sentido de la palabra “subsistit”. Con esta expresión el Concilio se aparta de la fórmula de Pío XII que, en su encíclica *Mystici corporis Christi*, había dicho: la Iglesia católica “es” (“est”) el único cuerpo de Cristo. En la diferencia entre “subsistit” y “est” subyace todo el problema ecuménico. La palabra “subsistit” deriva de la filosofía antigua, desarrollada ulteriormente en la escolástica. A ella corresponde la palabra griega “hypóstasis”, que en la cristología desempeña un papel fundamental para describir la unión de las naturalezas divina y humana en la persona de Cristo. “Subsistere” es un caso especial de “esse”. Es el ser en la forma de un sujeto “a se stante”. Aquí se trata precisamente de esto. El Concilio quiere decir que la Iglesia de Jesucristo, como sujeto concreto en este mundo, puede encontrarse en la Iglesia católica. Eso sólo puede suceder una vez, y la concepción según la cual el “subsistit” se debería multiplicar no corresponde a lo que pretendía decir. Con la palabra “subsistit” el Concilio quería expresar la singularidad y la no multiplicabilidad de la Iglesia católica: existe la Iglesia como sujeto en la realidad histórica.

Sin embargo, la diferencia entre “subsistit” y “est” encierra el drama de la división eclesial. Aunque la Iglesia sólo sea una y *subsista* en un único sujeto, también fuera de este sujeto existen realidades eclesiales, verdaderas Iglesias locales y diversas comunidades eclesiales. Dado que el pecado es una contradicción, en definitiva esta diferencia entre “subsistit” y “est” no puede resolverse plenamente desde el punto de vista lógico. En la paradoja

de la diferencia entre singularidad y realidad concreta de la Iglesia, por una parte, y existencia de una realidad eclesial fuera del único sujeto, por otra, se refleja lo contradictorio que es el pecado humano, lo contradictoria que es la división. Esa división es algo totalmente diferente de la dialéctica relativista, antes descrita, en la que la división de los cristianos pierde su aspecto doloroso y en realidad no es una fractura, sino sólo el manifestarse de las múltiples variaciones de un único tema, en el que todas las variaciones, de alguna manera, tienen razón y de algún modo no la tienen. En realidad no existe una necesidad intrínseca para la búsqueda de la unidad, porque de todos modos, en verdad, la única Iglesia está en todas partes y a la vez en ninguna. Por tanto, en realidad, el cristianismo sólo existiría en la correlación dialéctica de variaciones opuestas. El ecumenismo consistiría en que todos, de algún modo, se reconocen recíprocamente, porque todos serían sólo fragmentos de la realidad cristiana.

El ecumenismo sería, por consiguiente, resignarse a una dialéctica relativista, dado que el Jesús histórico pertenece al pasado y, de cualquier modo, la verdad sigue estando escondida.

La visión del Concilio es muy diversa: el hecho de que en la Iglesia católica esté presente el "subsistit" del único sujeto Iglesia no es mérito de los católicos, sino sólo obra de Dios, que él hace perdurar a pesar del continuo demérito de los sujetos humanos. Estos no pueden gloriarse de ello, sino sólo admirar la fidelidad de Dios, avergonzándose de sus pecados y al mismo tiempo llenos de gratitud. Pero el efecto de sus pecados se puede ver: todo el mundo contempla el espectáculo de las comunidades cristianas divididas y enfrentadas, que reivindican recíprocamente sus pretensiones de verdad y así aparentemente hacen inútil la oración que Cristo elevó en la víspera de su pasión. Mientras la división, como realidad histórica, es perceptible a todos, la subsistencia de la única Iglesia en la figura concreta de la Iglesia católica sólo se puede percibir como tal por la fe.

El concilio Vaticano II advirtió esta paradoja y, precisamente por eso, declaró que el ecumenismo es un deber, como búsqueda de la verdadera unidad, y la encomendó a la Iglesia del futuro.

Llego a la conclusión. Quien quiere comprender la orientación de la eclesio-
logía conciliar, no puede olvidar los capítulos 4-7 de la constitución *Lumen
gentium*, en los que se habla de los laicos, de la vocación universal a la san-

tividad, de los religiosos y de la orientación escatológica de la Iglesia. En esos capítulos se vuelve a destacar una vez más el objetivo intrínseco de la Iglesia, lo que es más esencial a su existencia: se trata de la santidad, de cumplir la voluntad de Dios, de que en el mundo exista espacio para Dios, de que pueda Dios habitar en él y así el mundo se convierta en su "reino". La santidad es algo más que una cualidad moral. Es el habitar de Dios con los hombres, de los hombres con Dios, la "tienda" de Dios entre nosotros y en medio de nosotros (cf. *Jn* 1, 14). Se trata del nuevo nacimiento, no de carne ni de sangre, sino de Dios (cf. *Jn* 1, 13). La orientación a la santidad es lo mismo que la orientación escatológica, y de hecho ahora esa orientación a la santidad, a partir del mensaje de Jesús, es fundamental para la Iglesia. La Iglesia existe para convertirse en morada de Dios en el mundo, siendo así "santa": por ser más santos se debería competir en la Iglesia, y no sobre mayores o menores derechos de precedencia, ni sobre quién debe ocupar los primeros lugares. Y todo esto, una vez más, se halla recogido y sintetizado en el último capítulo de la constitución sobre la Iglesia, que trata de la Madre del Señor.

A primera vista, la inserción de la mariología dentro de la eclesiología, que realizó el Concilio, podría parecer más bien casual. Desde el punto de vista histórico, es verdad que esta inserción la decidió una mayoría muy relativa de padres. Pero desde un punto de vista más interior, esta decisión corresponde perfectamente a la orientación del conjunto de la constitución: sólo entendiendo esta correlación, se entiende correctamente la imagen de la Iglesia que el Concilio quería trazar. En esta decisión se aprovecharon las investigaciones de H. Rahner, A. Müller, R. Laurentin y Karl Delahaye, gracias a los cuales la mariología y la eclesiología se renovaron y profundizaron al mismo tiempo. Sobre todo Hugo Rahner mostró de modo notable, a partir de las fuentes, que toda la mariología fue pensada y enfocada por los santos Padres ante todo como eclesiología: la Iglesia es virgen y madre, fue concebida sin pecado y lleva el peso de la historia, sufre y, a pesar de eso, ya está elevada a los cielos.

En el curso del desarrollo sucesivo se revela muy lentamente que la Iglesia es anticipada en María, es personificada en María y que, viceversa, María no es un individuo aislado, cerrado en sí mismo, sino que entraña todo el misterio de la Iglesia. La persona no está cerrada de forma individualista y la comunidad no se comprende de forma colectivista, de modo impersonal; ambas se superponen recíprocamente de forma inseparable. Esto vale ya

para la mujer del Apocalipsis, tal como aparece en el capítulo 12: no es correcto limitar esta figura exclusivamente, de modo individualista, a María, porque en ella se contempla al mismo tiempo a todo el pueblo de Dios, el antiguo y el nuevo Israel, que sufre y en el sufrimiento es fecundo; pero tampoco es correcto excluir de esta imagen a María, la madre del Redentor. Así, en la superposición entre persona y comunidad, como la encontramos en este texto, ya está anticipada la relación íntima entre María y la Iglesia, que luego se desarrolló lentamente en la teología de los Padres y, al final, la recogió el Concilio. El hecho de que más tarde ambas se hayan separado, de que María haya sido considerada como un individuo lleno de privilegios y por eso infinitamente lejano a nosotros, y de que la Iglesia, a su vez, haya sido vista de modo impersonal y puramente institucional, ha dañado en igual medida tanto a la mariología como a la eclesiología.

Aquí han influido las divisiones, que ha realizado de modo particular el pensamiento occidental y que, por lo demás, tienen sus buenos motivos. Pero si queremos comprender correctamente a la Iglesia y a María, debemos saber volver a la situación anterior a esas divisiones, para entender la naturaleza superindividual de la persona y superinstitucional de la comunidad, precisamente donde la persona y la comunidad se remiten a su origen a partir de la fuerza del Señor, del nuevo Adán.

La visión mariana de la Iglesia y la visión eclesial, histórico-salvífica, de María nos llevan en definitiva a Cristo y al Dios trino, porque aquí se manifiesta lo que significa la santidad, lo que es la morada de Dios en el hombre y en el mundo, lo que debemos entender por tensión “escatológica” de la Iglesia. Sólo así el capítulo de María se presenta como culmen de la eclesiología conciliar y nos remite a su punto de partida cristológico y trinitario.

Para ofrecer una muestra de la teología de los santos Padres, quisiera proponer, como conclusión, un texto de san Ambrosio, elegido por Hugo Rahner: “Así pues, estad firmes en el terreno de vuestro corazón. El Apóstol nos explica lo que significa estar; Moisés lo escribió: “el lugar en el que estás es tierra santa”. Nadie está, si no es quien está firme en la fe... y también está escrito: “Pero tú está firme conmigo”. Tú estarás firme conmigo si estás en la Iglesia. La Iglesia es la tierra santa sobre la que debemos estar.... Por tanto, está firme, está en la Iglesia. Está firme donde quiero aparecerme a ti, allí estaré junto a ti. Donde está la Iglesia, allí es el lugar firme de tu corazón. Sobre la Iglesia se apoyan los cimientos de tu alma. En efecto, en la Iglesia

yo me he aparecido a ti, como lo hice en otro tiempo en la zarza ardiente. La zarza eres tú, yo soy el fuego. Fuego en la zarza yo soy en tu carne. Fuego yo soy, para iluminarte; para quemar las espinas de tus pecados, para darte el favor de mi gracia”.

CARD. JOSEPH RATZINGER

Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe

EL MENSAJE DE FÁTIMA

PRESENTACIÓN

En el tránsito del segundo al tercer milenio, Juan Pablo II ha decidido hacer público el texto de la tercera parte del «secreto de Fátima».

Tras los dramáticos y crueles acontecimientos del siglo XX, uno de los más cruciales en la historia del hombre, culminado con el cruento atentado al «dulce Cristo en la Tierra», se abre así un velo sobre una realidad, que hace historia y la interpreta en profundidad, según una dimensión espiritual a la que la mentalidad actual, frecuentemente impregnada de racionalismo, es refractaria.

Apariciones y signos sobrenaturales salpican la historia, entran en el vivo de los acontecimientos humanos y acompañan el camino del mundo, sorprendiendo a creyentes y no creyentes. Estas manifestaciones, que no pueden contradecir el contenido de la fe, deben confluir hacia el objeto central del anuncio de Cristo: el amor del Padre que suscita en los hombres la conversión y da la gracia para abandonarse a Él con devoción filial. Éste es también el mensaje de Fátima que, con un angustioso llamamiento a la conversión y a la penitencia, impulsa en realidad hacia el corazón del Evangelio.

Fátima es sin duda la más profética de las apariciones modernas. La primera y la segunda parte del «secreto» -que se publican por este orden por integridad de la documentación- se refieren sobre todo a la aterradora visión del infierno, la devoción al Corazón Inmaculado de María, la segunda guerra mundial y la previsión de los daños ingentes que Rusia, en su defección de la fe cristiana y en la adhesión al totalitarismo comunista, provocaría a la humanidad.

Nadie en 1917 podía haber imaginado todo esto: los tres *pastorinhos* de Fátima ven, escuchan, memorizan, y Lucía, la testigo que ha sobrevivido, lo pone por escrito en el momento en que recibe la orden del Obispo de Leiria y el permiso de Nuestra Señora.

Por lo que se refiere la descripción de las dos primeras partes del «secreto», por lo demás ya publicado y por tanto conocido, se ha elegido el texto escri-

to por Sor Lucía en la tercera memoria del 31 de agosto de 1941; después añada alguna anotación en la cuarta memoria del 8 de diciembre de 1941.

La tercera parte del «secreto» fue escrita «por orden de Su Excelencia el Obispo de Leiria y de la Santísima Madre....» el 3 de enero de 1944.

Existe un único manuscrito, que se aquí se reproduce en facsímile. El sobre lacrado estuvo guardado primero por el Obispo de Leiria. Para tutelar mejor el «secreto», el 4 de abril de 1957 el sobre fue entregado al Archivo Secreto del Santo Oficio. Sor Lucía fue informada de ello por el Obispo de Leiria.

Según los apuntes del Archivo, el 17 de agosto de 1959, el Comisario del Santo Oficio, Padre Pierre Paul Philippe, O.P., de acuerdo con el Emmo. Card. Alfredo Ottaviani, llevó el sobre que contenía la tercera parte del «secreto de Fátima» a Juan XXIII. Su Santidad, «después de algunos titubeos», dijo: «Esperemos. Rezaré. Le haré saber lo que decida». (1)

En realidad, el Papa Juan XXIII decidió devolver el sobre lacrado al Santo Oficio y no revelar la tercera parte del «secreto».

Pablo VI leyó el contenido con el Sustituto, S. E. Mons. Angelo Dell'Acqua, el 27 de marzo de 1965 y devolvió el sobre al Archivo del Santo Oficio, con la decisión de no publicar el texto.

Juan Pablo II, por su parte, pidió el sobre con la tercera parte del «secreto» después del atentado del 13 de mayo de 1981. S. E. Card. Franjo Seper, Prefecto de la Congregación, entregó el 18 de julio de 1981 a S. E. Mons. Martínez Somalo, Sustituto de la Secretaría de Estado, dos sobres: uno blanco, con el texto original de Sor Lucía en portugués, y otro de color naranja con la traducción del «secreto» en italiano. El 11 de agosto siguiente, Mons. Martínez devolvió los dos sobres al Archivo del Santo Oficio. (2)

Como es sabido, el Papa Juan Pablo II pensó inmediatamente en la consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María y compuso él mismo una oración para lo que definió «Acto de consagración», que se celebraría en la Basílica de Santa María la Mayor el 7 de junio de 1981, solemnidad de Pentecostés, día elegido para recordar el 1600º aniversario del primer Concilio Constantinopolitano y el 1550º aniversario del Concilio de Éfeso. Estando ausente el Papa por fuerza mayor, se transmitió su alocución grabada. Citamos el texto que se refiere exactamente al **acto de consagración:**

«*Madre de los hombres y de los pueblos*, Tú conoces todos sus sufrimientos y sus esperanzas, Tú sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que sacuden al mundo, acoge nuestro grito dirigido en el Espíritu Santo directamente a tu Corazón y abraza con el amor de la Madre y de la Esclava del Señor a los que más esperan este abrazo, y, **al mismo tiempo, a aquellos cuya entrega Tú esperas de modo especial.** Toma bajo tu protección materna a toda la familia humana a la que, con todo afecto a ti, Madre, confiamos. Que se acerque para todos el tiempo de la paz y de la libertad, el tiempo de la verdad, de la justicia y de la esperanza». (3)

Pero el Santo Padre, para responder más plenamente a las peticiones de «Nuestra Señora», quiso explicitar durante el Año Santo de la Redención el acto de consagración del 7 de junio de 1981, repetido en Fátima el 13 de mayo de 1982. Al recordar el *fiat* pronunciado por María en el momento de la Anunciación, en la plaza de San Pedro el 25 de marzo de 1984, en unión espiritual con todos los Obispos del mundo, precedentemente «convocados», el Papa consagra a todos los hombres y pueblos al Corazón Inmaculado de María, en un tono que evoca las angustiadas palabras pronunciadas en 1981.

«Y por eso, *oh Madre de los hombres y de los pueblos*, Tú que conoces todos sus sufrimientos y esperanzas, tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que invaden el mundo contemporáneo, acoge nuestro grito que, movidos por el Espíritu Santo, elevamos directamente a tu corazón: abraza con amor de Madre y de Sierva del Señor a este mundo humano nuestro, que te confiamos y consagramos, llenos de inquietud por la suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos.

De modo especial confiamos y consagramos a aquellos hombres y aquellas naciones, que tienen necesidad particular de esta entrega y de esta consagración.

¡"Nos acogemos a tu protección, Santa Madre de Dios"!

¡*No deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades!*».

Acto seguido, el Papa continúa con mayor fuerza y con referencias más concretas, comentando casi el triste cumplimiento del Mensaje de Fátima:

«He aquí que, encontrándonos hoy ante ti, Madre de Cristo, ante tu

Corazón Inmaculado, deseamos, junto con toda la Iglesia, unirnos a la consagración que, por amor nuestro, tu Hijo hizo de sí mismo al Padre cuando dijo: “Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad” (Jn 17, 19). Queremos unirnos a nuestro Redentor en esta consagración por el mundo y por los hombres, la cual, en su Corazón divino tiene el poder de conseguir el perdón y de procurar la reparación.

El poder de esta consagración dura por siempre, abarca a todos los hombres, pueblos y naciones, y supera todo el mal que el espíritu de las tinieblas es capaz de sembrar en el corazón del hombre y en su historia; y que, de hecho, ha sembrado en nuestro tiempo.

¡Oh, cuán profundamente sentimos la necesidad de consagración para la humanidad y para el mundo: para nuestro mundo contemporáneo, en unión con Cristo mismo! En efecto, la obra redentora de Cristo debe ser *participada por el mundo a través de la Iglesia.*

Lo manifiesta el presente Año de la Redención, el Jubileo extraordinario de toda la Iglesia.

En este Año Santo, bendita seas *por encima de todas las creaturas, tú, Sierva del Señor, que de la manera más plena obedeciste a la llamada divina.*

Te saludamos a ti, que *estás totalmente unida* a la consagración redentora de tu Hijo.

Madre de la Iglesia: ilumina al Pueblo de Dios en los caminos de la fe, de la esperanza y de la caridad. Ilumina especialmente a los pueblos de los que tú esperas nuestra consagración y nuestro ofrecimiento. Ayúdanos a vivir en la verdad de la consagración de Cristo por toda la familia humana del mundo actual.

Al encomendarte, oh Madre, el mundo, todos los hombres y pueblos, te *confiamos* también *la misma consagración del mundo*, poniéndola en tu corazón maternal.

¡Corazón Inmaculado! Ayúdanos a vencer la amenaza del mal, que tan fácilmente se arraiga en los corazones de los hombres de hoy y que con sus efectos inconmensurables pesa ya sobre la vida presente y da la impresión de cerrar el camino hacia el futuro.

¡Del hambre y de la guerra, *libranos!*

¡De la guerra nuclear, de una autodestrucción incalculable y de todo tipo de guerra, *libranos!*

¡De los pecados contra la vida del hombre desde su primer instante, *libranos!*

¡Del odio y del envilecimiento de la dignidad de los hijos de Dios, *libranos!*

¡De toda clase de injusticias en la vida social, nacional e internacional, *libranos!*

¡De la facilidad de pisotear los mandamientos de Dios, *libranos!*

¡De la tentativa de ofuscar en los corazones humanos la verdad misma de Dios, *libranos!*

¡Del extravío de la conciencia del bien y del mal, *libranos!*

¡De los pecados contra el Espíritu Santo, *libranos!*, ¡*libranos!*

Acoge, oh Madre de Cristo, este grito *lleno de sufrimiento* de todos los hombres. *Lleno del sufrimiento* de sociedades enteras.

Ayúdanos con el poder del Espíritu Santo a vencer todo pecado, el pecado del hombre y el «pecado del mundo», el pecado en todas sus manifestaciones.

Aparezca, una vez más, en la historia del mundo el infinito poder salvador de la Redención: poder del Amor misericordioso. Que éste detenga el mal. Que transforme las conciencias. Que en tu Corazón Inmaculado se abra a todos la *luz de la Esperanza*. (4)

Sor Lucía confirmó personalmente que este acto solemne y universal de consagración correspondía a los deseos de Nuestra Señora («*Sim, està feita, tal como Nossa Senhora a pediu, desde o dia 25 de Março de 1984*»: «Sí, desde el 25 de marzo de 1984, ha sido hecha tal como Nuestra Señora había pedido»: carta del 8 de noviembre de 1989). Por tanto, toda discusión, así como cualquier otra petición ulterior, carecen de fundamento.

En la documentación que se ofrece, a los manuscritos de Sor Lucía se añaden otros cuatro textos: 1) la carta del Santo Padre a Sor Lucía, del 19 de abril del 2000; 2) una descripción del coloquio tenido con Sor Lucía el 27 de abril del 2000; 3) la comunicación leída por encargo del Santo Padre en Fátima el 13 de mayo actual por el Cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado; 4) el comentario teológico de Su Eminencia el Card. Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Una indicación para la interpretación de la tercera parte del «secreto» la había ya insinuado Sor Lucía en una carta al Santo Padre del 12 de mayo de 1982. En ella se dice:

«La tercera parte del secreto se refiere a las palabras de Nuestra Señora: “Si no [Rusia] diseminará sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre sufrirá mucho, varias naciones serán destruidas” (13-VII-1917).

La tercera parte es una revelación simbólica, que se refiere a esta parte del Mensaje, condicionado al hecho de que aceptemos o no lo que el mismo Mensaje pide: “si aceptaren mis peticiones, la Rusia se convertirá y tendrán paz; si no, diseminará sus errores por el mundo, etc.”.

Desde el momento en que no hemos tenido en cuenta este llamamiento del Mensaje, constatamos que se ha cumplido, Rusia ha invadido el mundo con sus errores. Y, aunque no constatamos aún la consumación completa del final de esta profecía, vemos que nos encaminamos poco a poco hacia ella a grandes pasos. Si no renunciamos al camino del pecado, del odio, de la venganza, de la injusticia violando los derechos de la persona humana, de inmoralidad y de violencia, etc.

Y no digamos que de este modo es Dios que nos castiga; al contrario, son los hombres que por sí mismos se preparan el castigo. Dios nos advierte con premura y nos llama al buen camino, respetando la libertad que nos ha dado; por eso los hombres son responsables». (5)

La decisión del Santo Padre Juan Pablo II de hacer pública la tercera parte del «secreto» de Fátima cierra una página de historia, marcada por la trágica voluntad humana de poder y de iniquidad, pero impregnada del amor misericordioso de Dios y de la atenta premura de la Madre de Jesús y de la Iglesia.

(Traducción) (6)

Tendré que hablar algo del secreto, y responder al primer punto interrogativo.

¿Qué es el secreto? Me parece que lo puedo decir, pues ya tengo licencia del Cielo. Los representantes de Dios en la tierra me han autorizado a ello varias veces y en varias cartas; juzgo que V. Excia. Rvma. conserva una de ellas, del R. P. José Bernardo Gonçalves, aquella en que me manda escribir al Santo Padre. Uno de los puntos que me indica es la revelación del secreto. Sí, ya dije algo; pero, para no alargar más ese escrito que debía ser breve, me limité a lo indispensable, dejando a Dios la oportunidad de un momento más favorable.

Pues bien; ya expuse en el segundo escrito, la duda que, desde el 13 de junio al 13 de julio, me atormentó; y cómo en esta aparición todo se desvaneció.

Ahora bien, el secreto consta de tres partes distintas, de las cuales voy a revelar dos.

La primera fue, pues, la visión del infierno.

Nuestra Señora nos mostró un gran mar de fuego que parecía estar debajo de la tierra. Sumergidos en ese fuego, los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana que fluctuaban en el incendio, llevadas por las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo que caían hacia todos los lados, parecidas al caer de las pavesas en los grandes incendios, sin equilibrio ni peso, entre gritos de dolor y gemidos de desesperación que horrorizaba y hacía estremecer de pavor. Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes y negros.

Esta visión fue durante un momento, y ¡gracias a nuestra Buena Madre del Cielo, que antes nos había prevenido con la promesa de llevarnos al Cielo! (en la primera aparición). De no haber sido así, creo que hubiésemos muerto de susto y pavor.

Inmediatamente levantamos los ojos hacia Nuestra Señora que nos dijo con bondad y tristeza:

ó Visteis el infierno a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si se hace lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra pronto terminará. Pero si no dejaren de ofender a Dios, en el pontificado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de las persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre. Para impedirlo, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los Primeros Sábados. Si se atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados y el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán aniquiladas. Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará a Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz. (7)

TERCERA PARTE DEL «SECRETO»
(texto original)

J. M. J.

em terceira parte do segredo
revelado a 13 de junho de 1917
na Cova de Iria - Fátima

Lezamos esse acto de obediência a vós Três Reis, que me
Inmaculadais por meio de uma
Sua Mãe e Senhor Bispo
de Leiria e da Terra e Meia

Saba taciturnina Vieill.

Depois das duas partes
que já expus, vi-me ao lado
esquerdo de Nova Sinfora.

um pouco mais alto um
estajo com uma espada de
fôgo em a mão esquerda, as
cerculas, despezdia chammas que
pareia iam succumbir o
Mundo, mas apagarasse se
com o contacto do billy que
da mão direita expedia Nova
Sinfora ao seu encontro: o
estajo apresentando com a mão
direita para a terra, com voz
fôrte disse: Tenitância, Tenitân-
cia, Tenitância! E vi-me
N'uma das encerra que é
Deus: "algo semelhante a como
se fosse as freiras N'um estajo

quando lhe passaram por diante"
um Bispo vestido de Branco
"Tiveiros e processamento de
que se o Santo Padre". Tários
outros Bispos, sacerdotes, relogia-
ros e relogeiros subiu numa
macabra montanha, no topo
da qual estava uma grande
cruz de troncos torcos com se-
fira de solcizo com a cara;
o Santo Padre, antes de chegar
aiz, a trancou numa grande
cidade. Inicia em ruínas e moio
trabalho com andar vacilante,
acabou fado de dor e pena,
ia orando pelas almas dos cade

para quem encontrava pelo
caminho; chegou ao sítio do
Monte, prostrado de fúlbria.
acção da grande Cruz foi morte
para um grupo de soldados que
lhe dispararam vários tiros e
estas, e assim mesmo foram
desempenhadas três milhas de
Bispos sacerdotes, religiosos e
religiosas e varias pessoas seculares,
carateis e suspirantes de varias
clases e posições sob as suas tra-
ças da Cruz estavam de mãos unidas
cada um com um regador
de cristal e a Mãe, V'eta, se con-
tinha o sangue dos Mártires e com
êles regavam as almas que se aproxi-
mavam de Deus. July 3-1-1949

«J.M.J.

Tercera parte del secreto revelado el 13 de julio de 1917 en la Cueva de Iria-Fátima.

Escribo en obediencia a Vos, Dios mío, que lo ordenáis por medio de Su Excelencia Reverendísima el Señor Obispo de Leiria y de la Santísima Madre vuestra y mía.

Después de las dos partes que ya he expuesto, hemos visto al lado izquierdo de Nuestra Señora un poco más en lo alto a un Ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo; pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él; el Ángel señalando la tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: ¡Penitencia, Penitencia, Penitencia! Y vimos en una inmensa luz qué es Dios: «algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él» a un Obispo vestido de Blanco «hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre». También a otros Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran Cruz de maderos toscos como si fueran de alcornoque con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran Cruz fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron unos tras otros los Obispos sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la Cruz había dos Ángeles cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los Mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios.

Tuy-3-1-1944».

INTERPRETAÇÃO DEL «SECRETO»

CARTA DE JUAN PABLO II A SOR LUCÍA (texto original)



Reverenda Irmã
Maria Lúcia
Convento de Coimbra

Na exultância das festas pascoais, apresento-lhe os votos de Cristo Ressuscitado aos discípulos: "A paz esteja contigo!"

Terei a felicidade de poder encontrá-la no tão aguardado dia da beatificação de Francisco e Jacinta que, se Deus quiser, beatificarei no próximo dia 13 de maio.

Tendo em vista, porém, que naquele dia não haverá tempo para um colóquio, mas somente para uma breve saudação, encarruguei expressamente de vir falar consigo Sua Excelência Monsenhor Tarcisio Bertone, Secretário da Congregação para a Doutrina da Fé. É a Congregação que colabora mais diretamente com o Papa para a defesa da verdadeira fé católica, e que conservou, como saberá, desde 1957, a Sua carta manuscrita contendo a terceira parte do segredo revelado dia 13 de julho de 1917 na Cova da Iria, em Fátima.

Monsenhor Bertone, acompanhado pelo Bispo de Leiria, Sua Excelência Monsenhor Serafim de Sousa Ferreira e Silva, vem em Meu nome fazer-lhe algumas perguntas sobre a interpretação da "terceira parte do segredo".

Reverenda Irmã Lúcia, pode falar abertamente e sinceramente a Monsenhor Bertone, que Me referirá diretamente as suas respostas.

Peço ardentemente à Mãe do Ressuscitado pela Reverenda Irmã, pela Comunidade de Coimbra e por toda a Igreja.

Maria, Mãe da humanidade peregrina, nos mantenha sempre estreitamente unidos a Jesus, Seu dilecto Filho e nosso Irmão, Senhor da vida e da glória.

Com uma especial Bênção Apostólica.

Vaticano, 19 de Abril de 2000.

Joannes Paulus II

(Traducción)
Reverenda Sor
María Lucía
Convento de Coimbra

En el júbilo de las fiestas pascuales, le presento el augurio de Cristo Resucitado a sus discípulos: «¡la paz esté contigo!»

Tendré el gusto de poder encontrarme con Usted en el tan esperado día de la beatificación de Francisco y Jacinta que, si Dios quiere, beatificaré el próximo 13 de mayo.

Sin embargo, teniendo en cuenta que ese día no habrá tiempo para un coloquio, sino sólo para un breve saludo, he encargado ex profeso a Su Excelencia Monseñor Tarcisio Bertone, Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, que vaya a hablar con Usted. Se trata de la Congregación que colabora más estrechamente con el Papa para la defensa de la fe católica y que ha conservado desde 1957, como Usted sabe, su carta manuscrita que contiene la tercera parte del secreto revelado el 13 de julio de 1917 en la Cueva de Iria, Fátima.

Monseñor Bertone, acompañado del Obispo de Leiria, su Excelencia Monseñor Serafim de Sousa Ferreira e Silva, va en mi nombre para hacerle algunas preguntas sobre la interpretación de la «tercera parte del secreto».

Reverenda Sor Lucía, puede hablar abierta y sinceramente a Monseñor Bertone, que me referirá sus respuestas directamente a mí.

Ruego ardientemente a la Madre del Resucitado por Usted, por la Comunidad de Coimbra y por toda la Iglesia.

María, Madre de la humanidad peregrina, nos mantenga siempre estrechamente unidos a Jesús, su amado Hijo y Hermano nuestro, Señor de la vida y de la gloria.

Con una especial Bendición Apostólica.

JUAN PABLO II

Vaticano, 19 de abril de 2000.

COLOQUIO
CON SOR MARÍA LUCÍA DE JESÚS
Y DEL INMACULADO CORAZÓN

La cita de Sor Lucía con Su Excia. Mons. Tarcisio Bertone, Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, encargado por el Santo Padre, y de Su Excia. Mons. Serafim de Sousa Ferreira e Silva, Obispo de Leiria-Fátima, tuvo lugar el pasado jueves 27 de abril en el Carmelo de Santa Teresa de Coimbra.

Sor Lucía estaba lúcida y serena; estaba muy contenta del viaje del Papa a Fátima para la beatificación, que ella tanto esperaba, de Francisco y Jacinta.

El Obispo de Leiria-Fátima leyó la carta autógrafa del Santo Padre que explicaba los motivos de la visita. Sor Lucía se sintió honrada y la releyó personalmente, teniéndola en sus propias manos. Dijo estar dispuesta a responder francamente a todas las preguntas.

Llegados a este punto, Su Excia. Mons. Tarcisio Bertone le presentó dos sobres, uno externo y otro dentro con la carta que contenía la tercera parte del «secreto» de Fátima, y ella dijo inmediatamente, tocándola con los dedos: «es mi carta»; y después, leyéndola: «es mi letra».

Con la ayuda del Obispo de Leiria-Fátima, se leyó e interpretó el texto original, que está en portugués. Sor Lucía estuvo de acuerdo en la interpretación según la cual la tercera parte del secreto consiste en una visión profética comparable a las de la historia sagrada. Reiteró su convicción de que la visión de Fátima se refiere sobre todo a la lucha del comunismo ateo contra la Iglesia y los cristianos, y describe el inmenso sufrimiento de las víctimas de la fe en el siglo XX.

A la pregunta: «El personaje principal de la visión, ¿es el Papa?», Sor Lucía respondió de inmediato que sí y recuerda que los tres pastorcitos estaban muy apenados por el sufrimiento del Papa y Jacinta repetía: «*Coitandinho do Santo Padre, tenho muita pena dos peccadores!*» («¡Pobrecito el Santo Padre, me da mucha pena de los pecadores!»). Sor Lucía continúa: «Nosotros no sabíamos el nombre del Papa, la Señora no nos ha dicho el nombre del Papa, no sabíamos si era Benedicto XV o Pío XII o Pablo VI o Juan Pablo II, pero era el Papa que sufría y nos hacía sufrir también a nosotros».

Por lo que se refiere al pasaje sobre el obispo vestido de blanco, esto es, el Santo Padre -como se dieron cuenta inmediatamente los pastorcitos durante la "visión"-, que es herido de muerte y cae por tierra, Sor Lucía está completamente de acuerdo con la afirmación del Papa: «una mano materna guió la trayectoria de la bala, y el Papa agonizante se detuvo en el umbral de la muerte» (Juan Pablo II, *Meditación desde el Policlínico Gemelli a los Obispos italianos*, 13 de mayo de 1994).

Puesto que Sor Lucía, antes de entregar al entonces Obispo de Leiria-Fátima el sobre lacrado que contenía la tercera parte del «secreto», había escrito en el sobre exterior que sólo podía ser abierto después de 1960, por el Patriarca de Lisboa o por el Obispo de Leiria, Su Excia. Mons. Bertone le preguntó: «¿por qué la fecha tope de 1960? ¿Ha sido la Virgen quien ha indicado esa fecha? Sor Lucía respondió: «no ha sido la Señora, sino yo la que ha puesto la fecha de 1960, porque según mi intuición, antes de 1960 no se hubiera entendido, se habría comprendido sólo después. Ahora se puede entender mejor. Yo he escrito lo que he visto, no me corresponde a mí la interpretación, sino al Papa».

Finalmente, se mencionó el manuscrito no publicado que Sor Lucía ha preparado como respuesta a tantas cartas de devotos de la Virgen y de peregrinos. La obra lleva el título «*Os apelos da Mensagen da Fatima*» y recoge pensamientos y reflexiones que expresan sus sentimientos y su límpida y simple espiritualidad, en clave catequética y parenética. Se le preguntó si le gustaría que la publicaran, y ha respondido: «Si el Santo Padre está de acuerdo, me encantaría, si no, obedezco a lo que decida el Santo Padre». Sor Lucía desea someter el texto a la aprobación de la Autoridad eclesiástica, y tiene la esperanza de poder contribuir con su escrito a guiar a los hombres y mujeres de buena voluntad por el camino que conduce a Dios, última meta de toda esperanza humana.

El coloquio se concluyó con un intercambio de rosarios: a Sor Lucía se le dio el que le había regalado el Santo Padre y ella, a su vez, entrega algunos rosarios confeccionados por ella personalmente.

La bendición impartida en nombre del Santo Padre concluyó el encuentro.

COMUNICADO DE SU EMINENCIA EL CARD. ANGELO SODANO
SECRETARIO DE ESTADO DE SU SANTIDAD

Al final de la solemne Concelebración Eucarística presidida por Juan Pablo II en Fátima, el Cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado, ha pronunciado en portugués las palabras que aquí reproducimos en traducción española.

Hermanos y hermanas en el Señor:

Al concluir esta solemne celebración, siento el deber de presentar a nuestro amado Santo Padre Juan Pablo II la felicitación más cordial, en nombre de todos los presentes, por su próximo 80º cumpleaños, agradeciéndole su valioso ministerio pastoral en favor de toda la Santa Iglesia de Dios.

En la solemne circunstancia de su venida a Fátima, el Sumo Pontífice me ha encargado daros un anuncio. Como es sabido, el objetivo de su venida a Fátima ha sido la beatificación de los dos “pastorinhos”. Sin embargo, quiere atribuir también a esta peregrinación suya el valor de un renovado gesto de gratitud hacia la Virgen por la protección que le ha dispensado durante estos años de pontificado. Es una protección que parece que guarde relación también con la llamada “tercera parte” del secreto de Fátima.

Este texto es una visión profética comparable a la de la Sagrada Escritura, que no describe con sentido fotográfico los detalles de los acontecimientos futuros, sino que sintetiza y condensa sobre un mismo fondo hechos que se prolongan en el tiempo en una sucesión y con una duración no precisadas. Por tanto, la clave del lectura del texto ha de ser de *carácter simbólico*.

La visión de Fátima tiene que ver sobre todo con la lucha de los sistemas ateos contra la Iglesia y los cristianos, y describe el inmenso sufrimiento de los testigos de la fe del último siglo del segundo milenio. Es un interminable *Via Crucis* dirigido por los Papas del Siglo XX.

Según la interpretación de los *pastorinhos*, interpretación confirmada recientemente por Sor Lucia, el «Obispo vestido de blanco» que ora por todos los fieles es el Papa. También él, caminando con fatiga hacia la Cruz entre los cadáveres de los martirizados (obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y numerosos laicos), cae a tierra como muerto, bajo los disparos de arma de fuego.

Después del atentado del 13 de mayo de 1981, a Su Santidad le pareció claro que había sido «una mano materna quien guió la trayectoria de la bala», permitiendo al «Papa agonizante» que se detuviera «en el umbral de la muerte» (Juan Pablo II, *Meditación desde el Policlínico Gemelli a los Obispos italianos*, en: *Insegnamenti*, vol. XVIII, 1994, p. 1061). Con ocasión de una visita a Roma del entonces Obispo de Leiria-Fátima, el Papa decidió entregarle la bala, que quedó en el *jeep* después del atentado, para que se custodiase en el Santuario. Por iniciativa del Obispo, la misma fue después engarzada en la corona de la imagen de la Virgen de Fátima.

Los sucesivos acontecimientos del año 1989 han llevado, tanto en la Unión Soviética como en numerosos Países del Este, a la caída del régimen comunista que propugnaba el ateísmo. También por esto el Sumo Pontífice le está agradecido a la Virgen desde lo profundo del corazón. Sin embargo, en otras partes del mundo los ataques contra la Iglesia y los cristianos, con la carga de sufrimiento que conllevan, desgraciadamente no han cesado. Aunque las vicisitudes a las que se refiere la tercera parte del secreto de Fátima parecen ya pertenecer al pasado, la llamada de la Virgen a la conversión y a la penitencia, pronunciada al inicio del siglo XX, conserva todavía hoy una estimulante actualidad. «La Señora del mensaje parecía leer con una perspicacia especial los signos de los tiempos, los signos de nuestro tiempo ... La invitación insistente de María santísima a la penitencia es la manifestación de su solicitud materna por el destino de la familia humana, necesitada de conversión y perdón» (Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo 1997*, n. 1, en: *Insegnamenti*, vol. XIX, 1996, p. 561).

Para permitir que los fieles reciban mejor el mensaje de la Virgen de Fátima, el Papa ha confiado a la Congregación para la Doctrina de la Fe la tarea de hacer pública la tercera parte del «secreto», después de haber preparado un oportuno comentario.

Hermanos y hermanas, agradecemos a la Virgen de Fátima su protección. A su materna intercesión confiamos la Iglesia del Tercer Milenio.

Sub tuum praesidium confugimus, Santa Dei Genetrix! Intercede pro Ecclesia. Intercede pro Papa nostro Ioanne Paulo II. Amen.

Fátima, 13 de mayo de 2000.

Quien lee con atención el texto del llamado tercer “secreto” de Fátima, que tras largo tiempo, por voluntad del Santo Padre, viene publicado aquí en su integridad, tal vez quedará desilusionado o asombrado después de todas las especulaciones que se han hecho. No se revela ningún gran misterio; no se ha corrido el velo del futuro. Vemos a la Iglesia de los mártires del siglo apenas transcurrido representada mediante una escena descrita con un lenguaje simbólico difícil de descifrar. ¿Es esto lo que quería comunicar la Madre del Señor a la cristiandad, a la humanidad en un tiempo de grandes problemas y angustias? ¿Nos es de ayuda al inicio del nuevo milenio? O más bien ¿son solamente proyecciones del mundo interior de unos niños crecidos en un ambiente de profunda piedad, pero que a la vez estaban turbados por las tragedias que amenazaban su tiempo? ¿Cómo debemos entender la visión, qué hay que pensar de la misma?

Revelación pública y revelaciones privadas - su lugar teológico

Antes de iniciar un intento de interpretación, cuyas líneas esenciales se pueden encontrar en la comunicación que el Cardenal Sodano pronunció el 13 de mayo de este año al final de la celebración eucarística presidida por el Santo Padre en Fátima, es necesario hacer algunas aclaraciones de fondo sobre el modo en que, según la doctrina de la Iglesia, deben ser comprendidos dentro de la vida de fe fenómenos como el de Fátima. La doctrina de la Iglesia distingue entre la «revelación pública» y las «revelaciones privadas». Entre estas dos realidades hay una diferencia, no sólo de grado, sino de esencia. El término «revelación pública» designa la acción reveladora de Dios destinada a toda la humanidad, que ha encontrado su expresión literaria en las dos partes de la Biblia: el Antiguo y el Nuevo Testamento. Se llama «revelación» porque en ella Dios se ha dado a conocer progresivamente a los hombres, hasta el punto de hacerse él mismo hombre, para atraer a sí y para reunir en sí a todo el mundo por medio del Hijo encarnado, Jesucristo. No se trata, pues, de comunicaciones intelectuales, sino de un proceso vital, en el cual Dios se acerca al hombre; naturalmente en este proceso se manifiestan también contenidos que tienen que ver con la inteligencia y con la comprensión del misterio de Dios. El proceso atañe al hombre total y, por tanto, también a la razón, aunque no sólo a ella. Puesto que Dios es uno solo, también es única la historia que él comparte con la humanidad; vale para todos los tiempos y encuentra su cumplimiento con la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo. En Cristo Dios ha dicho todo, es decir,

se ha manifestado así mismo y, por lo tanto, la revelación ha concluido con la realización del misterio de Cristo que ha encontrado su expresión en el Nuevo Testamento. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, para explicar este carácter definitivo y completo de la revelación, cita un texto de San Juan de la Cruz: «Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra...; porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado todo en Él, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necesidad, sino que haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer cosa otra alguna o novedad» (n. 65, *Subida al Monte Carmelo*, 2, 22).

El hecho de que la única revelación de Dios dirigida a todos los pueblos se haya concluido con Cristo y en el testimonio sobre Él recogido en los libros del Nuevo Testamento, vincula a la Iglesia con el acontecimiento único de la historia sagrada y de la palabra de la Biblia, que garantiza e interpreta este acontecimiento, pero no significa que la Iglesia ahora sólo pueda mirar al pasado y esté así condenada a una estéril repetición. El Catecismo de la Iglesia Católica dice a este respecto: «Sin embargo, aunque la Revelación esté acabada, no está completamente explicitada; corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su contenido en el transcurso de los siglos» (n. 66). Estos dos aspectos, el vínculo con el carácter único del acontecimiento y el progreso en su comprensión, están muy bien ilustrados en los discursos de despedida del Señor, cuando antes de partir les dice a los discípulos: «Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta... Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros» (*Jn* 16, 12-14). Por una parte el Espíritu, que hace de guía y abre así las puertas a un conocimiento, del cual antes faltaba el presupuesto que permitiera acogerlo; es ésta la amplitud y la profundidad nunca alcanzada de la fe cristiana. Por otra parte, este guiar es un «tomar» del tesoro de Jesucristo mismo, cuya profundidad inagotable se manifiesta en esta conducción por parte del Espíritu. A este respecto el Catecismo cita una palabra densa del Papa Gregorio Magno: «la comprensión de las palabras divinas crece con su reiterada lectura» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 94; Gregorio, *In Ez* 1, 7, 8). El Concilio Vaticano II señala tres maneras esenciales en que se realiza la guía del Espíritu Santo en la Iglesia y, en consecuencia, el «crecimiento de la Palabra»: éste se lleva a cabo a través de la meditación y del estudio por parte de los fieles, por medio del

conocimiento profundo, que deriva de la experiencia espiritual y por medio de la predicación de «los obispos, sucesores de los Apóstoles en el carisma de la verdad» (*Dei Verbum*, 8).

En este contexto es posible entender correctamente el concepto de «revelación privada», que se refiere a todas las visiones y revelaciones que tienen lugar una vez terminado el Nuevo Testamento; es ésta la categoría dentro de la cual debemos colocar el mensaje de Fátima. Escuchemos aún a este respecto antes de nada el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «A lo largo de los siglos ha habido revelaciones llamadas “privadas”, algunas de las cuales han sido reconocidas por la autoridad de la Iglesia... Su función no es la de... “completar” la Revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia» (n. 67). Se deben aclarar dos cosas:

1. La autoridad de las revelaciones privadas es esencialmente diversa de la única revelación pública: ésta exige nuestra fe; en efecto, en ella, a través de palabras humanas y de la mediación de la comunidad viviente de la Iglesia, Dios mismo nos habla. La fe en Dios y en su Palabra se distingue de cualquier otra fe, confianza u opinión humana. La certeza de que Dios habla me da la seguridad de que encuentro la verdad misma y, de ese modo, una certeza que no puede darse en ninguna otra forma humana de conocimiento. Es la certeza sobre la cual edifico mi vida y a la cual me confío al morir.

2. La revelación privada es una ayuda para la fe, y se manifiesta como creíble precisamente porque remite a la única revelación pública. El Cardenal Próspero Lambertini, futuro Papa Benedicto XIV, dice al respecto en su clásico tratado, que después llegó a ser normativo para las beatificaciones y canonizaciones: «No se debe un asentimiento de fe católica a revelaciones aprobadas en tal modo; no es ni tan siquiera posible. Estas revelaciones exigen más bien un asentimiento de fe humana, según las reglas de la prudencia, que nos las presenta como probables y piadosamente creíbles». El teólogo flamenco E. Dhanis, eminente conocedor de esta materia, afirma sintéticamente que la aprobación eclesiástica de una revelación privada contiene tres elementos: el mensaje en cuestión no contiene nada que vaya contra la fe y las buenas costumbres; es lícito hacerlo público, y los fieles están autorizados a darle en forma prudente su adhesión (E. Dhanis, *Sguardo su Fatima e bilancio di una discussione*, en: *La Civiltà Cattolica* 104, 1953, II. 392-406, en particular 397). Un mensaje así puede ser una ayuda válida para comprender y vivir mejor el Evangelio en el momento presente; por eso no se debe

descartar. Es una ayuda que se ofrece, pero no es obligatorio hacer uso de la misma.

El criterio de verdad y de valor de una revelación privada es, pues, su orientación a Cristo mismo. Cuando ella nos aleja de Él, cuando se hace autónoma o, más aún, cuando se hace pasar como otro y mejor designio de salvación, más importante que el Evangelio, entonces no viene ciertamente del Espíritu Santo, que nos guía hacia el interior del Evangelio y no fuera del mismo. Esto no excluye que dicha revelación privada acentúe nuevos aspectos, suscite nuevas formas de piedad o profundice y extienda las antiguas. Pero, en cualquier caso, en todo esto debe tratarse de un apoyo para la fe, la esperanza y la caridad, que son el camino permanente de salvación para todos. Podemos añadir que a menudo las revelaciones privadas provienen sobre todo de la piedad popular y se apoyan en ella, le dan nuevos impulsos y abren para ella nuevas formas. Eso no excluye que tengan efectos incluso sobre la liturgia, como por ejemplo muestran las fiestas del *Corpus Domini* y del Sagrado Corazón de Jesús. Desde un cierto punto de vista, en la relación entre liturgia y piedad popular se refleja la relación entre Revelación y revelaciones privadas: la liturgia es el criterio, la forma vital de la Iglesia en su conjunto, alimentada directamente por el Evangelio. La religiosidad popular significa que la fe está arraigada en el corazón de todos los pueblos, de modo que se introduce en la esfera de lo cotidiano. La religiosidad popular es la primera y fundamental forma de «inculturación» de la fe, que debe dejarse orientar y guiar continuamente por las indicaciones de la liturgia, pero que a su vez fecunda la fe a partir del corazón.

Hemos pasado así de las precisiones más bien negativas, que eran necesarias antes de nada, a la determinación positiva de las revelaciones privadas: ¿cómo se pueden clasificar de modo correcto a partir de la Sagrada Escritura? ¿Cuál es su categoría teológica? La carta más antigua de San Pablo que nos ha sido conservada, tal vez el escrito más antiguo del Nuevo Testamento, la Primera Carta a los Tesalonicenses, me parece que ofrece una indicación. El Apóstol dice en ella: «No apaguéis el Espíritu, no despreciéis las profecías; examinad cada cosa y quedaos con lo que es bueno» (5, 19-21). En todas las épocas se le ha dado a la Iglesia el carisma de la profecía, que debe ser examinado, pero que tampoco puede ser despreciado. A este respecto, es necesario tener presente que la profecía en el sentido de la Biblia no quiere decir predecir el futuro, sino explicar la voluntad de Dios para el presente, lo cual muestra el recto camino hacia el futuro. El que predice el futuro se encuentra con la curiosidad de la razón, que desea apartar el velo

del porvenir; el profeta ayuda a la ceguera de la voluntad y del pensamiento y aclara la voluntad de Dios como exigencia e indicación para el presente. La importancia de la predicción del futuro en este caso es secundaria. Lo esencial es la actualización de la única revelación, que me afecta profundamente: la palabra profética es advertencia o también consuelo o las dos cosas a la vez. En este sentido, se puede relacionar el carisma de la profecía con la categoría de los «signos de los tiempos», que ha sido subrayada por el Vaticano II: «...sabéis explorar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo no exploráis, pues, este tiempo?» (Lc 12, 56). En esta parábola de Jesús por «signos de los tiempos» debe entenderse su propio camino, el mismo Jesús. Interpretar los signos de los tiempos a la luz de la fe significa reconocer la presencia de Cristo en todos los tiempos. En las revelaciones privadas reconocidas por la Iglesia -y por tanto también en Fátima- se trata de esto: ayudarnos a comprender los signos de los tiempos y a encontrar la justa respuesta desde la fe ante ellos.

La estructura antropológica de las revelaciones privadas

Una vez que con las precedentes reflexiones hemos tratado de determinar el lugar teológico de las revelaciones privadas, antes de ocuparnos de una interpretación del mensaje de Fátima, debemos aún intentar aclarar brevemente un poco su carácter antropológico (psicológico). La antropología teológica distingue en este ámbito tres formas de percepción o «visión»: la visión con los sentidos, es decir la percepción externa corpórea, la percepción interior y la visión espiritual (*visio sensibilis -imaginativa- intellectualis*). Está claro que en las visiones de Lourdes, Fátima, etc. no se trata de la normal percepción externa de los sentidos: las imágenes y las figuras, que se ven, no se hallan exteriormente en el espacio, como se encuentran un árbol o una casa. Esto es absolutamente evidente, por ejemplo, por lo que se refiere a la visión del infierno (descrita en la primera parte del «secreto» de Fátima) o también la visión descrita en la tercera parte del «secreto», pero puede demostrarse con mucha facilidad también en las otras visiones, sobre todo porque no todos los presentes las veían, sino de hecho sólo los «videntes». Del mismo modo es obvio que no se trata de una «visión» intelectual, sin imágenes, como se da en otros grados de la mística. Aquí se trata de la categoría intermedia, la percepción interior, que ciertamente tiene en el vidente la fuerza de una presencia que, para él, equivale a la manifestación externa sensible.

Ver interiormente no significa que se trate de fantasía, como si fuera sólo

una expresión de la imaginación subjetiva. Más bien significa que el alma viene acariciada por algo real, aunque suprasensible, y es capaz de ver lo no sensible, lo no visible por los sentidos, una especie de visión con los «sentidos internos». Se trata de verdaderos «objetos», que tocan el alma, aunque no pertenezcan a nuestro habitual mundo sensible. Para esto se exige una vigilancia interior del corazón que generalmente no se tiene a causa de la fuerte presión de las realidades externas y de las imágenes y pensamientos que llenan el alma. La persona es transportada más allá de la pura exterioridad y otras dimensiones más profundas de la realidad la tocan, se le hacen visibles. Tal vez por eso se puede comprender por qué los niños son los destinatarios preferidos de tales apariciones: el alma está aún poco alterada y su capacidad interior de percepción está aún poco deteriorada. «De la boca de los niños y de los lactantes has recibido la alabanza», responde Jesús con una frase del Salmo 8 (v.3) a la crítica de los Sumos Sacerdotes y de los ancianos, que encuentran inoportuno el grito de «hosanna» de los niños (Mt 21, 16).

La «visión interior» no es una fantasía, sino una propia y verdadera manera de verificar, como hemos dicho. Pero conlleva también limitaciones. Ya en la visión exterior está siempre involucrado el factor subjetivo; no vemos el objeto puro, sino que llega a nosotros a través del filtro de nuestros sentidos, que deben llevar a cabo un proceso de traducción. Esto es aún más evidente en la visión interior, sobre todo cuando se trata de realidades que sobrepasan en sí mismas nuestro horizonte. El sujeto, el vidente, está involucrado de un modo aún más íntimo. Él ve con sus concretas posibilidades, con las modalidades de representación y de conocimiento que le son accesibles. En la visión interior se trata, de manera más amplia que en la exterior, de un proceso de traducción, de modo que el sujeto es esencialmente copartícipe en la formación como imagen de lo que aparece. La imagen puede llegar solamente según sus medidas y sus posibilidades. Tales visiones nunca son simples «fotografías» del más allá, sino que llevan en sí también las posibilidades y los límites del sujeto perceptor.

Esto se puede comprender en todas las grandes visiones de los santos; naturalmente, vale también para las visiones de los niños de Fátima. Las imágenes que ellos describen no son en absoluto simples expresiones de su fantasía, sino fruto de una real percepción de origen superior e interior, pero no son imaginaciones como si por un momento se quitara el velo del más allá y el cielo apareciese en su esencia pura, tal como nosotros esperamos verlo un día en la definitiva unión con Dios. Más bien las imágenes son, por decir-

lo así, una síntesis del impulso proveniente de lo Alto y de las posibilidades de que dispone para ello el sujeto que percibe, esto es, los niños. Por este motivo, el lenguaje imaginativo de estas visiones es un lenguaje simbólico. El Cardenal Sodano dice al respecto: «... no se describen en sentido fotográfico los detalles de los acontecimientos futuros, sino que sintetizan y condensan sobre un mismo fondo, hechos que se extienden en el tiempo según una sucesión y con una duración no precisadas». Esta concentración de tiempos y espacios en una única imagen es típica de tales visiones que, por lo demás, pueden ser descifradas sólo a *posteriori*. A este respecto, no todo elemento visivo debe tener un concreto sentido histórico. Lo que cuenta es la visión como conjunto, y a partir del conjunto de imágenes deben ser comprendidos los aspectos particulares. Lo que es central en una imagen se desvela en último término a partir del centro de la «profecía» cristiana en absoluto: el centro está allí donde la visión se convierte en llamada y guía hacia la voluntad de Dios.

Un intento de interpretación del secreto de Fátima

La primera y segunda parte del secreto de Fátima han sido ya discutidas tan ampliamente por la literatura especializada que ya no hay que ilustrarlas más. Quisiera sólo llamar la atención brevemente sobre el punto más significativo. Los niños han experimentado durante un instante terrible una visión del infierno. Han visto la caída de las «almas de los pobres pecadores». Y se les dice por qué se les ha hecho pasar por ese momento: para «salvarlas», para mostrar un camino de salvación. Viene así a la mente la frase de la Primera Carta de Pedro: «meta de vuestra fe es la salvación de las almas» (1,9). Para este objetivo se indica como camino -de un modo sorprendente para personas provenientes del ámbito cultural anglosajón y alemán- la devoción al Corazón Inmaculado de María. Para entender esto puede ser suficiente aquí una breve indicación. «Corazón» significa en el lenguaje de la Biblia el centro de la existencia humana, la confluencia de razón, voluntad, temperamento y sensibilidad, en la cual la persona encuentra su unidad y su orientación interior. El «corazón inmaculado» es, según *Mt 5,8*, un corazón que a partir de Dios ha alcanzado una perfecta unidad interior y, por lo tanto, «ve a Dios». La «devoción» al Corazón Inmaculado de María es, pues, un acercarse a esta actitud del corazón, en la cual el «*fiat*» -hágase tu voluntad- se convierte en el centro animador de toda la existencia. Si alguno objetara que no debemos interponer un ser humano entre nosotros y Cristo, se le debería recordar que Pablo no tiene reparo en decir a sus comunidades: imitadme (*1 Co 4, 16; Flp 3,17; 1 Ts 1,6; 2 Ts 3,7.9*). En el

Apóstol pueden constatar concretamente lo que significa seguir a Cristo. ¿De quién podremos nosotros aprender mejor en cualquier tiempo si no de la Madre del Señor?

Llegamos así, finalmente, a la tercera parte del «secreto» de Fátima publicado íntegramente aquí por primera vez. Como se desprende de la documentación precedente, la interpretación que el Cardenal Sodano ha dado en su texto del 13 de mayo, había sido presentada anteriormente a Sor Lucia en persona. A este respecto, Sor Lucia ha observado en primer lugar que a ella misma se le dio la visión, no su interpretación. La interpretación, decía, no es competencia del vidente, sino de la Iglesia. Ella, sin embargo, después de la lectura del texto, ha dicho que esta interpretación correspondía a lo que ella había experimentado y que, por su parte, reconocía dicha interpretación como correcta. En lo que sigue, pues, se podrá sólo intentar dar un fundamento más profundo a dicha interpretación a partir de los criterios hasta ahora desarrollados.

Como palabra clave de la primera y de la segunda parte del «secreto» hemos descubierto la de «salvar las almas», así como la palabra clave de este «secreto» es el triple grito: «¡Penitencia, Penitencia, Penitencia!». Viene a la mente el comienzo del Evangelio: «*paenitemini et credite evangelio*» (Mc 1,15). Comprender los signos de los tiempos significa comprender la urgencia de la penitencia, de la conversión y de la fe. Esta es la respuesta adecuada al momento histórico, que se caracteriza por grandes peligros y que serán descritos en las imágenes sucesivas. Me permito insertar aquí un recuerdo personal: en una conversación conmigo Sor Lucia me dijo que le resultaba cada vez más claro que el objetivo de todas las apariciones era el de hacer crecer siempre más en la fe, en la esperanza y en la caridad. Todo el resto era sólo para conducir a esto.

Examinemos ahora más de cerca cada imagen. El ángel con la espada de fuego a la derecha de la Madre de Dios recuerda imágenes análogas en el Apocalipsis. Representa la amenaza del juicio que incumbe sobre el mundo. La perspectiva de que el mundo podría ser reducido a cenizas en un mar de llamas, hoy no es considerada absolutamente pura fantasía: el hombre mismo ha preparado con sus inventos la espada de fuego. La visión muestra después la fuerza que se opone al poder de destrucción: el esplendor de la Madre de Dios, y proveniente siempre de él, la llamada a la penitencia. De ese modo se subraya la importancia de la libertad del hombre: el futuro no está determinado de un modo inmutable, y la imagen que los niños vieron,

no es una película anticipada del futuro, de la cual nada podría cambiarse. Toda la visión tiene lugar en realidad sólo para llamar la atención sobre la libertad y para dirigirla en una dirección positiva. El sentido de la visión no es el de mostrar una película sobre el futuro ya fijado de forma irremediable. Su sentido es exactamente el contrario, el de movilizar las fuerzas del cambio hacia el bien. Por eso están totalmente fuera de lugar las explicaciones fatalísticas del «secreto» que, por ejemplo, dicen que el atentado del 13 de mayo de 1981 habría sido en definitiva un instrumento del plan divino guiado por la Providencia y que, por tanto, no habría actuado libremente, así como otras ideas semejantes que circulan. La visión habla más bien de los peligros y del camino para salvarse de los mismos.

Las siguientes frases del texto muestran una vez más muy claramente el carácter simbólico de la visión: Dios permanece el inconmensurable y la luz que supera todas nuestras visiones. Las personas humanas aparecen como en un espejo. Debemos tener siempre presente esta limitación interna de la visión, cuyos confines están aquí indicados visivamente. El futuro se muestra sólo «como en un espejo de manera confusa» (cf. *1 Co* 13,12). Tomemos ahora en consideración cada una de las imágenes que siguen en el texto del «secreto». El lugar de la acción aparece descrito con tres símbolos: una montaña escarpada, una grande ciudad medio en ruinas y, finalmente, una gran cruz de troncos rústicos. Montaña y ciudad simbolizan el lugar de la historia humana: la historia como costosa subida hacia lo alto, la historia como lugar de la humana creatividad y de la convivencia, pero al mismo tiempo como lugar de las destrucciones, en las cuales el hombre destruye la obra de su propio trabajo. La ciudad puede ser el lugar de comunión y de progreso, pero también el lugar del peligro y de la amenaza más extrema. Sobre la montaña está la cruz, meta y punto de orientación de la historia. En la cruz la destrucción se transforma en salvación; se levanta como signo de la miseria de la historia y como promesa para la misma.

Aparecen después aquí personas humanas: el Obispo vestido de blanco («hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre»), otros Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y, finalmente, hombres y mujeres de todas las clases y estratos sociales. El Papa parece que precede a los otros, temblando y sufriendo por todos los horrores que lo rodean. No sólo las casas de la ciudad están medio en ruinas, sino que su camino pasa en medio de los cuerpos de los muertos. El camino de la Iglesia se describe así como un *viacrucis*, como camino en un tiempo de violencia, de destrucciones y de persecuciones. Se puede ver representada en esta imagen la historia de todo

un siglo. Del mismo modo que los lugares de la tierra están sintéticamente representados en las dos imágenes de la montaña y de la ciudad y están orientados hacia la cruz, también los tiempos son presentados de forma compacta. En la visión podemos reconocer el siglo pasado como siglo de los mártires, como siglo de los sufrimientos y de las persecuciones contra la Iglesia, como el siglo de las guerras mundiales y de muchas guerras locales que han llenado toda su segunda mitad y han hecho experimentar nuevas formas de crueldad. En el «espejo» de esta visión vemos pasar a los testigos de la fe de decenios. A este respecto, parece oportuno mencionar una frase de la carta que Sor Lucia escribió al Santo Padre el 12 de mayo de 1982: «la tercera parte del “secreto” se refiere a las palabras de Nuestra Señora: “Si no (Rusia) diseminará sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá que sufrir mucho, varias naciones serán destruidas”».

En el *viacrucis* de este siglo, la figura del Papa tiene un papel especial. En su fatigoso subir a la montaña podemos encontrar indicados con seguridad juntos diversos Papas, que empezando por Pío X hasta el Papa actual han compartido los sufrimientos de este siglo y se han esforzado por avanzar entre ellas por el camino que lleva a la cruz. En la visión también el Papa es matado en el camino de los mártires. ¿No podía el Santo Padre, cuando después del atentado del 13 de mayo de 1981 se hizo llevar el texto de la tercera parte del «secreto», reconocer en él su propio destino? Había estado muy cerca de las puertas de la muerte y él mismo explicó el haberse salvado, con las siguientes palabras: «...fue una mano materna a guiar la trayectoria de la bala y el Papa agonizante se paró en el umbral de la muerte» (13 de mayo de 1994). Que una «mano materna» haya desviado la bala mortal muestra sólo una vez más que no existe un destino inmutable, que la fe y la oración son poderosas, que pueden influir en la historia y, que al final, la oración es más fuerte que las balas, la fe más potente que las divisiones.

La conclusión del «secreto» recuerda imágenes que Lucía puede haber visto en libros de piedad y cuyo contenido deriva de antiguas intuiciones de fe. Es una visión consoladora, que quiere hacer maleable por el poder salvador de Dios una historia de sangre y lágrimas. Los ángeles recogen bajo los brazos de la cruz la sangre de los mártires y riegan con ella las almas que se acercan a Dios. La sangre de Cristo y la sangre de los mártires están aquí consideradas juntas: la sangre de los mártires fluye de los brazos de la cruz. Su martirio se lleva a cabo de manera solidaria con la pasión de Cristo y se convierte en una sola cosa con ella. Ellos completan en favor del Cuerpo de

Cristo lo que aún falta a sus sufrimientos (cf. *Col 1,24*). Su vida se ha convertido en Eucaristía, inserta en el misterio del grano de trigo que muere y se hace fecundo. La sangre de los mártires es semilla de cristianos, ha dicho Tertuliano. Así como de la muerte de Cristo, de su costado abierto, ha nacido la Iglesia, así la muerte de los testigos es fecunda para la vida futura de la Iglesia. La visión de la tercera parte del «secreto», tan angustiosa en su comienzo, se concluye pues con un imagen de esperanza: ningún sufrimiento es vano y, precisamente, una Iglesia sufriente, una Iglesia de mártires, se convierte en señal orientadora para la búsqueda de Dios por parte del hombre. En las manos amorosas de Dios no han sido acogidos únicamente los que sufren como Lázaro, que encontró el gran consuelo y representa misteriosamente a Cristo que quiso ser para nosotros el pobre Lázaro; hay algo más, del sufrimiento de los testigos deriva una fuerza de purificación y de renovación, porque es actualización del sufrimiento mismo de Cristo y transmite en el presente su eficacia salvífica.

Hemos llegado así a una última pregunta: ¿Qué significa en su conjunto (en sus tres partes) el «secreto» de Fátima? ¿Qué nos dice a nosotros? Ante todo, debemos afirmar con el Cardenal Sodano: «...los acontecimientos a los que se refiere la tercera parte del «secreto» de Fátima, parecen pertenecer ya al pasado». En la medida en que se refiere a acontecimientos concretos, ya pertenecen al pasado. Quien había esperado en impresionantes revelaciones apocalípticas sobre el fin del mundo o sobre el curso futuro de la historia debe quedar desilusionado. Fátima no nos ofrece este tipo de satisfacción de nuestra curiosidad, del mismo modo que la fe cristiana por lo demás no quiere y no puede ser un mero alimento para nuestra curiosidad. Lo que queda de válido lo hemos visto de inmediato al inicio de nuestras reflexiones sobre el texto del «secreto»: la exhortación a la oración como camino para la «salvación de las almas» y, en el mismo sentido, la llamada a la penitencia y a la conversión.

Quisiera al final volver aún sobre otra palabra clave del «secreto», que con razón se ha hecho famosa: «mi Corazón Inmaculado triunfará». ¿Qué quiere decir esto? Que el corazón abierto a Dios, purificado por la contemplación de Dios, es más fuerte que los fusiles y que cualquier tipo de arma. El *fiat* de María, la palabra de su corazón, ha cambiado la historia del mundo, porque ella ha introducido en el mundo al Salvador, porque gracias a este «sí» Dios pudo hacerse hombre en nuestro mundo y así permanece ahora y para siempre. El maligno tiene poder en este mundo, lo vemos y lo experimentamos continuamente; él tiene poder porque nuestra libertad se deja alejar conti-

nuamente de Dios. Pero desde que Dios mismo tiene un corazón humano y de ese modo ha dirigido la libertad del hombre hacia el bien, hacia Dios, la libertad hacia el mal ya no tiene la última palabra. Desde aquel momento cobran todo su valor las palabras de Jesús: «padeceréis tribulaciones en el mundo, pero tened confianza; yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). El mensaje de Fátima nos invita a confiar en esta promesa.

+ **JOSEPH CARD. RATZINGER**

*Prefecto de la Congregación
para la Doctrina de la Fe*

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

NOTA SOBRE LA EXPRESION «IGLESIAS HERMANAS»

A. CARTA A LOS PRESIDENTES DE LAS CONFERENCIAS EPISCOPALES

Roma, 30 de junio, 2000

Eminencia (Excelencia):

Desde varias partes se ha llamado la atención de este Dicasterio sobre los problemas implicados en el uso de la expresión “Iglesias hermanas”, utilizada en importantes Documentos del Magisterio pontificio. Dicha expresión, presente también en textos e intervenciones referidos a iniciativas en la promoción del diálogo entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas, se ha convertido en parte del vocabulario común para expresar el vínculo objetivo entre la Iglesia de Roma y las Iglesias ortodoxas.

Lamentablemente, en ciertas publicaciones y por parte de algunos teólogos comprometidos en el diálogo ecuménico, se ha constatado recientemente la extensión del uso del término para indicar la relación entre la Iglesia católica, por un lado, y la Iglesia ortodoxa, por otro. De este modo se induce a pensar que en realidad no existe una sola Iglesia de Cristo, sino que la misma podrá ser restablecida de nuevo sólo como consecuencia de la reconciliación entre las dos mencionadas Iglesias hermanas. Además, la misma expresión es aplicada indebidamente por algunos a la relación entre la Iglesia católica, de una parte, y la Comunión anglicana y las Comunidades eclesiales no católicas, de otra. Así, se habla de una “teología de las Iglesias hermanas” o de una “eclesiología de las Iglesias hermanas”, caracterizadas por la ambigüedad y la discontinuidad en el uso y el significado de esta expresión respecto a su correcta acepción originaria, propia de los Documentos pontificios.

Con el fin de superar tales equívocos en el uso y aplicación del término “Iglesias hermanas”, esta Congregación ha juzgado necesario elaborar la adjunta *NOTA sobre la expresión “Iglesias hermanas”*, aprobada por el Santo

Padre Juan Pablo II en la Audiencia del 9 de junio de 2000, y cuyas indicaciones deben ser consideradas vinculantes, a pesar de que la Nota no sea oficialmente publicada en *Acta Apostolicae Sedis*, a causa de su finalidad, que es la de precisar el uso correcto de una terminología teológica.

Mientras le envío copia del citado Documento, le ruego que tenga a bien hacerse intérprete de las preocupaciones e indicaciones en él contenidas ante la Conferencia Episcopal de su digna presidencia, y en particular ante la Comisión u Organismo encargado del diálogo ecuménico, a fin de que en las publicaciones y escritos concernientes la referida temática emanados por esa Conferencia, se tenga cuidadosamente en cuenta de lo prescrito en la *Nota*.

Agradeciéndole vivamente su inestimable colaboración, aprovecho la circunstancia para confirmarme

Suyo devotísimo en Cristo

+ **Joseph Card. Ratzinger**
Prefecto

B. TEXTO DE LA NOTA

1. La expresión *Iglesias hermanas* se repite a menudo en el diálogo ecuménico, sobre todo entre católicos y ortodoxos, y es objeto de profundización por ambas partes del diálogo. Aún existiendo un uso indudablemente legítimo de la expresión, en la actual literatura ecuménica se ha difundido un modo ambiguo de utilizarla. En conformidad con la enseñanza del Concilio Vaticano II y el sucesivo Magisterio pontificio, es por lo tanto oportuno recordar cuál es el uso propio y adecuado de tal expresión. Pero antes, parece útil señalar brevemente la historia del término.

I. Origen y desarrollo de la expresión.

2. En el Nuevo Testamento, la expresión *Iglesias hermanas*, como tal, no se encuentra; sin embargo, se hallan numerosas indicaciones que manifiestan las relaciones de fraternidad existentes entre las Iglesias locales de la antigüedad cristiana. El pasaje neotestamentario que en modo más explícito refleja esa convicción es la frase final de 2 Jn 13: «Te saludan los hijos de tu hermana Elegida». Se trata de saludos enviados de una comunidad eclesial a otra; la comunidad que envía los saludos se llama a sí misma “hermana” de la otra.

3. En la literatura eclesiástica, la expresión se comienza a utilizar en Oriente cuando, a partir del siglo V, se difunde la idea de la *Pentarquía*, según la cual a la cabeza de la Iglesia se encontrarían los cinco Patriarcas, y la Iglesia de Roma tendría el primer puesto entre las *Iglesias hermanas patriarcales*. Al respecto, hay que notar que ningún Romano Pontífice reconoció esta equiparación de las sedes ni aceptó que a la sede romana se le reconociese solamente un primado de honor. Además, nótese que en Occidente no se desarrolló esa estructura patriarcal que es típica de Oriente.

Como se sabe, en los siglos siguientes las divergencias entre Roma y Constantinopla llevaron a excomuniones mutuas, que tuvieron «consecuencias, que, por cuanto podemos juzgar, fueron más allá de las intenciones y las previsiones de sus autores, cuyas censuras concernían a las personas afectadas, no a las Iglesias, y no tenían la intención de romper la comunión eclesiástica entre las sedes de Roma y de Constantinopla»[1].

4. La expresión aparece de nuevo en dos cartas del Metropolitano Nicetas de Nicomedia (año 1136) y del Patriarca Juan X Camateros (desde 1198 a 1206), en las cuales ambos protestaban contra Roma, la cual, presentándose como *madre y maestra*, habría anulado su autoridad. Según ellos, Roma es solamente la primera entre *hermanas* de igual dignidad.⁵ En época reciente, el primero en utilizar nuevamente la expresión *Iglesias hermanas* fue el Patriarca ortodoxo de Constantinopla Atenágoras I. Acogiendo los gestos fraternos y la llamada a la unidad a él dirigidos por Juan XXIII, expresa a menudo en sus cartas el auspicio de ver pronto restablecida la unidad entre las *Iglesias hermanas*.

6. El Concilio Vaticano II usa la expresión *Iglesias hermanas* para calificar la relación fraterna entre las Iglesias particulares: «...existen en Oriente muchas iglesias particulares o locales, entre las cuales ocupan el primer lugar las iglesias patriarcales, y de las cuales no pocas tienen origen en los mismos Apóstoles. Por este motivo ha prevalecido y prevalecen entre los orientales la diligencia y el cuidado de conservar en la comunión de la fe y de la caridad aquellas relaciones fraternas, que deben observarse entre las iglesias locales como entre hermanas».[2]7. El primer documento pontificio en el cual se halla el apelativo de *hermanas* aplicado a las Iglesias es el Breve *Anno ineunte*, de Pablo VI al Patriarca Atenágoras I. Tras haber manifestado su voluntad de hacer lo posible para «restablecer la plena comunión entre la Iglesia de Occidente y la Iglesia de Oriente», el Papa se pregunta: «Puesto que en cada Iglesia local se opera este misterio del amor divino, ¿no es tal

vez éste el origen de aquella expresión tradicional, en virtud de la cual las Iglesias de varios lugares comenzaron a llamarse entre ellas como hermanas? Nuestras Iglesias han vivido por siglos como hermanas, celebrando juntas los concilios ecuménicos, que han defendido el depósito de la fe contra toda alteración. Ahora, después de un largo período de división y de incompreensión recíproca, el Señor, a pesar de las dificultades que en el pasado han surgido entre nosotros, nos da la posibilidad de redescubrirnos como Iglesias hermanas». [3]8. Después la expresión ha sido utilizada por Juan Pablo II en numerosos discursos y documentos entre los cuales serán recordados aquí los principales, siguiendo un orden cronológico.

Encíclica *Slavorum Apostoli*: «Para nosotros [Cirilo y Metodio] son paladines y a la vez patronos en el esfuerzo ecuménico de las Iglesias hermanas de Oriente y Occidente para volver a encontrar, mediante el diálogo y la oración, la unidad visible en la comunión perfecta y total». [4]Carta de 1991 a los Obisposeuropeos: «Con aquellas Iglesias [las Iglesias ortodoxas] se fomentan relaciones como entre Iglesias hermanas, según la expresión del Papa Pablo VI en el Breve al Patriarca de Constantinopla Atenágoras I». [5]

En la Encíclica *Ut unum sint*, el tema es desarrollado sobre todo en el n. 56, que inicia así: «Después del Concilio Vaticano II y con referencia a aquella tradición, se ha restablecido el uso de llamar *Iglesias hermanas* a las Iglesias particulares o locales congregadas en torno a su Obispo. La supresión, además, de las excomuniones recíprocas, quitando un doloroso obstáculo de orden canónico y psicológico, ha sido un paso muy significativo en el camino hacia la plena comunión». El número termina auspiciando: «El término tradicional de *Iglesias hermanas* debería acompañarnos incesantemente en este camino». El tema es retomado en el n. 60, en el cual se observa: «Más recientemente, la Comisión mixta internacional ha dado un paso significativo en la cuestión tan delicada del método a seguir en la búsqueda de la comunión plena entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa, cuestión que ha alterado con frecuencia las relaciones entre católicos y ortodoxos. La Comisión ha puesto las bases doctrinales para una solución positiva del problema, que se fundamenta en la doctrina de las Iglesias hermanas». [6]

II. Indicaciones sobre el uso de la expresión.

9. Las referencias históricas expuestas en los párrafos precedentes muestran la relevancia que ha asumido la expresión *Iglesias hermanas* en el diálogo ecuménico. Esto hace aun más importante que de ella se haga un uso teológicamente correcto.

10. En efecto, en sentido propio, Iglesias hermanas son exclusivamente las Iglesias particulares (o las agrupaciones de Iglesias particulares: por ejemplo, los Patriarcados y las Metropólías). [7]Debe quedar siempre claro, incluso cuando la expresión Iglesias hermanas es usada en este sentido propio, que la Iglesia universal, una, santa, católica y apostólica, no es hermana sino madre de todas las Iglesias particulares [8].

11. Se puede hablar de *Iglesias hermanas*, en sentido propio, también en referencia a Iglesias particulares católicas y no católicas; y por lo tanto también la Iglesia particular de Roma puede ser llamada *hermana* de todas las Iglesias particulares. Pero, como ya ha sido recordado, no se puede decir propiamente que la Iglesia católica sea *hermana* de una Iglesia particular o grupo de Iglesias. No se trata solamente de una cuestión terminológica, sino sobre todo de respetar una verdad fundamental de la fe católica: la de la unicidad de la Iglesia de Jesucristo. Existe, en efecto, una única Iglesia, [9]y por eso el plural *Iglesias* se puede referir solamente a las Iglesias particulares.

En consecuencia es de evitar, como fuente de malentendidos y de confusión teológica, el uso de fórmulas como “*nuestras dos Iglesias*”, que insinúan - cuando se aplican a la Iglesia católica y al conjunto de las Iglesias ortodoxas (o de una Iglesia ortodoxa)- un plural no solamente al nivel de Iglesias particulares, sino también al nivel de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, confesada en el Credo, cuya existencia real aparece así ofuscada.

12. En fin, se debe también tener presente que la expresión *Iglesias hermanas* en sentido propio, como es testimoniado por la Tradición común de Occidente y Oriente, puede ser aplicada exclusivamente a aquellas comunidades que han conservado válidamente el Episcopado y la Eucaristía.

Roma, en la Sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el 30 de junio de 2000, Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

+ **Joseph Card. Ratzinger**
Prefecto

+ **Tarcisio Bertone, S.D.B.**
Arzobispo emérito de Vercelli
Secretario

Notas

[1] Pablo VI y Atenágoras I, Declaración común *Pénétrés de reconnaissance* (7-XII-1965), n. 3: AAS 58 (1966) 20. Las excomuniones fueron recíprocamente levantadas en 1965: «el Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras I en su Sínodo (Ö) declaran de común acuerdo (Ö) que es de deplorar también, y de cancelar de la memoria y del seno de la Iglesia, las sentencias de excomunión» (ibid., n. 4); cf. también Pablo VI, Carta Apostólica *Ambulate in dilectione* (7-XII-1965): AAS 58 (1966) 40-41; Atenágoras I, *Tomos Agapis* (7-XII-1965), *Vatican-Phanar* 1958-1970 (Romae et Istanbul 1970) 388-390.

[2] Concilio Vaticano II, Decreto *Unitatis redintegratio*, n. 14

[3] Pablo VI, Breve *Anno ineunte* (25-VII-1987): AAS 59 (1967) 852-854.

[4] Juan Pablo II, Encíclica *Slavorum apostoli* (2-VI-1985), n. 27: AAS 77 (1985) 807-808.

[5] Juan Pablo II, Carta a los Obispos del continente europeo sobre *Las relaciones entre católicos y ortodoxos en la nueva situación de la Europa central y oriental* (31-V-1991), n. 4: AAS 84 (1992) 167.

[6] Juan Pablo II, Encíclica *Ut unum sint* (25-V-1995), nn. 56 y 60: AAS 87 (1995) 921-982.

[7] Cf. los textos del Decreto *Unitatis redintegratio*, n. 14, y del Breve *Anno ineunte* de Pablo VI a Atenágoras I, citados arriba en las notas 2 y 3.

[8] Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Communione notio* (28-V-1992), n. 9: AAS 85 (1993) 838-850.

[9] Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática *Lumen gentium*, n. 8; Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración *Mysterium Ecclesiae* (24-VI-1973), n. 1: AAS 65 (1973) 396-408.

PONTIFICIO CONSEJO PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES

ÉTICA EN LAS COMUNICACIONES SOCIALES

I INTRODUCCION

1. El uso que la gente hace de los medios de comunicación social puede producir efectos positivos o negativos. Aunque se dice comúnmente -y lo diremos a menudo aquí- que en los medios de comunicación social «cabe de todo», no son fuerzas ciegas de la naturaleza fuera del control del hombre. Porque aun cuando los actos de comunicación tienen a menudo consecuencias no pretendidas, la gente elige usar los medios de comunicación con fines buenos o malos, de un modo bueno o malo.

Estas opciones, importantes para el aspecto ético, no sólo las realizan quienes reciben el mensaje -espectadores, oyentes y lectores-, sino especialmente quienes controlan los medios de comunicación social y determinan sus estructuras, sus políticas y sus contenidos. Incluyen a funcionarios públicos y ejecutivos de empresas, miembros de consejos de administración, propietarios, editores y gerentes de emisoras, directores, jefes de redacción, productores, escritores, corresponsales y otras personas. Para ellos, la cuestión ética es particularmente importante: los medios de comunicación social ¿se usan para el bien o para el mal?

2. El impacto de la comunicación social es enorme. Por medio de ella la gente entra en contacto con otras personas y con acontecimientos, se forma sus opiniones y valores. No sólo se transmiten y reciben información e ideas a través de estos instrumentos, sino que a menudo las personas experimentan la vida misma como una experiencia de los medios de comunicación social (cf. Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, *Aetatis novae*, 2).

La evolución tecnológica está teniendo como consecuencia inmediata que los medios de comunicación resulten cada vez más penetrantes y poderosos. «La llegada de la sociedad de la información es una verdadera revolución cultural» (Pontificio Consejo para la Cultura, *Para una pastoral de la cultura*,

9); y las innovaciones deslumbrantes del siglo XX pueden haber sido sólo un preludio de lo que traerá consigo este nuevo siglo.

El alcance y la diversidad de los medios de comunicación accesibles a la gente en los países ricos ya son asombrosos: libros y periódicos, televisión y radio, películas y vídeos, grabaciones y comunicaciones electrónicas transmitidas por radio, cable, satélite e Internet. Los contenidos de esta vasta difusión van desde las noticias rigurosas hasta el mero entretenimiento, desde las oraciones hasta la pornografía, desde la contemplación hasta la violencia. La gente, dependiendo de cómo usa los medios de comunicación social, puede aumentar su empatía y su compasión o puede encerrarse en un mundo narcisista y aislado, con efectos casi narcóticos. Ni siquiera los que rehúyen los medios de comunicación social pueden evitar el contacto con quienes están profundamente influidos por ellos.

3. Además de estas razones, la Iglesia tiene sus propios motivos para estar interesada en los medios de comunicación social. La historia de la comunicación humana, vista a la luz de la fe, puede considerarse como un largo camino desde Babel, lugar y símbolo del colapso de las comunicaciones (cf. *Gn* 11,4-8), hasta Pentecostés y el don de lenguas (cf. *Hch* 2,5-11), cuando se restableció la comunicación mediante el poder del Espíritu Santo, enviado por el Hijo. La Iglesia, enviada al mundo para anunciar la buena nueva (cf. *Mt* 28,19-20; *Mc* 16,15), tiene la misión de proclamar el Evangelio hasta el fin de los tiempos. Hoy sabe que es preciso usar los medios de comunicación social (cf. Concilio Vaticano II, *Inter mirifica*, 3; Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 45; Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 37; Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, *Communio et progressio*, 126-134, *Aetatis novae*, 11).

La Iglesia también se reconoce a sí misma como una *communio*, una comunión de personas y comunidades eucarísticas, que «se fundamenta en la comunión íntima de la Trinidad» (*Aetatis novae*, 10; Congregación para la Doctrina de la Fe, *Algunos aspectos de la Iglesia entendida como comunión*). En efecto, toda la comunicación humana se basa en la comunicación entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Más aún, la comunión trinitaria llega hasta la humanidad: el Hijo es la Palabra, «pronunciada» eternamente por el Padre; y en Jesucristo y por Jesucristo, Hijo y Palabra hecha carne, Dios se comunica a sí mismo y comunica su salvación a los hombres y mujeres. «Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo» (*Hb* 1,1-2). La comunicación en la Iglesia y por medio

de ella encuentra su punto de partida en la comunión de amor entre las Personas divinas y en su comunicación con nosotros.

4. La Iglesia asume los medios de comunicación social con una actitud fundamentalmente positiva y estimulante. No se limita simplemente a pronunciar juicios y condenas; por el contrario, considera que estos instrumentos no sólo son productos del ingenio humano, sino también grandes dones de Dios y verdaderos signos de los tiempos (cf. *Inter mirifica*, 1; *Evangelii nuntiandi*, 45; *Redemptoris missio*, 37). La Iglesia desea apoyar a los profesionales de la comunicación, proponiéndoles principios positivos para asistirles en su trabajo, a la vez que fomenta un diálogo en el que todas las partes interesadas -hoy está implicada una gran parte de la humanidad- puedan participar. Estos propósitos constituyen la razón de ser del presente documento.

Lo decimos una vez más: los medios de comunicación social no hacen nada por sí mismos; son únicamente instrumentos, herramientas que la gente elige usar de uno u otro modo. Al reflexionar en los medios de comunicación social, debemos afrontar honradamente la cuestión «más esencial» que plantea el progreso tecnológico: si, gracias a él, la persona humana «se hace de veras mejor, es decir, más maduro espiritualmente, más consciente de la dignidad de su humanidad, más responsable, más abierto a los demás, particularmente a los más necesitados y a los más débiles, más disponible a dar y prestar ayuda a todos» (Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 15).

Damos por supuesto que la gran mayoría de las personas dedicadas con toda su capacidad a la comunicación social es gente consciente que quiere hacer las cosas como se debe. Los funcionarios públicos, los políticos y los ejecutivos de empresas desean respetar y promover el interés público, tal como lo entienden. Los lectores, los oyentes y los telespectadores quieren emplear bien su tiempo, con miras a un crecimiento y un desarrollo personales que les permitan llevar una vida más feliz y más productiva. Los padres sienten la inquietud de saber si lo que entra en sus hogares a través de los medios de comunicación social es beneficioso para sus hijos. Los comunicadores más profesionales desean usar sus talentos para servir a la familia humana, y están preocupados por las crecientes presiones económicas e ideológicas tendentes a bajar los modelos éticos presentes en numerosos sectores de los medios de comunicación social.

Los contenidos de las innumerables opciones hechas por todas esas personas en relación con los medios de comunicación social se diferencian de un

grupo a otro y de una persona a otra; pero todas las opciones tienen su peso ético y están sometidas a una evaluación ética. Para elegir correctamente, es necesario que quienes eligen «conozcan las normas del orden moral en este campo y las lleven fielmente a la práctica» (*Inter mirifica*, 4).

5. La Iglesia aporta diversos elementos a esta cuestión.

Aporta una larga tradición de sabiduría moral, enraizada en la revelación divina y en la reflexión humana (cf. Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 36-48). Una parte de esa tradición está formada por un conjunto fundamental y creciente de doctrina social, cuya orientación teológica es un importante correctivo tanto para la «solución *atea*, que priva al hombre de una parte esencial, la espiritual, como para las soluciones permisivas o consumistas, las cuales con diversos pretextos tratan de convencerlo de su independencia de toda ley y de Dios mismo» (Juan Pablo II, *Centesimus annus*, 55). Más que pronunciar simplemente un juicio pasajero, esta tradición se ofrece a sí misma al servicio de los medios de comunicación social. Por ejemplo, «la cultura de la sabiduría, propia de la Iglesia, puede evitar que la cultura de la información, propia de los medios de comunicación, se convierta en una acumulación de hechos sin sentido» (Juan Pablo II, *Mensaje para la XXXIII Jornada mundial de las comunicaciones sociales* de 1999, n. 3).

La Iglesia también aporta algo más en esta cuestión. Su contribución especial a las realidades humanas, incluyendo el mundo de las comunicaciones sociales, es «precisamente el concepto de la dignidad de la persona, que se manifiesta en toda su plenitud en el misterio del Verbo encarnado» (*Centesimus annus*, 47). Como afirma el Concilio Vaticano II, «Cristo el Señor, Cristo el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación» (*Gaudium et spes*, 22).

II LA COMUNICACION SOCIAL AL SERVICIO DE LA PERSONA HUMANA

6. La Instrucción Pastoral sobre las comunicaciones sociales *Communio et progressio*, en continuidad con la Constitución Pastoral del Concilio sobre la Iglesia en el mundo actual, *Gaudium et spes* (cf. nn. 30-31), subraya que los medios de comunicación están llamados a servir a la dignidad humana,

ayudando a la gente a vivir bien y a actuar como personas en comunidad. Los medios de comunicación realizan esa misión impulsando a los hombres y mujeres a ser conscientes de su dignidad, a comprender los pensamientos y sentimientos de los demás, a cultivar un sentido de responsabilidad mutua, y a crecer en la libertad personal, en el respeto a la libertad de los demás y en la capacidad de diálogo.

La comunicación social tiene un inmenso poder para promover la felicidad del hombre y su realización. Sin pretender dar más que una visión de conjunto, presentamos aquí, como hemos hecho en otro documento (cf. Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, *Ética en la publicidad*, 4-8), algunos beneficios económicos, políticos, culturales, educativos y religiosos.

7. *Económicos*. El mercado no es una norma de moralidad o una fuente de valores morales, y se puede abusar de la economía de mercado; pero el mercado puede servir a la persona (cf. *Centesimus annus*, 34), y los medios de comunicación desempeñan un papel indispensable en una economía de mercado. La comunicación social sostiene los negocios y el comercio, contribuye a estimular el progreso económico, el empleo y la prosperidad, promueve mejoras en la calidad de los bienes y servicios existentes y el desarrollo de otros nuevos, fomenta la competencia responsable con vistas al interés público, y permite que la gente haga opciones informadas, dándole a conocer la disponibilidad y las características de los productos.

En resumen, los complejos sistemas económicos nacionales e internacionales actuales no podrían funcionar sin los medios de comunicación. Si se prescindiera de ellos se derrumbarían las estructuras económicas fundamentales, con gran perjuicio para numerosas personas y para la sociedad.

8. *Políticos*. La comunicación social beneficia a la sociedad, facilitando la participación informada de los ciudadanos en los procesos políticos. Los medios de comunicación unen a la gente en la búsqueda de propósitos y objetivos comunes, ayudándoles así a formar y apoyar auténticas comunidades políticas.

Los medios de comunicación son indispensables en las sociedades democráticas actuales. Proporcionan información sobre cuestiones y hechos, sobre funcionarios y candidatos a cargos públicos. Permiten que los líderes se comuniquen rápida y directamente con el público sobre asuntos urgen-

tes. Son importantes instrumentos de responsabilidad, llamando la atención sobre la incompetencia, la corrupción y los abusos de confianza, a la vez que ponen de relieve los casos de competencia, espíritu cívico y cumplimiento del deber.

9. *Culturales*. Los medios de comunicación social facilitan el acceso de la gente a la literatura, al teatro, a la música y al arte, que de otro modo serían inasequibles para ella, y promueven así un desarrollo humano respetuoso del conocimiento, la sabiduría y la belleza. No hablamos sólo de representaciones de obras clásicas y de los frutos de la erudición, sino también de espectáculos populares sanos y de información útil que reúne a las familias, ayuda a la gente a resolver los problemas diarios, eleva el espíritu de las personas enfermas, solas y ancianas, y alivia el tedio de la vida.

Los medios de comunicación también hacen posible que los grupos étnicos se estimen y celebren sus tradiciones culturales, compartiéndolas con los demás y transmitiéndolas a las nuevas generaciones. En particular introducen a los niños y a los jóvenes en su patrimonio cultural. Los comunicadores, como los artistas, sirven al bien común preservando y enriqueciendo el patrimonio cultural de las naciones y los pueblos (cf. Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, 4).

10. *Educativos*. Los medios de comunicación son importantes instrumentos de educación en diferentes ámbitos, desde la escuela hasta el lugar de trabajo, y en muchas etapas de la vida. Los niños que son iniciados en los rudimentos de la lectura y las matemáticas; los jóvenes que procuran realizar su formación vocacional o quieren conseguir títulos de estudio; y los ancianos que quieren aprender nuevas cosas en sus últimos años: éstos, como muchos otros, gracias a los medios de comunicación, tienen acceso a un rico y creciente tesoro de recursos educativos.

Los medios de comunicación son instrumentos educativos normales en muchas aulas. Y, más allá de las paredes del aula, los medios de comunicación, incluida Internet, superan las barreras de la distancia y el aislamiento, ofreciendo la oportunidad de aprender a pobladores de áreas remotas, a los religiosos en conventos, a las personas obligadas a permanecer en su hogar, a los detenidos, y a muchos otros.

11. *Religiosos*. La vida religiosa de mucha gente se enriquece mucho gracias a los medios de comunicación, que transmiten noticias e información de

acontecimientos, ideas y personalidades del ámbito religioso, y sirven como vehículos para la evangelización y la catequesis. Diariamente proporcionan inspiración, aliento y oportunidades de participar en funciones litúrgicas a personas obligadas a permanecer en sus hogares o en instituciones.

A veces los medios de comunicación también contribuyen de un modo extraordinario al enriquecimiento espiritual de las personas. Por ejemplo, es incontable en todo el mundo el número de personas que ven y, en cierto sentido, participan en importantes acontecimientos de la vida de la Iglesia televisados regularmente por satélite desde Roma. Y a lo largo de los años los medios de comunicación han llevado las palabras y las imágenes de las visitas pastorales del Santo Padre a miles de millones de personas.

12. En todos estos ámbitos -económico, político, cultural, educativo y religioso-, y en otros más, los medios de comunicación pueden usarse para construir y apoyar a la comunidad humana. En efecto, toda comunicación debe estar abierta a la comunión entre las personas.

«Para llegar a ser verdaderamente hermanos y hermanas es necesario conocerse. Para conocerse es muy importante comunicarse cada vez de forma más amplia y profunda» (Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Vida fraterna en comunidad*, 29). La comunicación que sirve genuinamente a la comunidad «lleva consigo algo más que la sola manifestación de ideas o expresión de sentimientos. Según su más íntima naturaleza es una entrega de sí mismo por amor» (*Communio et progressio*, 11: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 6 de junio de 1971, p. 3).

Este tipo de comunicación busca el bienestar y la realización de los miembros de la comunidad dentro del respeto al bien común de todos. Pero para discernir este bien común se requieren la consulta y el diálogo. Por esta razón, es imprescindible que las partes implicadas en la comunicación social se comprometan en dicho diálogo y acepten la verdad sobre lo que es bueno. De este modo los medios de comunicación pueden cumplir su deber de «atestiguar la verdad sobre la vida, sobre la dignidad humana, sobre el verdadero sentido de nuestra libertad y mutua interdependencia» (Juan Pablo II, *Mensaje para la XXXIII Jornada mundial de las comunicaciones sociales* de 1999, n. 2).

III

LA COMUNICACION SOCIAL QUE VIOLA EL BIEN DE LA PERSONA

13. Los medios de comunicación también pueden usarse para bloquear a la comunidad y menoscabar el bien integral de las personas alienándolas, marginándolas o aislándolas; arrastrándolas hacia comunidades perversas organizadas alrededor de valores falsos y destructivos; favoreciendo la hostilidad y el conflicto; criticando excesivamente a los demás y creando la mentalidad de «nosotros» contra «ellos»; presentando lo que es soez y degradante con un aspecto atractivo e ignorando o ridiculizando lo que eleva y ennoblece. Pueden difundir noticias falsas y desinformación, favoreciendo la trivialidad y la banalidad. Los tópicos -basados en la raza y en la pertenencia étnica, en el sexo, en la edad y en otros factores, incluyendo la religión- son tristemente comunes en los medios de comunicación. Además, con frecuencia la comunicación social descuida lo que es auténticamente nuevo e importante, incluyendo la Buena Nueva del Evangelio, y se concentra en lo que está de moda o en lo excéntrico.

Existen abusos en cada una de las áreas que acabamos de mencionar.

14. *Económicos*. Los medios de comunicación se usan a veces para construir y apoyar sistemas económicos que sirven a la codicia y a la avaricia. El neoliberalismo es un caso típico: «Haciendo referencia a una concepción economicista del hombre, considera las ganancias y las leyes del mercado como parámetros absolutos, en detrimento de la dignidad y del respeto de las personas y los pueblos» (Juan Pablo II, *Ecclesia in America*, 56). En dichas circunstancias, los medios de comunicación, que deben beneficiar a todos, son explotados en provecho de unos pocos.

El proceso de globalización «puede crear oportunidades extraordinarias de mayor bienestar» (*Centesimus annus*, 58); pero con él, e incluso como parte de él, algunas naciones y pueblos sufren la explotación y la marginación, quedándose cada vez más atrás en la lucha por el desarrollo. Estas bolsas de miseria cada vez más amplias en medio de la abundancia son semilleros de envidia, resentimiento, tensión y conflicto. Esto subraya la necesidad de «adecuados órganos internacionales de control y de guía válidos, que orienten la economía misma hacia el bien común» (*Centesimus annus*, 58).

Frente a graves injusticias, no basta que los comunicadores digan simplemente que su trabajo consiste en referir las cosas tal como son. Eso es indu-

dablemente su tarea. Pero algunos casos de sufrimiento humano son en gran parte ignorados por los medios de comunicación, mientras informan acerca de otros; y en la medida en que esto refleja una decisión de los comunicadores, también refleja una selectividad inadmisibles. De forma más fundamental aún, las estructuras y las políticas de comunicación y la distribución de tecnología son factores que hacen que algunas personas sean «ricas en información» y otras «pobres en información», en una época en que la prosperidad, e incluso la supervivencia, depende de la información.

Por tanto, de este modo los medios de comunicación a menudo contribuyen a las injusticias y desequilibrios que causan el sufrimiento sobre el que informan: «Hay que romper las barreras y los monopolios que colocan a tantos pueblos al margen del desarrollo, y asegurar a todos -individuos y naciones- las condiciones básicas que les permitan participar en dicho desarrollo» (*Centesimus annus*, 35). La tecnología de las comunicaciones y la información, junto con la formación para su uso, es una de esas condiciones básicas.

15. *Políticos*. Los políticos sin escrúpulos usan los medios de comunicación para la demagogia y el engaño, apoyando políticas injustas y regímenes opresivos. Ridiculizan a sus adversarios y sistemáticamente distorsionan y anulan la verdad por medio de la propaganda y de planteamientos falsamente tranquilizadores. En este caso, más que unir a las personas, los medios de comunicación sirven para separarlas, creando tensiones y sospechas que constituyen gérmenes de nuevos conflictos.

Incluso en países con sistemas democráticos, también es frecuente que los líderes políticos manipulen la opinión pública a través de los medios de comunicación, en vez de promover una participación informada en los procesos políticos. Se observan los convencionalismos de la democracia, pero ciertas técnicas copiadas de la publicidad y de las relaciones públicas se despliegan en nombre de políticas que explotan a grupos particulares y violan los derechos fundamentales, incluso el derecho a la vida (cf. Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 70).

A menudo, también los medios de comunicación difunden el relativismo ético y el utilitarismo, que caracterizan la actual cultura de la muerte. Participan en la contemporánea «conjura contra la vida», «creando en la opinión pública una cultura que presenta el recurso a la anticoncepción, la esterilización, el aborto y la misma eutanasia como un signo de progreso y conquista de libertad, mientras muestran como enemigas de la libertad y del progreso las posiciones incondicionales a favor de la vida» (*Evangelium vitae*, 17).

16. *Culturales*. La crítica condena con frecuencia la superficialidad y el mal gusto de los medios de comunicación que, sin estar obligados a la estrechez de miras o la uniformidad, no deberían tampoco caer en la vulgaridad o la degradación. No sirve de excusa afirmar que los medios de comunicación social reflejan las costumbres populares, dado que también ejercen una poderosa influencia sobre esas costumbres, y, por ello, tienen el grave deber de elevarlas y no degradarlas.

El problema presenta diversos aspectos. Uno de ellos se refiere a los temas complejos, cuando en vez de ser presentados con esmero y veracidad, los noticiarios los evitan o los simplifican excesivamente. Otro serían los programas de entretenimiento de tipo corruptor y deshumanizante, que incluyen y explotan temas relacionados con la sexualidad y la violencia. Es una grave irresponsabilidad ignorar o disimular el hecho de que «la pornografía y la violencia sádica deprecian la sexualidad, pervierten las relaciones humanas, explotan a los individuos -especialmente a las mujeres y a los niños-, destruyen el matrimonio y la vida familiar, inspiran actitudes anti-sociales y debilitan la fibra moral de la sociedad» (Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, *Pornografía y violencia en las comunicaciones sociales: una respuesta pastoral*, 10).

En el ámbito internacional, el dominio cultural impuesto a través de los medios de comunicación social también constituye un problema cada vez más serio. En algunos lugares las expresiones de la cultura tradicional están virtualmente excluidas del acceso a los medios populares de comunicación y corren el riesgo de desaparecer; mientras tanto, los valores de las sociedades ricas y secularizadas suplantán cada vez más los valores tradicionales de las sociedades menos ricas y poderosas. Teniendo esto en cuenta, habría que prestar particular atención a los niños y jóvenes, proporcionándoles programas que les permitan tener un contacto vivo con su herencia cultural.

Es de desear que la comunicación se haga según modelos culturales. Las sociedades pueden y deben aprender unas de otras. Pero la comunicación transcultural no debería realizarse en detrimento de las más débiles. Hoy «incluso las culturas menos extendidas no están aisladas. Se benefician de intercambios cada vez mayores, y al mismo tiempo sufren presiones ejercidas por una fuerte corriente *uniformadora*» (*Para una pastoral de la cultura*, 33). El hecho de que un gran número de informaciones fluya actualmente en una única dirección -desde las naciones desarrolladas hacia las naciones en vías de desarrollo y pobres- plantea serias cuestiones éticas. ¿Los ricos no tienen

nada que aprender de los pobres? ¿Los potentes son sordos a la voz de los débiles?

17. *Educativos*. En lugar de promover la enseñanza, los medios de comunicación pueden distraer a la gente y llevarla a perder el tiempo. De este modo, los más perjudicados son los niños y los jóvenes, pero los adultos también sufren esa influencia de programas banales e inútiles. Una de las causas de este abuso de confianza por parte de los comunicadores es la avaricia, que pone el lucro por encima de las personas.

De igual modo, los medios de comunicación se usan en algunas ocasiones como instrumentos de adoctrinamiento, con la intención de controlar lo que la gente sabe y negarle el acceso a la información que las autoridades no quieren que tenga. Ésta es una perversión de la educación auténtica, que se esfuerza por ampliar el conocimiento y la capacidad de las personas y ayudarles a perseguir propósitos elevados, sin limitar sus horizontes y sin aprovechar sus energías al servicio de ideologías.

18. *Religiosos*. En la relación entre los medios de comunicación social y la religión existen tentaciones por ambas partes.

Entre las tentaciones de los medios de comunicación están el ignorar o marginar las ideas y las experiencias religiosas; tratar a la religión con incompreensión, quizá hasta con desprecio, como un objeto de curiosidad que no merece una atención seria; promover las modas religiosas con menoscabo de la fe tradicional; tratar a los grupos religiosos legítimos con hostilidad; valorar la religión y la experiencia religiosa según criterios mundanos de lo que debe ser; preferir las concepciones religiosas que corresponden a los gustos seculares a las que no corresponden; y tratar de encerrar la trascendencia dentro de los confines del racionalismo y el escepticismo. Los actuales medios de comunicación reflejan la situación posmoderna del espíritu humano, encerrado «dentro de los límites de su propia inmanencia, sin ninguna referencia a lo trascendente» (*Fides et ratio*, 81).

Por su parte, la religión puede tener tentaciones como formarse un juicio exclusivamente crítico y negativo de los medios de comunicación; no comprender que los criterios razonables de un buen uso de los medios de comunicación, como son la objetividad y la imparcialidad, pueden excluir un trato especial para los intereses institucionales de la religión; presentar los mensajes religiosos con un estilo emotivo y manipulado, como si fueran

productos que compiten en un mercado saturado; usar los medios de comunicación como instrumentos para el control y el dominio; practicar innecesariamente el secreto, por lo demás pecando contra la verdad; minimizar la exigencia evangélica de conversión, arrepentimiento y cambio de vida, sustituyéndola con una religiosidad tibia que pide poco a la gente; e impulsar el integrismo, el fanatismo y el exclusivismo religioso, que fomentan el desprecio y la hostilidad hacia los demás.

19. En síntesis, los medios de comunicación pueden usarse para el bien o para el mal; es cuestión de elegir. «No conviene olvidar que la comunicación a través de los medios de comunicación social no es un ejercicio práctico dirigido sólo a motivar, persuadir o vender. Mucho menos, un vehículo para la ideología. Los medios de comunicación pueden a veces reducir a los seres humanos a simples unidades de consumo, o a grupos rivales de interés; también pueden manipular a los espectadores, lectores y oyentes, considerándolos meras cifras de las que se obtienen ventajas, sea en venta de productos sea en apoyo político. Y todo ello destruye la comunidad. La tarea de la comunicación es unir a las personas y enriquecer su vida, no aislarlas ni explotarlas. Los medios de comunicación social, usados correctamente, pueden ayudar a crear y apoyar una comunidad humana basada en la justicia y la caridad; y, en la medida en que lo hagan, serán signos de esperanza» (Juan Pablo II, *Mensaje para la XXXII Jornada mundial de las comunicaciones sociales* de 1998, n. 4).

IV ALGUNOS PRINCIPIOS ETICOS IMPORTANTES

20. Los principios y las normas éticas importantes en otros campos se aplican también a la comunicación social. Se pueden aplicar siempre los principios de la ética social, como la solidaridad, la subsidiariedad, la justicia, la equidad y la responsabilidad en el uso de los recursos públicos y en el cumplimiento de funciones de responsabilidad pública. La comunicación debe ser siempre veraz, puesto que la verdad es esencial a la libertad individual y a la comunión auténtica entre las personas.

La ética en la comunicación social no sólo concierne a lo que aparece en las pantallas de cine y de televisión, en las transmisiones radiofónicas, en las

páginas impresas o en Internet, sino implica también muchos otros aspectos. La dimensión ética no sólo atañe al contenido de la comunicación (el mensaje) y al proceso de comunicación (cómo se realiza la comunicación), sino también a cuestiones fundamentales, estructurales y sistemáticas, que a menudo incluyen múltiples asuntos de política acerca de la distribución de tecnología y productos de alta calidad (¿quién será rico y quién pobre en información?). Estas cuestiones remiten a otras, con implicaciones económicas y políticas para la propiedad y el control. Por lo menos en las sociedades abiertas con economías de mercado, el problema ético de todos puede ser cómo armonizar beneficio con servicio de interés público, entendido según una concepción integral del bien común.

Incluso a las personas de buena voluntad no siempre les resulta evidente cómo aplicar los principios éticos y las normas a los casos particulares; hacen falta reflexión, discusión y diálogo. Ofrecemos las siguientes consideraciones con la esperanza de alentar esta reflexión y este diálogo entre los responsables de la política de la comunicación, los comunicadores profesionales, los expertos en ética, los moralistas, los usuarios de la comunicación y demás personas implicadas.

21. En estas tres áreas -mensaje, proceso y cuestiones estructurales y sistemáticas- el principio ético fundamental consiste en que la persona humana y la comunidad humana son el fin y la medida del uso de los medios de comunicación social; la comunicación debería realizarse de personas a personas, con vistas al desarrollo integral de las mismas.

El desarrollo integral requiere que exista una cantidad suficiente de bienes materiales y productos, pero también exige atención al «parámetro interior» (Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis*, 29; cf. 46). Cada uno debe tener la oportunidad de crecer y florecer con respecto a la amplia gama de los bienes físicos, intelectuales, afectivos, morales y espirituales. Las personas tienen una dignidad y una importancia irreducibles, y jamás pueden ser sacrificadas en aras de intereses colectivos.

22. El segundo principio es complementario del primero: el bien de las personas no puede realizarse independientemente del bien común de las comunidades a las que pertenecen. Este bien común debería entenderse de modo íntegro, como la suma total de nobles propósitos compartidos en cuya búsqueda se comprometen todos los miembros de la comunidad, y para cuyo servicio existe la misma comunidad.

Así, mientras la comunicación social se ocupa -y es natural- de las necesidades e intereses de grupos particulares, no debería hacerlo de manera que enfrente a un grupo contra otro: por ejemplo, en nombre de la lucha de clases, del nacionalismo exagerado, de la supremacía racial, de la limpieza étnica u otros temas similares. La virtud de la solidaridad, que es «la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común» (*Sollicitudo rei socialis*, 38), debería gobernar todas las áreas de la vida social, económica, política, cultural y religiosa.

Los comunicadores y los responsables de la política de la comunicación deben servir a las necesidades y a los intereses reales, tanto de las personas como de los grupos, en todos los niveles y de todos los modos. Urge la equidad en el ámbito internacional, donde la mala distribución de los bienes materiales entre el Norte y el Sur se ha agravado a causa de la mala distribución de los recursos de la comunicación y de la tecnología de la información, de los que dependen en gran medida la productividad y la prosperidad. Problemas análogos existen también en los países ricos, «donde la transformación incesante de los modos de producción y de consumo devalúa ciertos conocimientos ya adquiridos y profesionalidades consolidadas» y «los que no logran ir al compás de los tiempos pueden quedar fácilmente marginados» (*Centesimus annus*, 33).

Es evidente, por tanto, la necesidad de una amplia participación en la toma de decisiones no sólo acerca de los mensajes y los procesos de comunicación social, sino también acerca de las cuestiones sistemáticas y la distribución de los recursos. Los responsables de las decisiones tienen el serio deber moral de reconocer las necesidades y los intereses de quienes son particularmente vulnerables -los pobres, los ancianos, los hijos por nacer, los niños y los jóvenes, los oprimidos y los marginados, las mujeres y las minorías, los enfermos y los minusválidos-, así como las necesidades e intereses de las familias y los grupos religiosos. Hoy más que nunca la comunidad internacional y los intereses de las comunicaciones internacionales deberían tener una actitud más generosa y abierta con respecto a las naciones y las regiones donde aquello que los medios de comunicación hacen o dejan de hacer, los hace partícipes de la vergonzosa persistencia de males como la pobreza, el analfabetismo, la represión política, la violación de los derechos humanos, los conflictos entre grupos y entre religiones, y la supresión de las culturas indígenas.

23. Aun así, seguimos creyendo que «la solución de los problemas nacidos de esta comercialización y de esta privatización no reglamentadas no siem-

pre reside en un control del Estado sobre los medios de comunicación, sino en una reglamentación más importante, conforme a las normas del servicio público, así como en una responsabilidad pública mayor. Hay que destacar, a este respecto, que si los cauces jurídicos y políticos en los que funcionan los medios de comunicación de ciertos países están actualmente en franca mejora, hay otros lugares en los que la intervención gubernamental es un instrumento de opresión y de exclusión» (*Aetatis novae*, 5).

Hay que estar siempre a favor de la libertad de expresión, porque «cuantas veces los hombres, según su natural inclinación, intercambian sus conocimientos o manifiestan sus opiniones, están usando de un derecho que les es propio, y a la vez ejerciendo una función social» (*Communio et progressio*, 45: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 6 de junio de 1971, p. 5). Sin embargo, considerada desde una perspectiva ética, esta presunción no es una norma absoluta e irrevocable. Se dan casos obvios en los que no existe ningún derecho a comunicar, por ejemplo el de la difamación y la calumnia, el de los mensajes que pretenden fomentar el odio y el conflicto entre las personas y los grupos, la obscenidad y la pornografía, y las descripciones morbosas de la violencia. Es evidente también que la libre expresión debería atenerse siempre a principios como la verdad, la honradez y el respeto a la vida privada.

Los comunicadores profesionales deberían participar activamente en la elaboración y aplicación de códigos éticos de comportamiento para su profesión, en colaboración con representantes públicos. Los organismos religiosos y otros grupos también deben participar en este esfuerzo continuo.

24. Otro principio importante, ya mencionado, concierne a la participación pública en la elaboración de decisiones sobre la política de las comunicaciones. En todos los niveles, esta participación debería ser organizada, sistemática y auténticamente representativa, sin desviarse en favor de grupos particulares. Este principio se aplica siempre y, tal vez de manera especial, cuando los medios de comunicación son de propiedad privada y operan con fines de lucro.

En el interés de la participación pública, los comunicadores «deben tratar de comunicarse con la gente, no sólo de hablarle. Eso implica conocer las necesidades de la gente, ser consciente de sus luchas y presentar todas las formas de comunicación con la sensibilidad que la dignidad humana exige» (Juan Pablo II, *Discurso a los especialistas en comunicación*, Los Ángeles, 15 de

septiembre de 1987, n. 4; *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 18 de octubre de 1987, p. 12).

Se suele considerar que la circulación, los índices de audiencia y las taquillas, junto con el análisis de mercado, son los mejores indicadores del sentimiento público; de hecho, son los únicos necesarios para que funcione la ley del mercado. No cabe duda de que la voz del mercado puede oírse de esas maneras. Pero las decisiones sobre los contenidos y la política de los medios de comunicación no deberían depender sólo del mercado y de factores económicos -los beneficios-, puesto que éstos no contribuyen a salvaguardar el interés público en su integridad ni tampoco los legítimos intereses de las minorías.

Hasta cierto punto, puede responderse a esta objeción con el concepto de «nicho», según el cual los periódicos, los programas, las emisoras y los canales particulares se dirigen a audiencias particulares. Este enfoque es legítimo, en cierto sentido. Pero la diversificación y la especialización, que organizan los medios de comunicación para corresponder a las audiencias divididas en unidades cada vez más pequeñas basadas en gran parte en factores económicos y en modelos de consumo, no deberían llegar tan lejos. Los medios de comunicación social deben seguir siendo un «areópago» (cf. *Redemptoris missio*, 37), un foro para el intercambio de ideas e información en el que participan personas y grupos, fomentando la solidaridad y la paz. En particular, Internet despierta preocupación con respecto a «las consecuencias radicalmente nuevas que entraña: pérdida del “peso específico” de la información, reducción de los mensajes a pura información, ausencia de reacciones pertinentes a los mensajes de la red por parte de personas responsables, efecto disuasorio en cuanto a las relaciones interpersonales» (*Para una pastoral de la cultura*, 9).

25. Los comunicadores profesionales no son los únicos que tienen deberes éticos. También las audiencias -los usuarios- tienen obligaciones. Los comunicadores que se esfuerzan por afrontar sus responsabilidades merecen a su vez audiencias conscientes de las propias.

El primer deber de los usuarios de la comunicación social consiste en discernir y seleccionar. Deberían informarse acerca de los medios de comunicación -sus estructuras, su modo de actuar y sus contenidos- y hacer opciones responsables, de acuerdo con sólidos criterios éticos, sobre lo que conviene leer, ver o escuchar. Hoy todos necesitan alguna forma de formación

permanente acerca de los medios de comunicación, sea mediante el estudio personal, sea mediante la participación en un programa organizado, sea con ambos. La educación en el uso de los medios de comunicación, más que enseñar algo acerca de las técnicas, ayuda a la gente a formarse criterios de buen gusto y juicios morales verdaderos, que constituyen un aspecto de la formación de la conciencia.

A través de sus escuelas y de sus programas de formación, la Iglesia debería proporcionar este tipo de educación para el uso de los medios de comunicación social (cf. *Aetatis novae*, 28; *Communio et progressio*, 107). Las siguientes palabras, dirigidas originalmente a los institutos de vida consagrada, tienen una aplicación más amplia: «La comunidad, consciente del influjo de los medios de comunicación, se educa para utilizarlos en orden al crecimiento personal y comunitario con la claridad evangélica y la libertad interior de quien ha aprendido a conocer a Cristo (cf. *Ga* 4,17-23). En efecto, esos medios proponen, y con frecuencia imponen, una mentalidad y un modelo de vida que debe ser confrontado continuamente con el Evangelio. A este propósito desde muchos lugares se pide una profunda formación para la recepción y el uso crítico y fecundo de esos medios» (Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, *Vida fraterna en comunidad*, 34).

De igual modo, los padres tienen el serio deber de ayudar a sus hijos a aprender a valorar y usar los medios de comunicación, formando correctamente su conciencia y desarrollando sus facultades críticas (cf. Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 76). Por el bien de sus hijos, y por el suyo, los padres deben aprender y poner en práctica su capacidad de discernimiento como telespectadores, oyentes y lectores, dando ejemplo en sus hogares de un uso prudente de los medios de comunicación. De acuerdo con la edad y las circunstancias, los niños y los jóvenes deberían ser introducidos en la formación respecto a los medios de comunicación, evitando el camino fácil de la pasividad carente de espíritu crítico, la presión de sus coetáneos y la explotación comercial. Puede ser útil a las familias -padres e hijos juntos- reunirse en grupos para estudiar y discutir los problemas y las ventajas que plantea la comunicación social.

26. Además de promover la educación en el uso de los medios de comunicación, las instituciones, las organizaciones y los programas de la Iglesia tienen otras importantes responsabilidades en lo que atañe a la comunicación social. En primer lugar, y sobre todo, el ejercicio de la comunicación por

parte de la Iglesia debería ser ejemplar, reflejando los elevados modelos de verdad, responsabilidad y sensibilidad con respecto a los derechos humanos, así como otros importantes principios y normas. Además de esto, los medios de comunicación de la Iglesia deberían esforzarse por comunicar la plenitud de la verdad acerca del significado de la vida humana y de la historia, especialmente como está contenida en la palabra de Dios revelada y expresada por la enseñanza del Magisterio. Los pastores deberían estimular el uso de los medios de comunicación social para difundir el Evangelio (cf. *Código de derecho canónico*, can. 822, § 1).

Quienes representan a la Iglesia deben ser honrados e íntegros en sus relaciones con los periodistas. Aun cuando «sus preguntas provocan algunas veces perplejidad y desencanto, sobre todo cuando corresponden poco al contenido fundamental del mensaje que debemos transmitir», debemos tener presente que «esos interrogantes desconcertantes coinciden con los de la mayor parte de nuestros contemporáneos» (*Para una pastoral de la cultura*, 34). Si la Iglesia quiere hablar de modo creíble a la gente de hoy, quienes hablan en su nombre tienen que dar respuestas creíbles y verdaderas a esas preguntas aparentemente incómodas.

Los católicos, como los demás ciudadanos, tienen el derecho a expresarse libremente y por ello también el de acceder a los medios de comunicación para este fin. El derecho de expresión incluye la posibilidad de manifestar opiniones acerca del bien de la Iglesia, con el debido respeto a la integridad de la fe y la moral, respeto a los pastores, y consideración por el bien común y la dignidad de las personas (cf. *Código de derecho canónico*, c. 212, § 3; c. 227). Sin embargo, nadie tiene derecho a hablar en nombre de la Iglesia, ni a implicarla en lo que haga, sin haber sido designado expresamente; y las opiniones personales no deberían presentarse como enseñanza de la Iglesia (cf. *ib.*, c. 227).

Sería un gran bien para la Iglesia que un mayor número de personas que tienen cargos y cumplen funciones en su nombre se formaran en el uso de los medios de comunicación. Esto no vale solamente para los seminaristas, para miembros de comunidades religiosas en período de formación y para los jóvenes laicos católicos; vale para todo el personal de la Iglesia. Si los medios de comunicación son «neutrales, abiertos y honrados», ofrecen a los cristianos bien preparados «un papel misionero de primer plano», y es importante que éstos estén «bien formados y se les apoye» (*Para una pastoral de la cultura*, 34). Los pastores también deberían ofrecer a sus fieles orientación acer-

ca de los medios de comunicación y de sus mensajes, a veces discordantes e incluso destructivos (cf. *Código de derecho canónico*, c. 822, § 2 y 3).

Una consideración análoga es válida también respecto a la comunicación interna en la Iglesia. Un flujo recíproco de información y puntos de vista entre los pastores y los fieles, una libertad de expresión que tenga en cuenta el bien de la comunidad y el papel del Magisterio al promoverla, y una opinión pública responsable, son expresiones importantes del «derecho fundamental al diálogo y a la información en el seno de la Iglesia» (*Aetatis novae*, 10; cf. *Communio et progressio*, 20).

El derecho de expresión debe ejercerse con deferencia a la verdad revelada y a la enseñanza de la Iglesia, y respetando los derechos eclesiales de los demás (cf. *Código de derecho canónico*, c. 212, § 1, 2 y 3; c. 220). Como sucede en otras comunidades e instituciones, a veces la Iglesia necesita -y en ocasiones tiene el deber- de practicar la reserva y la discreción. Pero no debería hacerlo con miras a la manipulación y al control. Dentro de la comunión de fe, quienes «poseen la sagrada potestad están al servicio de sus hermanos para que todos los que son miembros del pueblo de Dios y tienen, por tanto, la verdadera dignidad de cristianos, aspirando al mismo fin, en libertad y orden, lleguen a la salvación» (*Lumen gentium*, 18). La práctica correcta de la comunicación es uno de los modos de realizar esta concepción.

V CONCLUSION

27. Al comenzar el tercer milenio de la era cristiana, la humanidad está creando una red global de transmisión instantánea de información, de ideas y de juicios de valor en la ciencia, el comercio, la educación, el entretenimiento, la política, el arte, la religión, y en todos los demás campos.

Esta red ya es accesible directamente a muchas personas en sus hogares, en las escuelas y en los lugares de trabajo, es decir, prácticamente dondequiera que se encuentren. Es común ver en tiempo real acontecimientos, desde deportes hasta guerras, que suceden en el otro extremo del planeta. La gente puede entrar directamente en contacto con una infinidad de datos que hasta hace poco no estaban siquiera al alcance de especialistas y estudiantes. Una persona puede ascender a las alturas del genio humano y de la virtud, o caer en el abismo de la degradación mientras está sentada sola ante un teclado o

una pantalla. La tecnología de la comunicación logra constantemente nuevos avances, con enormes potencialidades para el bien y para el mal. Al mismo tiempo que aumenta la interactividad, se desdibuja la distinción entre comunicadores y usuarios. Se necesita una investigación continua sobre el impacto y, en especial, sobre las implicaciones éticas de los medios de comunicación, tanto nuevos como emergentes.

28. Pero, a pesar de su inmenso poder, los medios de comunicación son y seguirán siendo sólo medios, es decir, instrumentos, herramientas disponibles tanto para un uso bueno como para uno malo. A nosotros corresponde elegir. Los medios de comunicación no exigen una nueva ética; lo que exigen es la aplicación de principios ya establecidos a las nuevas circunstancias. Y ésta es la tarea en la que todos tienen un papel que desempeñar. La ética en los medios de comunicación no sólo es tarea de especialistas en comunicación social o en filosofía moral; la reflexión y el diálogo que este documento pretende impulsar y fomentar deben alcanzar horizontes más amplios y globales.

29. La comunicación social puede unir a las personas en comunidades presididas por la simpatía y los intereses comunes. ¿Estarán dichas comunidades basadas en la justicia, la decencia y el respeto de los derechos humanos? ¿Se comprometerán en favor del bien común? ¿O, por el contrario, serán egoístas e introvertidas, buscando el beneficio de grupos particulares -económicos, raciales, políticos e incluso religiosos- a expensas de los demás? ¿Servirá la nueva tecnología a todas las naciones y a todos los pueblos, respetando las tradiciones culturales de cada uno, o será un instrumento para aumentar la riqueza de los ricos y el poder de los poderosos? Corresponde a nosotros elegir.

Los medios de comunicación también pueden usarse para separar y aislar. La tecnología permite cada vez más a la gente reunir informaciones y servicios elaborados exclusivamente para ella. Eso supone ventajas reales, pero plantea una cuestión inevitable: ¿será la audiencia del futuro una multitud de audiencias de una sola persona? La nueva tecnología, a la vez que puede aumentar la autonomía individual, tiene otras implicaciones menos positivas. El «web» del futuro, en lugar de ser una comunidad global, ¿podría convertirse en una vasta y fragmentada red de personas aisladas -abejas humanas en sus celdas-, que interactúan con datos y no directamente unos con otros? ¿Qué sería de la solidaridad, o qué sería del amor, en un mundo como ese?

Aún en el mejor de los casos la comunicación humana tiene serias limitaciones; es más o menos imperfecta y corre el riesgo de fracasar. A las personas les resulta difícil comunicarse siempre unas con otras honradamente, de un modo que no haga daño y sirva lo mejor posible a los intereses de todos. Además, en el mundo de los medios de comunicación, las dificultades inherentes a ella a menudo son acrecentadas por la ideología, por el afán de lucro y control político, por rivalidades y conflictos entre grupos, y por otros males sociales. Los actuales medios de comunicación aumentan mucho el alcance de la comunicación social, su cantidad, su velocidad; pero no hacen menos frágil ni menos susceptible de fracasar la disposición humana a comunicarse de mente a mente, de corazón a corazón.

30. Como hemos dicho, la contribución especial que la Iglesia ofrece al debate en este campo consiste en una visión de la persona humana, de su incomparable dignidad y de sus derechos inviolables, y en una visión de la comunidad humana cuyos miembros están unidos en virtud de la solidaridad con vistas al bien común de todos. La necesidad de estos dos conceptos es especialmente urgente «cuando se está obligado a constatar el carácter parcial de propuestas que elevan lo efímero al rango de valor, creando ilusiones sobre la posibilidad de alcanzar el verdadero sentido de la existencia»; al faltar esas visiones, «muchos llevan una vida casi hasta el límite de la ruina, sin saber bien lo que les espera» (*Fides et ratio*, 6).

Ante esta crisis, la Iglesia se presenta como «experta en humanidad», cuya experiencia «la mueve a extender necesariamente su misión religiosa a los diversos campos» del comportamiento humano (*Sollicitudo rei socialis*, 41; cf. Pablo VI, *Populorum progressio*, 13). No puede conservar exclusivamente para sí misma la verdad sobre la persona humana y sobre la comunidad humana; al contrario, debe compartirla abiertamente, siempre consciente de que la gente puede responder en forma negativa a la verdad, y también a ella misma.

La Iglesia, al tratar de fomentar y apoyar elevados modelos éticos en el uso de los medios de comunicación social, busca el diálogo y la colaboración con los demás: con los funcionarios públicos, que tienen el deber particular de proteger y promover el bien común de la comunidad política; con los hombres y mujeres del mundo de la cultura y las artes; con estudiosos y profesores comprometidos en la formación de los comunicadores y los oyentes futuros; con los miembros de las demás Iglesias y grupos religiosos que comparten su deseo de que los medios de comunicación se usen para la glo-

ria de Dios y el servicio al género humano (cf. Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, *Criterios para la cooperación ecuménica e interreligiosa en las comunicaciones*); y, en especial, con los comunicadores profesionales: escritores, directores, reporteros, corresponsales, actores, productores y personal técnico, así como con los propietarios, los administradores y los responsables de la política en este campo.

31. A pesar de sus limitaciones, la comunicación humana encierra en sí algo de la actividad creadora de Dios. «El Artista divino, con amorosa condescendencia, transmite al artista humano» -y, podríamos añadir, también a los comunicadores- «un destello de su sabiduría trascendente, llamándolo a compartir su potencia creadora»; si llegan a comprender esto, los artistas y los comunicadores «pueden comprenderse a fondo a sí mismos, y su propia vocación y misión» (Juan Pablo II, *Carta a los artistas*, 1).

El comunicador cristiano en particular tiene una tarea, una vocación profética: clamar contra los falsos dioses e ídolos de nuestro tiempo -el materialismo, el hedonismo, el consumismo, el nacionalismo extremo y otros-, ofreciendo a todos un cuerpo de verdades morales basadas en la dignidad y los derechos humanos, la opción preferencial por los pobres, el destino universal de los bienes, el amor a los enemigos y el respeto incondicional a toda vida humana, desde la concepción hasta la muerte natural; y buscando la realización más perfecta del Reino en este mundo, conscientes de que, al final de los tiempos, Jesús restablecerá todas las cosas y las restituirá al Padre (cf. *1 Co 15, 24*).

32. Para concluir, dado que estas reflexiones se dirigen a todas las personas de buena voluntad, y no sólo a los católicos, conviene hablar de Jesús como modelo para los comunicadores. «En estos últimos tiempos» Dios Padre «nos ha hablado por medio del Hijo» (*Hb 1,2*); y este Hijo nos comunica ahora y siempre el amor del Padre y el sentido último de nuestra vida.

«El mismo Cristo en su vida se presentó como el perfecto *comunicador*. Por la encarnación se revistió de la semejanza de aquellos que después iban a recibir su mensaje, proclamado tanto con palabras como con su vida entera, con fuerza y constancia, desde dentro, es decir, desde en medio de su pueblo. Sin embargo, se acomodaba a su forma y modo de hablar y pensar, ya que lo hacía desde su misma situación y condición» (*Communio et progressio*, 11: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 6 de junio de 1971, p. 3).

Durante la vida pública de Jesús las muchedumbres se reunían para escuchar su predicación y su enseñanza (cf. *Mt* 8,1.18; *Mc* 2,2; 4,1; *Lc* 5,1, etc.); él enseñaba «como quien tiene autoridad» (*Mt* 7,29; cf. *Mc* 1,22; *Lc* 4,32). Les hablaba del Padre y, al mismo tiempo, los dirigía hacia sí mismo, explicando: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (*Jn* 14,6) y «el que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (*Jn* 14,9). No perdió tiempo en discursos insustanciales o justificándose a sí mismo, ni siquiera cuando fue acusado y condenado (cf. *Mt* 26,63; 27,12-14; *Mc* 15,5; 15,61), pues su «alimento» era hacer la voluntad del Padre que lo había enviado (cf. *Jn* 4,34); y todo lo que decía y hacía guardaba relación con esa voluntad.

A menudo la enseñanza de Jesús adoptaba la forma de parábolas y relatos coloridos que expresaban profundas verdades con las palabras sencillas que se usaban a diario. No sólo sus palabras, sino también sus obras, especialmente sus milagros, eran actos de comunicación, que revelaban su identidad y manifestaban el poder de Dios (cf. *Evangelii nuntiandi*, 12). En sus comunicaciones mostraba respeto por sus oyentes, solicitud por su situación y sus necesidades, compasión por su sufrimiento (por ejemplo, véase *Lc* 7,13), y firme determinación de decirles lo que necesitaban oír, de un modo que debía atraer poderosamente su atención y ayudarles a recibir el mensaje, sin coerción ni componendas, sin engaño ni manipulación. Invitaba a los demás a abrir su mente y su corazón a él, sabiendo que éste era el modo de llevarles hacia él y hacia su Padre (véase, por ejemplo, *Jn* 3,1-15; 4,7-26).

Jesús enseñaba que la comunicación es un acto moral: «De lo que rebosa el corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro saca cosas buenas; y el hombre malo, del tesoro malo saca cosas malas. Os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás declarado justo y por tus palabras serás condenado» (*Mt* 12,34-37). Criticaba severamente a quienes escandalizaran a los «pequeños», y aseguraba que a quien lo hiciera «era mejor que le pusieran al cuello una piedra y lo echaran al mar» (*Mc* 9,42; cf. *Mt* 18,6; *Lc* 17,2). Era completamente sincero; un hombre de quien se podía decir que «en su boca no se halló engaño»; y también: «al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba, sino que se ponía en manos de aquel que juzga con justicia» (*1 P* 2,22-23). Insistía en la sinceridad y en la veracidad de los demás, al mismo tiempo que condenaba la hipocresía, la inmoralidad y cualquier forma de comunicación que fuera torcida y perversa: «Sea vuestro lenguaje: “Sí, sí”; “no, no”, pues lo que pasa de aquí viene del maligno» (*Mt* 5,37).

33. Jesús es el modelo y el criterio de nuestra comunicación. Para quienes están implicados en la comunicación social -responsables de la política, comunicadores profesionales, usuarios, sea cual sea el papel que desempeñen- la conclusión es clara: «Por tanto, desechando la mentira, hablad con verdad cada cual con su prójimo, pues somos miembros los unos de los otros. (...) No salga de vuestra boca palabra dañosa, sino la que sea conveniente para edificar según la necesidad y hacer el bien a los que os escuchan» (Ef 4,25.29). Servir a la persona humana, construir una comunidad humana fundada en la solidaridad, en la justicia y en el amor, y decir la verdad sobre la vida humana y su plenitud final en Dios han sido, son y seguirán ocupando el centro de la ética en los medios de comunicación.

Ciudad del Vaticano, 4 de Junio del 2000, Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, Jubileo de los Periodistas.

John P. Foley

Presidente

Pierfranco Pastore

Secretario

Vida de la Diócesis

- 1.1 Homilías (selección)
 - 1.1.1 Jubileo de la Vida Consagrada.
 - 1.1.2 Encuentro Diocesano.
 - 1.1.3 Jubileo de los Trabajadores.
 - 1.1.4 Jubileo de los Jóvenes.
 - 1.1.5 Jubileo General de la Diócesis.
 - 1.1.6 Jubileo de los Enfermos.
- 1.2 Cartas Pastorales
 - 1.2.1 Carta con motivo de la Campaña de Manos Unidas.
 - 1.2.2 Carta Pastoral para el Día del Seminario.
 - 1.2.3 Carta a las Hermandades y Cofradías con motivo de la Semana Santa del Año 2000.

Obispo Diocesano

JUBILEO DE LA VIDA CONSAGRADA

5-2-2000

Queridos hermanos sacerdotes y queridos hermanos y hermanas.

“Con un deseo muy ardiente he deseado comer esta Pascua con vosotros” en el ritmo y en los momentos del Año Jubilar. Desde el primer momento, me pareció éste como un momento especialmente expresivo de la gratitud que llena la vida de este año, de la gratitud por la obra de Cristo, por la obra de Dios en medio de nosotros, y un momento particularmente grande, particularmente expresivo precisamente porque vuestras vidas proclaman precisamente eso: que Cristo es todo, que Cristo es la Vida, que Cristo es la Verdad, que la vida puede ser entregada y dada a Cristo precisamente por eso, porque toda la esperanza del mundo, acumulada en la historia y representada quizás en la figura del anciano Simeón, se ha cumplido, y Aquel, que es Luz de todas las naciones, ha resplandecido en vuestra vida de un modo absolutamente singular, que expresa mejor que nada, mejor que ninguna palabra, mejor que ninguna realización humana, la Redención de Cristo, aquello para lo que Cristo ha venido, aquello que hace posible al hombre recuperar plenamente su humanidad, perdida por el pecado, la posibilidad de vivir según la verdad de nuestra vida, expresada en los dos mandamientos: “ Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas, con todo tu ser, y amarás a tu hermano como a ti mismo”; eso, que es la vida del hombre, es inaccesible al hombre sin la gracia de Cristo, sin la participación en su Espíritu, y lo expresa como posibilidad real la redención, por la que damos gracias en este momento, 2000 años después, con la misma frescura, con la misma verdad, con el mismo horizonte de esperanza para el mundo que el primer día de Pascua. Eso es lo que expresan vuestras vidas. Expresan, por tanto, el Misterio de la Iglesia, de la humanidad redimida, de la humanidad amada por Cristo, convertida en su Esposa y en su Cuerpo, en su propia carne, llena de Cristo, habitada por su Espíritu. Si hay algún motivo que fundamenta la celebración del Jubileo, es precisamente éste, y si hay alguna realidad en la que se expresa justamente ese gozo de la Esposa, el gozo de la Iglesia por la redención sucedida, por el Don vivido, presente, -y presente porque estáis aquí, porque existís- de la Redención de Cristo, sois precisamente vosotros.

Por eso es un día de particular gozo, de particular alegría, en el que celebramos, no tanto el hecho de vuestra entrega, de vuestra consagración, cuanto el hecho de la Consagración y de la entrega de Cristo por cada uno de vosotros, el don grande de la Redención cumplida. Cuántas veces en vuestra reflexión, en vuestra oración, en vuestros cursos de formación, se expresa (lo expresaba la Monición de entrada) la Vida Consagrada como fruto pleno de la vida bautismal, como realización y signo pleno de la vida bautismal; otras veces y desde una tradición bien antigua en la Iglesia, como anticipación, como realización anticipada todavía en esta carne mortal, pero ya realizándose plenamente aquello que anticipa la Vida del Paraíso: la Vida Eterna, la plenitud para la que todo hombre hemos sido hechos, hecha carne, hecho signo patente, visible como Luz de Cristo que brilla en vuestra vida, en vuestra vida consagrada.

En este momento de acción de gracias grande por lo que sois en la Iglesia y en el mundo, por lo que el Señor ha hecho con vosotros, por lo que el Señor hace en la vida de los hombres a través de vosotros, también es un momento de mirar hacia adelante. La misión de la Iglesia -como decía el Papa al comienzo de su encíclica "Redemptoris Missio"- ha hecho más que comenzar. Estamos en los comienzos de la vida de la Iglesia. Es verdad que nosotros podemos ver, y en la historia misma de algunas de vuestras órdenes o congregaciones o institutos vemos el peso de una historia larga, pero en el designio de Dios, esa historia no es nada.

¡Cristo está hoy presente!, el mundo necesita a Cristo y Cristo ofrece a los hombres la posibilidad de una vida plena en este momento de la historia, exactamente igual que el primer día. La celebración del Jubileo no es sólo la gratitud por el pasado, sea el momento del nacimiento de Cristo y de la Encarnación del Verbo, sea el momento del nacimiento de cada una de vuestras instituciones y del don que cada uno de los carismas representa para la Iglesia, sea el momento de vuestra historia personal donde el Señor tocó el corazón para generar en él esa respuesta totalizante de la vida, que os ha permitido ser lo que sois. Junto a esa gratitud, está la apertura al horizonte de misión en un mundo terriblemente inhumano, en un mundo donde los cambios se suceden con tal rapidez y donde la dirección de esos cambios, en la medida en que se orienta el mundo de espaldas al Evangelio de Jesucristo, no puede ser sino una dirección contra el hombre, contra la verdad del hombre, contra la vida y la plenitud del hombre.

Por eso, en este momento, también nosotros, al tiempo que damos gracias, miramos hacia el futuro como un horizonte grande de vida para

nosotros y de misión, y en ese horizonte hay dos cosas que yo quisiera sencillamente subrayar, con la esperanza de que os puedan ser útiles, para que la gratitud y para que la súplica tengan razones más fundadas, tengan más consistencia en nuestra mente y en nuestra inteligencia y en nuestro corazón. Una de ellas la he apuntado antes: “no sois vosotros” -recoge o se hace eco de una expresión de la carta de San Juan, de la 1ª carta de San Juan-, “no somos nosotros los que hemos amado a Dios, sino Dios nos amó primero”. No somos nosotros los que hemos entregado nuestra vida a Dios para que Dios a cambio haga algo por nosotros, es Cristo, es Dios, quien ha abrazado nuestra pobre, frágil, ruïnosa a veces, humanidad con un amor infinito que la rescata de su miseria. Y que en medio de esta condición pecadora del mundo, de la que el Hijo de Dios no se eximió a Sí mismo y no nos exige a nadie, sin embargo hace florecer la verdad de la persona humana. La primera consecuencia de este hecho es que la vocación es, ante todo, para que la disfrutéis, que la vocación es ante todo un don para vosotros mismos; que no nos engañamos cuando en esa perspectiva parece como si fuéramos nosotros los que estuviéramos haciendo algo por Dios, y en nuestro corazón nace entonces esa especie de demanda siempre de que Dios se porte bien con nosotros que le hemos entregado tanto.

La vocación, vuestra vida consagrada, no es “un menos” de humanidad, al revés, es “un plus” a la medida del Espíritu de Dios. Quien se consagra a Jesucristo, quien se entrega a Jesucristo no recorta su vida, quien se entrega a Jesucristo, ésa es la respuesta razonable de un corazón humano, que ha percibido el don infinito de su amor, y que ha percibido a Cristo como el único fundamento de nuestra humanidad, como la única verdad de nosotros mismos, como la única consistencia de nuestras personas.

Ni siquiera, fijaros, diréis: sí, pero por ser consagrados hay muchas cosas que no hacemos; si vivimos en comunidad, pues, hay muchas cosas que no podemos hacer y todos hemos renunciado por ejemplo, a una familia o a unos hijos, mediante la consagración de la propia virginidad. ¡Ni siquiera eso es un menos de humanidad! No es vuestra consagración un sacrificio que uno hace por Jesucristo, en absoluto, es la posibilidad que Cristo nos da, es el modo como Cristo os une a Él, de un modo en el cual la capacidad de amar de vuestro corazón, hasta con toda la vibración humana que lleva la capacidad de amar, es asumida por Cristo para que vuestro amor a los hombres, sea reflejo, por estar tan unidos a Cristo, tan viviendo de Él y para Él, que somos totalmente suyos, que ese amor a los hombres pueda ser, ¿me dejáis usar una imagen que usaban a veces los cristianos de

la antigüedad?, “que en la lira de nuestro corazón quien toca la música es Jesucristo”, es decir, que en nuestro corazón quien ama a los hombre es Jesucristo, y el amor con que Dios ama a cada uno, si es que tenemos experiencia de El, es infinitamente mayor, más grande, más pleno, más auténtico, que el amor de un esposo a una esposa, de unos padres a unos hijos, de unos hermanos a unos hermanos.

Ni siquiera en ese aspecto, que sería el que más visiblemente comporta la dimensión de renuncia, vuestra vida, vuestra consagración, ¡no es un menos de humanidad, no es un menos de plenitud, no es un menos de realización!. ¡Es un plus enormemente grande!, si el corazón está a abierto a Cristo y se deja llenar de Cristo, transformar por Cristo, si vive para Cristo.

Por eso, dejadme que apunte un colorario de esto. Estamos siempre preocupados por el tema de las vocaciones, entre las muchas razones, y yo sé que la habéis estudiado muchas veces y mejor que yo, por lo tanto no voy a dogmatizar aquí o a enseñaros algo que conocéis, pero sé que os preocupa. Me preocupa a mí como Pastor, igual que a vosotros. Y os aseguro que uno de los factores de la dificultad, junto a muchos otros, no subrayo ni siquiera éste, pero éste está presente, uno de los factores de la dificultad para que los jóvenes respondan a nuestra invitación, es que siempre acentuamos nuestro discurso, nuestra manera de hablar, hasta nuestra expresión, hasta en el testimonio que damos de nuestra propia vida respecto de compromiso, el aspecto de exigencia, nunca el aspecto de Don, nunca el aspecto de elección, de privilegio, de gracia, de gracia que se nos ha dado, y tal vez nuestro mismo modo de vivir la consagración, se hace más visible este aspecto de sacrificio, que está sin duda alguna, pero siempre en función de un don más grande, siempre en función de un “plus”. Y no un plus añadido a la vida humana, no de un plus sobrenatural, sino de un plus de humanidad, de un plus de vida, de un plus de alegría, de un plus de capacidad de amar, de capacidad de darse, de un plus de inteligencia, de vida, de un plus de sabiduría.

Cristo no ha venido para arrebatararnos nuestra vida y usarlos para otras cosas, para hacer cosas, para cumplir tareas. Cristo ha venido para que nosotros en primer lugar, quienes hemos recibido la llamada, quienes hemos recibido el don y la gracia de poder vivir para Él, porque Él lo es todo, podamos vivir y vivir en abundancia, para que nuestra alegría desborde, para que nuestro gozo sea pleno. Y el gozo es pleno cuando uno ve que la propia vida es un regalo, es un gozo que le brota a uno de lo más hondo del cora-

zón, por el ciento por uno experimentado, vivido, hecho realidad en vuestra consagración. Y la razón última de ello es, pues, que precisamente en la Revelación y en la Redención de Jesucristo, se pone de manifiesto que la persona humana no es nunca un instrumento para otra cosa, sino el fin de todo aquello que Dios hace. Que la persona humana, como dice el Papa, tantas veces es amada por sí misma, no por lo que hace, no porque sea un instrumento para otra cosa, ni siquiera para la obra más grande, ni siquiera para la obra de la Evangelización. Un ser humano, una persona, nunca es instrumento para nada, ni para la obra de la evangelización, ni para las obras de cada una de vuestras instituciones. La persona es siempre el fin último de la acción de Dios. En el mundo en que vivimos no es así, en el mundo en que vivimos, la persona es siempre lo último, y las obras, las tareas, los trabajos, lo primero. Y esa mentalidad del mundo, también se nos cuele a nosotros. El horizonte de evangelización del Tercer Milenio, o será el evangelio de la persona humana revelada en Cristo, -poniendo de manifiesto no un pasaje concreto sino en todo lo que significa esa explosión de gozo, que es el Nuevo Testamento, que es el Evangelio-, o es el Evangelio de la persona humana como centro de todo, como único fin de todo, como realidad sagrada y misteriosa, como imagen de Dios que no es nunca instrumento para nada, o no habrá evangelización, os lo aseguro.

El amor preferencial por los pobres, la lucha por un mundo más humano, el esfuerzo, el derroche más que el esfuerzo, el derroche de amor que muchas de vuestras instituciones y de vuestras congregaciones significa para el hombre y para el mundo, tiene su verdad más profunda en eso: que cualquier persona, cualquier hombre -el hombre siempre pobre al final, al final y al principio, y quizás no hay más pobre que el que no se cree pobre-, porque el hombre está siempre herido por el pecado, y su influencia en la trama de las relaciones humanas y de la vida social, y está siempre herido por la muerte, por la vejez y la enfermedad.

Pero la verdad más honda de esa donación absolutamente desbordante de generosidad que representa vuestras vidas para el mundo y para los hombres, encuentra su verdad más profunda precisamente en esto: en que toda persona humana es amada por Dios por sí misma, de manera única, de una manera como Dios ama, es decir, infinita, incondicional, gratuita. Y no tiene otro fin que el bien de la persona. Eso sólo puede convertirse en tarea de la vida en la medida que la experiencia de la propia vida es eso: que el amor de Dios no tiene más fin que mi propia vida, mi propio bien, mi propia alegría; que Dios no quiere de mí nada, entre otras cosas

porque no me necesita, no quiere de mí más que yo viva, no quiere de mí más que mi humanidad florezca, que mi persona florezca, y en la alegría, en la belleza que genera vivir en la verdad.

Nuestra misión por el hombre no es nunca excusa para otras cosas, para tapar qué sé yo, o para responder a necesidades, o para... No, nuestra misión por el hombre sólo producirá frutos, sólo se engarza en la obra de la redención que es el fundamento último de nuestra consagración y de nuestra vida, en la medida en que sea una obra cuyo fin es precisamente que el hombre viva: "Yo he venido para que tengan vida y vida abundante", cada persona que se cruza en el camino, cada persona que se acerca a nuestras obras...

Yo creo que este aspecto, al que se puede uno aproximar desde muchos ángulos desde luego, del que yo no he hecho más que esbozar algunas pequeñas consecuencias, parece que es tan esencial para el horizonte de misión, para que la fecundidad en cada uno de vuestros carismas y en la comunión grande de todos ellos en el seno de la Iglesia pueda realmente llegar y tocar al hombre y seguir introduciendo en el mundo los parámetros de la verdad que brotan de Cristo. Me parece absolutamente indispensable. Y en la súplica para mi conversión como Pastor, para vuestra conversión como sacerdotes, para vuestra conversión como religiosos o religiosas consagrados o como miembros de un instituto secular o vírgenes consagradas o como consagrados en otras realidades eclesiales de las que hoy existen en la Iglesia, para que esa misión fructifique, para nuestra conversión, para acometer con verdad la Nueva Evangelización. A mí me parece, que este es un elemento indispensable, y algo que hemos de suplicar juntos al Señor. Señor, Tú que has venido para darte a nosotros, para nuestra vida, permítenos, en primer lugar, gozar de tu Don antes de pensar en todas las exigencias que brotan de ese Don, antes de que nuestra mente esté llena solamente de esas exigencias; permítenos gozar, experimentar tu Don, renovar como se renueva en un matrimonio, renovar los signos, es decir, la fidelidad a los signos de tu ternura y tu misericordia que hay cerca de nosotros, vivir con los ojos abiertos para que nuestro corazón pueda decir el Sí de la Virgen de una manera sencilla, verdadera, sin duplicidad de corazón, sin necesidad de andamios que tengan que sostenerla, sino con esa libertad que hace del hombre un hombre. Y concédenos, Señor, que podamos vivir, con la conciencia de que todo, todo lo que es la obra de la iglesia, todo lo que es el ser de la Iglesia, es para la persona, de la persona, y que la Iglesia es, en definitiva, un nuevo modo de relación, no un conjunto de tareas.

Yo creo -y perdonadme este otro inciso- que otro de los aspectos en nuestros problemas vocacionales es que creemos que las personas se pueden ilusionar con tareas. Pero el ser humano, la vida de una persona vale demasiado como para que uno la consagre a una tarea, aunque fuera la más bella del mundo: construir el mundo sobre la justicia, construir el mundo sobre el amor, hasta las tareas más bellas, hasta las más entusiasmantes, hasta las que pueden tener para un joven el atractivo más grande (un período de misión en un país del Tercer Mundo). Si sólo es una tarea, a eso no consagramos la vida. Eso se puede hacer de mil modos, y no es necesario unos votos, unas promesas. Es a una persona a quien uno le puede dar su vida, a quien es razonable darle su vida, y si esa persona es el fundamento de mi propia vida, de mi propia felicidad, de mi propia alegría.

Pensar que vamos a entusiasmar a los jóvenes, por muy bellas y por muy enamorados que estemos de la tarea que el Señor nos ha concedido... ¡Sólo de Jesucristo vivo, presente!, fundamento de la propia alegría, que uno testimonia con la vida. A una persona sí que es razonable que uno consagre la vida, y si esa persona es la Verdad, condición de mi propia verdad, y de mi propia vida, y de mi propia alegría, es no sólo razonable amarle, sino razonable entregarle mi vida por entero y para siempre y ser suyo para siempre, pero a una tarea no, no es digno del hombre, no es digno ni de la razón, ni de la inteligencia, ni de la libertad del hombre, aunque yo pueda hacer lo más grande del mundo. No es sólo entusiasmando con tareas una respuesta de consagración adecuada a la experiencia que vosotros tenéis.

Por eso, que el Señor nos conceda testimoniar con nuestra vida cómo nuestra vida es vivificada desde dentro por Cristo y fecundada y hecha florecer por Cristo. Que el Señor nos conceda que en nuestra misión no se pierda nunca ese horizonte. ¡Cristo ha venido para que el hombre viva!, para que tú que estás delante de mí en este momento, vivas. Cristo se te da sola y con la única finalidad, de que tú seas tú y puedas dar gracias por serlo.

ENCUENTRO DIOCESANO
Misa de la Encarnación del Señor
25-3-00 Santa Iglesia Catedral.

Queridos hermanos sacerdotes, queridos hermanos y hermanas:

La verdad es que es conmovedor ver la catedral hoy, y surge espontáneamente del corazón el dar gracias a Dios porque nos ha convocado Jesucristo, y estamos unidos en esta celebración grande de acción de gracias, de gratitud inmensa por el don, por el regalo más grande que los hombres hemos recibido jamás.

Celebramos, lo estamos celebrando a lo largo de todo el año, los dos mil años de la Encarnación del Verbo. Y hoy, día de la Encarnación, no podíamos dejar de reunirnos los hijos de Dios en Córdoba, para dar gracias al Padre por este don absolutamente único, no fruto de los esfuerzos y los trabajos de los hombres, sino, como decía el profeta, “Dios mismo por su parte os dará una señal”. Y, efectivamente, en el nacimiento y en la Encarnación del Hijo de Dios en nuestra carne, Dios ha dado una señal que desvela el amor de Dios por el hombre, y que pone en nuestra vida la esperanza de participar de la vida de Dios, que siembra en nuestra carne mortal, como la semilla se siembra en la tierra, el germen de la divinidad. Dios está con nosotros, Dios acompaña nuestra vida y, no sólo como compañero de camino, sino como un don que se hace a cada uno desde que se dio a Sí mismo, y se unió a nuestra carne, a nuestra humanidad en las entrañas purísimas de la virgen María.

La palabra más espontánea que le viene a uno al recordar este hecho, fuente de todo lo que somos, fuente de toda la esperanza, la santidad, la vida, la libertad que florece en la Iglesia de Dios cuando acogemos con sencillez el don de Cristo, la gracia de Cristo; lo que le viene a uno espontáneamente al corazón es justamente la palabra adorar, adoración. La adoración que expresa lo que una madre puede sentir cuando ve a su hijo recién nacido delante de sí, o esa actitud del corazón ante la presencia de un amor grande, verdadero, sorprendente. No nos imaginábamos que Dios fuera así, no nos lo podíamos imaginar. Los hombres tenemos nuestras medidas de lo que es la grandeza, de lo que es el poder, incluso de lo que es el amor, y Dios ha roto todas nuestras medidas; porque precisamente se revela como pode-

roso haciéndose pequeño; porque precisamente se revela como grande acercándose a nuestra bajeza, a nuestra pequeñez, uniéndose a nosotros; porque precisamente se revela como infinitamente desbordante de los pensamientos del hombre, como infinitamente trascendente a nosotros, porque se revela como amor, como amor cuyo deseo, cuya vida, es darse y unirse a nosotros para acercarnos nosotros a Él, para unirnos a nosotros a su vida, para hacernos partícipes de su vida divina. Y esto es el cristianismo, esto es por lo que damos gracias todos los días cuando celebramos la eucaristía, esto es por lo que cantamos y por lo que la vida puede ser vivida a pesar de todos nuestros pecados y debilidades, como un gran regalo, como una realidad llena de esperanza. Porque en este don total de Cristo, en este hacerse Cristo uno de nosotros, en este sembrarse Dios en nuestra propia carne, sencillamente, se desvela un horizonte para la vida humana, se desvela un valor para la vida humana que los hombres jamás hubiéramos podido desear, soñar, esperar, imaginar, inventar. No, nunca hubiera sido así, siempre habría respondido más o menos a, a nuestros esquemas, a nuestros cálculos, a nuestros modos de pensar.

Pero, ¡sorpresa, asombro, adoración y gratitud llena de asombro!. No basta una palabra para describir algo tan grande, tan hermoso, y tan bueno para la historia y para cada uno de nosotros, para cada hombre y cada mujer. Es decir, no basta una palabra, porque la adoración puede parecer como que uno se postra ante alguien muy poderoso. La gratitud necesita complementarse con la adoración, y la adoración con la gratitud y el amor que dice: ¡Señor, qué hermoso, qué inesperado, qué bello, y qué grande es que Tú estés con nosotros!. ¡Qué grande es vivir, cuando uno puede vivir con la certeza de que Tú estás con nosotros!.

Nos preside una imagen de la Virgen, querida en Córdoba, patrona de Córdoba, la Virgen de la Fuensanta. Y, entonces, claro que uno entiende las alabanzas, los piropos, la expresión de cariño a esa Mujer en cuya carne Dios ha hecho uno de nosotros, y Dios ha empezado a vivir entre nosotros. Porque fijaros, Ella, María, aquella mujer de Nazaret, es siempre como un espejo, un modelo de lo que está llamada a ser cada una de nuestras vidas.

En esta misma eucaristía, quienes vayáis a comulgar el Cuerpo de Cristo, tendréis al Verbo de Dios en vuestra carne, de un modo distinto a como Ella lo tuvo, pero no menos verdadero. Me diréis: un poco más misterioso, pues no sé, porque también para Ella hubo de ser algo extraordinariamente misterioso el embarazo, la concepción, el nacimiento y la vida

entera de su Hijo, hasta la resurrección y hasta el Don del Espíritu en Pentecostés. Pero Cristo está en nosotros con no menos verdad que estaba en el seno de María.

Dios nos ama y quiere unirse a nosotros de un modo no distinto a como se unió a María; porque sabe que sólo estando Él en nosotros, sólo uniéndose Él a nosotros, vivimos, somos rescatados de nuestra condición mortal, somos rescatados a una esperanza de una vida eterna, somos rescatados a la verdad de nuestro destino, de nuestro destino verdadero; porque hemos sido creados, el Señor nos ha llamado a la vida para ser hijos suyos, para participar de su vida para siempre; porque sólo cuando Él está con nosotros, accedemos a la libertad de poder vivir la vida como un don, a la alegría, a la dignidad; la vida adquiere dignidad, porque Dios está en nosotros.

Dos mil años de historia para cualquier memoria humana, para cualquier invento humano, es suficiente para gastarlo y destruirlo. Nuestra presencia aquí esta tarde proclama que ¡Cristo vive!, que Cristo está vivo y que es Él la fuente de nuestra comunión, y de nuestra vida, y que es Él la esperanza para el mundo.

Fijaros, celebrar la Encarnación del Hijo de Dios, hoy en este año dos mil, en un mundo en el que, como decía el novelista inglés Lewis, se ha producido la abolición del hombre, no es simplemente un gesto piadoso, o un acto de culto más o menos gustoso, bonito. Aunque claro que es gustoso que podamos, por vuestra generosidad, estar todos juntos, como lo estamos, como el Señor nos permite estar esta tarde. Pero tiene un significado inmenso para el mundo, porque los hombres viven en una sociedad y en una cultura donde no hay lugar para la esperanza. No hace muchos años un filósofo francés escribía un libro llamado *El Principio de la desesperanza*, diciendo que la forma de luchar contra el sufrimiento que hay en el mundo, es no esperar nada, luchar por eliminar, por arrancar de nuestro corazón la esperanza que el hombre tiene inevitablemente de ser feliz, de amor, de verdad, de bien. Pero, ¿cómo puede ser la vida una lucha contra la esperanza, contra las exigencias del propio corazón?. ¿Cómo puede ser eso humano?.

Vemos un mundo que pierde la conciencia de la dignidad de la persona, donde es tan fácil sacrificar a la persona a intereses ajenos, más pequeños, menos valiosos, menos importantes que una persona humana: el dinero, el poder, el estatus social, el prestigio, el éxito de la foto, como dice la

gente. Es decir, cuando se pierde el hombre, esas cosas, esos ídolos, ocupan el lugar de Dios, vivimos para ello, y nos sacrificamos a nosotros mismos, porque el fruto de ese sacrificio es un sufrimiento enorme en los matrimonios, en las familias, en los niños, en los jóvenes. Chicos con trece, quince, dieciocho años que no tienen ninguna esperanza real, grande, en su vida, ninguna razón para luchar por su vida, ninguna razón para amarse a sí mismos, que viven en el desprecio profundo, a veces en el odio a sí mismos, en la violencia ya instalada en su corazón, incapaces de amar porque el mundo no les ofrece ninguna razón seria para vivir, para quererse a sí mismos, y para querer al mundo, a los demás y a la vida, para amar la vida.

Por eso digo que celebrar la Encarnación, tomar conciencia de la verdad que fundamenta nuestra esperanza, es el origen de todo, de toda la esperanza del mundo, no sólo de la nuestra, sino de toda la esperanza que cabe, real, verdadera, para los hombres; es algo más que hacer un gesto bonito, hermosísimo. Es tomar conciencia de que Cristo, que ha puesto su tienda entre nosotros, entre los hombres, y que vive en nosotros, quiere llegar a todos los hombres para que todo hombre y toda mujer de este mundo puedan ser reconocidos en la verdad de su dignidad, ser tratado con respeto, con afecto, ser amado, para que todo hombre y toda mujer pueda experimentar ese amor que no es de este mundo, como sólo Dios puede amar.

Nosotros somos, hoy, el cuerpo de Cristo. Los hombres no encontrarán ese amor por mis palabras, ciertamente, ni encontrarán esa esperanza y esa conciencia de lo que vale su vida, de lo que valen sus personas, de lo querida que es cada persona humana, cada vida humana, sólo porque alguien lo diga. Sólo si uno encuentra a alguien que le trata así, alguien que le quiere así, que le respeta así, que le toma, así, en serio... Y esa es nuestra misión. Pero antes que ser una misión, yo diría que es el fruto espontáneo de haber encontrado a Jesucristo. El signo de que uno ha encontrado a Cristo es, justamente, esa nueva posición ante la vida, esa nueva actitud que brota del corazón, lleno de gratitud ante la vida, y ante el hombre y ante la persona humana.

Recuerdo aquellas palabras del testamento de Pablo VI que decían: hay que recuperar la verdad del hombre en un mundo que tiende a deshumanizarse, y a ver en nosotros sólo piezas de un mecanismo de producción, o de un mecanismo de poder, o de un mecanismo de consumo, piezas de un aparato tan frío como un ordenador, o piezas de una red como Internet. ¡No!, cada persona humana es amada por Dios de un modo único. Cada per-

sona humana ha sido creada para que Dios pueda darse a ella y pueda vivir en la gloriosa libertad de los hijos de Dios con la esperanza, con la vida, con la capacidad de amar que Dios genera en nosotros, cuando descubrimos su amor y lo acogemos con sencillez. Digo, no es una misión, antes que una misión es una experiencia vivida. Si nosotros vivimos de ese amor, no podemos sino ser de nuevo, en esta hora de la historia, en nuestra generación, el comienzo de esa redención del hombre que pasa por el reconocimiento de lo que vale la propia vida. Y el reconocimiento de lo que vale la propia vida pasa por el encuentro con un amor como el de Cristo.

La evangelización que el mundo necesita, no es cuestión de discursos, o de ideas, o de convencimiento, sino esa experiencia de encontrar ese amor que hace que la vida valga la pena; esa evangelización pasa justamente por nosotros. Somos portadores, por tanto, de algo precioso, de algo inmensamente grande. Fijaros que en la oración de la misa de hoy le pedíamos al Señor que Él, que se ha dignado redimirnos uniéndose a nuestra carne en las entrañas de la Virgen, nos haga a nosotros partícipes de su divinidad. Y eso ¿qué significa?, pues en primer lugar que podamos sostener nuestra vida en el Hijo de Dios que se nos da para que vivamos, para que acojamos el amor con que Él quiere unirse a nosotros para poder vivir con alegría y esperanza. Pero yo diría que, en segundo lugar, lo que sucede como fruto de eso, inmediatamente, es esa nueva mirada, es decir, que el corazón de Dios entra en nuestro corazón y que nosotros empezamos a mirar las cosas y la vida como Dios las mira, con ese amor infatigable, paciente con que Dios nos mira a nosotros, a cada uno. Y participar de la vida divina es empezar a mirar al hombre así, es empezar a vivir así en medio de este mundo, en este mundo en el que uno puede decir, con cinismo, que todo son intereses, todo son mentiras. No, proclamad: se puede vivir en la verdad, se puede hablar la verdad, se puede proclamar la verdad. Y la verdad es que la vida humana es amada por Cristo, porque Cristo se ha dado a nosotros.

Estamos a punto de celebrar la Semana Santa, hasta el abismo de la muerte y del sepulcro. La vida humana tiene un destino inmensamente grande; y cada ser humano está llamado a ser parte de Dios, hijo de Dios, familia de Dios, carne de Dios; y cada ser humano está llamado a vivir en la libertad de un hijo de Dios; y cada ser humano es amado por Dios por el hecho de haber sido creado con el amor infinito que llevó a su Hijo al pesebre, y luego a la cruz y al sepulcro.

Señor, yo pido para nosotros, que en este mundo nuestro, y en esta sociedad nuestra, en esta Córdoba nuestra de hoy; asumiendo toda la historia que llevamos detrás sin avergonzarnos de ella, sin querer censurarla de errores, y de santos, también, pero asumiendo toda esa historia; Señor, acogamos el don de tu gracia con tal verdad que podamos ser, en el comienzo de este milenio, como una proclamación de tu amor por el hombre, como proclamando con toda nuestra vida lo que vale cada vida humana, desde el primer momento de su concepción hasta su muerte natural.

¡Qué sociedad tan humillada!, aquella sociedad que mata a los más indefensos y a los más inocentes, y presume luego de preocupaciones sociales; pero mata a los niños en el seno de su madre, se cierra a la vida, y deja que una parte bien importante de su población se esterilice, impidiendo el don de la vida a quienes podrían venir como fruto de vuestro amor; que aparca a los ancianos en residencias y se olvida, es decir, para la que no sirve quien no participa en el proceso de producción. ¡Dios mío, qué humanidad es esa!. Son ejemplos, se podrían multiplicar: la violencia doméstica, la desesperanza de tantos jóvenes...

En este mundo estamos llamados a gritar justamente la verdad de la dignidad de cada persona. Y no a gritarla como quien defiende unas ideas, sino a proponerla como Cristo. El Señor mismo nos da una señal, pues seamos nosotros esa señal para el mundo, amemos a cada persona, respetemos, digamos la verdad. Digamos siempre la verdad, no adornemos la mentira para ver si cuela, no vivamos de una palabra mentirosa, sobre todo no vivamos en una vida mentirosa. Proclamemos la gran verdad de que somos pobres, débiles, pecadores. Nuestra alegría no es que somos buenos, nuestra alegría no se basa en que podamos presumir de nuestras cualidades, o de nuestra virtud. Nuestra alegría se basa en que Dios se ha entregado por mí y se ha entregado por ti, y se ha entregado por todo hombre, y por cada persona ha entregado su vida y entrega su vida, y eso hace de cada persona un sagrario, un sagrario del Hijo de Dios, como María, como el seno de María. Y quien no conoce a Dios está también llamado a serlo, está llamado a vivir. Dios quiere llegar a él, y sólo podrá llegar a través de nuestro amor, de nuestro respeto. Igual que uno se arrodilla ante la eucaristía, o venera una imagen de la Virgen, si cada persona humana es como un recuerdo de la Encarnación, cada rostro humano, las arrugas del anciano, la mirada sorprendida del niño, la ilusión del joven, cuando no ha sido corrompido, la esperanza con la que un joven espera la promesa que es la vida, la alegría de los padres, el amor de los padres, de un matrimonio que se ama y que

quiere ser fiel el uno al otro. Esa, que es la realidad cotidiana, si la tenemos al lado, eso que constituye la vida ordinaria. Si supiéramos mirarla, si de verdad hubiéramos comprendido este misterio grande, todo, absolutamente todo lo que existe nos hablaría de Cristo; y nos sería fácil amarlo, porque nos sería fácil reconocer a Cristo en cada una de esas realidades, en cada uno de esos rostros, en cada uno de esos misterios pequeños que remiten al misterio grande de Dios, que se ilumina, y se esclarece, y se hace más misterioso, y a la vez justo en la Encarnación del Verbo.

Vamos a dar gracias a Dios y a cantar en la medida que os sepáis las canciones: cantad con toda vuestra alma; y aunque no lo hagamos tan bien como la coral lucentina, al menos cantamos juntos; y lo bueno es cantar juntos, lo bueno es el hecho de que cantemos juntos; y somos muchos, y al Señor tiene que darle mucha alegría al oírnos cantar a una sola voz. En la medida que lo sepáis, o lo podáis seguir con el librito, cantad, expresad el gozo y la alegría del corazón de que Cristo nos quiere, aunque a vosotros mismos yo sé que os cuesta creerlo. Creéis en Jesucristo, pero no creéis que pueda quererlos: “pero con lo desastre que es mi vida cómo me va a querer a mí Dios”. Cristo os quiere, nos quiere a cada uno. Por eso, cantad, cantad, alegraos, alegraos en el corazón, y pedidle al Señor, se lo pedimos todos en esta eucaristía, que quienes hemos conocido a Jesucristo podamos ser testigos de Él. Y ser testigos de Él es justo aprender, que el Señor nos enseñe con su presencia, su gracia, a tratar al hombre como Él nos muestra que nos trata, como Él nos trata a cada uno, con el mismo amor. Sólo eso puede cambiar el mundo, sólo eso puede hacer renacer en un mundo sin esperanza, una esperanza verdadera.

Igual que os pido que cantéis, cuando recemos el Padre Nuestro y hagamos la súplica: “Ven Señor, venga tu reino, hágase tu voluntad...”. Pero ¿cuál es tu voluntad?, pues que los hombres vivan, que los hombres se encuentren a sí mismos, que los hombres se traten como hermanos, que los hombres puedan construir un mundo en función del bien común y no en función de los intereses de unos o de otros, o de intereses particulares. Esa es la voluntad de Dios, que cuando pidamos: “Señor, que se haga tu voluntad en la tierra como en el cielo”, que nuestra súplica sea la de un solo corazón. Igual que esta tarde, somos casi un solo cuerpo, un solo pueblo, pues que sea un solo corazón el que suplica: el corazón de Cristo en cada uno de nosotros, el corazón del Cristo total aquí en la diócesis de Córdoba, intercediendo al Padre, como interceden quienes vienen cada día a adorar al Santísimo, como intercede Cristo en el cielo constantemente por la humani-

dad. Pues nosotros nos unimos por Él, con Él y en Él a esa intercesión por el mundo para que todos puedan conocerle, para que todos puedan vivir con conciencia de su dignidad, de la grandeza de su destino, y con libertad, con ese fruto del reconocimiento de la dignidad que es la libertad. ¡Que el Señor nos conceda ser instrumento y signo claro de ello!. Esa es la súplica para que el comienzo del Tercer Milenio ponga de manifiesto la novedad perenne, siempre fresca, la presencia siempre nueva de Cristo entre nosotros.

JUBILEO DE TRABAJADORES **28-4-2000. Santa Iglesia Catedral de Córdoba.**

Queridos hermanos sacerdotes, y queridos hermanos:

Celebramos esta noche, como es obvio para todos los que estáis aquí, porque no es un día habitual de celebración en la Catedral, el Jubileo del mundo del trabajo. Y si en este día no está la Catedral rebosante de personas probablemente es un indicio de que no hay demasiadas personas conscientes de la relación que el trabajo tiene con la fe en Jesucristo en nuestro contexto; aunque ciertamente el trabajo es, probablemente junto con la familia, la preocupación más aguda de miles de familias de nuestro entorno.

En todo caso, lo que celebramos son los 2000 años de presencia de Cristo entre nosotros; esta gracia de Cristo resucitado que se nos ofrece y se nos da como con la misma frescura, con la misma verdad, con la misma capacidad de generar un hombre nuevo que el primer día de Pascua, que la mañana misma de Pascua. Desde el Misterio Pascual de Cristo, en cierto modo desde la Encarnación, pero de una manera plena desde la muerte y resurrección de Cristo, la tierra, lo humano, todo lo terreno ha sido introducido por Cristo en la vida misma de Dios. Es como si Dios y lo humano estuvieran abrazados para siempre, de tal manera que son inseparables. En el cielo está nuestra carne, en Dios está nuestra carne, con sus heridas, con sus llagas, con sus fatigas, con su dolor, con el olor si queréis a sudor humano; y al mismo tiempo eso desvela y hace posible en la tierra, la única vida digna del hombre, que es cuando se nos da la posibilidad de vivir aquello para lo que hemos sido creados, que es justamente participar de la vida, de la comunión y del amor de Dios. Es Jesucristo. No, no es difícil dar gracias, a pesar de todo el dolor que pueda haber alrededor nuestro. No es difícil dar gracias por Jesucristo, y de una manera particular, en la perspectiva del mundo del trabajo y de la vida social en general. La resurrección de Jesucristo -esto es un dato histórico, un hecho duro como una roca- afecta al hombre como hombre; la victoria de Cristo sobre la muerte tiene que ver con la existencia humana como tal. No es propio de una raza, ni de un pueblo, ni de una clase social, sino que es un hecho que afecta al hombre en cuanto hombre, y por lo tanto a todos los hombres de todas las épocas y de todas las culturas.

Como hecho de un significado universal, por primera vez en la historia, se alumbra la conciencia de que la persona humana tiene una dignidad y tiene un valor por sí mismo. Y este es el hecho fundamental del cristianismo. Luego la realización de esa novedad está llena de tropiezos, de flaquezas, de pasos adelante, de pasos hacia atrás; de realizaciones más adecuadas, y eso tiene que ver con el espesor de la caridad en la vida de los cristianos, de la caridad divina. Es un hecho que es con Jesucristo cuando empieza en la historia a percibirse, que el hombre tiene un destino por el hecho de ser hombre, no por el hecho de ser tal o cual cosa, sino por el hecho de ser persona tiene una dignidad que tiene que ver con su ser imagen de Dios; que tiene que ver con su destino a participar de la vida de Dios y que tiene que ver con la Redención de Jesucristo, que ha derramado su sangre por todos los hombres. Y eso, introduce en la historia el sentido de la dignidad del trabajo por primera vez.

El mundo antes de Cristo es un mundo compuesto fundamentalmente de siervos, en el que la única posibilidad de no ser siervos, es ser amo. Y sólo a la luz de Cristo se introduce ese sentido de que el hombre está dotado de razón y de libertad por el hecho de ser hombre; de que la vida humana tiene una dignidad y que el quehacer humano, el rol humano es sencillamente una participación, una expresión. Es la expresión del hombre, de su ser, de su destino, y por tanto, tiene una dignidad que le confiere quien lo hace, no unos privilegios, o unos derechos, o unas ventajas que le dan otros hombres, sino por el hecho de que el trabajo expresa al hombre.

Yo creo que esto es algo que aún hoy, quizás precisamente de un modo especial hoy, tiene tal poder de novedad y tal poder de volver al hombre a sí mismo, y suena tan extraño a los valores que rigen la sociedad en que vivimos, que no es difícil, cuando uno cae en la cuenta, dar gracias por haber conocido a Jesucristo, y por el hecho de que Jesucristo esté en medio de nosotros, y de que sea posible vivir la vida de este modo.

El Verbo de Dios trabajó, nació en la casa de un carpintero y en un pueblo pequeño donde, necesariamente, había que trabajar. Y así vivió la mayor parte de su vida. Los cristianos han visto siempre en esa época silenciosa de Jesús, y en la extensión de ese periodo, como un signo de que la Redención, en realidad, no se realiza en momentos como de feria, especialmente llamativos, sino que se realiza precisamente en la vida cotidiana. Que la novedad que Cristo ha traído, no es una novedad para unos momentos de hipersensibilidad, para unas vivencias especiales, sino que permite la

posibilidad de vivir de un modo nuevo la relación hombre y mujer, el matrimonio, la relación padres e hijos, la relación entre hermanos, y el trabajo humano como contribución. Dicho de otra manera, la familia como lugar en el que uno se educa a un modo de vida en el que el bien y el interés no está en mi centro, sino está en Otro, como modo de conducir y después expresar la vida social. Y el trabajo como modo de contribuir, de expresar la propia conciencia del destino y al mismo tiempo, de contribuir al bien común.

La primera afirmación, la primera expresión de nuestra Eucaristía, es una acción de gracias por eso de lo que, a lo mejor, no somos a penas conscientes, pero que en Jesucristo nos es dado, y que ¡ojalá! pueda resplandecer en medio de nosotros de forma que pudiéramos ser luz para otros que buscan tanto el significado de su vida, como el significado de su trabajo, como el significado de sus relaciones humanas, en el matrimonio y en la familia.

Un segundo pensamiento es al mismo tiempo un dolor. El dolor de una separación progresiva entre la fe y la vida, visible de una manera especial en los últimos siglos de nuestra historia cristiana, con lo que la fe se ha ido haciendo menos significativa para la vida concreta de los hombres; la fe se ha ido percibiendo más y más, por parte de los cristianos, como algo separado de la existencia humana, como un mundo cerrado en sí mismo, como un mundo propio. Eso empobrece, esteriliza, paraliza la fe y su creatividad; y al mismo tiempo deja la vida humana sin la luz, la energía, el poder del Espíritu de Dios y por lo tanto sin ser iluminada; la deja en soledad, que es lo más parecido que hay a lo que en la tradición cristiana se llama el infierno. Es decir, el hombre se queda solo, no es capaz de dar sentido al misterio y al drama que supone siempre el hecho de vivir. Naturalmente ese drama no es un drama abstracto. La separación de la fe y la vida no se da de una manera abstracta, o puramente intelectual, sino que sucede como consecuencia de miles de pequeñas traiciones, de pequeñas complicidades, de pequeñas injusticias por las que, sencillamente, los que son portadores de Dios, de la fe cristiana, de la vida de la gracia, hemos alejado la experiencia cristiana de la vida de los hombres. Y por lo tanto, dentro del contexto de las celebraciones jubilaires, y a luz de la gracia, uno no puede sino pedir perdón. Tenemos que pedir perdón y no por juzgar, no por juzgar a otros. No se trata de juzgar lo que los cristianos han hecho en otros tiempos, sino pedir perdón porque todos, de alguna manera, somos cómplices de ese vaciamiento de significado de la fe de mil maneras: unas veces,

conscientemente culpables, otras menos...; y por lo tanto, de una degradación y pérdida del sentido y del valor del trabajo, que vemos producirse progresivamente delante de nuestros ojos, a pesar de los logros, de los esfuerzos, por ejemplo de los sindicatos, y todo el entorno de una cierta ideología del progreso. Uno percibe una deshumanización que hoy no se limita a la clase trabajadora, sino sencillamente que forma parte de la cultura que todos respiramos, en la cual, el beneficio económico, o los intereses políticos y las estrategias políticas, priman absolutamente por encima de la persona; y de nuevo se genera fácilmente un mundo de esclavos. En la medida que nosotros somos cómplices, participamos, repito, no para acusar (no es propio de un cristiano acusar, porque en este tipo de acusaciones es tan fácil convertirse en los fariseos que acusaban a la adúltera ¿no?, sin caer en la cuenta de las propias limitaciones, o del propio pecado), sino sencillamente por algo que es mucho más cristiano, que es lo que acabamos de celebrar que ha hecho el Señor con nuestros pecados, es decir, por echárnoslos sobre nuestras espaldas, por ofrecer nuestra vida. Decid: "Señor, para que brille la verdad del Evangelio, para que brilles Tú como Redentor del hombre. Señor, olvida toda esta miseria, y cuenta con nosotros. Te presentamos toda nuestra vida para que nosotros podamos ser testigos, testigos sencillos, verdaderos, transparentes de esa dignidad de la persona y de la vida humana; del hecho de que la persona está siempre por encima de cualquier interés".

Al final, todos los problemas sociales concretos, que de algún modo es necesario abordar hoy en la vida cotidiana, tienen como raíz justamente ese olvido, de nuevo, como en el mundo precristiano, ese sacrificio de la persona humana, de la familia; ese sacrificio de lo que es más sagrado en la vida a intereses que valen menos que la persona, y que fácilmente generan un mundo de personas alienadas, es decir, de personas no libres, no conscientes de su dignidad, no sólo en los estratos más humildes. Es trágica la corrupción del trabajo en todos los niveles donde la persona se sacrifica, literalmente, para desarrollarse en el seno de una empresa, donde se sacrifica la familia porque la empresa está por delante.

Cuando estamos en una cultura así, uno puede esperarse toda clase de inhumanidades (no las inhumanidades de *Oliver Twist*: puede ser que sean inhumanidades con guante blanco, pero uno se espera cualquier cosa), uno se espera esa sensación de indignidad, de humillación, en la que la vida siempre está vendida; uno está siempre humillado por algo que no tiene nombre, porque es como el aire que respiramos.

Lo que llamamos ideología del progreso o del desarrollo, no es un pensamiento de este final de siglo; pienso en obras como algunos ensayos de Lewys titulado: "La abolición del hombre". Esta ideología se ha utilizado de tal manera, que al final el hombre termina siendo exclusivamente una pieza del proceso de producción y de consumo. Y como eso no corresponde a la verdad de lo que somos, eso no puede generar sino un océano inmenso de sufrimiento humano, que uno reconoce en las personas en cuanto se pone a tratar con ellas de una manera personal, directa. Uno reconoce ese sufrimiento, fruto de la humillación, de una humillación cultural extraordinariamente honda. Porque uno no es una pieza de ningún proceso ni de producción, ni de consumo, ni de desarrollo, ni del proyecto político de nadie. Uno tiene un destino grande, y sólo cuando es tratado con el reconocimiento de ese destino, uno vive en la verdad, y ve crecer su libertad, su capacidad de amar, su capacidad de donarse. El hombre humillado, necesariamente, vive en la violencia, o está a las puertas de la violencia constantemente; y esas puertas de la violencia, las tenemos a las puertas de nuestra casa, en nuestra sociedad, una sociedad fragilísima, a pesar de toda su apariencia de poder tecnocrático.

Yo creo que en esta Eucaristía de hoy, y en este contexto cultural nuestro, que es de todo el mundo (porque la cultura en este momento es una cultura mucho más globalizada, como nunca lo ha sido, quizás en la historia, debido, básicamente, a las facilidades de comunicación y al desarrollo de las tecnologías de la comunicación), estamos hablando de realidades muy concretas, realidades que tenemos al lado nuestro. Yo pienso en Córdoba, y pienso en todo lo que significa la economía sumergida; los contratos sin Seguridad Social; las empresas de carácter temporal y toda su secuela de situaciones humanas; la falta de generosidad a la hora de fomentar, realmente, la creación de puestos de trabajo; la falta de asumir el riesgo que supone crear unos puestos de trabajo, o poner en marcha la creación de una empresa. Todo eso tiene que ver con nosotros, todo eso tiene que ver con la comunidad cristiana. ¡Dios mío!. Y todo eso, tiene que ver con muchísimo sufrimiento en torno nuestro. Entonces, uno dice: "¿qué es posible hacer?", es decir, poner nuestra vida ¿en qué dirección?. Yo contaría lo que el Papa dijo justamente en un precioso discurso que pronunció, recién salida la Encíclica "Centesimus Annus", en un encuentro con el mundo del trabajo: " trabajar por una cultura de la verdad y del amor; trabajar por poner nuestra vida al servicio de la dignidad de la persona humana, de toda la persona humana, en un reconocimiento de que el ser humano está hecho para la verdad".

Sé que esto suena absolutamente a algo irrealizable, pero ¡Cristo ha resucitado! y está entre nosotros. Y las cosas, a lo mejor, no suceden nunca a nivel colectivo; suceden porque hay personas que lo entienden, y se ponen a caminar. Es decir, la persona por encima de todo; el bien y la verdad de la persona por encima de todo; la seriedad con respecto a la propia vida, y con respecto a la vida de los demás; y no sacrificarla nunca, ya sea a intereses económicos o a intereses políticos, porque es al revés. La economía tiene que estar al servicio de la persona. Y la política tiene que estar al servicio de la persona como construcción de una sociedad de hombres libres; y hombres libres significa hombres conscientes de su destino; hombres que no deben su dignidad a la benevolencia de otros, sino que son dignos porque son hijos de Dios, porque participan del don inmenso de ser hijos de Dios. Y sabemos que nuestra vida no depende de la suerte, de las circunstancias, porque está sellada por Dios con una alianza eterna que nadie puede romper. Y eso, le hace a uno, libre. ¡Dios mío! cuánta necesidad tenemos en nuestra ciudad y en nuestra sociedad de personas dispuestas a trabajar seriamente.

Quienes estáis aquí, de una manera u otra, estáis comprometidos en este trabajo, o sois amigos de quienes lo están. Yo creo que hay que pedirle al Señor, con toda sencillez pero con toda verdad, que seamos capaces de ser testigos de esta novedad que hoy vuelve a ser novedad. En la medida que desde los años sesenta, fruto de una evolución de siglo y pico o dos siglos, se borran de la sociedad y de la vida pública las raíces cristianas que han hecho lo mejor de nuestra cultura, uno no puede esperar más que una deshumanización progresiva, la pérdida del sentido del valor del Derecho, de las relaciones humanas.

La vida humana se parece ya cada vez menos a la vida de una familia, y se parece cada vez más a una carrera de obstáculos, donde todo el mundo puede ser un posible competidor. Pero una vida social así es la vida de la selva.

En la medida que Te hemos conocido, Señor, y en la medida en que amamos a nuestros hermanos y amamos a la sociedad en que vivimos, podemos pedir con sencillez y verdad ser testigos, y podemos ayudarnos adecuadamente a vivir así. Porque eso no se consigue por una decisión voluntarista, individual. Eso es el nacer de un pueblo. Un pueblo tiene que estar naciendo en cada generación. Un pueblo cristiano tiene que nacer en cada generación de nuevo; y un pueblo, nunca es una persona sola, nunca es un líder. Un pueblo es una familia. Y ese pueblo, para que las cosas cam-

bien, tiene que nacer, y tenemos que ayudarnos unos a otros para que nazca; tenemos que hacer posible su nacimiento, sencillamente mediante una súplica sincera, una oración sincera:

“Señor, haz en nosotros el milagro del cambio, el milagro de la novedad de Cristo. Haz también posible entre nosotros la comunión que exprese el signo de un modo de vida, y que podamos comunicarlo a la comunidad cristiana, de manera que la comunidad cristiana pueda ser lo que decían los Padres: *‘una bandera levantada en medio de las naciones’*”. Bandera, ¿de qué? Bandera de la dignidad del hombre, bandera de la dignidad del trabajo, bandera de la lucha infatigable por el bien común, por la verdad, y por lo que es bueno para todos. Imagen de una antropología en la que uno no se afirma así mismo frente a otros, que es la antropología del mundo pagano, o la antropología del mundo moderno; donde uno afirma su parte de verdad, o su voluntad de poder siempre negando la de otros; sino donde uno se afirma y se hace crecer a sí mismo como Dios ha hecho: afirmándonos a nosotros, entregándose por nosotros, entregándose por el bien de todos; es decir, entregando la propia vida, ofreciendo, dando la propia vida, para que los demás vivan. Así nació el mundo, y sólo en un mundo así el trabajo, las relaciones humanas, la vida social, la vida política encuentran su lugar, aunque podéis pensar que un mundo así es un mundo de locos. Si el mundo escuchara este discurso lo, pensaría que es un mundo de locos. Pero eso es lo que celebramos en Semana Santa, y no hay otra alternativa: o la vida humana tiene como contenido, como meta, como su propia sustancia de la que vive el hombre como hombre el amor, o tiene la violencia, es decir, o es la ley de la selva. Yo creo que estamos en la ley de la selva, aunque los esclavos de hoy, usen tecnologías sofisticadísimas, y en lugar de construir pirámides, construyan redes informáticas. Pero uno encuentra cada vez menos hombres con conciencia de lo que vale la vida humana, con conciencia de la dignidad de la persona. Y eso es trágico para una sociedad. Y que es trágico, lo prueba también nuestra situación demográfica, el hecho de que, a una sociedad que vive así, le resulta tan difícil amar la vida, que le resulta difícil reproducirse, porque no se comunica, lo que uno no ama. ¡Es tremendo! Todo esto está extraordinariamente relacionado entre sí.

¡Dios mío!, por amor a este mundo, por amor a personas que uno conoce, es decir, a su familia; por amor al hombre, uno dice: “tiene que empezar algo nuevo”. Somos muy pocos, muy pobres, y probablemente con muy poca conciencia del modo, o con muy poca energía para ponerlo en marcha; y sin embargo, yo creo que esa súplica debemos hacerla: que poda-

mos ser testigos de la novedad de Cristo en este mundo, en esta situación, en estas circunstancias que son como son, pero que Cristo ha derramado su sangre por cada uno de los hombres que viven en ellas. Sólo eso puede ser un camino que permita que amanezca la verdad de nuevo, que los hombres recuperen su esperanza, y a través de ellos, otros, y a través de ellos, otros; y ¡ojalá!, es decir, hasta la última persona.

Si os parece, con este espíritu, vamos a ofrecerle al Señor nuestros pobres dones: pan y vino, conscientes de que si esa ofrenda es verdadera, el poder de Dios los transforma. Y junto a ese pan, van nuestras pobres vidas. El poder de Dios las transforma, ¿en qué?, en testigos de Cristo. Testigos de Cristo significa, ante todo, testigos de la dignidad de la persona humana, del valor de la vida humana, del trabajo humano, del valor de toda persona humana, y de la defensa, en todos los casos, del bien de esas personas.

Antes de pasar a ofrecer las ofrendas, me acaba de decir Valerio, que está previsto, que las ofrendas las hubiera traído Agustín, de Hermandades del Trabajo, que trabaja y colabora mucho en el Secretariado, y que no ha podido traerlas porque ha ingresado, hoy mismo, en la U.C.I. Simplemente, para que tengamos un recuerdo de él, en esta Eucaristía, aunque ya haya pasado la oración de los fieles y pidamos por él y por los suyos.

Dejadme que desee para todos los que estáis en esta celebración, especialmente, los movimientos apostólicos de Acción Católica y sus diversas ramas, otros movimientos, que el Señor os fortalezca en vuestro testimonio, cada vez más, y que sea cada vez más un testimonio transparente de Jesucristo y del bien que Jesucristo es para el hombre. Sed vosotros mismos ese bien para el hombre, sed vosotros mismos ese bien para vuestros compañeros de trabajo. No hay otro modo de hacer la evangelización, esa nueva evangelización a la que todos somos llamados. Que los hombres puedan percibir, tocar, ver al lado, un signo de la misericordia y de la filantropía de Cristo; del amor de Cristo por el hombre, hecho carne en nosotros, en la medida que Dios nos dé.

Yo sé que ese testimonio hoy no es nada sencillo; yo sé, que supone un nadar contracorriente, casi constantemente, y sé que os expone, muchas

veces, a todo tipo de dificultades, y también a todo tipo de incomprensiones; y a la fatiga que genera a veces el amar o el testimoniar a Jesucristo un poco en solitario. Que sepáis, que no estáis solos. Pero que el Señor os fortalezca, nos fortalezca a todos en nuestra comunión, para que ese testimonio pueda surgir cada vez con más gusto y con más verdad de todos vosotros.

Que el Señor os sostenga, especialmente a los que vivís o actuáis en circunstancias más difíciles. Y quizás especialmente a los jóvenes que estáis por ahí detrás, detrás de las guitarras; porque si nuestro mundo es inhumano, el que os espera a vosotros, humanamente hablando, todo hace prever que lo pueda ser más; y sin embargo ahí estáis, ¿no?; y, ¡ojalá! podamos acompañaros y sosteneros de la manera que vosotros necesitáis ser sostenidos.

Como estáis perfectamente al tanto en la calle, de lo que es el Jubileo, y de lo que celebramos; hemos rezado el Credo, y otras de las condiciones para participar de este momento de gracia, que es el Jubileo, es el rezar un Padrenuestro por las intenciones del Papa, que es por las necesidades del mundo, como signo de comunión con el Santo Padre. ¿Os parece que lo recemos juntos ¿eh?, en este momento?; y que este momento de gracia, produzca todo el fruto que el Señor quiere, cada vez que, que sucede.

JUBILEO DE LOS JÓVENES.

13-5-00. Plaza de toros.

Queridos sacerdotes, muy queridos jóvenes:

¡Qué grande, qué hermoso es celebrar juntos la presencia de Cristo entre nosotros! ¡Qué grande y qué hermoso es estar aquí!, conscientes de que, aunque vengamos de lugares distintos, a veces muy lejanos, aunque no os conocéis entre vosotros sólo a los del grupo con el que habéis venido, con el que vivís, con el que estáis; sin embargo, todos somos una unidad, una familia, y no hay extrañeza entre nosotros. Quizá sea eso lo que expresa esa especie de círculo que habéis ido trazando poco a poco con vuestros pañuelos cubriendo prácticamente ya todo el círculo de la plaza. Somos una sola cosa. Es Jesucristo y su amor quien nos rodea, quien nos abraza a todos y a cada uno, con ese amor absolutamente incondicional, gratuito, eternamente fiel con que sólo Dios ama.

Pues bien, el sentido de la celebración es muy sencillo, damos gracias a Dios Padre, a Dios, que sabemos que es nuestro Padre, y lo sabemos por Jesucristo, porque tenemos la experiencia de haber encontrado y haber conocido a Jesucristo. Damos gracias a Dios Padre, porque Jesucristo vivo, resucitado, está presente entre nosotros. Damos gracias a Dios Padre, porque Jesucristo hace de nosotros una sola familia, un solo pueblo de hombres y mujeres libres, de hermanos, de hijos de Dios. Damos gracias al Padre, por todas las personas a través de las cuales el conocimiento de Jesucristo y la verdad de Jesucristo han llegado hasta nosotros. Dos mil años de la presencia en el mundo de la gracia y de la misericordia de Dios, que hacen del hombre herido, roto, a oscuras, perdido, un hombre nuevo, verdadero, un pueblo nuevo hecho de todos los pueblos. Damos gracias a Dios Padre, por Jesucristo que vive, y a Quien nosotros, no porque seamos buenos, no porque seamos mejores que nadie, hemos tenido la gracia de conocer.

Mis queridos jóvenes, Jesucristo vive y os ama a cada uno como sois, con vuestra historia, con vuestro temperamento, con vuestra debilidad, con todo el poder del amor de Dios. Y ese amor produce, genera, un cambio en la vida. Por él Te damos gracias.

Lo que Jesucristo da al hombre, lo que nos ofrece, hoy, como posibilidad para cada uno de nosotros es, ante todo, la conciencia de lo que vale vuestra vida; la conciencia de que vuestra vida, la de cada hombre y mujer, porque es amada por Jesucristo con un amor infinito, porque el Hijo de Dios ha derramado su sangre por cada uno de vosotros, tiene un valor infinito. Cada uno de vosotros, imagen de Dios, sacramento de Dios, signo de Dios, misterio grande, sagrario de Dios, tiene un valor que no se mide por las medidas de este mundo, por las notas, por tus cualidades, o por tus éxitos, o por que seas el “number one” en el deporte que sea. Cada una de vuestras vidas vale la sangre del Hijo de Dios.

A lo mejor vosotros no comprendéis del todo porque insisto en esto. Os digo esto porque en el mundo en el que estamos se os quiere medir por cosas exteriores, por cosas que no sois vosotros. Vale quien triunfa, vale quien tiene un apellido, o dinero, o éxito, o un futuro profesional, o una posición social grande. ¡No!, todo eso son las mentiras del mundo. No os dejéis engañar por ellas.

Quien ha tenido la experiencia de un amor sabe que un amor hace siempre grande la vida cuando es verdadero. La experiencia del encuentro con el amor de Jesucristo hace de cada hombre un hijo de Dios, o si queréis un rey, alguien cuya vida adquiere precisamente la conciencia de que tiene un valor infinito, cuya dignidad no os puede dar ni arrebatar nadie, porque nadie puede arrebatársela a Dios. Y es Él la fuente de esa dignidad de toda vida humana, desde que un niño es concebido en el seno de su madre, hasta su muerte natural. Toda vida humana tiene un valor sagrado, infinito, que no depende de la sociedad, de cómo la valore el mercado, de cómo la juzguen los hombres; sólo depende de que Dios mira esa vida con un amor único, le da una vocación única, la ha creado porque la ama por sí misma. Dios os ama a cada uno de vosotros, y no por lo que Dios pueda sacar de vosotros, sino por vosotros mismos.

Damos gracias al Padre por Jesucristo, porque Jesucristo es la fuente verdadera de la dignidad humana, de la libertad, de la esperanza que no defrauda, de la vida plena, gozosa, llena de sentido que permite comprender la vida: el dolor, la amistad, la muerte, el nacer, el destino de cada uno.

Repito que os digo estas cosas porque, sin que vosotros os deis cuenta, es muy fácil venderse como esclavo, es muy fácil que la mentalidad que domina en nuestro ambiente os haga pensar que no valéis nada el día

que no sois el número uno; que si no sois una gran estrella, vuestra vida no merece la pena; que si no triunfáis en lo que os proponéis y en lo que hacéis..., para qué luchar por vuestra vida, mejor que os la resuelva el mundo, que os la resuelva el poder, que os digan los demás lo que tenéis que hacer. No os conforméis nunca con esas medidas parciales que no satisfacen a las exigencias de vuestro corazón, a las exigencias de verdad que hay en vosotros. No os conforméis nunca con propuestas de felicidad que son sucedáneas, a bajo precio, de alegría falsa que nacen de la mentira. No os dejéis seducir por esas propuestas que os invitan, simplemente, a consumir sin límites, mientras tengáis posibilidades, a usar irresponsablemente del alcohol, del sexo, como si ahí hubiera una respuesta para vuestro corazón; vosotros sabéis que no la hay. El amor verdadero es demasiado grande como para que pueda equipararse a esas propuestas fáciles. Vuestra vida, la de cada uno de vosotros, es demasiado preciosa para que pueda satisfacerse con algo tan vanal.

Mis queridos jóvenes, amad vuestra vida. Jesucristo ha venido para que podáis amar y apreciar vuestra vida, gustarla; para que podáis daros cuenta de que vuestra vida, independientemente de los juicios, o de los valores del mundo, es amada con un amor infinito. Y eso sucede cuando, no es un discurso que me oís a mí, sino una experiencia que uno ha tenido, aunque sea tan frágil como la llama de ese cirio pascual, y tan pequeña en medio de la noche. Pero cuando uno ha tenido un atisbo, un comienzo, un inicio de esa experiencia, un punto de luz en medio de la confusión en la que tantas veces estáis, en el sin sentido en el que tantas veces os encontráis, cuando hay esa luz, seguidla, buscadla, pedidle al Señor que crezca.

Y no estoy hablando de cosas que suceden más allá de las nubes. ¿Cuántos de los que estáis aquí no habéis hecho todavía el C.O.U. o lo estáis haciendo?, levantad la mano para que yo me haga una idea. La inmensa mayoría. ¿Cuántos estáis en la universidad? Unos poquitos, muchos menos. Bueno. ¿Cuántos estáis trabajando?. Los que estáis trabajando sois los enchufados, pero dejadme que me dirija un momento a los que no habéis hecho todavía el C.O.U. y estáis estudiando. Un montón de veces, cuando yo me encuentro con vosotros, o con vuestros grupos en la confirmación, os pregunto qué vais a hacer, qué te gustaría hacer cuando pases la “bono-loto”, la selectividad quiero decir. Y la mayoría de las veces, chicos y chicas como vosotros, o a lo mejor alguno de vosotros, me habéis dicho: “no lo sé, no quiero pensar en ello”. Os equivocáis, eso ya es rendirse, eso ya es empezar a pensar que la vida no vale, que en el fondo te la hacen otros, y tú no tienes

más que pasivamente dejar que te la hagan y resignarte a lo que pase. Eso es renunciar a la libertad ya con trece, con catorce, con quince años. Y me diréis: “sí, pero y si me ilusiono y luego no me sale”. Si te ilusionas, si hay algo que tú te das cuenta que haces bien, que te gusta dibujar, o que te gusta la historia, o que te gusta la literatura, métete por ahí, desea llegar hasta donde puedas por ahí, disfruta con aquello que te gusta, trabaja por ello. Tienes muchas más posibilidades de que te toque si has luchado, que si ya con trece, o catorce años estás esperando a ver qué te cae del cielo. Y si luego no te sale no pasa nada, porque “que te quiten lo bailao”. Si te gusta la literatura y resulta que tienes que terminar haciendo, ¡qué sé yo!, enfermería, o trabajando de barrendero, da igual, pero si aquello te gusta y has luchado por ello, leerás por las noches, buscarás ratos..., y ¡sabe Dios!. Por lo menos pones tu atención en algo que te permite trabajar por ello, y que tú has elegido siguiendo a tu corazón. Es nada más que un ejemplo, podría poner miles, de cómo os rendís de ante mano a un ambiente en el que se os dice: “no, tu vida no vale, ya te la compraremos, ya te diremos cuál “el precio”.

Lo primero que sucede en un corazón, en una vida, cuando uno encuentra a Jesucristo, es que la vida vale porque soy amado, que mi persona vale porque hay alguien que me ama; y eso significa el comienzo de la libertad. Cuando uno encuentra a Jesucristo, uno se hace protagonista de su propia vida, de un modo que no ha sucedido nunca en la historia más que allí donde Cristo está. Esta sociedad nuestra, con todas sus lagunas y sus agujeros, pero donde las personas, y sus derechos son, al menos oficialmente, reconocidos; donde una persona tiene una dignidad; donde hay una libertad; donde los gobernantes no están llamados a ser los amos, sólo es posible en un mundo cristiano. No ha existido nunca ninguna sociedad así en la historia fuera del ámbito cristiano. Cuando uno encuentra a Jesucristo, uno se da cuenta del valor intrínseco de cada persona, en primer lugar de la propia vida, y se hace protagonista de la vida.

Quién hubiera conocido, ni siquiera de nombre, a una muchacha de quince años quizás, de un pueblecito, de un rincón de Imperio romano que se llamaba Nazaret, una aldea que no llegaba, en aquella época, a doscientos habitantes. Quién hubiera guardado ni siquiera la memoria de aquella mujer, si aquella mujer no hubiera dicho “sí” al designio bueno de Dios para ella. La conocieron doce y aquel grupo de mujeres y de discípulos que estaba junto a Jesús, y luego otros, y otros, y otros. Y hoy, dos mil años después, en la otra punta del mundo, nosotros la seguimos amando y venerando como nuestra madre, y proclamando bienaventurada.

La vida de un hombre se desvanece, literalmente se diluye en la historia, si Cristo no está. Pero cuando uno acoge a Cristo, uno se hace protagonista de la vida de un modo en el que todo es posible, toda creatividad, toda explosión de gratitud, de vida, de amor es posible. Es el amor el que mueve la historia, no el poder, ni las envidias, digan los políticos y los filósofos lo que quieran. Es el amor quien mueve la historia, porque no hay motor más grande de la historia que un niño recién nacido. Y cuando uno ha encontrado el amor de Jesucristo es que la vida se llena de color, es que nuestra noche se hace luz, es que vivir es otra cosa: trabajar, estudiar, celebrar un cumpleaños, divertirse, irse de excursión, celebrar una fiesta, enamorarse, bailar, casarse, fundar una familia. ¡Todo tiene sentido!, aunque yo sea frágil, aunque meta la pata. Cuando yo he encontrado ese amor siempre la vida se puede reconstruir, porque ese amor no me falta. Algunas de las personas más grandes del Evangelio habían metido la pata, muchos, uno de los que moría junto a Jesús había sido homicida, había matado a otras personas, pero encontró a Cristo, reconoció a Cristo y recibió de Él la promesa más grande.

El bien más grande en la vida es haber encontrado ese amor que no falla, esa persona viva, ante la cual se juega mi propia vida, porque se juega mi esperanza, mi alegría. Cristo ha venido para que vosotros podáis vivir con una alegría que no hay droga en el mundo capaz de fabricar, porque esas alegrías son falsas, esas alegrías me sacan de la realidad. Mientras que el encuentro con Cristo genera en mi corazón una energía que me hace amar la realidad, que me hace meterme en ella, con todas mis manos, aunque me pringue, aunque me equivoque, pero me hace vivir, me hace respirar.

Cristo no ha venido para complicaros la vida, mis queridos jóvenes. Cristo ha venido para que vuestro corazón respire. ¡Ojalá vuestras canciones, ojalá nuestro estar juntos pueda ser cada vez más una expresión más nítida, más explícita de la alegría que nuestro corazón respira!, pero de que nuestro corazón respira no esta tarde, siempre, porque hemos encontrado a Jesucristo. Y porque he encontrado a Jesucristo yo sé quién soy, y porque sé quién soy, sé también quién eres tú, y por ejemplo puedo decirte “te quiero” con una verdad, con una hondura, con una seriedad, con un afecto, de un modo que no se puede decir cuando uno no ha encontrado la fuente de todo amor. A lo mejor muchos de vosotros, ciertamente muchos de vuestros amigos, piensan: “a la Iglesia no le gusta esto del amor, no le gusta porque cada vez que habla del amor es para poner dificultades”. Otra mentira. A Jesucristo, a Dios ¡le gusta tanto vuestro amor!. ¡Es tan precioso el amor de

un hombre y una mujer, es algo tan grande, tan valioso! que no se juega a las canicas en la plaza del pueblo con una cosa así. Lo que hace la Iglesia es cuidarlo. Yo os aseguro que cuando uno encuentra a Jesucristo puede decir “te quiero” con una verdad y con un afecto que es imposible imaginarse, a menos que uno tenga la experiencia del amor infinito del que uno mismo es objeto. Y Jesucristo ha venido para que podáis decir a vuestra novia, o a vuestro novio, a vuestros padres, a vuestros hijos “te quiero” con toda verdad. Porque ese “te quiero” es un signo, casi como si nosotros le prestáramos a Dios nuestro cuerpo, nuestras manos, nuestros ojos, nuestro corazón.

Esa es la vida que Jesucristo hace posible, y esa es la vida que yo, que os quiero muy poquito porque mi corazón es muy pequeño al lado del de Jesucristo, pero os quiero con toda mi alma, quisiera que pudierais vivir, vosotros que ya lo habéis encontrado, y muchos amigos vuestros. Decía el Evangelio: “tengo otras muchas ovejas que no están en este redil”. El único modo de que ellos puedan participar en ese gran círculo de pañuelos es que puedan encontrar en vuestros rostros, en vuestros ojos, en vuestra vida esa alegría que uno no puede comprar. Y que no hay multinacional, ni Bill Gates, ni Microsoft, ni nadie, ni el Pentágono, capaz de publicar una fórmula para una humanidad así, absolutamente imposible, no hay la fórmula, sólo hay la gracia. Y cuando uno la encuentra sabe que esa gracia vale más que la vida, porque es la que llena de color y de sentido todo; es la que hace que la vida no sea una noche, que la vida no sea esa losa que tantos de vosotros experimentáis cada mañana: “un día más, a levantarse, ¡qué rollo, qué pesadez!, ¡bueno, a ver si pasa algo!”. ¡No, la vida no es esto!. Jesucristo no nos ha dado la vida para esto, Dios no nos ha dado la vida para esto. Nos la ha dado para que toda la expresividad y la riqueza que hay en cada uno de vuestros corazones pueda expresarse, florecer, multiplicarse, llenar de gusto, de buen sabor el mundo, del buen sabor de un amor verdadero que se extiende como el aceite. Y que es la verdad, la única verdad sobre la que se puede construir un mundo humano. Jesucristo es la única verdad sobre la que se puede construir un mundo donde las relaciones humanas sean verdaderas, donde cada persona no sea vista como un competidor, o como un posible adversario, o como un posible enemigo, porque es de otra lengua, o porque tenga otro acento, o porque sea de otro pueblo, o porque piense de otro modo, o porque rece a otro Dios; sino donde uno puede reconocer, justo porque ha conocido a Jesucristo, en cada rostro humano la imagen sagrada, el misterio grande del Dios que en este momento me está dando la vida, porque me ama.

Sólo una cosa más que tiene que ver con el Jubileo, y que tiene que ver con nuestra acción de gracias esta tarde, y que yo no quiero perder la ocasión de deciros. Cómo encuentra uno a Jesucristo, cómo lo encuentra uno cuando le ha perdido, o cuando no lo ha encontrado, o cuando el encuentro ese ha sido medio falso, medio no sé qué, pero mi vida no encuentra esa energía. Vivid con los ojos abiertos, mis queridos jóvenes. Y mirad dónde podéis encontrar una humanidad así; donde encontraréis, donde podéis reconocer una persona de fe, que no es una persona que no tenga defectos, porque es de carne y hueso, pero en la que uno puede reconocer a Jesucristo vivo, en la que uno puede reconocer esa humanidad. Estad atentos, y cuando tengáis cerca a una persona, seguro que la tenéis, yo conozco a muchas, en muchas de vuestras parroquias, o grupos, o colegios, acercaros. Seguro que en vuestro grupo, comunidad, realidad de Iglesia, hay alguna persona: preguntadle, acercaos, buscad su compañía. Si es una persona de fe, seguramente te abrirá los brazos. Y a lo mejor no te puede dar las receta que te evita a ti afrontar tu problema, que es lo que muchas veces buscamos, buscamos quién me evite a mí, quién me retire a mí las circunstancias difíciles que tengo, para que yo no tenga que ser libre, para que yo no tenga que afrontar una dificultad, y generalmente crecer con ella. Pero si te puede dar la mano, si te puede tender y ofrecer su compañía, si te puede decir: “estoy a tu lado, vamos a seguir caminando, Dios no nos va a dejar”, tienes un tesoro. Y la vida crece así; y a Jesucristo se le encuentra así; y la fe crece así; y la fe madura así, simplemente de esa manera tan sencilla, tan humana; porque uno tiene al lado personas en las que resplandece el amor de Cristo, y junto a las cuales uno crece. Si os he dicho que el primer fruto de la redención es justamente esa conciencia de la dignidad, el signo de que Jesucristo está en un sitio es que uno crece estando en ese sitio. Y el signo de que Jesucristo no está es que uno se empequeñece estando allí. Y Jesucristo no quiere que os empequeñezcáis, Jesucristo no quiere esclavos, no quiere siervos, Jesucristo quiere hijos, hombres libres, capaces de afrontar el mundo entero, el poder y la mentira de este mundo, hombres consistentes, que sufren, cuyo corazón tiembla, pero que son libres, y no están solos.

Dios mío, tenemos tantas razones para dar gracias por Jesucristo, tantas razones para dar gracias por su vida, por su gracia, por su misericordia, por su amor. Eso es exactamente lo que hacemos esta tarde. Y si hubiera que hacer una súplica, junto a esa acción de gracias: “Señor que no me falten cerca los amigos en los que yo pueda reconocerte a Ti, y reconocer tu amor por mí, y tu misericordia, y tu gracia”.

Vamos a proclamar nuestra fe en Jesucristo y a continuar, justamente con esta acción de gracias grande. Nos ponemos de pie para empezar la profesión de fe.

Terminamos con la bendición. Pero antes de terminar quiero deciros que, quienes podemos vivir con la conciencia de que estamos unidos a Cristo, de que Cristo vive en nosotros, no nos despedimos nunca, no nos separamos nunca, ni siquiera en la muerte; porque el amor que nos ha creado y nos sostiene, ya ha vencido a la muerte. E invocamos en cada eucaristía a los santos, y suplicamos por nuestros hermanos que duermen ya en la esperanza de la resurrección, porque todos juntos formamos la única Iglesia, el único pueblo, el único cuerpo redimido por Cristo, también, ellos con nosotros, y nosotros con ellos. Por lo tanto no nos vamos a despedir, no nos despedimos nunca, como no estamos nunca solos.

Pero además, la celebración del Jubileo, aquí en la diócesis de Córdoba, a lo mejor puede servir de un comienzo de algo, ¡qué sé yo!. En todo caso, ya sabéis todos que estáis convocados por el vicario de Cristo, por el Papa, que por cierto hoy celebra su cumpleaños, y hoy ha beatificado en Fátima, bien cerca de aquí, a unos niños, lo que significa que la santidad, que la gracia, es para todos, basta con acogerla como la Virgen. Pero ya sabéis que el Papa nos ha convocado a todos los jóvenes, a todos los jóvenes de la edad que seamos, a la Jornada Mundial de la Juventud y a celebrar el Jubileo en Roma, en el mes de agosto. Muchos de los que estáis aquí con vuestras realidades, con vuestros colegios, con vuestro instituto religioso estaréis allí. Y los que quieran, acompañando los grupos que vayan con la delegación de juventud, pues también. Allí nos encontraremos, y allí con todos los demás jóvenes del mundo que se hayan querido unir a esa llamada del Papa, estaremos de nuevo físicamente juntos, cantando y celebrando juntos el don y la misericordia de Cristo. Pero, vayáis o no vayáis, siempre, por medio de Cristo, estamos unidos, y por lo tanto hasta siempre.

Y una última cosa. Si a algunos de vosotros, los que habéis encontrado a Jesucristo de tal modo que sabéis que es verdad lo del salmo: “tu gracia vale más que la vida”, si alguna vez en el corazón se enciende como la llamada, como el deseo de que la vida entera fuera para Él, de que Él lo sea todo, es la característica, es algo especial, pero que uno reconoce, igual que uno reconoce cuando está enamorado, uno reconoce cuando Cristo se

hace como un rostro cercano en la vida, de tal manera, que me digo: “yo quiero que toda mi vida sea para Él”, donde sea. En la casa del Padre hay muchas moradas, en la Diócesis hay muchos lugares: congregaciones religiosas, monasterios, seminarios, espacios creados por el Señor para darle la vida y, sobre todo, para disfrutar de su don. Si eso sucede, si alumbra en vosotros de algún modo, aunque sea en unos pocos de los que estáis aquí, merece la pena que estemos todos de pie para saberlo. ¡No tengáis miedo! Jesucristo no es ningún competidor de vuestra felicidad, y del proyecto de vuestra vida. Jesucristo sólo puede hacer multiplicar vuestro corazón, y multiplicar la vida al ciento por uno, y, es poco, para decir toda la alegría que el Señor es capaz de poner en uno. ¡No le tengáis nunca miedo!, tened miedo a lo que queráis, menos a Dios y a Jesucristo.

JUBILEO GENERAL DE LA DIÓCESIS

12-5-2000. Plaza de Toros.

Queridos sacerdotes, seminaristas, religiosos, religiosas, querido pueblo santo de Dios:

Hoy estamos aquí, y el modo mismo de nuestra presencia, y el hecho de estar, proclama que Cristo vive, proclama que Cristo ha resucitado. Y todos nosotros, somos testigos de ello. Nadie habéis venido por curiosidad. No os ha convocado una organización humana. Os ha convocado Jesucristo: a quien conocéis, a quien amáis, con toda la fragilidad que los hombres tenemos, pero a quien amáis. Os ha convocado Jesucristo, que sabéis que os ama, y sino, nadie estaríamos aquí.

Somos testigos, y no sólo esta tarde, del cambio que Él genera en nuestra vida, del don de la fe, de la esperanza y del amor que su Espíritu Santo significa en nuestra vida, en nuestra experiencia humana. Somos testigos de la libertad, de la alegría, de la verdad que el don del espíritu de Cristo pone en nosotros, en nuestra carne mortal, frágil, pecadora; pero en la que Cristo, y el amor de Cristo, vence.

Hemos cantado: "Dad gracias al Señor porque es bueno, porque su misericordia es eterna". Fiel, eternamente fiel. Su misericordia por el hombre, su criatura, inmensamente amada... La vida de cada hombre, de cada mujer, de cada persona humana es inmensamente querida por Dios. Es Cristo vivo quien genera en nosotros, quien sostiene en nosotros la vida. Su misericordia es eterna porque algo que comenzó en un pueblecito lejanísimo, perdido en el mundo, cuyo nombre no se conocería casi, de no ser por el Evangelio, nos convoca dos mil años después para dar gracias, y no para recordar un pasado que les ha sucedido a otros, sino para dar gracias por un don presente, por un hecho presente, por una luz y una vida presentes, que sostiene la esperanza de nuestro corazón, que sostiene la vida sobre la verdad del hombre que hemos conocido en Jesucristo, junto con la verdad de que Dios es nuestro Padre, nuestro Creador, nuestra meta, el Fin, el Hogar, la Casa de donde venimos y a la que se encamina nuestra vida.

Damos gracias esta tarde, como Pueblo cristiano de Córdoba, todos reunidos en este lugar que nos ayuda precisamente a sentirnos una sola realidad, un solo cuerpo; damos gracias al Padre por Jesucristo y por el don de su Espíritu; damos gracias al Padre por el bien que Jesucristo representa en nuestra vida, por el gozo y la esperanza que Él aporta a nuestra vida; damos gracias porque nos ha unido en su Cuerpo, porque nos ha hecho hermanos unos de otros, servidores unos de otros. Mi querida, mi queridísima Diócesis de Córdoba, sois un pueblo de santos. Y yo sé que vosotros, como yo, como los sacerdotes, somos muy conscientes de nuestra fragilidad; de lo mal que respondemos y de lo mal que conocemos el amor y la fidelidad de Cristo; pero no somos un pueblo de santos porque estemos llenos de cualidades, somos un pueblo de santos porque Cristo está entre nosotros, porque Cristo está en nosotros, vive en nosotros, y su amor, que es lo único que puede sostener al hombre en la esperanza, no nos falta, ni le falta al mundo, gracias a que estáis vosotros; sois un pueblo, somos un pueblo de santos.

Y os aseguro que no hay nada, yo no conozco ninguna realidad sobre la tierra tan bella como nuestra comunión en torno a Cristo, y no existe nada tan bello, tan humano. Tan humano y tan sobrenatural al mismo tiempo, tan milagroso y tan sencillo a la vez, tan don de Dios y tan rebosante de humanidad verdadera. No conozco nada como esta comunión que Cristo hace por su espíritu, y no conozco nada de donde el mundo pueda esperar su vida que no sea esta comunión que hoy celebramos nosotros visiblemente, en representación de toda la Iglesia de Córdoba, en esta tarde, en esta Eucaristía. Pues lo que sucede esta tarde, sucede igualmente, de un modo verdadero, en la Eucaristía más pequeña de un escondido convento de clausura, o de una aldea perdida en cualquiera de las colinas de nuestra sierra, o allí donde unos hombres se reúnen en torno al altar de Cristo, o adoran su Presencia Eucarística, como este año venís haciendo en diferentes parroquias, grupos, movimientos, comunidades, realidades que existen en la Iglesia, congregaciones religiosas, en nuestra Catedral, como un signo, un poco como la llama del cirio pascual arde e ilumina la noche del hombre, y nos recuerda que Cristo es la Luz; así, esas personas que diariamente adoran durante unas horas, interceden durante unas horas, algunas al mes, por todos los hombres y mujeres de Córdoba, por todas las familias de Córdoba, por toda la sociedad cordobesa, por todos los hombres y mujeres del mundo. Son como un signo, como una expresión de esta misma comunión, y de que Cristo, vive misteriosamente en el sacrificio de la Eucaristía. "Haced esto en memoria mía. Yo estoy todos los días con vosotros hasta el fin del mundo". Pero vive también en nuestra comunión, "donde dos o más

están reunidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos”, está el amor de Cristo.

Somos un pueblo de santos, porque Dios, que es el único Santo, nos ama, se nos ha dado y está en medio de nosotros. Pero además, hemos oído, como somos herederos de un patrimonio increíble de santidad, nos gustan nuestras iglesias bellas, construidas por nuestros padres para gloria de Jesucristo y para la vida de la gracia en los hombres: las amamos, queremos verlas embellecidas, limpias, como nuestras casas; porque la Casa de Dios es también, es sobre todo, nuestra casa, es la casa que Dios construye para nosotros; pero infinitamente más valioso y más rico que la más bella de nuestras iglesias de piedra, infinitamente más capaz de generar humanidad, es el patrimonio de santidad del que somos herederos. Quizás desde el primer siglo llegó el anuncio de Jesucristo Resucitado a Córdoba, capital por entonces de la provincia Bética, y desde entonces nunca nos han faltado, ni en los tiempos más duros, el testimonio de la fe de los santos, y especialmente de los mártires, porque son ellos quienes más visiblemente proclaman: “tu gracia, Señor, vale más que la vida”; porque la vida sin tu gracia no sería nada, ni lo más bello, ni lo más ilusionante, ni el trabajo, ni el amor, ni la familia, ni el trabajo, ni el éxito, ni el triunfo, ni la memoria de las grandes hazañas históricas, nada. Todo sería polvo sino fuera porque Tú has resucitado.

Son ellos, los mártires sobre todo, quienes testimonian que Cristo vive, y que no importa dar la vida por Cristo. No es como un holocausto, un sacrificio del que uno luego pasa recibo, sino que dar la vida por Cristo es ganarlo todo, es ganar al que es la fuente de la Vida, la fuente del amor de los novios y de los esposos, la fuente de la amistad; la fuente de todo lo que de verdadero, de bueno y de grande hay en la vida humana, eres Tú Señor; dar la vida por Ti es alcanzarte a Ti, poseerte a Ti, y poseerlo todo. Perderte a Ti y conservarlo todo, es en cambio perderlo todo.

Somos herederos de un patrimonio de santidad, es decir, de humanidad verdadera, inmensa. Es el “Cristo, ayer,” que no ha dejado de ser un presente vivo en la historia de Córdoba como hemos escuchado preciosamente antes. Y nosotros, hoy, celebramos “el Cristo hoy”, Cristo como Don para nosotros, Cristo como fuente de vida para nosotros, como fuente de esperanza para nosotros.

Me doy cuenta de que en los tremendos cambios culturales, quizás poco comparables a otros cambios de los que tenemos noticia histórica, en

los siglos, en estos veinte siglos quizás, probablemente muchos cristianos, sobre todo en las generaciones más mayores, y a lo mejor hasta religiosos o sacerdotes, habéis podido tener la tentación de pensar: “tal vez esto será un residuo cultural, tal vez eso era de una época, y ahora el mundo cambia y habrá que poner la esperanza en otras cosas”.

¿Me dejáis que os diga que una de las cosas que más me conmueven, es ver cómo el pueblo, y en general el pueblo más sencillo, ha guardado, ha sostenido, la verdad de la esperanza de Cristo, justo en esos años difíciles? Lo mismo ha pasado siempre en el “ayer de Cristo”, en nuestra historia cristiana, de la que no tenemos que avergonzarnos, aunque cuando la escriban otros sólo se subraye lo que hay en ella de debilidad humana. En nuestra historia cristiana hemos recordado los nombres más grandes, los que la Iglesia entera ha reconocido como ejemplos de santidad, ejemplos de humanidad vivificada por el Espíritu de Cristo, pero siempre ha habido un pueblo que nadie podía contar, de padres y madres de familia, de chicos y chicas, de niños y niñas, cuya vida proclamaba, cuyo rostro proclamaba, aunque estuvieran jugando o haciendo cualquier otra cosa o trabajando o durmiendo: que la vida es de Cristo, y que sólo cuando la vida es de Cristo, uno es plenamente libre, sólo cuando el hombre es de Cristo, sólo cuando Cristo es reconocido como Señor, los hombres escapamos de otras esclavitudes; lo mismo sucede hoy, la experiencia de nuestra Iglesia, yo los conozco. Yo le doy gracias a Dios -no le doy bastantes, os lo aseguro, no tendría el día horas para darle gracias, ni poder ni inteligencia mi boca para darle gracias- por los testimonios de santidad, de vida, de fe y de esperanza que yo he conocido como Pastor vuestro, en vuestras parroquias, en todos los estratos sociales; y uno se encuentra con rostros que proclaman la fe, y que no la proclaman cuando es fácil proclamarla y no cuesta nada, sino cuando, una hija de tres años está enferma con un cáncer de riñón, o cuando uno está ante el rostro espantoso de la muerte, y uno reconoce la fe, reconoce: Señor, sólo Tú, eres capaz de generar una humanidad así. No hay poder humano, no hay energía humana, no hay voluntad humana capaz de hacer un pueblo así, y ese pueblo existe, y ese pueblo es un testimonio de que Cristo vive: sois vosotros, los conocéis, los tenéis a vuestro lado.

Yo sé, soy perfectamente consciente también de todos los signos de eso que el Santo Padre llama “la cultura de la muerte”, que nos amenaza, que están también perfectamente visibles, de los que muchas veces ni siquiera somos del todo conscientes. Soy consciente del riesgo que corre nuestra sociedad, nuestra humanidad en este momento de la historia, en el

que el desarrollo técnico pone en nuestras manos unos medios de capacidad inmensa, de poder de unos hombres sobre otros. Nunca la esclavitud ha sido tan fácil, nunca el poder ha podido abusar tanto de la dignidad humana, aunque las dictaduras sean de seda, porque los medios de controlar la opinión, el conocimiento, el saber, son inmensos.

Y esos medios humillan al hombre cuando humillan la verdad de la dignidad de toda persona humana al margen de su papel en los procesos de producción económica; se humilla al hombre cuando se vilipendia ese altar que es el lecho matrimonial, ese altar de Dios, del amor de Dios, cuando se vilipendia el matrimonio y se hace burla de él. Se humilla al hombre cuando se invita a una sociedad a esterilizarse sin motivos, cuando a las mujeres se les invita, en ese santuario de la vida que deberían ser los hospitales, a hacerse su ligadura de trompas, a renunciar a tener hijos y quitarse así problemas. Se humilla a un pueblo, se destruye lo más sagrado, que es la vida, de la que sólo Dios dispone, porque sólo Dios no la quita, la da, y para siempre. Se humilla a un pueblo cuando se deterioran las relaciones entre los padres y los hijos, cuando se ridiculiza la familia. La familia es la realidad que Córdoba ha protegido, que el pueblo cristiano cordobés ha protegido, con una intuición perfecta de que era realmente el centro y el lugar donde la presencia de Cristo, y el amor verdadero, y la humanidad humana podía mantenerse, a pesar de todas las dificultades: dificultades de la evolución social, de los cambios de trabajo, de la inmigración, de tantas cosas. Que Córdoba siga siendo el lugar de España, lo era hace algunos años al menos, donde la demografía, bajísima como en todas partes, es la más sana de España, indica algo a cerca de la fe y de la dignidad y del sentido de la dignidad de un pueblo.

Soy consciente de que se humilla a un pueblo cuando se deterioran las relaciones laborales, cuando se deteriora sobre todo a todos los niveles humanos, y en todas las capas sociales, la auténtica relación del hombre con el trabajo, donde el trabajo es para el hombre, y no el hombre para los sistemas de producción, donde el trabajo es para que el hombre se pueda expresar, donde todo trabajo es tratado con respeto y con dignidad. Se deteriora, se humilla a un pueblo, se genera cultura de muerte porque se genera resentimiento, porque se genera amargura y desesperanza cuando quien tiene posibilidad de generar puestos o de crear puestos de trabajo no arriesga porque es más cómodo enriquecerse, o cuando uno vive el trabajo de una manera injusta también en el modo de abordarlo: trabajar lo menos posible, ganar lo más posible. Y eso se da en todos. Pero cuando se nos invita en la cultura

que vivimos justamente a esa relación falsa, mentirosa con el trabajo, se nos está humillando.

Lo he contado en algunos sitios, y no tengo inconveniente en contarlo esta tarde porque además me ha pasado ya varias veces. Un chico, de diecisiete o dieciocho años, a quien yo le preguntaba qué quieres ser de mayor, me dijo: yo “parao”. ¡Dios mío, como si me hubieran clavado un puñal en el alma! Cuando en un chico, a esa edad, su ilusión en la vida se reduce a recibir una subvención, está muerto, está muerta su humanidad, está destruida su humanidad por dentro, está destruida su esperanza. La vida es para construir, la vida es para crear, la vida es para vivirla como protagonista cada hombre, cada mujer. Para eso ha derramado su sangre Jesucristo. No nos damos cuenta de cuántos signos de muerte nos amenazan, y sin embargo, yo os aseguro, y esta tarde es una ocasión para afirmar eso: ¡no tenemos ninguna razón para temer!. Puedo hacer más las palabras del Papa: “No tengáis miedo”. ¡Cristo ha vencido al mundo, y la victoria de Cristo es vuestra victoria!, la victoria de cada hombre y de cada mujer, de cada uno de nosotros; en esta comunión de la Iglesia, la humanidad renace, y por mucho mal, por mucho riesgo de muerte que haya en el mundo, esta historia empezó con una mujer, quizás de quince años, en un rincón del mundo. Basta el sí, os lo decía el primer día de entrada en la Diócesis, basta el sí más pequeño dado a Dios con sencillez de corazón, para que eso tenga una repercusión en el mundo entero. ¡No hay ninguna razón para temer!, al contrario, todas las razones del mundo, y más en esta sociedad corrompida de tantas maneras tan sutiles a veces.

Yo he señalado dos ámbitos: el de la familia y el del trabajo, y uno podría señalar probablemente todos los ámbitos de la actividad humana, y el riesgo de esa cultura de la muerte está ahí, el riesgo de esa cultura que reduce al hombre a un número está ahí; pero también está Jesucristo, y está su pueblo, que sois vosotros, si el Señor nos concede la gracia de mantenernos en comunión. Quien tiene que temer es el enemigo del hombre, quien tiene que temer es Satán, que quiere la muerte del hombre; quien está amenazado de muerte es Satán, porque nosotros ¡hemos conocido la Vida!

El Señor, que se nos da, que lo vamos a recibir dentro de un momento, nos llama a ser testigos de esa vida y de esa cultura de la vida en este mundo nuestro. ¡Sedlo!, no tengáis miedo: os invito a ser testigos. Cada cristiano -hablábamos de los misioneros en el “ayer de Cristo”-, es un misionero; cada esposo, cada esposa, cada padre, cada maestro, cada hombre, cada

joven, cada niño que ha conocido a Jesucristo, es ¡portador de Cristo!: cristóforo, lleva a Cristo en su vida. Eso no quiere decir que todos tengamos que hacernos predicadores, ¡no!. En el mundo en que estamos es tan evidente que una humanidad verdadera, de una honestidad consigo mismo y con la realidad, que una honestidad y una verdad en las relaciones humanas es un milagro, que basta que eso se viva para que uno esté proclamando a Jesucristo.

En el matrimonio, por ejemplo, vuestro amor es signo de Cristo. Y eso es lo que significa que el matrimonio es un sacramento. Pero en el mundo en el que estamos ese amor, que parece como la cosa más evidente, se hace patente que es un milagro. Y ese milagro está en las casas, en vuestras casas, con toda la fragilidad, con todo el sufrimiento. Lo conozco. Y cuando ese amor se vive, estáis anunciando a Jesucristo en vuestras calles, en vuestros barrios, en vuestro pueblo. No hace falta que lo anunciéis: lo anuncia vuestra libertad, lo anuncia vuestro amor. Anunciar a Jesucristo no significa tampoco ir contra nadie. El cristianismo no va nunca contra nadie, y cuando va contra alguien, cuando nuestra afirmación de la fe se hace contra alguien, estamos reduciendo la fe a una ideología, y no lo es. Nuestra afirmación de la fe y de Cristo como esperanza del hombre es una oferta, un regalo, un deseo de que todos puedan participar de nuestra alegría, pero no va contra nadie, ni se establece como juez de nadie, que no es esa nuestra misión. Dios es juez, y su Hijo nos dijo qué es lo que hace con los hijos pródigos y cómo los ama. Anunciad, pues, a Cristo con vuestras vidas, con vuestras alegrías, con vuestro amor, con vuestra esperanza; que vuestros rostros proclamen el gozo de haber encontrado la vida verdadera, y cuidado, cuidado de esa vida. Toda parroquia, toda institución en la Iglesia, todo movimiento, todo grupo, existe sólo para cuidar del hombre. Los cristianos han dicho durante siglos: la Iglesia es Madre. La Iglesia es Madre porque uno nace en su seno a una vida nueva, y la Iglesia es Madre porque cuida del crecimiento, de la vida de cada persona; porque cuida de que cada persona pueda florecer.

Cristo no ha venido para ser una carga en la vida de los hombres, todo lo contrario. Lo habéis oído decir ayer por la tarde quienes estabais con los jóvenes; me lo oiréis decir mil veces: Cristo ha venido para que el corazón respire; para que uno pueda vivir con libertad y con esperanza, y equivocarse sin temor, y vivir con la despreocupación de un niño en brazos de su madre, o con la despreocupación de las flores del campo, de las aves del cielo.

¡Cristo ha venido para hacer al hombre libre!, para hacer de cada hombre y de cada mujer un hijo, heredero de Dios, consciente de su dignidad de hijo de Dios. Y con una alegría que nada ni nadie puede arrebatarnos.

Cristo ha venido para que marido y mujer se quieran más, para que los niños crezcan con más alegría; para que nazca un pueblo de hombres libres, y un pueblo que tiene todas las puertas abiertas, como están hoy las puertas de este coso; que tiene todas las puertas abiertas a cualquier hombre que quiera acercarse, y unirse a nuestra alegría, a nuestra esperanza, y a nuestra fiesta.

Cuando se habla de anunciar a Jesucristo, cuando se nos invita a ser misioneros, portadores del anuncio de Jesucristo: ¡Este es el anuncio bueno que nosotros tenemos para el hombre!; este es el anuncio bueno que cada uno de nosotros, mientras permanecemos en la comunión de la Iglesia, somos para el hombre, y para el hombre de nuestro tiempo.

Vamos a darle gracias a Dios en esta Eucaristía. Siempre lo hacemos, cada día, y hoy, juntos, como Iglesia, como cuerpo de Cristo, como Esposa amadísima de Cristo, decimos: Señor, te damos gracias porque tu misericordia es eterna, y ha llegado a nosotros, a mí, pobre pecador, sin ningún mérito mío, me ha llegado el conocerte, y el don de la fe, y esta libertad, y esta gracia, que vale más que la vida.

Sólo añadir que, como María recibió a Cristo, la Iglesia recibe a Cristo. Y a nosotros se nos da hoy. Se nos ha dado en nuestro Bautismo, y hoy renovamos, en esta fiesta común, la ocasión de vivir esa vocación, la posibilidad, el privilegio, de comunicarlo al mundo. ¡No os lo perdáis!. Como ha dicho tantas veces el Santo Padre: la fe se fortalece dándola. Uno experimenta que es verdad que Dios acompaña la vida justo cuando uno lo comunica. Esto no es ninguna obligación, no es ningún deber, a no ser que entendiéramos muy bien la palabra obligación, y la palabra deber.

Cristo ha venido, ante todo, para que vosotros viváis, y para que lo disfrutéis; para que el corazón respire, decía antes. Pero uno no puede tener el corazón lleno, y no desear que amigos, familia, personas a las que uno quiere, compañeros de trabajo, no puedan participar del mismo gozo. Yo sé

que soy un mal ejemplo en esto, pero no echéis sermones a los que no creen, o a los que están lejos.

El sello de la nueva evangelización es justamente el amor al hombre, a la verdad del hombre, a la vocación y al destino del hombre. Ese es el modo, que con o sin palabras, todo hombre espera, todo hombre reconoce, porque su corazón está hecho para eso. Somos portadores de Cristo, somos su cuerpo. ¿Qué significa eso? Que los hombres tienen el derecho a esperar de nosotros, el poder reconocer, aunque sea un reflejo pálido, débil, de nuevo como esa llama, un reflejo del amor de Dios por ellos. La nueva evangelización es obra y testimonio del amor apasionado por el hombre, por toda persona humana desde el momento de su concepción hasta su muerte natural, y por la dignidad de toda persona humana, de toda persona humana: de cualquier edad, de cualquier estatus o posición social, de cualquier condición.

Dejadme recordar unas palabras del cardenal Wyszynski, el que fue maestro del actual Papa, cuando él estaba en la cárcel. Algunos me las habéis oído porque las cito muchas veces, y a mí me sirven para recordar, para corregir la mirada, cuando necesito corregirla. Un día que los carceleros le habían tratado especialmente mal (le habían insultado, abofeteado y humillado), por la noche, escribió en el diario sólo una frase: *“Los hombres, los cristianos sólo conocemos dos clases de hombre: los que son hermanos nuestros, y los que todavía no saben que lo son”*.

Ahí tenéis una clave de la nueva evangelización. Que el Señor viva en nosotros de tal manera, que nuestro gozo de tener a Cristo y de estar unidos sea tan grande, que podamos rebosar ese amor hacia todo aquel que se cruza en nuestro camino; y especialmente a los más débiles, a los más pobres, a los más pecadores. ¿Me entendéis bien? A los más pecadores, a los que están más lejos de Dios, y más necesitan la única medicina que cura al hombre, que es el Amor de Dios, que es el Amor de Jesucristo. El mismo que nosotros hemos recibido.

No se trata más que de eso: de vivir la vida, de vivir el trabajo, de vivir con los vecinos, de ir a comprar en el supermercado, de celebrar un cumpleaños en casa, o de ver un partido de fútbol; y poder vivirlo con el gusto por la vida, y con el amor por cada persona humana que el Señor pone en nuestro corazón.

¡Ese es mi envío!. y ¡ojalá! todos los hombres y mujeres de Córdoba puedan encontrar la esperanza a través de nuestro trato, la esperanza que nosotros hemos encontrado, sin merecerla, por elección gratuita de Dios. Y ¡ojalá! todos los hombres y mujeres del mundo, puedan encontrar la verdad y la dignidad que brota de Jesucristo. ¡Ese es el envío! Y eso no se hace sólo en lugares y en momentos privilegiados, se hace con el gozo de vivir, con el gozo de vivir la vida, con el buen gusto de vivir un matrimonio, o una familia cristiana; o la misión de un maestro; lo que uno tiene en la vida, el trabajo, el encuentro con los compañeros. Todo, todo es ocasión de que en nuestro rostro resplandezca la alegría y la esperanza de Jesucristo. Todo es ocasión de la misión que el Señor nos da.

Dicho esto, digo también que nosotros no nos separamos nunca. Podremos estar juntos más o menos veces, en ocasiones particulares, en una parroquia, en un encuentro, las veces que el Señor nos dé. En el cielo. El cielo es esto, sólo que con los cantos más bonitos, y sin que falte nadie; y pudiendo ver ya el rostro de Dios ya sin velos. Pero el cielo es esto: es un anticipo, como todo amor verdadero vuestro es un anticipo.

Pero los cristianos no nos despedimos nunca. Esto se acaba. Y no acaba simplemente, no sólo porque no haya acabado el Jubileo, sino porque estamos siempre unidos en la Eucaristía. ¿No recordáis que en la plegaria eucarística hacemos siempre memoria de los santos y memoria de los difuntos? Porque la Iglesia la formamos todos los redimidos por Cristo, pues allí están todos. Viudas, allí están vuestros esposos difuntos. Estáis con ellos junto al Señor, y cuanto más cerca estéis del Señor, más cerca estaréis de ellos, y ellos de vosotras. Que esta vida es una peregrinación, nada más. Y esto es una etapa del camino.

No nos separamos nunca. Si vivimos bien la Eucaristía, allí estamos todos unidos en un único cuerpo. No hay un Cuerpo de Cristo para cada uno: hay un solo Cuerpo de Cristo al que nos incorporamos todos cuando recibimos la comunión. Por lo tanto, no nos separamos, no hay lugar para la nostalgia. En ese Cuerpo de Cristo estamos todos formando una sola cosa, unidos por unos lazos más fuertes que los lazos de la carne, de la familia, del parentesco; del ser del mismo pueblo, o de la misma tierra, o de pensar lo mismo, o de ser amigos. Son lazos más grandes, somos los unos parte de los otros, miembros de los otros dice San Pablo.

De todas maneras, vamos a tener todavía ocasiones de vernos. El Jubileo no termina con esta Eucaristía. Celebrad el día del Corpus en los pueblos y en las parroquias, también como un signo visible en este año. Es una fiesta grande, especialmente grande porque es celebrar cómo Cristo nos acompaña en la vida. Y aquí, quienes estáis aquí, en la ciudad, y quienes queráis venir, sin que eso reste nada a las procesiones del Corpus en vuestras parroquias, también proclamaremos que Cristo es nuestra compañía, como Dios acompañaba al pueblo de Israel en el desierto. Y en la Vigilia de Pentecostés nos volveremos a encontrar para celebrar ese don del Espíritu que vivifica nuestros cuerpos mortales y llena de gusto la realidad y la vida. Y luego están las celebraciones de los Arciprestazgos, que haremos en la segunda parte del año, y nos volveremos a encontrar, si Dios quiere. Y las peregrinaciones: a Tierra Santa en Julio, para los que queráis o podáis; los jóvenes: a veces me dicen los jóvenes: "es que mis padres no me dejan". No tengáis miedo los padres de que los chicos vayan a la peregrinación. ¡Ojalá los tuvierais en otras partes tan seguros y tan cuidados como están allí por el Señor!. Y luego hay un Encuentro el quince de Octubre del Santo Padre con las familias. De ese todavía no ha salido la propaganda, pero también quienes queráis en aquella ocasión acercaros a ganar el jubileo y a celebrarlo con el Santo Padre en Roma, pues bienvenidos. Y luego hay, y os lo digo, yo sé que unos cuantos o bastantes estáis ya a lo mejor suscritos, pero hay un pequeñísimo instrumento que nos puede servir como lazo de comunión entre tiempo, que es la revista diocesana, "Primer Día". Quienes estáis suscritos, gracias; quienes no la conocéis, va a haber unas mesas en la salida donde podéis acercaros, y si tenéis interés, suscribiros. Los sacerdotes, facilidad lo que podáis su distribución en vuestras parroquias, o en las comunidades, o en los colegios, donde estéis. Es un modo de saber los unos de los otros. Y cuando uno se quiere bien, quiere saber lo que pasa con los demás, lo que se está haciendo, lo que estamos viviendo juntos; y quiere ser un instrumento de comunión y de que crezca la esperanza en Jesucristo.

Seguramente me dejo más cosas, quizás, sí, claro que sí. Tengo que dar las gracias, en realidad os la tengo que dar a todos, a todos y cada uno; pero hay personas que, para que estos días pudieran ser la fiesta tan hermosa que han sido, han puesto mucho esfuerzo, mucha energía; son muchas, muchas, no voy a nombrar a ninguna; pero que sepáis que hay una gratitud inmensa en nombre de Cristo en mi corazón; desde los propietarios de la plaza que nos han dejado poder utilizarla, hasta los que han hecho posibles los más pequeños detalles: los que han cortado los pañuelos de los niños, que sé yo; los que han preparado la Liturgia: los folletos, los cantos;

los Coros que nos ha ayudado a percibir más la belleza de estar juntos y de que el Señor esté con nosotros; todos, todos, los sacerdotes que habéis estimulado y habéis ayudado a vuestra gente a venir; los que habéis preparado cualquier cosa; los que habéis orado para que no lloviera este fin de semana (ha habido quien llevó cuatro docenas de huevos a Santa Clara, una por cada celebración, y las religiosas de clausura le dijeron: “y ¿cómo se llama el novio?”, y dijo: “no, si no hay novio, si es por las celebraciones del Jubileo, para que no llueva”). Sé que sois muchísimos los que habéis orado para que el Señor bendijera estos encuentros. Todos, todos, gracias en el nombre de Cristo.

Os doy la bendición.

JUBILEO DE LOS ENFERMOS

28-5-2000. Santa Iglesia Catedral de Córdoba

Queridos hermanos sacerdotes, queridos enfermos, queridos hermanos y amigos:

La enfermedad, la muerte, son dos realidades que marcan la vida humana, y que ponen de manifiesto, que la vida no es nuestra, que la vida nos ha sido dada; y nos ha sido dada como un camino para acercarnos a Aquél, que es la fuente y la meta de toda vida. La muerte, y esa especie de anticipo de la muerte que nos acompaña a lo largo de la vida, que es el dolor y la enfermedad, son frutos de la condición humana herida por el pecado, y eso hace que ante la enfermedad o la muerte nuestra conciencia se ofusque, se pregunte; no perciba ese camino que nos conduce a la Casa del Padre, sino sencillamente algo que nos arranca de algo que es nuestro, que pensamos que es nuestro, que es la vida.

Siempre sería extraño decir: bueno, si la muerte y la enfermedad y el dolor, son realidades tan duras para la vida, ¿cómo podemos nosotros celebrar el Jubileo?, ¿cómo podemos cantar, como hemos cantado hace un momento: Aleluya, es decir, alabad al Señor?, ¿cómo podemos dar gracias a Dios por todo lo que Él nos da, cuando nuestra vida, a lo mejor, está marcada por el sufrimiento, por el dolor, o por la proximidad inexorable de la muerte? Y sin embargo, nada más razonable, nada más bueno, nada más acorde a la verdad de lo que somos, que poder dar gracias a Dios. ¿Porqué las damos por la enfermedad? No, no es Dios quien envía la enfermedad. La enfermedad forma parte de nuestra naturaleza, y el modo de vivirla, tal como los hombres hoy la vivimos, como la podemos vivir, es fruto del pecado, que nos ha oscurecido la meta de nuestro viaje. ¿Por qué entonces damos gracias a Dios? Pues, precisamente, por el hecho de que en nuestra vida, hemos conocido a Jesucristo; porque nos hemos encontrado con Él; porque sabemos que Él ha vencido al pecado, al dolor y a la muerte en su propia Pasión y muerte, en una carne semejante a la nuestra en todo, menos en el pecado.

Nosotros no podemos vivir la enfermedad como la vive quien no tiene fe. Quien no tiene fe, quien no conoce a Dios, quien no ha encontrado a Jesucristo, no puede afirmar como afirmamos los cristianos en el Credo: "Creo en el perdón de los pecados; creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna", porque no tiene más que esta vida para vivirla; no tiene más que las alegrías, pocas o muchas que pueda dar esta vida. Y las alegrías de esta vida duran poco, porque más tarde o más temprano todos nos acercamos a la molesta y fatigosa vejez; más tarde o más temprano a todos los hombres se nos acaba la salud; más tarde o más temprano todos tenemos que afrontar la separación de nuestros seres queridos, de un modo o de otro. Quien no tiene por tanto fe, y por lo tanto sólo puede contar con esta vida, no tiene más lugar donde poner su esperanza que en el recuerdo nostálgico de momentos de felicidad que uno vive, y que inexorablemente también, uno va situando a medida que avanza la vida en el pasado; momentos bellos de juventud: el día en que, quienes han vivido un matrimonio lleno de amor, se conocieron como esposos; el nacimiento de los hijos. Pero tener que vivir la vida sin poder afirmar esa esperanza en la vida eterna, en la resurrección de la carne, en el perdón de los pecados, es vivir la vida inevitablemente como si la vida, fuera una carga penosa.

No es por lo tanto por eso, por lo que nosotros damos gracias. Damos gracias porque siendo la vida así, y porque viviendo muchos de vosotros, y más tarde o más temprano todos, esta experiencia de la debilidad y de la fragilidad humana; en esa fragilidad, Dios se ha acercado a nosotros; y Dios se ha acercado a nosotros y se ha unido a nosotros a través de Jesucristo, su Hijo, a quien muchos de vosotros recibiréis, o recibiremos dentro de un momento en la Eucaristía. Y Dios se nos acerca, se une a nosotros para comunicarnos su amor, su Espíritu, su fortaleza; para sembrar en nuestra mente la esperanza de que por muy pesada que pueda hacerse la vida, cuando ya está marcada por la enfermedad, o por muy dura que pueda ser para el hombre la necesidad de afrontar la muerte, sin embargo, ni el dolor, ni la enfermedad, ni la muerte son lo determinante, lo último y lo definitivo en nuestra vida. Hay ya en ella, algo más grande, que es el amor con el que somos amados; el amor que nos ha dado la vida, y el amor que ha hecho una alianza con nosotros para prometernos la vida eterna, es decir, que nada de lo que hay de verdadero, de bueno y de bello en nuestra vida; que nada de lo que en nuestra experiencia humana proviene de Dios y es de Dios: el amor, la verdad, nuestro propio ser de personas y hasta nuestra carne, están destinados simplemente a deshacerse en el polvo, y a ser olvidados después de una generación o dos, porque nadie los ha conocido, sino que nuestro

destino es participar para siempre de la vida eterna de Dios, de la vida inmortal de Dios; que aunque nuestra morada terrena se deshace, y se deshace nuestro cuerpo, como dice el texto litúrgico, tú, que eres tú, y que soy yo, somos amados por Dios de una manera que la muerte no tiene el poder de destruir. El Dios que te ha dado la vida y que te ama, ese mismo Dios, te ha prometido, te ha asegurado, te dice, que Él está contigo, y que el destino, no es la muerte sino la participación para siempre de su vida feliz e inmortal; y eso es lo que cantamos. Cantamos esa certeza de que nuestra única esperanza no tiene que ser ir matando los días poco a poco, de forma que aguantemos lo mejor posible este deshacerse de nuestro cuerpo, el dolor que lleva consigo, o la soledad que acompaña la vejez.

Damos gracias porque en esa experiencia está siempre el Señor con nosotros; porque en esa experiencia conocemos el amor de Dios; porque en esa experiencia, conocemos también, muchas veces, el valor real de las cosas en las que hemos puesto nuestra esperanza: la belleza, la juventud, la fuerza, las cualidades, la inteligencia, todo, dones de Dios y buenos; pero que sin embargo, no son el objeto de nuestra felicidad, o de nuestra esperanza; porque la vida pasa, y a medida que pasa la vida, de todas esas cosas nos hemos de desprender. Sólo Dios permanece para siempre, y sólo poniendo la vida en Dios, se puede afrontar la vida, la enfermedad, la muerte, sin que ese pensamiento destruya; sólo desde Dios se puede afrontar la vida, la enfermedad y la muerte, pudiendo mirarlos de frente, sin tener que esconderlas de la conciencia, sin temor, sin el pánico y la desesperanza que generan a quien no conoce más que lo que ha podido obtener de este trocito de vida. Y eso es por lo que uno da gracias a Dios.

Damos gracias por Jesucristo, por el don de Jesucristo, y por la fe, y la esperanza y el amor, que nacen de Jesucristo. Damos gracias porque la fe en Jesucristo, su conocimiento, nos permiten vivir la enfermedad de un modo distinto; hasta la soledad, esa soledad espantosa y humanamente durísima, que significa, a veces, en la ancianidad, el abandono de los seres más queridos, a veces de los hijos; esa soledad de un corazón que tiene necesidad de cariño, y que no lo encuentra en este mundo; y cuando uno ha encontrado a Jesucristo, es posible vivir, vivir la vida, vivir la enfermedad, afrontar la muerte de un modo en el que uno nunca está solo. Quienes estáis aquí, seguramente, tenéis experiencia de ello; y no sólo porque tenéis una idea, sino porque, seguramente, si tenéis cristianos cerca, si participáis de la vida de la Iglesia, tenéis personas a vuestro lado que os hacen carnal, tangible, cercana, esa misericordia infinita de Dios, esa ternura, y ese amor gratuito de Dios.

Claro que tenemos motivos para dar gracias: por Jesucristo, por la esperanza que Jesucristo pone; no por el dolor o la enfermedad que se llevan como se puede, sino porque en el dolor, en la enfermedad, y ni siquiera en la muerte está solo un cristiano. Hay un texto en la carta a los Tesalonicenses, en el que San Pablo expresa: *“Ni siquiera en la muerte el cristiano está solo”*. Un cristiano muere de la mano de Jesús; allí, ni siquiera donde los seres más queridos te pueden acompañar, allí te puede acompañar el Hijo de Dios, que te ha dado la vida, que te la ha dado para hacerte hijo, y que como hermano, te acompaña a la Casa del Padre, nos acompaña a la Casa del Padre. Y eso es un motivo de gratitud inmensa: la vida entera, la salud, todos los bienes de este mundo, no sirven para nada si a uno le falta esa esperanza. Lo decía también el Señor: *“de qué le sirve a uno conseguir el mundo entero, si pierde su vida, si malogra su alma”*. ¿De qué nos sirven las cosas de este mundo si tenemos que abandonarlas?, ¿de qué nos sirve lo más bello: la belleza de la amistad, la belleza del amor, si todo eso está destinado a ser nada más que cenizas?. En cambio, Jesucristo, abre en nuestro corazón un horizonte nuevo. No, vuestro amor de esposos, vuestro amor de padres, nada de lo que participa del amor de Dios y del ser de Dios, está destinado a la muerte. Se deshace nuestro cuerpo, pero el Señor hará una creación nueva de nosotros mismos, y encontraremos un día, a nuestros seres queridos, en un lugar en donde *“ya no habrá llanto, ni dolor y el Señor mismo, enjugará las lágrimas de nuestros ojos”*.

Yo os invito, hermanos, sobre todo a los enfermos, a que no os cerréis esta puerta de alegría y de esperanza; que sepáis que Jesucristo está siempre con vosotros, que sepáis que el Señor os acompaña permanentemente, más que a nadie, porque tenéis más necesidad de ese amor; porque estáis más desvalidos ante la vida, y porque el corazón, en ese desvalimiento, se purifica de tantas cosas para darse cuenta de que, lo único que importa, el único que puede realmente salvarnos y darnos la vida, es Dios; y en ese momento, Dios está más cerca, aunque vosotros no os deis cuenta; aunque pueda haber momentos en los que el dolor sea tan fuerte que uno no tenga ni ganas de rezar, ni posibilidad, a lo mejor, de acordarse del Señor. Pero, sabed, que el Señor está a vuestro lado; sabedlo antes; luego, cuando llegue el momento, si hay que gritar, gritáis; pero sabedlo antes, para que podáis saber que al Señor no le ofende ese grito, y que Él está a vuestro lado, también en ese grito; también en ese dolor, que hace imposible, a lo mejor, la tranquilidad o las energías físicas para pronunciar una oración; que Jesucristo, que ha derramado su sangre por vosotros, que os ha hecho hijos de Dios por el Bautismo y la Confirmación, está siempre con vosotros; noso-

tros somos todos miembros de su Cuerpo, parte suya; Él es nuestra cabeza, estamos unidos a Él, por los lazos de la gracia, por el don y la participación del mismo Espíritu Santo, que une al Hijo de Dios con su Padre.

Que cuando llegue la enfermedad, el Señor nos conceda vivir conscientes de la compañía, de la ternura y de la misericordia de Cristo. Que el Señor os conceda a vosotros, quienes estáis hoy en la enfermedad, la fortaleza de esa compañía; la seguridad de su amor, de su misericordia, y la esperanza de la vida eterna.

Cuando uno comprende eso, hay otra dimensión que el Señor abre a algunas personas; y es que cuando uno se da cuenta, de cómo el amor de Dios se ha unido a nuestro dolor en la Pasión de Cristo, es cuando uno experimenta la gratitud, el bien que Jesucristo significa en la vida. Entonces, uno desea compartir con Él ese amor por todos los hombres, y no sólo se afronta con libertad el dolor, o la enfermedad, sino que uno da gracias por ello; y uno la ofrece como vamos a ofrecer ahora el Pan y el Vino en la Eucaristía; la ofrece como un don pobre, de lo que uno es, mendigo, pobre; y lo pone junto al Señor para que el Señor haga de ese dolor parte de su Pasión, parte de su dolor para el bien del mundo, y para el bien de los hombres. Y os aseguro que cuando el Señor le da a uno intuir un poquito de esa experiencia; que cuando el Señor nos concede poder vivir la enfermedad así, ofreciéndola junto a la cruz de Cristo, poniéndola junto a la cruz de Cristo, como un gesto de amor y de gratitud por la redención de Cristo, y para bien de los hombres; cuando uno ofrece el dolor que uno tiene, y repito, cuando uno está en la cumbre del dolor, o cuando uno está ya sin energías, y a lo mejor el corazón no tiene la capacidad de hacer ese ofrecimiento, uno lo ofrece antes. Decía un sacerdote santo, a quien yo he conocido, que las cruces de verdad, que todos nos encontramos en la vida, se ofrecen antes de que lleguen, y luego se pasan como se puede, que Dios sabe de nuestro dolor, ¿no?. Ofrecer antes de que llegue, ofreced hoy, por ejemplo, en este día jubilar nuestro dolor al Señor, nuestras fatigas, nuestros achaques, nuestras soledades, nuestras miserias, hasta nuestras debilidades humanas, ¿no?, nuestras quejas; ponadlo todo junto al pan y el vino en el altar, para que el Señor consagre ese sufrimiento, y ese dolor, y la Pasión de Cristo sea enriquecida con la pasión de aquellos que sois sus miembros, sus hermanos, parte de su Cuerpo, unidos a Él por el Espíritu Santo y por el Bautismo. Cuando el Señor le da a uno la posibilidad de comprender algo de este misterio de la Pasión, este hecho luminoso del amor infinito de Dios por el hombre, entonces la enfermedad se convierte en un tesoro; y no os estoy dando ideas, os

estoy dando cosas que he visto con mis ojos, y personas que he conocido con mis manos. Recuerdo a una mujer, enferma de artrosis deformante, que tenía que llevar, porque ya no podía andar, una sillita de ruedas y unas botas ortopédicas que producían un dolor que casi le impedían hablar; y ya no había calmantes que calmaran ese dolor. Y visitándola, le dije: “¿tú le ofreces tus sufrimientos al Señor por esas botas?”, y me contestó: “¡Ay, Padre!, no entiende usted nada; ¡si usted supiera qué agradecida estoy a esas botas!, ¡si usted supiera cuánto amor pasa por ellas para Jesucristo y para el mundo!”. Y lo decía sonriendo, con una mirada limpia, de estas transparentes que uno reconoce, llenas de paz y de alegría.

Que algo tan terrible y tan destructivo como el dolor pueda convertirse en un motivo de alegría y de gratitud, eso es un tesoro; eso sí que es un misterio; pero es al mismo tiempo un signo de Dios; un signo de cómo Dios actúa en nuestra vida, de cómo es verdad que Dios hace milagros en el hombre; de cómo su gracia cambia el corazón. Yo le he pedido muchas veces al Señor desde que sucedió aquello, no hace muchos años, poder vivir así; muchas veces le he pedido al Señor: Señor, que el día que me toque a mí la enfermedad, que el día que me toque a mí la vejez, o los achaques, o el sufrimiento, que me des tu gracia, de forma que pueda vivirlo como aquella mujer lo vivía: con la misma libertad, con la misma alegría en el corazón, con la misma paz en el alma, y con la misma transparencia y verdad en la mirada. Es una gracia, y uno la pide, y si queréis, hoy, la pedimos para todos los que estáis aquí.

Los que estáis aquí sois como una representación pequeña de todo el inmenso sufrimiento que hay en las familias y en las vidas de tantos enfermos. No hay familia en la que no haya alguien, porque a todos nos toca; no hay familia en la que no haya una situación, bien sea de ancianidad, o de enfermedad, a veces de jóvenes, o de niños ¿no?. ¡Dios mío!, que el Señor pueda aproximarse a cada uno de los enfermos para que puedan vivir con paz, con alegría, su enfermedad; sobre todo, para que nunca se sientan solos; para que puedan saber, que Dios no los abandona jamás, y si Dios quiere, para que puedan ofrecerle ese dolor, de forma que la Redención de Cristo pueda llegar a los hombres; que el Amor de Cristo pueda transparentarse en sus vidas como se transparentaba en aquella mujer que yo encontré.

Esa es nuestra súplica de hoy, y para fortaleceros en vuestra enfermedad, celebramos el Sacramento de la Unción de los enfermos, que tiene

ese significado fundamentalmente: suplicarle al Señor, que si Él quiere, os dé la salud; pero sobre todo, que os dé su Espíritu, que es el bien más grande, para que con salud, o con enfermedad, podáis vivir conscientes de que nunca estáis solos, y de que Cristo está con vosotros; de que Cristo está con nosotros, y no nos abandona nunca.

Sólo hay dos cosas que no quisiera dejar de deciros. Una, que nunca atribuyáis vuestro dolor como a una venganza de Dios, o como a un enfado de Dios. Yo sé que es humano que pensemos así, y que es humano que pensemos, que nos imaginemos a Dios de esta manera; pero ese Dios, no es Dios. Es tan pequeñito, es tan parecido a nosotros... El mal de nuestra vida no nace de Dios. Nunca penséis que si estáis sufriendo es porque Dios os ha castigado, o por algo que hicisteis mal. Todos hemos hecho cosas malas en la vida, todos, sin excepción. El justo, decía un salmo, peca siete veces. No hay ser humano, que no tenga miles de cosas por las que pedir perdón. Pero Dios no castiga, y si castigara, Dios no castigaría de este modo; es el mal que hacemos el que nos castiga; pero Dios no envía el dolor, Dios no envía el sufrimiento. Dios no es la causa de la enfermedad, o de la muerte, en absoluto, nunca: Dios no es así, Dios cura. Donde Dios está, pone paz; donde Dios está, pone esperanza; donde Dios está, pone misericordia. No os imaginéis a Dios como si fuera un hombre mezquino, igual que lo somos nosotros.

Y la segunda cosa que yo quisiera deciros en relación con la enfermedad, también como un pensamiento, sobre todo para las personas ancianas, es que no caigáis en la tentación de decir: "Señor, si ya no sirvo para nada.". Cuando el dolor se hace muy fuerte, o muy largo, o cuando uno se da cuenta de que el propio dolor altera la vida de los demás porque tienen que estar pendientes de mí; o porque tienen que estar cuidándome permanentemente, y no pueden salir a la calle, o no pueden hacer su vida, y supone un sacrificio para las personas que están alrededor, a uno le viene la tentación de decir: "Señor, si ya no sirvo para nada, si soy una carga"; y muchas veces, a lo mejor, se os viene al corazón:" para qué me tienes ya aquí, si yo aquí ya no estoy haciendo nada". ¿Me dejáis deciros que eso es una tentación muy grande?. Es humano, también, que eso salga del corazón; pero no es verdad. Aunque humanamente hablando no sirvierais para lo que el mundo considera las cosas importantes, servís; todo ser humano, el más necesitado, sirve siempre, justo para lo más importante, que es darles a los demás la posibilidad de que lo quieran. No sé si me entendéis, pero yo os aseguro, que eso es así. Usar las medidas del mundo, que mide a las perso-

nas por lo que producen; que mide a las personas, en función de la utilidad económica, material de la vida... Un ser humano, un ser humano inconsciente, un ser humano enfermo, un ser humano en coma, hace un regalo inmenso a quienes tiene alrededor: la posibilidad de que le quieran, que es lo más grande que puede hacer un hombre en la vida. Y también en eso no os estoy hablando por daros una idea, o por daros un sermón, sino que lo he conocido. He conocido y conozco a personas que viven así su relación con los enfermos, dando gracias a Dios por ellos.

Os podría hablar de algunas personas que tienen que consagrar su vida a un niño que ni siquiera puede hablar, y a quien hay que darle la comida, y que cuando hablan de su relación, porque han conocido a Jesucristo, dicen: "es la gracia más grande que Dios nos ha dado en la vida. Este niño, a quien hay que hacerle todo, desde cambiarle los pañales, hasta darle de comer con una pajita, y que nunca jamás hablará, es el regalo más grande que Dios nos ha hecho".

Una familia, podría dar los nombres, que tiene hace tres años una persona en su casa en coma, y que viven..., os hacéis idea. Y uno podría decir: "y estas personas, ¿para qué sirven?". El mundo se hace estas preguntas, y quienes defienden la eutanasia, y en la televisión oiréis ese razonamiento: "si esta persona ya no sirve para nada, si está gastando de la Seguridad Social, o supone un gasto, y está, además, llenando de fatiga la vida de las personas de al lado..." ¡Mentira! Esa persona está contribuyendo, de la manera más eficaz, a la verdad de nuestra humanidad, al bien de nuestra humanidad, que es darnos a los demás la posibilidad de quererles; y por lo tanto, darnos a los demás la posibilidad de vivir lo más grande que se puede vivir, lo que es la vocación humana, de la persona humana, siempre: el amor. La plenitud de la vida es el amor, y un enfermo hace siempre a los demás el don de darles la posibilidad de amar; y también de eso vosotros tenéis experiencia seguro si tenéis amor cerca. Las personas que están a vuestro lado, no cambiarían el estar a vuestro lado por nada del mundo. ¿Verdad que no, hermana?

Las personas saben que para ellos es un don cuidarlos; que para ellos es un regalo inmenso, poder quererlos; y que es el bien más grande que vosotros hacéis, o que ellos os hacen. Cuántas veces, he oído decir a personas que están junto a enfermos: "ellos se creerán que a lo mejor agradecen mucho el cariño que les damos, pero los que tendríamos que estar agradecidos siempre somos nosotros." Esa es la verdad de nuestra existencia. Esa, es la ver-

dad de lo que somos; lo otro, son mentiras; lo otro, son falsedades; lo otro, son engaños. Y el enemigo nos engaña. Por eso digo que es una tentación. Nunca penséis: “ mi vida no vale para nada”; claro que es humano el no querer molestar a los del al lado.

Es una caridad, que vosotros les hacéis, que el enfermo hace a quien está sano. Es un don, es un regalo que el enfermo hace a quien está sano; y si nuestro mundo no estuviera pervertido, es decir, vuelto del revés, lo entendería. Pero no caigáis en esa tentación.

Y quienes cuidáis a los enfermos, cuando los veáis que caen, ayudales, decidse lo; decidles la verdad; decidles claramente que son un regalo en la vida, que son un don para vosotros; que vosotros estáis agradecidos por poder cuidarlos y tenerlos cerca.

Vamos a celebrar esta Eucaristía, conscientes de esta verdad, que el mundo, seguramente muchas personas del mundo, no entenderían; porque es un privilegio, es decir, una gracia, que el Señor nos haya dado a nosotros la posibilidad de entender.

Por lo tanto suplicamos por estas cosas que acabamos de pedir; suplicamos todos al Señor, para que Él, con su Espíritu, fortalezca y dé la vida, la Vida con mayúscula, a los enfermos que van a recibir el Sacramento.

Y simplemente que recordéis: Primero, que sois predilectos de Dios. Cuanto más grande sea el dolor, más cerca está Dios de uno. Y lo segundo, que ofrezcáis vuestro sufrimiento por el mundo, por este mundo tan herido, y tan lleno de dolor sin sentido. Esa es vuestra Misa. Esa es vuestra Eucaristía. Ese es el tesoro del que vosotros sois portadores junto a Cristo. Estáis más cerca de Cristo que nadie, o si queréis, Cristo está más cerca de vosotros que de nadie.

***CARTA CON MOTIVO DE LA XLI CAMPAÑA CONTRA EL
HAMBRE, PROMOVIDA POR “MANOS UNIDAS”,
A LOS SACERDOTES, RELIGIOSOS Y FIELES
DE LA DIOCESIS DE CORDOBA.***

“HAGAMOS DEL MUNDO LA TIERRA DE TODOS”

25 de enero del año 2000

Queridos hermanos:

Un año más, Manos Unidas nos invita a tomar conciencia de las necesidades de los hombres y mujeres a lo largo y ancho de nuestro mundo, partiendo de nuestra experiencia cristiana. En efecto, la fe nos hace sentir como propias las necesidades de todos. Esa ha sido a lo largo de los años la fuerza y la fecundidad de Manos Unidas, desde que aquel primer grupo de mujeres de la Acción Católica inició esta aventura que llega hasta nuestros días. Se trata de un eslabón más en una interminable cadena de caridad, que atraviesa la historia como signo elocuente de una novedad humana incontestable; la novedad que ha introducido en el mundo Jesucristo con su encarnación, muerte y resurrección, y que hoy sigue haciendo presente la Iglesia.

Manos Unidas ha ido desplegando a través de sus campañas anuales, la amplitud y profundidad de las necesidades de pueblos enteros: ha puesto ante nuestros ojos el flagelo del hambre, que mata cada año a millones de hombres, mujeres y niños; pero también nos ha recordado que existe un hambre de libertad, e indisolublemente ligada a ambas, un hambre de sentido para la propia vida. Por eso, cuando nos acercamos con la mirada del Evangelio a las necesidades de nuestros hermanos, no podemos detenernos a medio camino. Son necesarias acciones concretas de alivio, proyectos de desarrollo, cambios legislativos y nuevas políticas económicas. Pero todo ello sería inútil a la larga, si no fuera sostenido por personas y comunidades renovadas, capaces de asumir con alegría la responsabilidad de su propio destino. Esto sólo será posible si compartimos con ellos no sólo bienes, técnicas y saberes, sino la novedad de vida que hemos recibido de Jesús en la Iglesia. Por eso el fondo de la justicia se llama caridad, y bien podemos decir que la caridad es la verdadera matriz de una civilización que estamos en grave riesgo de perder.

Este año 2000, la Campaña de Manos Unidas se centra en la necesidad de un justo reparto de la tierra. Para millones de familias en Asia, África y América, disponer de un pedazo de tierra no es sólo la forma de asegurar el pan de cada día, sino la posibilidad de salvaguardar la propia identidad, las raíces culturales y religiosas que les permiten un verdadero desarrollo humano, y les protegen de la feroz uniformidad que impone la cultura de masas dominada por el materialismo. Siguiendo una línea iniciada por la Sagrada Escritura, continuada por los Padres de la Iglesia y confirmada por la enseñanza de los Papas, el Pontificio Consejo “Justicia y Paz” ha publicado recientemente un documento que denuncia las situaciones de pobreza y de injusticia dramáticas e intolerables, derivadas del injusto reparto de la tierra. También recuerda que en la Biblia, la justicia tiene un significado esencial de protección de los más débiles y de tutela de sus derechos en cuanto hijos de Dios. Manos Unidas se coloca en esta perspectiva y propone que este Año Santo Jubilar que estamos celebrando, sirva para restablecer la justicia a través de una reforma agraria que tenga en cuenta todos los factores implicados.

Pero junto a la denuncia de estas situaciones y la propuesta de soluciones políticas justas, Manos Unidas nos presenta de nuevo el amplio abanico de sus proyectos, protagonizados siempre por personas y comunidades con las que mantiene un vínculo vivo de fraternidad cristiana. Esta es la mejor garantía para obtener el fruto de unas mejores condiciones de vida de los pobres, y de un desarrollo integral que no deje fuera ninguna dimensión humana.

Queridos hermanos: que se ensanche vuestra generosidad al contemplar las necesidades de los más pobres a la luz de Cristo “que siendo rico se hizo pobre, para enriquecernos a todos”. Que vuestra oración, vuestra dedicación personal y vuestra aportación económicas, sirvan para sostener las obras que en nombre de toda nuestra comunidad diocesana lleva a cabo Manos Unidas.

Os bendigo a todos de corazón,

† Javier Martínez Fernández
Obispo de Córdoba

† Javier Martínez
Obispo de Córdoba

CARTA PASTORAL DEL OBISPO DE CÓRDOBA EN TORNO AL DÍA DEL SEMINARIO

HACED ESTO EN CONMEMORACIÓN MÍA

19 de marzo del año 2000.

Queridos hermanos:

Se acerca el día del Seminario, en el que, también en este Año Jubilar, queremos recordar la custodia que ejerció San José sobre la Familia de Nazaret. Nadie como él estuvo en contacto cotidiano con el Misterio “escondido desde los siglos” (Cl 1, 26), y revelado en la Encarnación del Verbo. A él le correspondió la misión de cuidar de aquella realidad humana -la Sagrada Familia-, en la que moraba la esperanza de los hombres. Y a esa misión consagró toda su vida, lo que le valió el nombre de “varón justo”. Por ello la Iglesia le propone como modelo para los que se preparan al sacerdocio, cuya misión será precisamente la de cuidar en la tierra de la familia de Dios, la Iglesia. Como San José, los sacerdotes han de consagrar su vida a servir la realidad más bella que hay sobre la tierra: esa humanidad en la que Cristo vive misteriosamente, sacramento de la redención del mundo. Esa misión es la que se propone hoy a cada seminarista como camino de verdadera realización humana, como fuente inagotable de libertad y de alegría.

El amor de Dios por el hombre que se manifestaba en la Encarnación del Verbo culminó en la entrega pascual de Cristo: “amándonos hasta el extremo” (Jn 13, 1), el Hijo de Dios ha compartido con el hombre todo, hasta la soledad del sepulcro, para darle vida mediante la resurrección y el don de su Santo Espíritu. Y para que la fuerza salvadora de ese acontecimiento único, en el que Dios se unía a su criatura, llegase a los hombres de todas las generaciones, quiso dejarnos para siempre la prenda de su amor: la Eucaristía, que renueva misteriosamente la redención, y ofrece a quienes lo reciben con fe el mismo fruto del árbol de la cruz: Cristo, camino, verdad y vida de los hombres (Jn 14, 6).

En el misterio pascual, al revelarse el amor infinito de Dios por el hombre, se revela también el verdadero destino del hombre. Ese destino es la participación en la vida de Dios, porque toda carne ha sido, en cierto

modo, abrazada por el Hijo de Dios en la que recibió de las entrañas purísimas de la Virgen. La Iglesia es el sacramento -signo eficaz- de esta unión esponsal de Dios con los hombres, de esta alianza eterna en la sangre derramada de Cristo. Y en la sacramentalidad de la Iglesia, que tiene su fuente, su centro y su culmen en el misterio eucarístico, Cristo está siempre presente, acompañando a los hombres, compartiendo los gozos y el sufrimiento de toda la humanidad, invitando a todos a acoger el Amor que salva la vida.

“Haced esto en conmemoración mía” (1 Cor 11, 26; Lc 22, 19). Estas palabras de Jesús, en el momento de entregar su vida por los hombres y de instituir el sacramento de la Eucaristía, vinculan para siempre tres realidades: el don de Sí mismo que Cristo hace a los hombres en la cruz; la Eucaristía, donde ese don se renueva constantemente; y el sacerdocio, que reciben los obispos por la sucesión apostólica, y del que participan los presbíteros. El mismo Cristo ha querido, pues, prolongar en la historia su entrega total a los hombres mediante la Eucaristía, y vincular ese don a un modo de presencia “personal”, el ministerio sacerdotal. Sin Eucaristía, en efecto, no hay Iglesia, porque la Iglesia “vive”, literalmente, del don de Cristo en la Eucaristía. Pero la Eucaristía no se da sin el sacerdocio cristiano. Así lo ha enseñado siempre la Tradición, que recoge el Catecismo de la Iglesia Católica: “Sólo los sacerdotes válidamente ordenados pueden presidir la Eucaristía y consagrar el pan y el vino para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre del Señor” (n° 1411).

“Haced esto en conmemoración mía”. Esa conmemoración no es un simple “recuerdo”, sino un gesto que hace presente en la Eucaristía al mismo Cristo, y que actualiza su entrega salvadora en la cruz (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1363-4). El sacerdote hace ese gesto, y repite esas palabras del Señor en nombre de Cristo, actuando “en la persona de Cristo” (Concilio Vaticano II, Decreto sobre el ministerio y la vida de los Presbíteros, 13). En realidad, es Cristo quien en ese momento actúa en él. Es Cristo quien se apropia de la humanidad del sacerdote por la imposición de las manos, y es a esa disponibilidad plena para Cristo y para su obra redentora a lo que ha de tender toda la formación de los seminaristas. En el sí libre y conscientemente dado a esa apropiación consiste toda la respuesta a la vocación sacerdotal.

“Haced esto en conmemoración mía”. Estas palabras, que Cristo dice, y que dice a la vez el sacerdote como suyas, contienen toda la verdad a la que ha de conformarse la vida del sacerdote, son su “escuela”, la refe-

rencia de toda su vida sacerdotal. El mandato de Cristo no se refiere sólo al hecho de repetirlas, sino al don que Cristo hace de su vida por la vida de los hombres. Como Cristo, el sacerdote ha de “ofrecerse” por la verdad y la vida de los hombres, dispuesto a “entregar su cuerpo” y a “derramar su sangre” por “todos los hombres”, “para el perdón de los pecados”. Su vida entera ha de ser expresión de esa “alianza nueva y eterna” de Cristo con el destino del hombre, hecha del don de Sí mismo. Cuando un sacerdote vive así, su ministerio nace verdaderamente de la Eucaristía. Y entonces su persona proclama, en todo lo que hace, la verdad viva del Evangelio: que Cristo, el Hijo de Dios está en medio de nosotros.

A través de su ministerio pastoral, y en comunión con su obispo, los sacerdotes santifican así nuestras parroquias y comunidades, y sostienen la misión de acercar a Cristo a los hombres, que corresponde a toda la Iglesia. Su labor es cuidar al Pueblo de Dios -como San José a la Sagrada Familia-, y facilitar el trabajo misionero, para que el Reino de Dios se extienda entre nosotros, y llegue a los confines del mundo. Pero esta preciosa e ingente tarea necesita obreros. Los necesita la Iglesia y los necesita el mundo, que tiene necesidad de encontrar a Cristo. Aunque puede decirse que la crisis de vocaciones en décadas pasadas se está superando lentamente, la escasez de sacerdotes se hace tal vez sentir hoy como más dura, por la edad de muchos excelentes sacerdotes que han sostenido la misión de la Iglesia en los años más difíciles. De aquí la necesidad de orar al Señor de la mies para que envíe obreros a su mies (Mt 9, 38). Todos en la Iglesia, con un solo corazón y una sola alma, hemos de unirnos en esta súplica ardiente.

Todos, padres y madres cristianos, sacerdotes, y educadores, hemos de contribuir a que el corazón de los niños y jóvenes se abra a la belleza de la misión de la Iglesia, y así reconozcan como una posibilidad llena de plenitud y de gozo la llamada del Señor al ministerio sacerdotal. Todos, al transmitirles la fe, hemos de enseñarles a poner su vida con sencillez delante de Dios, y a orar, para que puedan descubrir el designio bueno que Dios tiene para cada uno de ellos, sea en el matrimonio, en el sacerdocio o en la vida consagrada. La oración que nace de la fe es una condición indispensable para percibir la propia vocación, y para seguirla con grandeza de ánimo.

Os animo especialmente a vosotros, mis colaboradores más inmediatos, los sacerdotes de la Diócesis, en primer lugar a que viváis vuestro sacerdocio con alegría, y siendo cercanos a los niños y jóvenes, de modo que ellos puedan ver en vosotros una vida llena, atractiva por el don de vosotros

mismos, y por la dedicación y el amor al pueblo que el Señor os ha confiado. No temáis proponerles con libertad el camino del ministerio sacerdotal. Acompañadles con gusto en el discernimiento de su vocación. Y animad a los que muestran signos de vocación o quieren ingresar en el Seminario.

También os pido a todos vuestro apoyo económico, para que la Diócesis disponga de medios suficientes para una formación adecuada a los tiempos de los candidatos al sacerdocio, tanto los del Seminario “San Pelagio” como los del nuevo Seminario Diocesano Misionero “Redemptoris Mater - Nuestra Señora de la Fuensanta”. Pero sobre todo, para que ninguna familia deje de enviar un hijo al Seminario por problema de dinero.

De antemano os doy las gracias por vuestra oración y vuestra ayuda. Pedid a María Santísima que interceda por nuestra Diócesis de Córdoba, y Dios nos envíe sacerdotes santos. Que nuestra oración por las vocaciones se intensifique, y por ella Dios suscite en nuestros seminaristas la pasión por la misión de la Iglesia, la humanidad grande y la generosidad que requiere esta hora de la historia, y por ella permanezcan fieles a la llamada que han recibido de Cristo.

Os bendigo a todos de corazón

† Javier Martínez Fernández
Obispo de Córdoba

**A LAS HERMANDADES Y COFRADÍAS
DE LA DIÓCESIS DE CÓRDOBA
CON MOTIVO DE LA SEMANA SANTA
DEL AÑO DOS MIL, AÑO DEL GRAN JUBILEO
DEL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO**

Queridos hermanos cofrades:

“Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo Único” (Jn 3, 16). Al acercarse el tiempo santo en que se celebra la consumación de la Redención del hombre, y en que vosotros hacéis profesión pública de fe y de esperanza en Jesucristo y en nuestra Madre, María Santísima, mi corazón y mi mente se dirigen a vosotros, que con tanto amor preparáis los pasos de Semana Santa y las estaciones de penitencia. A todos, hermanos, costaleros, capataces, juntas de gobierno, os tengo cerca, y por todos pido al Señor para que la celebración de este don grande de Dios a los hombres, que culmina en la pasión, muerte y resurrección de su Hijo por nosotros, produzca en vuestras vidas todo el bien y el gozo que Dios quiere para nosotros, y que nace del encuentro con su amor incondicional.

De nada está más necesitado el hombre y la sociedad de nuestro tiempo que de encontrar ese amor, de un modo verdadero, de forma que pueda iluminar y sostener la vida cotidiana: el matrimonio, la familia, el trabajo, y el conjunto de la vida social. Sin ese amor, que llena de significado la existencia, la vida humana se convierte más tarde o más temprano en una carga, llena de amargura y de violencia; llena de soledad, a pesar del bienestar económico, de los inmensos medios que poseemos, y de las facilidades técnicas para la comunicación.

Y es posible encontrarlo porque Jesucristo ha vencido -por nosotros- al pecado y a la muerte. Resucitado, vive para siempre, y está en medio de nosotros con su palabra, en los sacramentos, y en las personas que viven unidas a Él por la fe y el amor.

Lo que celebramos este Gran Año Jubilar es precisamente esto: que el amor sin límites de Dios, revelado en su Hijo Jesucristo, está cerca de nosotros. Si lo acogemos, si nos abrimos a él, puede renacer la esperanza, y

el gusto por la vida, y la libertad verdadera, como ha sucedido y sucede en tantos testimonios de la historia y de hoy. No recordamos simplemente un hecho del pasado. De su costado abierto en la cruz ha brotado un río de misericordia, de vida y de libertad que atraviesa la historia, y llega hasta nosotros. Jesucristo vive porque cambia la vida de quienes lo acogen. En Él está “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6) de los hombres, lo mismo hoy que hace dos mil años. En Él está la esperanza de un mundo más humano.

Y ése es también el sentido más hondo de nuestros queridos pasos: dar gracias, y mirar de nuevo a la fuente de la salvación, y ofrecer esa salvación y ese amor a todos. Si no fuera así, si se tratara sólo de mostrar unas imágenes, por muy bellas que sean, ¿creéis vosotros que valdría la pena tanta energía, tanto sacrificio, tanto amor como el que todos ponemos en nuestra Semana Santa?

Por eso os invito a que viváis este momento de gracia que es la estación de penitencia este año con una conciencia más despierta del sentido grande de lo que hacemos: no se trata sólo ni principalmente de que “quede bien”. Se trata ante todo de que nos sirva para vivir la vida -la vida de cada uno, la vida de cada día- con más consistencia, con más certeza del valor que tiene gracias a Jesucristo. Él nos da, con su amor y su misericordia infinitos, con el don de Sí mismo, el único fundamento sólido para la dignidad de toda persona humana, para la esperanza y la libertad verdaderas, y para que el amor y el bien común puedan ser de verdad la clave y la meta de toda la vida social.

María Santísima ha sido la mujer que primero acogió el don de Cristo en sus entrañas, y que ha experimentado primero -hasta en el momento del mayor desconsuelo- la dicha de la fe. “Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá” (Lc 1, 45). Se cumplió al ver a su Hijo resucitado, y al recibir junto con los apóstoles el don del Espíritu Santo. En Ella, en María, se nos muestra el camino a todos nosotros: acogiendo el don de Cristo, la vida- aún en medio del dolor- no es una frustración. ¿Puedo deciros que ese es mi deseo más grande para cada uno de vosotros, y para todos y cada uno de los hombres y mujeres de Córdoba?

Sólo me resta daros las gracias por vuestra comunión y vuestro trabajo para que la vida de cada cofradía, y de todas en común, refleje más y más la “fraternidad” propia de los hijos de Dios, de modo que, juntos, podamos proponer al mundo con verdad la imagen de Cristo vivo, en un

momento en que el mundo tanto lo necesita. Quiero agradecer también la colaboración del Secretariado Diocesano, y de las diversas Agrupaciones de Cofradías, y de las Hermandades y Cofradías en general, a las celebraciones del Año Jubilar, en la Catedral, en las Parroquias o en los Arciprestazgos. Naturalmente, os invito a todos especialmente a la gran celebración jubilar de los días 12, 13 y 14 de mayo. ¡Que pueda ser, con el testimonio de todos los hijos de Dios, reunidos en torno a la mesa del Señor, un testimonio humilde y gozoso de nuestra esperanza en Cristo!

Por último, quiero felicitar de corazón a aquellas Hermandades y Cofradías que este año celebran alguna efemérides importante: son varias en la Diócesis, y por todas pido al Señor. Pido especialmente que vuestra mirada no se dirija sobre todo al pasado, sino que el Señor nos conceda vivir más y más la vida que Él nos da, para que podamos responder a la urgencia de esta hora y del futuro. Y esa urgencia es, más que nunca, la fe, la esperanza y el amor que brotan de Jesucristo.

Os bendigo a todos de corazón

† Javier Martínez Fernández
Obispo de Córdoba

+ Javier Martínez
Obispo de Córdoba

Vida de la Diócesis

- 2.1 Calendario de Jubileo.
- 2.2 Calendario de la Vida de la Diócesis.
- 2.3 Nombramientos de Enero a Junio de 2000.
- 2.4 Decretos de Erección y Aprobación Canónica de Hermandades y Cofradías.
- 2.5 Consentimiento para la presencia del Instituto de las Hermanas de la Caridad de la Asunción en la Diócesis.
- 2.6 Consentimiento para la presencia de la Asociación Femenina Pública de Fieles “Mater Ecclesiae” en la Diócesis.
- 2.7 Ministerio de Lector y de Acólito.
- 2.8 Concesión del Sr. Obispo de derecho de sepultura de D. Agustín Molina en Santa Victoria.

Secretaría General

CALENDARIO DEL JUBILEO I-VI-2000

25-12-99	Apertura del Gran Jubileo del Año 2000.
26-12-99	Jornada Jubilar de la Familia.
31-12-99	Vigilia de oración por el paso del año 2000.
09-01-01	Celebración del Bautismo de Niños.
27-01-00	Jubileo de los Universitarios.
05-02-00	Jubileo de la Vida Consagrada.
11-02-00	Vía Crucis de las Hermandades y Cofradías.
25-03-00	Solemnidad de la Anunciación del Señor. Encuentro Diocesano. Procesión de Ntra. Sra. de la Fuensanta.
26-03-00	Rosario de la Aurora. Ntra. Sra. de la Fuensanta es llevada a su santuario.
11-04-00	Jubileo de los Militares.
28-04-00	Jubileo de los Trabajadores.
12-05-00	Jubileo de las Hermandades y Cofradías. Plaza de Toros. Procesión de San Rafael.
13-05-00	Jubileo de los Niños. Plaza de Toros.
13-05-00	Jubileo de los Jóvenes. Plaza de Toros. Procesión de las reliquias de los santos mártires.
14-05-00	Celebración Jubilar de la Diócesis. Plaza de Toros.
28-05-00	Jubileo de los Enfermos y Agentes Sanitarios.
01-03-06-00	Representación de "El Gran Teatro del Mundo" de Calderón de la Barca en la Catedral.
10-06-00	Vigilia de Pentecostés. Encuentro Diocesano.
18-06-00	Jubileo de la Comunidad Gitana.
25-06-00	Fiesta del Corpus Christi.

Calendario de la Vide la la Diócesis I-VI-2000

- 18-25-01-00 Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos.
10-15-01-00 Semana Bíblica Diocesana.
28-30-03-00 Ejercicios Espirituales en la Catedral predicados por el Sr.
Obispo.
31-03-00 Celebración Penitencial presidida por el Sr. Obispo.
07-04-00 Celebración Penitencial presidida por el Sr. Obispo.

NOMBRAMIENTOS I-VI-2000

- 10 Enero *D. Rafael Méndez Baena*
• Secretario General de la Delegación de Misiones y O.M.P
- 10 Enero *Rvdo. Sr. D. José Gutiérrez Molero*
• Consiliario de la Ilustre, Centenaria y Fervorosa Hermandad de Ntra. Sra. del Socorro.
- 18 Enero *Rvdo. Sr. D. Antonio Evans Martos*
• Agente de Preces.
- 18 Enero *D. Rafael Francisco Navarro Navarro*
• Secretario de la Agencia de Preces.
- 25 Enero *Rvdo. P. Juan Lázaro Sánchez*
• Vicario Parroquial de San Acisclo en Córdoba.
- 28 Enero *Hna. Alejandra Isasa López*
• Delegada Diocesana de la Delegación de Medios de Comunicación Social.
- 9 Febrero *D. José Amador Morales Sillero*
• Responsable Diocesano del Movimiento «Juventud Obrera Católica».
- 21 Febrero *P. Carlos Romero Bermuduz, O.P.*
• Miembro del Consejo de Presbiterio.
- 1 Marzo *Rvdo. Sr. D. Gavino Spanu*
• Adscrito a la Parroquia de Santa Cecilia de Córdoba.
- 15 Marzo *Rvdo. Sr. D. Antonio Jurado Torrero*
• Capellán de las Madres Capuchinas del Convento de San Rafael en Córdoba.
- 15 Marzo *Rvdo. Sr. D. Antonio Jurado Torrero*
• Vicario Episcopal de la Vicaria de la Sierra (5 años).

- 25 Abril ***D. Rafael Muriel Palomino***
• Vocal de la Junta de Gobierno de la Obra Pía Santísima Trinidad de Córdoba.
- 25 Abril ***D. Francisco Rodríguez Muñoz***
• Vocal de la Junta de Gobierno de la Obra Pía Santísima Trinidad de Córdoba.
- 27 Abril ***Rvdo. Sr. D. José Antonio Herreros Martínez***
• Administrador Parroquial de la Parroquia de Santa María Madre de la Iglesia de Córdoba, a tenor de los cánones 539 y 540 del CDC.
- 3 Mayo ***Rvdo. P. Antonio Carrasco Moscoso, S.D.B.***
• Adscrito a la Parroquia de San Sebastián de Pozoblanco.
- 4 Mayo ***Rvdo. Sr. D. Lorenzo López-Cubero Giménez***
• Delegado del Sr. Obispo para instruir dos procesos de Secularización (Perez-Pinado, Rabasco-Sánchez).

DECRETOS DE ERECCIÓN CANÓNICA

1. 9 enero 2000. **Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno Rescatado, Cristo de Medinaceli.** Pozoblanco.
2. 17 enero 2000. **Cofradía de la Entrada Triunfal de Jesús en Jerusalén.** Montoro.
3. 17 enero 2000. **Cofradía de la Santa Vera Cruz.** Montoro.
4. 1 febrero 2000. **Cofradía del Santísimo Cristo del Amor y María Santísima de la Paz.** Lucena.
5. 2 febrero 2000. **Hermandad de Nuestro Señor Resucitado y Nuestra Señora de la Alegría.** Castro del Río.
6. 22 febrero 2000. **Cofradía de Nazarenas de Nuestra Señora de los Dolores.** Pozoblanco.
7. 22 febrero 2000. **Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Agonía Orando en el Huerto, María Santísima de la Estrella y San Inocencio Mártir.** Lucena.
8. 8 marzo 2000. **Real e Ilustre Hermandad de Nuestra Señora del Buen Suceso.** Priego de Córdoba.
9. 15 mayo 2000. **Cofradía de Nuestra Señora de Guía.** Hinojosa del Duque.
10. 15 mayo 2000. **Hermandad de San Bartolomé.** Hinojosa del Duque.
11. 22 junio 2000. **Hermandad del Sagrado Descendimiento de Nuestro Señor Jesucristo, Santo Nombre de Jesús, María Santísima de la Encarnación y San Juan de Ávila.** Montilla.

DECRETOS DE CONFIRMACIÓN DE ERECCIÓN CANÓNICA

1. **Real, Venerable e Ilustre Hermandad de Nuestra Señora de los Dolores y del Santísimo Cristo de la Clemencia.** Córdoba. 9 enero 2000.
2. **Cofradía de Nuestro Padre Jesús Preso, Jesús Nazareno y Santo Sepulcro.** Benamejía. 28 enero 2000.
3. **Cofradía y Hermandad de Tambores Enlutados del Santísimo Cristo de la Salud y Misericordia.** Lucena. 28 enero 2000.
4. **Hermandad Penitencial y Cofradía de Nazarenos de la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo, Nuestro Padre Jesús Nazareno en su encuentro con la Santa Mujer Verónica, Nuestra Madre y Señora María Santísima de la Trinidad y Santa Marta.** Córdoba. 19 febrero 2000.
5. **Hermandad de Nuestra Señora de los Remedios.** Belmez. 8 marzo 2000.
6. **Venerable Cofradía y Hermandad de la Santa Vera Cruz.** Castro del Río. 8 marzo 2000.
7. **Real, Venerable e Ilustre Hermandad de Penitencia y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Expiración, María Santísima del Silencio y Nuestra Señora del Rosario en sus Misterios Dolorosos Coronada.** Córdoba. 29 mayo 2000.

FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE CORDOBA

Habiendo conocido desde hace años a las Hermanas de la Caridad de la Asunción, con sede principal en la Archidiócesis de Milán, y erigidas como Instituto religioso de Derecho Pontificio por Decreto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada del 29 de junio de 1993, en el que se aprueban también sus Constituciones, solicité de la Superiora General, Sor Gelsomina Angrisiano, el 12 de julio de 1999, el establecimiento de una casa del Instituto en la Diócesis de Córdoba. A esa carta he tenido respuesta del Instituto en un decreto de la Superiora General, del 12 de enero del corriente, por el que se constituye la casa religiosa del Instituto en Córdoba, y se nombra responsable de la comunidad a Sor Gabriella Grava.

Y considerando que la presencia de las hermanas en la Diócesis es un gran bien para la Iglesia, como signo de que Cristo es el único Redentor del hombre, y de que el amor concreto de Cristo por los hombre, hecho carne en su Iglesia, es el modo más expresivo de anunciarle;

En virtud de mis facultades, doy mi consentimiento para que el Instituto de las Hermanas de la Caridad de la Asunción esté presente en la Diócesis de Córdoba, y coopere en la misión de la Iglesia, de acuerdo con sus Constituciones y en comunión con las orientaciones del Obispo Diocesano. Su sede está situada en la Avenida de las Ollerías, 32, 14004 - CÓRDOBA (ESPAÑA). En caso de cambio de la sede, ha de comunicarse a la Cancillería del Obispado.

Pido al Señor que bendiga a las hermanas en su nueva misión; que vivan, como María, enteramente para Jesucristo y su Iglesia; que a través de ellas crezca el conocimiento y el amor de Jesucristo; y que multiplique sus vocaciones, signos vivos de que Jesucristo es el Señor de todo.

Envíese una copia de este decreto al Instituto, y consérvese el original de él en el Archivo de la Curia Diocesana.

Dado en Córdoba a 2 de febrero del año 2000, fiesta de la
Presentación

Por mandato de S.E.R.
Canciller - Secretario.

† Javier Martínez Fernández
Obispo de Córdoba

Antonio Evans Martos
Secretario General-Canciller

FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APÓSTOLICA
OBISPO DE CÓRDOBA

Dña. Inés Fernández Fernández, Directora General de la Asociación Femenina Pública de Fieles “Mater Ecclesiae”, con domicilio social en la C/. Italia 29, de Toledo, erigida por Decreto del Arzobispo de Toledo y aprobados sus estatutos “ad experimentum” con fecha 31 de Mayo de 1995, y renovada la erección y aprobados sus nuevos estatutos, en vistas a que en el futuro la Asociación aspira a constituirse en Instituto Secular siguiendo el procedimiento del c. 579, también por el Arzobispo de Toledo, con fecha del 8 de Diciembre de 1998, solicita ahora del Obispo de Córdoba, en escrito del 12 de marzo del presente año, el debido consentimiento para establecerse y actuar en esta Diócesis conforme a los fines establecidos en sus Estatutos.

La Asociación está presente en la Diócesis desde el 1 de septiembre de 1997, llamada por mí para hacerse cargo de la titularidad del colegio de Educación Primaria de la Milagrosa, de Bujalance, del que eran titulares hasta ese momento las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul, y que corría el peligro de perderse para la Iglesia de no ser asumido por otra persona jurídica canónica. Tanto en la asunción del Colegio, en circunstancias difíciles, como posteriormente, han dado pruebas de una generosidad grande con la Iglesia y de buen espíritu, colaborando decididamente en la misión de la Iglesia en la parroquia de Bujalance y en la Diócesis.

Por ello, a tenor de la disciplina de la Iglesia, expresada sobre todo en los cc. 312-320 del vigente Código de Derecho Canónico, por las presentes, doy mi consentimiento para que la Asociación Femenina Pública de Fieles “Mater Ecclesiae”, con domicilio en Calle de las Monjas 2, 14650 - BUJALANCE (CORDOBA), pueda establecerse y actuar en esta Diócesis de Córdoba, conforme a sus estatutos y en comunión con las orientaciones pastorales del Obispo Diocesano. Deseo y pido al Señor que la Asociación produzca abundantes frutos de santidad, y que el testimonio de vida cristiana de sus miembros haga crecer en la Diócesis el conocimiento de Cristo y el amor a la Iglesia entre los hombres.

Consérvese un ejemplar de este Decreto en la Curia Diocesana y otro en el Archivo de la Asociación.

Dado en Córdoba a diecinueve de marzo del año dos mil, año del Gran Jubileo del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

† Javier Martínez Fernández
Obispo de Córdoba

+Javier Martínez
Obispo de Córdoba

Por mandato de S.E.R.
Canciller - Secretario

Antonio Evans Martos
Secretario General-Canciller

MINISTERIO DE LECTOR Y ACÓLITO

El día 25 de mayo de 2000, en la Capilla del Seminario Mayor de San Pelagio, el Excmo. y Rvdmo. Sr. Don Francisco Javier Martínez Fernández, Obispo de esta Diócesis, instituyó en el Ministerio de Lector, a los Seminaristas de esta Diócesis:

Don Adolfo Ariza Ariza.

Don P. Jesús Garzón García.

Don Diego Recio Moreno.

Don José Antonio Tejero Cárdenas.

Córdoba, 29 de mayo de 2000.

Antonio Evans Martos
Secretario General-Canciller

El día 25 de mayo de 2000, en la Capilla del Seminario Mayor de San Pelagio, el Excmo. y Rvdmo. Sr. Don Francisco Javier Martínez Fernández, Obispo de esta Diócesis, instituyó en el Ministerio de Acólito, a los Seminaristas de esta Diócesis:

Don Vicente Castander Guzmán.

Don Francisco José Ribas Fragero.

Córdoba, 29 de mayo de 2000.

Antonio Evans Martos
Secretario General-Canciller

**FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE CÓRDOBA**

Don Andrés García Torralbo, Párroco de Santa Victoria, de Córdoba, ha presentado un escrito en el que solicita se conceda el derecho de sepultura en un nicho, situado en el muro derecho del Presbiterio de la referida Parroquia, a D. Agustín Molina Ruiz, primer párroco de dicha feligresía, que realizó con gran solicitud su Ministerio Pastoral.

Considerando sus meritorios servicios a la Iglesia en los diversos ministerios que se le han confiado y, sobre todo, durante su misión pastoral al frente de la Parroquia de Santa Victoria, destacando siempre por su entrega, generosidad, acción caritativa y fidelidad al Magisterio, por el presente concedo lo solicitado, siempre que se cumpla la legislación civil pertinente, disponiendo además que de esta concesión se le dé traslado al recurrente, a la referida Parroquia y quede un ejemplar en el archivo de la curia.

Dado en Córdoba, a dieciséis de junio de dos mil.

Por mandato de S.E.R.

Secretario-General-Canciller

† Javier Martínez Fernández
Obispo de Córdoba

Antonio Evans Martos
Secretario General-Canciller

Conferencia Episcopal

1. Elecciones Generales
2. Cenetenario de San Juan de Ávila

**COMUNICADO DE LOS OBISPOS DEL SUR DE ESPAÑA
CON MOTIVO DEL ATENTADO TERRORISTA
PERPETRADO EN SEVILLA DURANTE LA TARDE
DEL LUNES 16 DE OCTUBRE**

Durante la sesión de la tarde de hoy, los obispos del sur de España, reunidos en asamblea ordinaria, hemos sido informados del nuevo y cobarde atentado perpetrado en Sevilla y que ha costado la vida al coronel médico Dr. Antonio Muñoz Cariñanos.

Consternados por el más radical desprecio a la vida humana que suponen estos actos terroristas porque anteponen los intereses de poder o de cualquier tipo, a la vida de las personas, los obispos andaluces manifestamos el más absoluto rechazo y condena al pecado que supone toda acción violenta contra la vida. Los atentados terroristas son la expresión máxima contra la libertad personal y social.

Después de elevar una oración al Señor por el eterno descanso de esta nueva víctima del terrorismo y además de pedir a Dios por la entereza de sus familiares, hemos suplicado también por la conversión de los asesinos.

Invitamos a la sociedad andaluza a mantener con temple y constancia las posturas personales y colectivas que manifiesten con toda claridad el pleno rechazo a estos detestables comportamientos por parte de quienes matan y por parte de quienes les apoyan, encubren o justifican.

Así mismo, pedimos al Señor que ilumine y fortalezca a quienes, desde la familia y desde cualquier instancia de la sociedad trabajan con esfuerzo y constancia en la promoción y defensa de la verdad y de la justicia como base de la libertad en la necesaria civilización del amor.

Granada, 16 de octubre de 2000.

MENSAJE
DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA
AL PUEBLO DE DIOS
EN EL Vº CENTENARIO DEL NACIMIENTO
DE SAN JUAN DE ÁVILA
Noviembre 1999

SAN JUAN DE ÁVILA,
MAESTRO DE EVANGELIZADORES

Queridos hermanos y hermanas:

El día 6 de enero se cumplirán 500 años del nacimiento de San Juan de Ávila, Patrono del clero secular español. La celebración de este Vº Centenario nos invita a reavivar en nuestra vida y en nuestra acción pastoral el deseo de imitar al santo Maestro Ávila. Su recia personalidad, su amor entrañable a Jesucristo, su pasión por la Iglesia, su ardor y entrega apostólica son estímulos permanentes para que vivamos en fidelidad la vocación a la que Dios nos llama a cada uno y seamos sus testigos en los comienzos de este nuevo milenio.

Damos gracias a Dios por el regalo de este santo y por los reconocimientos que la Iglesia ha hecho de él: la beatificación, por parte de León XIII el 6 de abril de 1894; la declaración como Patrón principal del clero secular español por Pío XII el 2 de Julio de 1946; la canonización por Pablo VI el 31 de Mayo de 1970. Y esperamos que al título de "Santo" se le añada pronto, si la Iglesia lo considera oportuno, el "Doctor" de la Iglesia universal.

Sabio maestro y consejero experimentado

San Juan de Ávila fue una vocación para la reforma que la Iglesia necesitaba en momentos de profunda crisis. Es una de las figuras más centrales y representativas del siglo XVI, escogido por los mejores. Destacó, ya en su tiempo, por la calidad de su doctrina teológica y la sabiduría de sus consejos como guía espiritual, en unas circunstancias en las que la Iglesia y la sociedad del siglo XVI necesitaban guías experimentados que las renovaran. Convenientemente preparado en su villa natal de Almodóvar del Campo (Ciudad Real), según las costumbres de la época, bajo tutores per-

sonales, a los catorce años ingresó en la Universidad de Salamanca, una de las más prestigiosas del mundo de entonces. Después de cursar estudios de Leyes durante tres años, sintió una llamada de Dios y volvió a la casa familiar para consagrarse a una vida de oración y penitencia. Tres años llevaba en este género de vida, cuando un religioso de San Francisco le aconsejó que se dedicara al estudio de la Filosofía y la Teología en la recién fundada Universidad de Alcalá, a fin de prepararse para recibir las Órdenes sagradas y poder así ayudar mejor a las almas. Tanto adelantó en estos estudios y en el conocimiento de la Sagrada Escritura, que sus mismos maestros, entre ellos el teólogo Domingo de Soto, vistas la agudeza de su ingenio, la admirable memoria y su incansable aplicación al estudio, auguraron que en breve llegaría a ser uno de los hombres más sabios de toda España.

Enriquecido con este tesoro de ciencia humana y teológica y ordenado sacerdote, se consagró a enseñar con su predicación, cartas, consejos y tratados espirituales a personas de toda edad, estado y condición social. Ejerció su magisterio directo en la región de Andalucía, tan necesitada en aquel momento de doctrina, pues, islamizada durante siglos, se encontraba en plena reconstrucción cristiana y social. A esa renovación contribuyó decisivamente Juan de Ávila

Lo mismo exponía desde la cátedra las Sagradas Escrituras con eruditos comentarios, que enseñaba los rudimentos de la doctrina cristiana en lenguaje sencillo a los niños y aldeanos. Las innumerables cartas que escribió nos han dejado un elocuente testimonio de su santidad y de su sabiduría. A pedir consejo acudían a él en su retiro de Montilla o le escribían jóvenes buscando orientación y discernimiento vocacional, casados que pedían consejo, políticos y hombres de gobierno, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas que buscaban una palabra de aliento o de luz. Se relacionó con personas de talla espiritual tan sobresaliente como San Pedro de Alcántara, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, San Juan de Ribera, Fray Luis de Granada, etc.

En algunos influyó de manera decisiva. Así ayudó a San Juan de Dios en el proceso de su conversión y en su posterior camino espiritual. A su vez, la gran mística española, Santa Teresa de Jesús, declarada por Pablo VI “Doctora de la Iglesia”, en un momento en que su experiencia mística era cuestionada por muchos, hace llegar el “Libro de la Vida” al Maestro Ávila, explicando: “yo deseo hartamente que se dé orden en cómo lo vea, pues con ese intento lo comencé a escribir; porque como a él le parezca voy por buen camino,

quedaré muy consolada, ya que no me queda más para hacer lo que es en mí". San Juan de Ávila le da su juicio favorable en una carta que ha sido calificada de llave de oro de la mística española del siglo XVI, por haber dado el visto bueno a la doctrina espiritual de la santa Doctora en un momento en que no por todos era admitida.

Nuestro Santo cuidó continuamente su formación, tanto en los aspectos humanos e intelectuales como los espirituales y pastorales. Era gran concedor de la Sagrada Escritura, de los Padres de la Iglesia, de los teólogos escolásticos y de los autores de su tiempo. Estudia y difunde la doctrina de Trento, para salir al paso de las opiniones de los reformadores, de las que estaba al tanto. Su Biblioteca era abundante, actualizada y selecta, y dedicaba al estudio, con proyección pastoral, varias horas al día. Sin embargo, la fuente principal de su ciencia era la oración y contemplación del misterio de Cristo. Su libro más leído y mejor asimilado era la cruz del Señor, vivida como la gran señal de amor de Dios al hombre. Y la Eucaristía era el horno donde encendía su corazón en celo ardiente. Así Fray Luis de Granada podía decir de él que "las palabras que salían como saetas encendidas del corazón que ardía, hacían también arder los corazones en los otros".

Influjo de su magisterio

El magisterio de Juan de Ávila no terminó con su vida. Sus abundantes escritos han influido notablemente en la historia de la espiritualidad y de la renovación eclesial. En la Biblioteca de Autores Cristianos sus obras conocidas ocupan varios volúmenes. Se enumeran no menos de catorce ediciones generales españolas y tres en otras lenguas, en distintas épocas. De obras por separado son numerosas las ediciones y versiones a distintos idiomas. De su Epistolario hay al menos veintitrés ediciones extranjeras. El tratado "Audi filia" es un clásico de la espiritualidad. Se tradujo muy pronto al italiano, francés, alemán e inglés. Los católicos perseguidos en Inglaterra encontraban en él un gran aliento. Fray Luis de Granada afirmaba: "Lo tengo en la cabeza por haberlo leído muchas veces". Felipe II lo tenía de libro de cabecera. El Cardenal Astorga, arzobispo de Toledo, decía: "este libro ha convertido más almas que letras tiene".

Su influencia en el Concilio de Trento ha sido puesta de manifiesto por los especialistas. No pudo participar en él por su precaria salud. Pero a través del Arzobispo de Granada, D. Pedro Guerrero, envió dos

Memoriales, que fueron acogidos en el aula conciliar con aplauso general. Sus criterios influyeron en los acuerdos de este Concilio en temas de tanta importancia como la institución de los Seminarios, la reforma del estado eclesiástico o la catequesis, de modo que Pablo VI pudo decir en la homilía de canonización que “el Concilio de Trento adoptó decisiones que él había preconizado mucho tiempo antes”. El Maestro Ávila pertenece a ese grupo de verdaderos reformadores que alentaron e iluminaron la renovación de la Iglesia en aquellos tiempos recios del siglo XVI. Su influencia se puede comprobar también en varios Concilios provinciales de aplicación de Trento: en los de Toledo, Granada, Santiago de Compostela, Valencia y, pasando al Nuevo Mundo, en el tercer Concilio de Lima y de México.

Sus escritos fueron fuente de inspiración para la espiritualidad sacerdotal. A él se le puede considerar como el promotor del movimiento místico entre los sacerdotes seculares. La obra clásica “Instrucción de sacerdotes”, de Antonio de Molina, tan leída a lo largo de los siglos XVII y XVIII, transcribe con frecuencia al Maestro Ávila. Su influencia se detecta también en la escuela sacerdotal francesa: uno de sus fundadores, el Cardenal Bérulle, afirmaba que dicha escuela ya había sido un diseño de Juan de Ávila. San Francisco de Sales lo menciona elogiosamente en el “Tratado del Amor de Dios” y en la “Introducción a la vida devota” trae pasajes del “Audi filia”, remitiéndose a su autoridad espiritual. San Antonio M^a Claret, lector asiduo del Maestro Ávila, confesaba: “Su estilo es el que más se me ha adaptado y el que he conocido que más felices resultados daba. ¡Gloria sea a Dios Nuestro Señor, que me ha hecho conocer los escritos y obras de ese gran Maestro de predicadores y padre de buenos y celosísimos sacerdotes!”.

Ya en nuestro siglo, Juan de Ávila ha sido una referencia para el clero diocesano, no solo en España, sino también en otros países, particularmente en América. Su figura influyó de manera notable entre nosotros en el resurgir de la espiritualidad sacerdotal a mitad de este siglo. La declaración de Patrono del clero secular español impulsó nuevos estudios sobre su doctrina y vida. En las “academias sacerdotales” de los Seminarios se estudiaban sus obras y, mirando al Apóstol de Andalucía, se alentaba la santidad y espiritualidad propia del sacerdote diocesano. En este ambiente se recibió con entusiasmo su canonización y actualmente su fiesta del 10 de Mayo es en la mayoría de las Diócesis una jornada de fraternidad en la unión del presbiterio y en la celebración gozosa de las Bodas de oro y de plata sacerdotales.

Maestro de evangelizadores

Al comenzar un nuevo milenio, en este tiempo en que la Iglesia tiene la urgencia de una nueva evangelización, creemos que la doctrina y el ejemplo de vida de San Juan de Ávila pueden iluminar los caminos y métodos que hemos de seguir. Y el nuevo ardor necesario para anunciar a Jesucristo y construir la Iglesia se encenderá al contacto con su celo apostólico. Él es un verdadero “Maestro de evangelizadores”. Sus enseñanzas nos ayudarán a todos los miembros del Pueblo de Dios en el fiel cumplimiento de nuestra vocación.

En sus cartas y escritos podemos encontrar **los Obispos** consejos de amigo y prudentes orientaciones para ejercer nuestro ministerio con entrega, sencillez y valentía.

Para **los sacerdotes**, S. Juan de Ávila es un modelo actual. Las orientaciones que ha dado el Concilio Vaticano II, y posteriormente la Exhortación Apostólica “Pastores dabo vobis”, hallan en San Juan de Ávila el ejemplo realizado de un sacerdote santo que ha encontrado la fuente de su espiritualidad en el ejercicio de su ministerio, configurado con Cristo Sacerdote y Pastor, pobre y desprendido, casto, obediente y servidor; un sacerdote con vida de oración y honda experiencia de Dios, enamorado de la Eucaristía, fiel devoto de la Virgen, bien preparado en ciencias humanas y teológicas, conocedor de la cultura de su tiempo, estudioso y en formación permanente integral, acogedor, viviendo en comunión la amistad, la fraternidad sacerdotal y el trabajo apostólico; un apóstol infatigable entregado a la misión, predicador del misterio cristiano y de la conversión, padre y maestro en el sacramento de la penitencia, guía y consejero de espíritus, discernidor de carismas, animador de vocaciones sacerdotales, religiosas y laicales, innovador de métodos pastorales, preocupado por la educación de los niños y jóvenes. San Juan de Avila es, en fin, la caridad pastoral viviente. Los presbíteros, y **los seminaristas** que se preparan para serlo, encontrarán en San Juan de Ávila un modelo de lo que es un verdadero apóstol, un ejemplo vivo de la caridad pastoral, como clave de la espiritualidad sacerdotal, vivida diariamente en el ejercicio del ministerio.

Para la **vida consagrada** los escritos del Santo Maestro Ávila pueden seguir siendo hoy luminosos y estimulantes, particularmente en la llamada a la radicalidad evangélica y a vivir la dimensión esponsal de la consagración. Él dirigió con acierto a muchas almas contemplativas por los

caminos del Espíritu, y a él acudieron muchos religiosos y religiosas para pedir consejo.

También para **los laicos** de hoy San Juan de Ávila es buen guía. Como sacerdote secular, vivió muy de cerca la problemática de su tiempo. Tuvo que ingeniárselas para sacar adelante económicamente los colegios que fundó para enseñanza de la fe y gramática, incluso “patentando” varios inventos suyos de elevación de agua. Conoce la realidad de la familia y aconseja en los problemas matrimoniales y de educación de hijos. Da sus criterios sobre el gobierno y administración de la vida pública. Habla de lo que las personas están viviendo: los negocios, las enfermedades, los juegos, las diversiones, la vida diaria. Aunque hayan cambiado las circunstancias, el criterio evangélico, con que él atina a iluminar la realidad, tiene valor permanente.

Ejemplo para la nueva evangelización

Los distintos campos y dimensiones de nuestra pastoral y de la nueva evangelización, a la que estamos convocados, se ven iluminados y fortalecidos a la luz de los escritos y vida de este santo pastor y evangelizador.

En el campo de la **catequesis** Juan de Ávila es un buen modelo y estímulo para nosotros hoy. Él sabe transmitir con seguridad el núcleo del mensaje cristiano y formar en los misterios centrales de la fe y en su implicación en la vida cristiana; provoca la adhesión a Jesucristo y llama a la conversión. Inventa un catecismo en verso para cantar con los niños, con tanto éxito pedagógico que los jesuitas lo adoptaron en sus Colegios, y se extendería por buena parte de España, y particularmente por América, e incluso en África. Su método tenía, además, la particularidad de que los mismos niños se convertían en catequistas de otros niños. Los consejos que escribe para los catequistas son sumamente prácticos y actuales. Al Concilio de Trento pide que urja la catequesis y le manifiesta la conveniencia de que se haga un catecismo para toda la cristiandad. Éstas y otras son las facetas en las que el estilo de este gran catequista sigue siendo de plena actualidad.

Respecto a la **pastoral de la educación y de la cultura**, de tanta importancia en nuestros días, Juan de Ávila fue un pionero. El fundó una Universidad, dos Colegios Mayores, once Escuelas y tres Convictorios para formación permanente integral de clérigos. Varias de estas escuelas y cole-

gios eran para niños huérfanos y pobres. Buscaba con ello lo que hoy llamamos la formación integral con una orientación cristiana de la vida. Para sacar adelante esas obras tuvo que relacionarse con personas amigas y él mismo pedir limosna. Hacía notar a los gobernantes la importancia de las escuelas de niños por “ser aquella edad el fundamento de toda la vida” y que las tenían que establecer “a costa de dineros de la ciudad”. También al Concilio de Trento le insiste en el mismo tema e incluso propone la oportunidad de establecer escuelas nocturnas de adultos.

Él encarnó en su vida **la pobreza y el amor a los pobres**. Cuando celebró su Primera Misa en Almodóvar, repartió todos sus bienes entre los pobres. Se hospedaba y vivía en casas pobres, como la que todavía se puede visitar en Montilla. Quería imitar así el ejemplo de Cristo, que nació, vivió y murió en pobreza. Como criterio de discernimiento en los candidatos al sacerdocio señala el espíritu de pobreza, y de los sacerdotes dice que son “padres de los pobres”. Llama la atención de los gobernantes para que se preocupen de los pobres, eviten gastos superfluos y proporcionen trabajo para todos. Al Concilio de Trento le pide que se renueven las cofradías o hermandades en su proyección social y que en cada pueblo exista al menos una que cuide de los pobres. Pone como ejemplo a las que tienen un hospital, como el fundado por su discípulo San Juan de Dios. Las mismas escuelas que él fundó iban destinadas preferentemente a niños pobres, consciente de que no basta una caridad asistencial, sino que se necesita también la promocional. Mensaje y ejemplo que anima el compromiso de amor preferencial a los pobres en el que estamos empeñados.

La **dimensión sacramental** es central en su predicación y sus escritos: la clave de la vida cristiana y de toda la espiritualidad está en la vida divina y la filiación adoptiva recibida en el bautismo. Es un enamorado de la Eucaristía, de la que habla y escribe con corazón enardecido. Particularmente a los sacerdotes aconseja una celebración fervorosa de la Santa Misa, lo cual exige recogimiento y santidad de vida. Él se pasaba horas ante el sagrario, donde Cristo “se quedó por el gran amor que nos tiene”. Es un apóstol de la comunión frecuente y un precursor de la comunión diaria, a la vez que exhorta a la debida preparación. Insiste en la importancia de que el pueblo conozca la doctrina eucarística. Conservamos veintisiete sermones suyos sobre la Eucaristía, muchos de ellos predicados en la fiesta del Corpus, a la que le tenía especial devoción. Su sello personal era un motivo eucarístico. Y junto a la Eucaristía, el sacramento de la penitencia, al que dedicó muchas horas como confesor, sabiendo que es el lugar

donde se restablece la amistad con Dios, y al que exhortaba continuamente en sus sermones.

Y en medio de su actividad apostólica, **la oración**. En ella templaba su alma para la predicación. Como dice su biógrafo Muñoz, “vivía de oración, en la que gastó la mayor parte de su vida”. Ordinariamente oraba dos horas por la mañana y dos por la tarde. La define como “una secreta e interior habla con que el ánimo se comunica con Dios”. Continuamente exhorta a tener experiencia de oración, que no es tanto cuestión de métodos, sino de actitud filial y de humildad y simplicidad de niños. Fue en ello un verdadero guía, y, a través de sus escritos, puede seguir siéndolo para nosotros, particularmente hoy, que tanta necesidad tenemos de oración y de maestros de oración, porque, como él escribía, “los que no cuidan de tener oración, con sola una mano nadan, con sola una mano pelean y con un solo pie andan”.

No podemos dejar de recordar un aspecto que fue preocupación principal en su trabajo apostólico: **la pastoral vocacional**. En primer lugar volcó lo mejor de sus afanes en la formación de los candidatos al sacerdocio, consciente de que la clave de la verdadera reforma de la Iglesia estaba en la selección y buena formación de los pastores, tal como escribía al Concilio de Trento. En su tiempo no había escasez de candidatos al sacerdocio, como ahora; el problema era las motivaciones y la calidad de la formación tanto intelectual como espiritual. La institución de sus Colegios universitarios y convictorios estaba destinada a tal fin. Y de igual modo animará a que en cada Diócesis se instituya un Seminario donde se discierna la vocación y, con doctrina y buenos ejemplos, se forme bien a los candidatos, que han de buscar servir a Cristo y edificar a las almas y no rentas ni dignidades. También se preocupó de las vocaciones a la vida consagrada. Tenía habilidad especial para “ojear” la vocación, como el decía, y en la dirección espiritual orientaba a buscar la voluntad de Dios y a valorar la consagración como un tesoro. Y a los padres, que también entonces ponían dificultades a la vocación de sus hijos les decía: “aunque giman con amor de los hijos, vénzanse con el amor de Dios”. Por todo ello es un buen ejemplo para impulsar nuestra pastoral vocacional en estos tiempos de sequía de vocaciones. Y una buena referencia para orientar acertadamente la formación de nuestros Seminarios y, con ella, la renovación de la Iglesia y la evangelización de nuestra sociedad.

Conocerlo y amarlo

Muchas más facetas podríamos evocar de la vida y enseñanza de San Juan de Ávila. Las indicadas bastan para comprobar la calidad de su doctrina y la actualidad de su mensaje y testimonio. Queremos con estas sugerencias animaros a todos a leer sus escritos y orar con ellos. Ahí encontraréis la riqueza y hondura de un clásico. A las editoriales y revistas católicas les pedimos la difusión de la figura y obras del Maestro Ávila. Invitamos a las Facultades de Teología a que promuevan cursos monográficos y trabajos de investigación en torno a sus obras. Y asimismo a los especialistas en literatura, historia y otras áreas del saber, para que, en un trabajo interdisciplinar, descubran y den a conocer las diversas facetas de este autor tan relevante de nuestro privilegiado siglo XVI. Desde la Conferencia Episcopal queremos impulsar su conocimiento con una nueva edición de sus obras y la celebración de un Simposio.

Con ocasión del Vº Centenario de su nacimiento os exhortamos también a hacer de San Juan de Avila un santo querido, cuya devoción se extienda en nuestras parroquias y comunidades, a rezarle y ponerlo como intercesor y, sobre todo, a imitar su ejemplo de vida. Éste será un buen año para peregrinar a los lugares relacionados con su vida, particularmente Almodóvar del Campo, donde nació y fue bautizado, y Montilla, donde murió y se conservan sus restos. De manera especial a los sacerdotes os animamos a participar en el Encuentro nacional de sacerdotes que se celebrará en Montilla el 31 de Mayo del año 2000 como homenaje del Clero español a su Patrono.

El Santo Padre nos recuerda en la Carta Apostólica "Tertio Millennio Adveniente" que "el mayor homenaje que todas las Iglesias tributarán a Cristo en el umbral del tercer milenio, será la demostración de la omnipotente presencia del Redentor mediante frutos de fe, esperanza y caridad en hombres y mujeres de tantas lenguas y razas, que han seguido a Cristo en las distintas formas de la vocación cristiana". Nuestra Iglesia en España, tan bendecida en frutos de santidad, se alegra particularmente por San Juan de Avila en el Vº Centenario de su nacimiento.

Por estas razones hemos presentado al Santo Padre la petición de que sea declarado Doctor de la Iglesia Universal, convencidos de que ello puede contribuir a la gloria de Dios y a la salvación de los hombres. También nosotros, como Pablo VI el día de la canonización, pedimos a San

Juan de Ávila que “sea favorable intercesor de las gracias que la Iglesia parece necesitar hoy más: la firmeza en la verdadera fe, el auténtico amor a la Iglesia, la santidad del clero, la fidelidad al Concilio y la imitación de Cristo tal como debe ser en los nuevos tiempos”. Que su doctrina y ejemplo influyan en nuestra vida y nos impulsen a anunciar el Evangelio a las generaciones del nuevo milenio, de tal modo que el Santo Maestro Ávila sea hoy para todo el Pueblo de Dios—laicos, consagrados y sacerdotes—, como también lo fue en su tiempo, “Maestro de evangelizadores”.

Texto aprobado en la LXXIII Asamblea Plenaria
de la Conferencia Episcopal Española.
(Madrid, 23-26 Noviembre 1999).

ORACIÓN

Oh Dios,
que hiciste de San Juan de Ávila
un maestro ejemplar para tu pueblo
por la santidad de su vida
y por su celo apostólico,
haz que también en nuestros días
crezca la Iglesia en santidad
por el celo ejemplar de tus ministros.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Defunciones

Rvdo. Sr. Don Eduardo Ruiz Doblaz

Rvdo. Sr. Don Manuel Arroyo Ramos

RVDO. SR. DON EDUARDO RUIZ DOBLAS

Nació en Córdoba, el 12 de marzo de 1936.

Ordenado sacerdote el 26 de junio de 1960.

Falleció en Pedroche (Córdoba) el día 7 de enero de 2000, a los 63 años.

Coadjutor de San Sebastián en Torrecampo, Párroco de Ntra. Sra. del Carmen en el Esparragal y Encargado de Zagrilla Alta y Baja, Coadjutor de Sta. Marina en Córdoba, Párroco de El Salvador en Pedroche, Director de la Residencia de Ancianos El Salvador de Pedroche.

Córdoba, 10 de enero de 2000.

Antonio Evans Martos
Secretario General-Canciller

RVDO. SR. DON MANUEL ARROYO RAMOS

Nació en Castro del Río (Córdoba), el 15 de diciembre de 1966.

Ordenado sacerdote el día 19 de septiembre de 1992..

Falleció en Alcalá de Henares el día 8 de marzo de 2000, a los 33 años.

Párroco de Santa Bárbara en Ojuelos Altos, Párroco de Santa Elena en la Cardenchoza, encargado de Ojuelos Bajos, Los Morenos, Alcornocal y Los Panchez, Miembro del equipo sacerdotal de Santa Bárbara en Ojuelos Altos y Santa Elena en La Cardenchoza, Párroco de Cristo Rey de Villanueva de Córdoba, Párroco de Santa Ana en Conquista. Murió en Alcalá de Henares donde estaba estudiando Catequética.

Córdoba, 10 de marzo de 2000.

Antonio Evans Martos
Secretario General-Canciller